



ISABEL QUILIS
BAYONA

SAMSARA

DENTRO DE MIS
SUEÑOS.

SAMSARA

Dentro de mis sueños

Isabel Quilis Bayona

Copyright © 2018 Isabel Quilis Bayona
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9781728880778

Dedicatoria

Dedicado a mi familia por su paciencia y comprensión; también por su inestimable ayuda.

Prólogo

La información le llegaba a través de terribles pesadillas. Cada día perdía más el control de su vida experimentando vivencias ajenas a ella que la sumergían en una vorágine de sensaciones y emociones fuera de su realidad.

No sabía cómo salir del mundo de sombras que la rodeaba y que cada noche la acosaba y la sacrificaba para volver a revivirlo una y otra vez sin posibilidad escapar. La locura se iba instalando poco a poco en su interior, debía encontrar una salida antes de volverse completamente loca.

Índice

Contenido

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Epílogo.](#)

Capítulo I

Susan salió al porche de la casa y miró al cielo; la tarde era espléndida y no parecía haber ni rastro de la tormenta que pocas horas antes descargara sobre Woodlesford. Ahora el sol lucía con todo su esplendor, haciendo brillar las gotas que habían quedado prendidas en las hojas de los árboles.

La brisa húmeda le traía un sin fin de aromas diversos que inundaban sus sentidos y tranquilizaban su agitado espíritu. Susan miró su pequeño reloj de pulsera; eran las cinco. Había quedado con Williams a las ocho, así que tenía tiempo suficiente para ver a su abuela que vivía no muy lejos de allí, al otro lado del río.

Cogió la rebeca de la mecedora de su padre, y saltó los cuatro escalones del porche. Se encaminó hacia el sendero que conducía a la casa de Thelma.

El sendero estaba bordeado por una estrecha acequia que desembocaba en el río Aire y que en ese momento y a causa de la lluvia, llevaba más agua de la que su cauce podía recoger. En algunos tramos, el sendero quedaba inundado, obligando a Susan a quitarse los zapatos para no mojarlos.

El refrescante chapoteo de sus pies sobre la hierba empapada y las briznas pegadas en ellos le resultaban agradables. Le gustaba sentir la textura de la hierba en su piel, le producía un gran placer, una sensación de estar viva y ser libre como un pájaro. Habitualmente recorría el prado que rodeaba la casa de su abuela descalza hasta que el frío la obligaba a calzarse. De esa forma conoció a Williams.

Mientras estaba fuera de la realidad, dando rienda suelta a su imaginación, y danzando con música imaginaria, no se dio cuenta de que alguien la observaba. Su rostro adquirió un tono escarlata al ver aquel muchacho montado en su yegua, mirándola con una sonrisa en los labios. Susan se calzó los zapatos que llevaba en la mano mientras él bajaba del caballo y se acercaba a ella.

—Siento haberla interrumpido. Por favor, siga, no la molestaré.

Susan bajó la mirada aturdida y él al darse cuenta de su zozobra intentó entablar conversación para tranquilizarla.

—¿Es de Woodlesford?

Ella levantó la mirada y respondió.

—Sí.

—Soy Williams Bakersfield. —Le tendió la mano y ella sonrió.

—Susan Atkins.

Se estrecharon sus manos y en aquel contacto unieron también sus almas. Susan sonrió al recordarlo porque en aquel momento se enamoró de él.

Los rasgos de su cara eran duros pero sensuales, y el tono de su voz era grave y aterciopelado. Casi como una caricia para los oídos de Susan. Era un muchacho alto y delgado, Susan le llegaba por el hombro y su pelo casi ceniza hacía que sus ojos gris claros resaltasen sobre el resto de sus facciones. Sus modales eran exquisitamente aprendidos en colegios privados, pero no era un chico como los demás, a pesar de ser hijo de un importante miembro del senado, su humildad era digna de elogio.

Susan no guardó demasiadas esperanzas con él pues ella era una chica normal que había estudiado en un colegio público y en una universidad pública, le quedaban dos meses para ser licenciada en económicas y aún no sabía a ciencia cierta el camino que iba a tomar al acabar la carrera. Él en cambio tenía ya un futuro prometedor en la política como su padre. Hacía dos años que había acabado ciencias políticas y estaba muy bien situado. A pesar de eso, él la buscó sin cesar, estaba muy interesado en ella y aunque ella no quería hacerse ilusiones, pues siempre fue realista, se enamoró de él. Sí, se enamoró de él y ahora los dos se amaban y pensaban casarse pronto, antes de que naciera su hijo.

Ya habían hecho planes y esa tarde ultimarían la fecha para que él pidiera su mano a su padre e involucrar a las dos familias. Sabía casi con seguridad que lady Bakersfield y lord Bakersfield, los padres de él, no se sentirían demasiado contentos, seguro que hubieran querido algo mejor para su hijo, pero a Williams no le importaba demasiado la opinión de sus padres, él la amaba sobre todas las cosas y quería formar una familia con ella, les gustara o no a ellos.

Sumida en sus pensamientos no se dio cuenta de que había llegado a casa de su abuela Thelma. Abrió la puerta del jardín y los goznes oxidados chirriaron.

Thelma vivía alejada del núcleo urbano de Swillington, un pequeño pueblo al este del río Aire y cercano a Leeds. La casa era una antigua granja a orillas del arroyo Fleakingley. En ella había nacido su padre y vivido durante los primeros años de su matrimonio con Mery. Después de nacer ella, sus padres se trasladaron al otro lado del río, a Woodlesford, pero sus recuerdos

infantiles estaban más ligados a aquella granja.

A Susan le gustaba especialmente aquella época del año porque el jardín se veía exuberante. La madre selva que recorría parte de la valla inundaba con su olor la entrada del jardín. Las ramas de los rosales trepadores colgaban lánguidas por el peso de las diminutas rosas de variados colores, entretejiéndose y formando un palio multicolor.

Su abuela Thelma y ella siempre habían estado muy unidas. No sólo se le parecía físicamente, su carácter extravertido, dulce y sensible lo había sacado de su abuela.

Le gustaba hablar con ella y ambas pasaban horas comentando cualquier idea, pensamiento o problema que le preocupaba. A decir verdad, Thelma más que hablar, escuchaba. Le daba pocos consejos, siempre la hacía reflexionar y ver el problema desde otra perspectiva. Era justa y considerada. Trataba siempre, con su carácter apacible y sus exquisitos ademanes, de apaciguar el espíritu indómito e inquieto de una adolescente vehemente, aunque no siempre lo conseguía. Susan llegaba a entender muchos de los pensamientos que atormentaban su vida. Además de esas gotas saciantes de sabiduría, su abuela le prodigaba todo el amor que necesitaba después de morir su madre, cuando Susan contaba cuatro años de edad.

Sabía que llegara cuando llegara, Thelma siempre la esperaba y ahora no era distinto. A buen seguro la tetera estaría calentándose al fuego y un trozo de tarta de arándanos hecha por ella, estaría esperándola.

—¡Abuela soy Susan! —Llamó desde la puerta que en ese momento se hallaba abierta. Nadie contestó a su llamada— ¡Se habrá quedado dormida! — Pensó.

Lentamente caminó hacia el interior hasta llegar a la entrada del salón y le sorprendió verlo en semipenumbra. No era probable que Thelma hubiera corrido las cortinas a menos que ocurriera algo; a ella le gustaba la luz y sobre todo el sol y a esa hora solía sentarse a leer junto a la ventana por la que entraban los últimos rayos de sol de la tarde. Aunque en ese momento el sol había desaparecido y el cielo se había vuelto plomizo. Al no verla en su mecedora se encaminó hacia la cocina donde silbaba la tetera. Apagó el fuego y volvió a llamar, pero esta vez casi a media voz, casi estaba segura de que ocurría algo. Volvió sobre sus pasos hasta el salón y sus ojos, más adaptados a la penumbra percibieron una sombra fugaz.

Fue instintivo, dio dos pasos hacia atrás para huir de un posible peligro, pero la preocupación por la seguridad de su abuela pudo más que su propia

seguridad. Avanzó con sigilo hacia el interior de la estancia y vio el libro que leía su abuela tirado en el suelo. Su alarma aumentó considerablemente e hizo un movimiento para salir, pero algo más a parte del libro llamó su atención. La gruesa cortina no descansaba sobre el suelo, algo la entorpecía, quizá Thelma al hallarse mal quiso levantarse y se desplomó quedando bajo la cortina. Sí, probablemente es lo que habría sucedido.

—¡Abuela! —Llamó y corrió hacia el bulto que suponía que era Thelma. Al acercarse se confirmaron sus sospechas. Thelma yacía en el suelo semioculta por la cortina y rodeada por un gran charco de sangre del cual gran parte había sido absorbido por el cortinaje.

¡Dios mío, abuela! Se estremeció al verla inerte y extremadamente pálida. Supo sin lugar a dudas que estaba muerta y bañada en un gran charco de sangre que aún manaba de su garganta seccionada. Escuchó un grito desgarrador que le heló la sangre y se dio cuenta de que había salido de su garganta. El pánico no le permitía moverse, pero debía salir de allí para pedir auxilio, aunque de sobra sabía que ya era demasiado tarde para Thelma. Los ojos se le inundaron de lágrimas a la vez que se esforzaba por controlar su estómago ante tan dantesca escena.

Un ruido la sacó de su impresión.

—¿Qué ha sido eso? —Había alguien más en la habitación, con toda probabilidad el asesino aún se encontraba dentro de la casa. Sintió pánico y retrocedió unos pasos, pero algo cortó su huida. Una punzada en el costado la hizo gritar de dolor, se dio la vuelta en busca de su agresor, pero a contra luz tan sólo podía atisbar la silueta y la posición de su brazo levantado empuñando un cuchillo en su mano con el que se disponía a asestarle el golpe mortal.

Susan sujetó la hoja con sus manos para evitar el golpe, pero la fuerza de su agresor era superior a la suya. La hoja del cuchillo se deslizó entre sus manos produciéndole profundos cortes. Su instinto de supervivencia no pudo evitar que el cuchillo se clavara una y otra vez en su pecho. Aquella sombra letal retrocedió unos pasos para admirar su obra. Susan intuyó una sonrisa de satisfacción en aquel rostro oculto. El perfume de su agresor mezclado con el sabor de la sangre en su garganta le repugnó. Sintió miedo al darse cuenta de que era el fin para ella y también para el hijo que crecía en su vientre. Lloró porque sabía que él jamás vería la luz.

Un rostro amado y sonriente se dibujó ante ella. Deliraba, y en su delirio pronunció su nombre.

—¡Williams!

No quería morir porque eso significaba separarse del hombre que amaba y no sabía si podría soportar su ausencia. Sintió la mirada fría de la oscuridad y la retornó a un pasado cercano y lleno de felicidad junto a su amado y creyó por unos instantes que de nuevo estaba junto a él, pero la negrura del presente la atrajo hacia donde el sentimiento no se extingue, envolviéndola como una capa de oscuridad.

Capítulo II

Helena Fernández llegó a la puerta de la biblioteca a las nueve como todos los días. Su compañera, María, estaba aparcando el coche en ese momento. Parecía de buen humor, todo lo contrario de ella.

—¡Buenos días Helena! ¿Estás preparada para otro día de trabajo? — Le preguntó María.

—¡Hola María! Haremos lo que podamos ¿No te parece? —Dijo arrugando el entrecejo.

—¡Oye, que cara tienes! ¿Te pasa algo?

—No, sólo que no he dormido bien y me duele la cabeza.

—¿Pesadilla? —Preguntó mientras abrían la puerta.

—Sí, por desgracia.

—Cuéntame... ¿Es la misma de siempre?

—Sí, es la misma de siempre y prefiero no hacerlo, sólo te diré que cada día son peores.

Inmediatamente Helena le hizo un gesto a su amiga para que guardara silencio pues en aquel momento entraba el primero de los muchos clientes que pasarían a lo largo del día por allí.

La mañana transcurrió lenta y rutinaria hasta la hora de la comida. Al entrar en el restaurante en el que comían todos los días, María le recitó la misma letanía de siempre.

—Helena, no puedes seguir esperando a ver qué pasa con esas pesadillas, tienes que buscar una solución, alguien que te ayude... No sé... algo. Tú ya sabes lo que pienso yo de todo este asunto.

Helena la miró impasible, sabía de memoria lo que su amiga le iba a decir, que si todo eso estaba relacionado con la parapsicología, y que si un profesional de ese campo le podría aclarar el misterio, etc., etc.

Helena se sentía perdida, después de haber asistido a varias sesiones de terapia con un psicólogo y ver que no sólo no había dejado de tener esos sueños extraños, sino que el psicólogo pensaba que el problema tenía mucho que ver con sus vivencias del pasado. En cada sesión la retrotraía a su niñez una y otra vez, indagando en ella, algo que le molestaba, pues estaba segura de

que nada tenía que ver los sueños con su infancia ni de su experiencia.

—Está bien, —Dijo Helena sonriendo mientras bebía un sorbo de vino — ¿Qué diablos quieres que haga, que vaya a una echadora de cartas y con su bola de cristal me cuente un cuento chino?

—No digas tonterías, llamaré a Florencio Peláez para ver si puede ayudarte.

—¿Quién es ese Florencio Peláez? —Preguntó ella sorprendida.

—No te asustes, ese hombre es parapsicólogo, escribe libros sobre ese tema y practica la hipnosis. Está muy bien reconocido en el campo de la parapsicología; en la biblioteca hay varios libros suyos. Si tú quieres conseguiré su dirección y hablaré con él, y no estaría de más que leyeras alguno de sus libros que tenga que ver con tu problema.

—Mi problema... mi problema... hablas de lo que me pasa como si estuviera poseída y necesitara una exortización.

—No digas tonterías. Tú tienes un problema y necesitas ayuda de un profesional específico para ese problema y ya está.

—Haz lo que quieras, porque si no, vas a darme la paliza hasta que diga que sí, aunque ya sabes que pienso de todo esto, que es lo contrario de lo que tú piensas.

María hizo un gesto de victoria y levantó la copa para brindar por la decisión acertada de su amiga.

Lo cierto era que a pesar de todo, sabía que María se preocupaba por ella y eso en el fondo le gustaba aunque no creyera en la parapsicología. Estaba dispuesta a ver a ese tal Peláez con tal de que su amiga dejara de preocuparse. Era difícil encontrar una amiga como María y ella quería mantener su amistad a costa de lo que fuera, aunque tuviera que pasar por la consulta de un charlatán. No quería desairar, le debía demasiado y hasta ese momento era la única que se preocupaba por ella. Aunque desde que comenzara la relación con Pablo se veían menos los fines de semana, ya no salían juntas a divertirse, sus encuentros se limitaban al trabajo y las comidas entre semana y alguna tarde tomaban una cerveza después del trabajo. A Helena le caía bien Pablo. Era un provinciano de casa bien y con un sentido del deber muy pronunciado, algo que a María le iba de perlas para su temperamento un poco alocado y anarquista.

Helena era una persona demasiado responsable y la vitalidad de María le había abierto otro mundo. El mundo del “si tiene solución, ¿para qué preocuparse? Y si no la tiene ¿Para qué preocuparse?” Ambas habían

construido una amistad a prueba de reveses e incompatibilidades desde que se conocieron en la universidad cuando estudiaban filología inglesa y la suerte hizo que pudieran trabajar en el mismo lugar reforzando así esa amistad. Habían viajado infinidad de veces al extranjero, ido de marcha hasta muy altas horas de la madrugada, fiestas, playa...; etc. Ahora todo eso había acabado. María tenía a Pablo y ella no tenía nada. Mejor dicho, sí, tenía infinidad de amigos, pero eran los típicos amigos que si no les llamas en años, no les echas nunca de menos. Incluido su propio padre. Él desapareció de su vida cuando se separó de su madre y hasta el momento actual no había sabido nada de él, ni siquiera cuando murió su madre hacía tres años. Tenía pocos recuerdos de su padre y ninguno de ellos era agradable, pues siempre, desde que era consciente de sus recuerdos, le había visto serio, abstraído o enfadado. Jamás una palabra de cariño, ni un juego, ni una mirada amable. Para ella su padre había sido una figura de paso por su casa, pero nunca le faltó el cariño, su madre se lo daba a manos llenas para suplir el que le faltaba de su propio padre. Nunca, ni después de morir su madre, intentó buscarle. Esa figura había desaparecido casi por completo de su memoria y no la echaba de menos en su vida, no así la de su madre Amalia. Cada día que pasaba la recordaba como si nunca se hubiera ido de su vida.

—Y bien, ¿qué piensas hacer éste fin de semana?

—He quedado con un conocido para salir el viernes a cenar y tomar una copa.

—¿Está bueno o del montón?

—No me gusta demasiado, tiene muchas horas de gimnasio en sus músculos, parece un cruasán, es muy atractivo, pero demasiado pagado de sí mismo. Se cree el único gallo del corral.

—Y tú eres la gallina loca que pierde las plumas por él.

—Ja,jaja,jaja. Aunque no lo creas, es así. Es lo que cree, no he visto pavo más pagado que ese.

—Parece difícil hoy en día encontrar hombres de verdad.

—A los hombres de verdad ahora también les gustan los hombres de verdad, así que tenemos demasiada competencia.

—Qué triste, no sólo tenemos que competir entre nosotras, con las que somos, ahora encima también con ellos...

Ambas rieron a carcajadas bromeando sobre los hombres hasta saltárseles las lágrimas, al menos la tarde de trabajo empezaría con buen humor.

Capítulo III

Eran más de las diez y seguía esperando. Le cabreaba la impuntualidad, sobre todo en un hombre y éste se estaba pasando de la raya. Sonó el timbre y recogió su bolso sin contestar para no perder tiempo, tan solo eran dos minutos lo que le haría esperar hasta llegar al patio, mientras ella llevaba una hora larga preparada y esperándole

Al llegar a la puerta donde le esperaba Sergio con cara de pocos amigos, le saludó evitando hacerle ningún reproche por la tardanza, no quería empezar a discutir recién empezada la noche, pero parecía que él sí estaba dispuesto a ello.

—Estaba a punto de irme ya, podías haberme dicho desde arriba que bajabas, ¿no? no te costaba ningún esfuerzo hacerlo. Ya pensaba que no estabas.

Ella sintió como le hervía la sangre, pero se contuvo, aunque la compañía no fuera del todo de su agrado, quería salir y pasar una noche distraída.

—Es normal que tuvieras miedo de no encontrarme en casa después de más de una hora de retraso. —Lo dijo sin aspereza, con toda la calma que pudo acumular y esbozando una ligera sonrisa.

Él cambió el gestó irritado pues había intentado enfadarse para que ella no le echara en cara su retraso, pero parecía de buen humor. Definitivamente la noche se presentaba de lo más jugosa a pesar de conocer el carácter impredecible de Helena.

Hacía mucho tiempo que se conocían y él le había hecho varias insinuaciones, nada más que insinuaciones, pues no estaba acostumbrado a pedir nada, las mujeres se le rifaban como un objeto deseado, pero tenía interés precisamente por ésta porque nunca había demostrado inclinación hacia él y eso le contrariaba.

Cenaron en una pizzería del centro, no era la mejor cena de su vida, pero no estuvo mal, aunque el fresco y burbujeante vino ayudó a que todo se viera mejor de lo que era. Unas copas más en un lugar de moda y el baile de salsa con buena música le dieron a la noche un cálido final. Eso hasta la despedida. Ambos estaban eufóricos por el alcohol y el baile y unos besos apasionados

llevaron a la pareja a desear más. Subieron hasta el piso de Helena y allí, en mitad del pasillo, Sergio comenzó a desnudarla atropelladamente. Sus besos eran vehementes, casi salvajes algo que a Helena empezaba a molestar. Parecía tener demasiada prisa y no podía imaginar porqué, así que le apartó desconcertada y preguntó:

—¿Qué te pasa?

El sin dejar de meter sus narices entre su escote respondió:

—Nada, que me gustas demasiado.

Helena había perdido todo interés, los efectos del alcohol habían desaparecido y viendo el comportamiento de aquel hombre que le provocaba pocas sensaciones y las pocas que le provocaba eran desagradables, se apartó y explicó:

—Debes irte ya, es muy tarde y estoy muy cansada.

—¿Cómo?... ¿Irme ahora? Pero... ¿Tú ves como estoy?

Helena le veía, sí y cuanto más le miraba menos le gustaba lo que veía. Estaba encendido por el deseo y la rabia y sería muy difícil que se le pasaran ambas cosas en poco tiempo, pero a ella no le importaba, había decidido no seguir y no seguiría por mucho que le fastidiara a él.

—Lo siento Sergio, pero estoy demasiado cansada y además, no quiero seguir con esto porque sé que si lo hago, mañana me arrepentiré. ¿Lo entiendes verdad?

No, no lo entendía, pero a pesar de todo tuvo que marcharse, no sin antes gritar a aquella zorra que se había burlado de él sin compasión llamándola: Calientapollas.

Helena no se inmutó, la despedida le había dado los últimos datos que necesitaba de aquel tipo para quedarse con la certeza de que había hecho bien enviándolo a su casa.

Cerró el libro que leía y lo dejó caer en el suelo. Cerró los ojos para paliar el escozor. No tenía sueño, pero le pesaban los parpados. Apenas había dormido la noche anterior a causa de la pesadilla que había tenido y que se repetían casi cada noche desde hacía un año. Lo cierto es que debía hacer algo, pues al principio eran molestas, pero habían dado paso a un verdadero “problema”, como le llamaba su amiga María, al afectar a su vida diaria. No se concentraba en el trabajo y tampoco le apetecía salir de casa cuando tenía días libres. Se encontraba en un periodo apático en el que únicamente le apetecía leer y algún rato de tele, pero se aburría de estar en casa, aunque

tampoco se animaba a salir y cuando lo hacía, la mayoría de las veces se arrepentía, como lo había hecho la noche anterior con Sergio.

Agitó la cabeza para borrar el recuerdo de esa noche y se levantó del sofá con desgana. Eran más de las seis de la tarde, todavía quedaba mucho para la hora de la cena. La tarde se le estaba haciendo eternamente larga así que decidió salir a tomar un poco de aire fresco.

Al salir a la calle miró al cielo, unos grandes nubarrones de un gris plomizo y oscuro se acercaban por el norte. El ambiente era bochornoso y el ruido del tráfico amortiguaba los truenos que de vez en cuando resquebrajaban el cielo. Parecía que había elegido el mejor momento para salir. Pensó en una taza de chocolate caliente y se decidió a abandonar el portal.

Ya en la calle se dirigió hacia la zona de tiendas. Aunque odiaba ir de compras no le molestaba mirar escaparates mientras paseaba.

Repentinamente una fina lluvia hizo su aparición, aunque no le importó demasiado, así que continuó caminando por las calles atestadas de gente y de tráfico. Aceleró el paso para llegar a la cafetería antes que comenzara a llover más fuerte, pero súbitamente, y antes de llegar comenzó a llover con furia y a soplar un fuerte viento que volvía los paraguas del revés. De nada servían esos paraguas para la tormenta que acababa de estallar. Volvió a desandar lo andado, pero ésta vez con ligereza pues la lluvia le estaba calando y comenzaba a temblar de frío.

En el trayecto hacia la casa se cruzó con un San Bernardo. Estaba empapado por la lluvia. Le observó unos segundos y el perro se paró a su altura, la miró con sus grandes y nobles ojos color miel y se compadeció de él. Parecía abandonado y hambriento, pero no podía quedarse allí y no sabía qué hacer con él. Corrió hasta el semáforo y esperó temblando a que se pusiera verde, pero el perro la seguía sin apartarse de ella. Volvió a mirarle y sus grandes ojos almendrados le suplicaron ayuda, en ese momento pasó un coche a gran velocidad esparciendo el agua de un charco. Su falda resultó empapada de agua negruzca. No se había dado cuenta de que al pararse lo había hecho frente a un socavón lleno de agua. Helena profirió varios insultos contra el irresponsable conductor aunque sabía que aquel tipo no la oía, se miró. “estaba hecha un asco”. Ella sonrió con sarcasmo y marchó hacia su casa. Miró a su lado y vio que el perro continuaba tras ella.

—¿Qué te pasa, te has perdido? —El perro la miraba sin comprender—
No me entiendes y no es porque seas tonto, es porque yo soy boba. —El chuchó ladeó la cabeza al verla reír cosa que a Helena le hizo gracia y a pesar

de estar mojado le acarició su enorme y peluda cabeza y al hacerlo notó que entre el espeso pelaje mojado llevaba una correa con una medalla. Se agachó y leyó lo que había escrito.

“Trueno”

—¡Vaya! —Pensó Helena— “Un nombre muy apropiado para la ocasión” —Volvió a reír divertida. Había una dirección en la chapa— Menos mal que no vives muy lejos amigo. Ven, te llevaré a mi casa hasta que pare de llover.

La lluvia no amainaba y la acera era un caos de gente corriendo, otra refugiada bajo las cornisas de las fachadas y ella con un gran perro que ocupaba casi toda la acera, sorteando paraguas, chorros de agua de las canaletas y coches escupiendo agua chocolatada. Llegó a casa y respiró con fuerza como si hubiera mantenido todo ese tiempo la respiración.

Se desprendió de la ropa mojada de camino hacia el baño, se enrolló con una toalla y metió a su nuevo amigo en la bañera. No sabía cómo reaccionaría el perro con el baño, pero aún así se arriesgó y se sorprendió gratamente al ver que el animal saltaba solo a la bañera y disfrutaba del baño. Lo secó con el secador y le dio unos muslos de pollo que habían sobrado de la comida. El perro comió con avidez, pero sin quitarle la vista de encima mientras Helena se cambiaba de ropa y secaba su cabello después de la ducha.

Cuando los dos estaban preparados miró por la ventana; la tormenta había cesado. Cogió el coche y se dispuso a buscar al dueño del perro. Después de una tormenta el tráfico se hace insufrible así que el trayecto se alargó más de la cuenta. El perro sentado en el asiento de atrás, miraba por la ventanilla medio bajada como si fuera de paseo, se le veía muy habituado a esa clase de paseos. Helena sonrió. Le gustaban los animales si bien nunca había pensado en tener uno. Quizás no fuera mala idea adoptar una mascota, eso la salvaría de la soledad que sentía desde que vivía en la ciudad. Aunque un animal siempre te obliga a responsabilizarte de su salud y bien estar, ella tenía mucho tiempo para dedicárselo. Lo decidió sin más: iría a la protectora y adoptaría un gato o un perro, le era igual, ambos le gustaban así que elegiría el más necesitado de cariño.

Llegó a la dirección que indicada la chapa del collar, pero lo peor fue encontrar un aparcamiento y tampoco podía dejarlo en doble fila por si la grúa la dejaba sin coche. El perro ladró al ver su casa.

—Sí, ya sé que es ahí, pero ahora debemos encontrar un sitio donde

aparcar y no es tarea fácil, así que ten paciencia, ¿Vale?

Trueno pareció entender lo que ella le decía y se quedó sentado a la espera. Helena tuvo que dar varias vueltas a la manzana buscando y al final tuvo suerte y a la tercera vuelta encontró un hueco ajustado y con mucha dificultad pudo aparcar el coche.

Sudaba por el esfuerzo al salir del coche, pero allí estaba, lo había conseguido al final. Cogió a Trueno y se plantó delante del portal de la casa de éste, respiró profundamente y llamó al timbre.

Después de unos segundos una voz de hombre con acento extranjero le respondió:

—¿Quién es?

—¡Oiga! ¿Tiene usted un perro que se llama “Trueno”?

—Sí, sí ¿Lo ha encontrado?

—Lo tengo aquí mismo.

—Suba por favor, es el tercer piso.

Se oyó un chasquido y la puerta se abrió. Trueno reconoció la casa y entró rápidamente. Ladraba y movía la cola alegremente. Subieron en un antiguo ascensor centrado en el hueco de la escalera, con las rejas de hierro forjado y las puertas de un metal dorado tan bruñido por los años que parecían hechas de auténtico oro. El ascensor paró en el tercer piso y Helena abrió las puertas metálicas dejando salir a Trueno, que lo hizo de estampida hacia la puerta de su dueño que, en ese momento se abría. El perro se abalanzó sobre él y casi lo tiro de espaldas. Helena miraba la escena divertida. Observó al hombre detenidamente. Era alto y atlético, espalda ancha, pelo negro y facciones masculinas, la nariz clásica romana y las canas en sus sienas empezaban a hacer su aparición dándole un atractivo especial. Él levantó la cabeza para mirarla y sus ojos se clavaron en los de ella. Eran de un verde mar insultante, sintió un extraño azoramiento al ver que él la miraba de una forma penetrante, pero enseguida reaccionó cuando se dio cuenta de que le tendía la mano.

—Hola, soy Christopher Nicholson, y ¿A quién tengo el honor de dar las gracias por traer a mi perro?

—¡Oh! perdón, soy Helena Fernández, y no hace falta que me dé las gracias, ha sido un placer.

—Huele a recién bañado, ¿No me diga que le ha bañado y todo?... Pero, pase por favor, no se quede ahí en la puerta.

—Gracias. Le encontré empapado y hambriento, así que le llevé a casa

y...

—No sabe cuánto le agradezco las molestias que se ha tomado con él, ha sido muy amable por su parte.

—No me lo agradezca, lo hemos pasado muy bien los dos, me ha animado la tarde que se presentaba bastante aburrida.

—¿Le gustaría tomar algo? Tengo café recién hecho ¿Le apetece?

Helena no podía negarse. Aquel hombre le atraía, su mirada decía demasiado de él y la atrapaba como a una mosca en tela de araña, aceptó la taza de café que le ofrecía.

—No me gustaría molestarle. —Le dijo mientras él le cedía el paso para entrar.

—Por favor, no siempre tengo una visita tan agradable como la suya en ésta casa, y todo gracias a Trueno. ¿Eh, “pillín”, qué habrás hecho en toda la tarde? —El perro ladró y se fue detrás de su amo que se dirigía hacia la cocina.

Helena se sentó en el sofá, no sabía por qué, pero estaba nerviosa. Comenzó a observar los detalles de la decoración de la casa. Los cuadros eran de estilo impresionista y daban a la sala un toque de color y luminosidad y la hacían francamente agradable. La decoración era clásica combinada con estilo modernista, todo un atrevimiento, pero realmente resultaba agradable y original. Alcanzó a ver en la pared de enfrente una réplica de uno de los cuadros de Sorolla “La bata rosa” se acercó para apreciar mejor el cuadro y en ese momento entró él con una bandeja en las manos.

—¿Le gusta la pintura?

—¡Ah! sí, aunque entiendo poco del tema, sólo sé cuando un cuadro me gusta y cuando no; y estos me gustan, sobre todo éste de Sorolla.

—Es lo mismo que me pasa a mí con algunas cosas... ejem.. ejem.. — Helena sonrió desviando la mirada hacia otro sitio— Y bien, tiene que contarme cómo encontró a Trueno.

—En realidad no hay mucho que contar. Le encontré cuando volvía a casa, él estaba en la esquina de mi calle empapado por la lluvia. Comenzó a seguirme, sin saber muy bien por qué, así que le acaricié el cuello y descubrí la chapa con su nombre. Le llevé a casa, le bañé y le di algo de comer.

—Comprendo por qué no ha querido comerse su comida favorita.

—Pues esa ha sido toda nuestra odisea. —Declaró— ¿Cómo ha podido perderse Trueno?

—No hace mucho que vivimos en esta casa y salimos ésta mañana a dar

el paseo de siempre cuando nos cruzamos con un perro verdaderamente molesto, no hacía más que incordiarlo hasta que se cansó y fue a darle su merecido. Yo le seguí durante un buen trecho, pero al final los perdí de vista y me he pasado todo el día buscándolo. ¡Ah! Y puse un anuncio en el periódico ofreciendo una recompensa por este “granuja” me imagino que saldrá mañana en las páginas de anuncios del periódico, aunque no hace falta ya, pero la recompensa sigue en pie.

—¡Oh! no, no quiero recompensa alguna, no creo que el ayudar al prójimo deba recompensarse con dinero, es una obligación moral y el pago es la propia satisfacción de saberse útil —Helena sonrió un poco avergonzada— Creo que eso ha sonado demasiado pedante.

—Sí, un poco, pero en realidad es un pensamiento humanitario interesante.

Ella sonrió y le miró con timidez, él clavó sus verdes ojos en los de Helena. Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos que a ella le parecieron horas. Hacía tiempo que nadie la ponía tan nerviosa. Su mirada insistente la coartaba.

—¿Así que su proyecto para la tarde dice que era aburrido?

—Sí, bueno, en realidad no había tal proyecto. El proyecto era una taza de chocolate caliente, pero a mitad de camino comenzó la tormenta y tuve que volverme a casa y en ese tramo me encontré con Trueno.

—Creo que más bien fue Trueno quien la encontró a usted.

Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios y sus ojos chispeantes decían mucho más que su boca, hecho que a Helena la hacía sentir como una tímida colegiala. Sintió el rubor emergiendo hacia sus mejillas y deseó estar lejos de allí. A buen seguro él se daría cuenta de su sonrojo y pensaría que era una inexperta en las artes de la seducción. Temblando y con sensación de ovejilla perdida, se levantó para salir de allí lo antes posible.

—¿No me ira a decir que ya se va?

—Sí... Se ha hecho muy tarde, gracias por el café y me alegro de que haya encontrado a su perro. —Ahora se dirigió al perro— Espero que la próxima vez que te pierdas vengas a visitarme a mi casa ¿de acuerdo? —El perro ladró y comenzó a lamerla— Vale, vale, te he entendido perfectamente.

Se despidieron y él, le acompañó hasta la puerta, la abrió pero le impidió el paso a la calle.

—Helena, ¿Puedo llamarla así? —Ella asintió con un movimiento de cabeza— Bien, Helena ¿no me va a dejar su dirección por si Trueno se vuelve

a escapar poder llamarla? —Ella sonrió con ironía, abrió el bolso y sacó una tarjeta con su nombre y dirección— Espero que volvamos a vernos pronto y gracias de nuevo por devolverme a Trueno.

Helena miró su mano que él mantenía cogida sin intención de soltar y el tacto suave y cálido de su piel hizo que un escalofrío recorriera su espalda, se despidió apresuradamente de él y se marchó.

Cuando Christopher cerró la puerta tras ella, se quedó mirando a su perro y le habló como si fuera un amigo:

—Sabes Trueno, no sé si te habrás dado cuenta, pero es la mujer más bonita que he conocido y todo se lo debemos al perro estúpido de esta mañana. —El perro se quedó mirando con sus ojos bonachones sin entender lo que le decía su amo— Tengo que llamarla para quedar con ella algún día, estoy deseando volver a verla aunque a ella parece que no le he gustado mucho porque ha estado bastante fría, de todas formas lo intentaré.

Mientras Helena bajaba en el ascensor, pensaba en Christopher, en su mirada que la hacía temblar y que nadie hasta ese momento lo había conseguido. Pensó en sus labios sensuales que incitaban a ser besados «Dios mío, jamás me había pasado esto con ningún hombre». Se sentía avergonzada, se había comportado como una niña estúpida. Apenas había hablado (como si no supiera hacerlo). ¿Qué estaría pensando de ella? Bueno de todas formas no le volvería a ver más, pero... él le había pedido su dirección y teléfono, eso sería porque quería volver a verla o... ¿Solo lo había hecho por cortesía? Es una verdadera pena —Pensó y suspiró profundamente.

Mientras pensaba en lo ocurrido llegó a su casa, se cambió de ropa, y se tumbó en el sofá a leer el libro que había dejado sobre la mesa antes de su salida a la calle, pero no podía concentrarse, no podía apartar a Christopher de sus pensamientos, así hasta que se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

La mañana del domingo, Helena salía de la ducha cuando el teléfono sonó.

—¡Diga! —Al otro lado del auricular se oyó la voz de su amiga.

—¡Helena! ¿Dónde estuviste metida ayer que no pude localizarte en toda la tarde?

—Salí a dar un paseo.

—¡Vaya casualidad! ¿Y qué pasa con tu móvil, se te ha muerto o qué?

—Me lo deje en casa, estaba sin batería y se quedó enchufado, no esperaba ninguna llamada. —Miró el móvil y ahí estaba las cinco llamadas sin responder.

—Pues estuve llamándote para decirte que conseguí hablar con Florencio Peláez, le comenté tu caso y se mostró muy interesado, pero aunque no tiene tiempo le gustaría hablar contigo ¿qué te parece?

—Estupendo ¿cuándo sería el ir a hablar con él?

—El jueves a las ocho y media de la tarde. ¿Te va bien?

—Sí, de acuerdo María. Mañana nos vemos ¿vale?

—Bien, y ya me contarás cómo te fue con el cruasán. —Al otro lado de teléfono se escuchó la risa alegre de María— ¡Hasta mañana, cariño!

En cuanto colgó el teléfono se dirigió a la cocina a prepararse el desayuno. Tenía hambre pues la noche anterior no había cenado y su estómago comenzaba a rugir. Nada más dar el primer bocado a la tostada que acababa de prepararse volvió a sonar el teléfono, espero unos segundos y pensó en lo inoportuna que era su amiga. Descolgó el auricular sin mirar quien era.

—Sí, dime.

—¿Helena Fernández?

Cuando escuchó la voz masculina casi se atragantó.

—¿Sí? ¿Quién es? —Preguntó aunque sabía muy bien de quien se trataba. ¡Era él, Christopher! Se preguntaba para qué la llamaba. Las piernas empezaron a temblarle, no sabía cómo conseguía aquel hombre ponerla tan nerviosa, pero lo hacía.

—Buenos días, soy Christopher Nicholson. ¿Se acuerda de mí? Espero que sí. Perdona que la moleste, pero he pensado que como ayer no tuvimos tiempo de hablar y mi perro la echa de menos ¿qué le parece si la invito a comer con nosotros en mi casa, acepta? Claro que sería una comida sencilla. ¿Le apetece?

Helena no se lo podía creer, pensaba que no se acordaría de ella y ahí estaba, invitándola a comer en su casa.

—Señor Nicholson no sé si...

—Llámeme Christopher, por favor —La interrumpió— ¿Acaso tiene algún compromiso? Si es así lo sentiría mucho.

—¡Oh! no tengo nada urgente que hacer pero...

—Pues entonces no se hable más, la espero a las doce y media. Diga... ¿Le gusta el Rost beef?

—Sí, me encanta si está poco hecho.

—Bien pues hasta dentro de un rato, pero que no sea demasiado largo, ¿de acuerdo?

—Está bien, hasta ahora, Christopher.

Colgó el auricular y quedó pensativa. No quería darle demasiada importancia a la invitación, pero tampoco podía evitar el hormigueo que le subía desde la boca del estómago hacia arriba.

No, no era una invitación cualquiera y ella lo sabía. Había despertado su interés al igual que ella también se interesaba por él. Se daba cuenta de que Christopher no era un hombre más de los que habían entrado en su vida sin pena ni gloria, había algo en él que le producía multiplicidad de sensaciones desde el mismo momento que lo vio allí saludando a su perro.

Christopher era un hombre especial que había llegado a su vida en el momento más oportuno y su intuición no fallaba, sólo había que esperar a ver el interés que pudiera tener él por ella y esa comida podría ser reveladora en ese sentido.

Estaba en un momento de su vida en el que ya no necesitaba encuentros sexuales esporádicos, eso le creaba frustración y tampoco quería una relación seria, no quería sentir las ataduras de una relación formal, pero se sentía sola y vacía. Necesitaba ilusión, necesitaba sentir algo, necesitaba amar, pero no a cualquiera. Echaba de menos ese sentimiento, a pesar de no haberlo sentido nunca hasta ese momento con intensidad, pero lo que había sentido desde que viera a Christopher la estaba haciendo revivir y sabía que se estaba precipitando.

Posiblemente no llegaría a nada, pero el simple hecho de saber que volvería a verle hacía que su estómago se contrajera por la emoción.

Siguió desayunando, pero se le había quitado el apetito, se tomó la taza de café sin dejar de pensar en Christopher. Se sintió viva como hacía tiempo que no se sentía.

Se dirigió a la habitación para elegir un bonito vestido, quería estar atractiva para él. Se quitó la toalla de la cabeza y una melena de pelo castaño rojizo calló sobre sus hombros. Se miró al espejo y se preguntó por qué se habría molestado en llamarla si ella no era lo que se dice una hermosa mujer, sino más bien de las normales y su forma de comportarse la noche anterior no había sido muy brillante. Christopher la cohibía, no sabía si por su madurez, (pues aparentaba unos treinta y cinco años más o menos) o por esa mirada insistente que parecía taladrarla e introducirse en lo más recóndito de su ser.

De todas formas fuese por lo que fuera, la había llamado y ella se iba a

arriesgar porque le atraía demasiado para rechazarlo.

Cuando llegó a la puerta, apretó el timbre y respiró profundamente. La puerta se abrió, entró y tomó el ascensor. A medida que subía, los nervios iban aumentando y las ganas de salir corriendo no la dejaban pensar. Cuando el ascensor se detuvo en el tercer piso, Christopher estaba en el umbral de la puerta esperándola con Trueno.

El perro fue corriendo hacia ella y le dio la bienvenida con toda clase de demostraciones. Christopher la miraba sin decir nada, apoyado en el dintel de la puerta, con un delantal alrededor de su cintura, estaba realmente simpático y el detalle le quitó un poco de formalidad a la visita, haciendo que Helena se relajara un poco.

Se acercó hacia él y le tendió la mano para saludarlo, él le cogió la mano entre las suyas sin dejar de mirarla.

—Estás realmente preciosa—Le dijo sin apartar su mirada de ella— hasta Trueno se ha dado cuenta de ello —Mientras le decía esto seguía sin soltar su mano. Ella no sabía cómo escapar de su presión, él contacto de sus manos la turbaba. Por fin la soltó y la hizo pasar, cerró la puerta y la invito a tomar asiento— Tenía miedo de que a última hora rechazaras mi invitación.

—Bueno, lo cierto es que no lo tenía muy claro, pero gracias de todas formas por invitarme. ¿Quieres que te ayude a hacer algo?

—No, tranquila, sítete algo para beber y ponme a mí lo mismo, por favor.

—¿Vino?

—Sí, en la nevera lo encontrarás.

Helena abrió la nevera y se sorprendió al verla tan vacía, sólo dos botellas de vino, dos de cava, leche y poco más, era evidente que no solía comer en casa, pero... ¿Entonces por qué la había invitado a comer allí? Helena sintió una especie de cosquilleo en el estómago y sonrió para sus adentros. Seguramente a él también le había pasado lo mismo que a ella, por eso la había llamado tan pronto, tendría miedo de que ella se olvidara de él.

Sirvió dos copas de vino y le acercó una a Christopher, él la cogió y la levantó para brindar.

—Por nosotros y por la comida, que por lo menos sea comestible. — bebió un sorbo y ella hizo lo mismo sin dejar de mirarle. Le atraía aquel hombre, no sólo porque era atractivo, había algo en el que la hacía vibrar. Tan

sólo con un pequeño roce de su piel, su estómago se encogía. Quizá estaba demasiado tiempo sola y esa soledad hacía que su exigencia para con los hombres hubiera bajado el listón, pero no lo creía posible. Aquel hombre era diferente a todos los demás, conseguía con una sola mirada hacerla perder la seguridad en sí misma, las palabras se negaban a salir como ella intentaba articularlas y su voluntad se volvía débil o se escondía en algún lugar remoto.

Andaría con pies de plomo con él, no quería que la creyera una conquista fácil pues se veía un hombre experimentado, aunque Helena no era ninguna pusilánime estaba segura de que él lo pensaba.

Era obvio que también se había sentido cautivado por ella, pero debía averiguar hasta que punto.

Miró el horno donde se asaba un grueso trozo de ternera con jugos y especias. Tenía buen aspecto y le parecía extraño que un hombre como el conociera los misterios de la cocina.

—¿Sabes cocinar o esto te lo ha preparado alguien?

Él lanzó una carcajada y bebió un trago de vino.

—No soy un maestro, pero me defiendo en la cocina. He tenido que aprender a la fuerza, me gusta ir poco a los restaurantes porque prefiero la comida casera. Lo malo es que con mi trabajo no tengo demasiado tiempo de hacerme la comida, así que de vez en cuando me cocino para dos o tres días. Como ves, soy un mediocre amo de casa.

—Yo no lo considero así. —Le sonrió provocativa y bebió un sorbo de vino, él quiso acercarse, pero ella se alejó intencionadamente intentando interesarse por el asado. Christopher la deseó en ese instante, pero controló su instinto de cogerla por sorpresa y besarla.

La comida era deliciosa y el vino entraba suave. Christopher sirvió más vino en las copas.

—No deberías ponerme más, empiezo a estar mareada. —Dijo dándose aire con el abanico— Como siga así me vas a tener que llevar a casa.

—Por mí no hay ningún problema incluso te puedes quedar a dormir en mi cama. —Ella le miró sorprendida. El inmediatamente rectificó— No te asustes, yo dormiría en el sofá, pero por tu expresión veo que no te hace mucha gracia. —Helena sonrió irónica— Oye... no te lo decía en serio. ¿No te habrás enfadado conmigo verdad? —Le cogió la mano y se la acarició— Cuando me conozcas bien te darás cuenta de que soy bastante bromista.

Sabía que había sido una broma, pero tampoco hubiera pasado nada de

haberlo dicho en serio. La realidad era que si él se lo proponía, no tendría suficientes fuerzas para negarse. Notó el contacto de su mano y se sintió incapaz de apartarla, tampoco se atrevió a dar un paso que le demostrara a él que quería algo más, así que retiró la mano de la mesa y cogió la copa para beber.

—Dime, ¿Por qué los ingleses cuando bebéis conserváis siempre la cabeza fría? ¿Porque... eres inglés no?

—Pues sí, soy inglés nacido en Stockport, un pueblecito de Manchester, al norte de Inglaterra y llevó aquí diez años, pero por muchos años que viva en esta bendita tierra, jamás entenderé que pasa por las cabecitas de las mujeres españolas.

Helena le miró sin entender a que se refería.

—¿Quieres decir que no entiendes el carácter español?

—No, a quien no entiendo es a las españolas. Crees en un momento determinado que van a hacer algo y... de repente te salen con todo lo contrario.

Helena se dio por aludida, notó inmediatamente que se ruborizaba, no pensó que fuera tan evidente la atracción que sentía por él, una falsa mojigatería la estaba haciendo perder una oportunidad que quizá no se le volvería a presentar, entre otras cosas porque Christopher no volvería a llamarla en ninguna otra ocasión después del éxito de esta noche. Tenía razón él al hablar de la mujer española, aunque las mujeres en la actualidad se comportaban más desinhibidas, no era su caso. Helena había sido educada a la vieja usanza y no practicaba el sexo con cualquiera. Necesitaba sentir algo por el hombre con el que hiciera el amor... de eso se trataba, de hacer el amor, no sólo de una relación sexual. El sexo por sí sólo le parecía frío y una de las formas más toscas de apaciguar los instintos más primarios del individuo.

Aún teniendo todos los componentes que necesitaba para una relación sexual, atracción física, sexual y afinidad en varios aspectos, no era una mujer lanzada, más bien era retraída y siempre esperaba que el primer paso lo diera él. Entonces Christopher tenía razón, ese comportamiento era típico de la mujer española debido a la educación, aunque ya todo eso estaba cambiando con la nueva sociedad demócrata, la liberación de los prejuicios y la emancipación de la mujer, se estaba llegando a un punto que la mujer actuaba como el hombre y el hombre como...

—¿No será que no las conoces lo suficiente? —Repuso a la defensiva.

—Puede que tengas razón, pero después de ocho años de convivencia con una española me parece un poco difícil que no llegue a conoceros.

Fue como un jarro de agua fría lo que sintió Helena, en aquel momento no se atrevía a preguntar, pero debía salir inmediatamente de la duda, así que lo soltó.

—¿Estás casado? —Dijo temiendo la respuesta.

—Lo estuve. —Contestó con satisfacción al observar su gesto preocupado— Estoy separado desde hace dos años.

Christopher se había sentido atraído por Helena desde que la viera en la puerta del ascensor, pero ahora no era una simple atracción lo que sentía, y más al comprobar que ella le estaba pasando lo mismo, ya que Helena era como un libro abierto. Percibía los esfuerzos que ella realizaba para rechazarlo y eso le hacía sentirse más atraído por la joven.

—Lo siento. —Christopher vio en sus ojos una chispa de satisfacción y sabía que mentía.

—No, no lo sientas. Nuestro matrimonio no podía durar mucho porque yo soy muy hogareño, ansío tener una esposa, unos hijos y una bonita casa la cual compartir con mi esposa, soy demasiado clásico en ese aspecto. Silvia, mi ex, es todo lo contrario; a ella le gusta su trabajo de reportera y se pasa meses sin estar en casa, recorre el mundo entero haciendo reportajes para la televisión. Los hijos estaban completamente descartados y yo me sentía solo, así que decidimos dejarlo y hacer cada uno nuestra vida por separado.

—¿Engañabas a tu mujer?

Él la miró con sorpresa, le parecía una pregunta atrevida y demasiado íntima, pero aún así respondió:

—No, jamás lo hice aunque no me faltaban ocasiones. Por el trabajo que desarrollo conozco a muchas mujeres, pero lo cierto es que no tenía ganas de complicarme la vida.

—Se me hace bastante difícil creer lo que me dices. —Le dijo sinceramente.

—Lo sé, pero es así. No tengo porqué mentirte.

—¿A qué te dedicas?

—Soy psiquiatra y tengo consulta en el centro de la ciudad. Y a propósito ¿Por qué me has preguntado si engañaba a mi mujer?

—No sé, tienes cierto aire de Donjuán y como has dicho que ella pasaba meses fuera de casa, no sé pero... Es lo natural, ¿No crees?

—Sí, sería lo natural pero no en mí. Soy hombre de una sola mujer, —La miró con picardía— naturalmente cuando estoy con una... si no, pues... soy

para todas.

Él se echó a reír mientras apuraba la copa de vino, una vez lo hubo hecho, la dejó en la mesa y miró inquisitivo.

—¿Y qué me dice de usted señorita? Creo que ya es hora de que me cuentes algo de ti, por ejemplo. ¿Estás casada o tienes novio? —Sonrió al hacerle la pregunta pues sabía ya la respuesta, de todas formas esperó a que ella contestara mientras él miraba y observaba disimuladamente todos los detalles de su anatomía que fueran visibles.

Se fijó en su cuello blanco y suave, en sus orejas pequeñas, en sus labios de un rojo excitante, no demasiado gruesos, con una línea muy definida haciéndolos rayar en la perfección. Los ojos oscuros, casi negros hacían su mirada cálida y seductora.

Sintió deseos de besarla, de saborear aquella boca incitante y deliciosa, casi le era imposible contenerse y no lanzarse sobre ella como un lobo se lanza sobre su presa —Demasiado tiempo sin sexo— Pensó sonriendo en su interior. Suponía que no podría contenerse durante mucho tiempo, así que deseo en aquel momento que se marchara. Repentinamente oyó que decía.

—¿Te encuentras mal?

—Creo que tenías razón, yo también he bebido demasiado vino. Pero sigue ¿Me estabas diciendo que trabajas en la biblioteca, no?

Helena percibía el deseo en aquella mirada fija sobre sus labios y pensó que había llegado la hora de la retirada, si quedaba así, a pesar de su deseo de ser besada, él querría volver a verla pronto. Una batalla ganada y la satisfacción de sentirse deseada por aquel seductor.

—Sí, pero creo que es hora ya de irme, —Anunció satisfecha— casi se ha hecho de noche y mañana es día de trabajo.

Se levantaron de la mesa y él preguntó si podía volver a llamarla la siguiente semana, ella aceptó y salió de su casa como si hubiera adivinado los pensamientos de él. "Has ganado esta batalla, pero yo ganaré la guerra"

Helena se metió en la cama y se abrazó a la almohada, le hubiera encantado que fuera Christopher. Deseaba volver a verlo más que nada, se sintió un poco avergonzada de su comportamiento. Actuaba como una adolescente intentando conquistar al chico que le gusta, pero realmente él le gustaba y mucho.

Cuando estaba con Christopher sentía tantas sensaciones contradictorias

que su cuerpo no obedecía a su mente, perdía el control de sí misma y él se daba cuenta, por eso la miraba con esa insistencia y ella se sentía como un microbio bajo un microscopio; sin embargo, el muy estúpido ni tan siquiera la había intentado besar y eso le parecía extraño en un hombre, pero aún así sabía que él la deseaba, lo había visto en su mirada mientras ella hablaba, él la escuchaba sin apartar los ojos de sus labios.

Imaginó como besaría. Estaba segura de que le iban a gustar sus besos. Le gustaba su boca, era apetitosa y sensual con una dentadura limpia y bien alineada y sus labios varoniles envueltos en un rictus sarcástico que le daba cierto aire perverso.

El sueño invadió su cuerpo mientras pensaba en los atractivos labios de Christopher. Se dejó arrastrar por aquella placentera sensación, sumergiéndose en un profundo sueño.

Cuando despertó estaba bañada en sudor, sentía un dolor agudo por todo el cuerpo como si la hubieran golpeado con un palo. Estaba muy asustada y comenzó a llorar ahogadamente. Había tenido otra de sus habituales pesadillas, sin embargo, en esta ocasión había resultado angustiosa.

La misma muchacha que aparecía en todas sus pesadillas pedía ayuda mientras la asesinaban sin piedad. No era ella, su rostro era distinto, pero Helena experimentaba el dolor como si se lo infringieran a ella misma. Estaba desconcertada. Era como si los sentimientos de otra persona se hubieran instalado en su cuerpo y el resultado había sido que no sabía exactamente quién era.

Un nombre le acudía con insistencia a su mente al despertar. Susan... Susan... continuamente, una y otra vez ¡Dios mío, me voy a volver loca! Apoyó la cabeza entre las rodillas y la apretó fuertemente con las manos para dejar de oír las palabras, pero las voces no sólo no desaparecían, sino que repetían una y otra vez. “¡Mi hijo, Dios mío, protege a mi hijo!”. Helena se cogió el vientre como si guardara en él un gran tesoro.

Se levantó de la cama sin apartar las manos de su abdomen, no sabía por qué corría hacia el aseo, algo la arrastraba hacía allí, había perdido el control de sí misma. Se encontró frente al cristal reflejada, no era ella exactamente, tenía un gran parecido, pero era otra mujer; era la mujer de sus pesadillas. Alargó la mano para tocar la imagen del espejo como si creyera que otra persona se había colocado delante de ella, y casi estaba segura de que al tocar con sus dedos tocaría una piel suave y caliente, pero no fue así, sus dedos

rozaron el cristal duro y helado. Al contacto sintió un escalofrío como si hubiera tocado la mismísima muerte. El espejismo desapareció y Helena cayó como una marioneta desmadejada en el frío suelo.

No sabía cuánto tiempo había estado tirada en el suelo del baño, pero al despertar estaba entumecida por la mala posición que había cogido al caer. Recordó qué la había llevado hasta allí y se estremeció aterrada. Poco a poco fue levantándose, apoyándose en el lavabo y se volvió a mirar en el espejo esperando ver el espectro, pero esta vez era ella misma con una cara tan pálida como el espectro que un rato antes se reflejara con su imagen. Se acurrucó en el suelo, temblando asustada recordando la siniestra visión.

Capítulo IV

La semana transcurrió más o menos con normalidad con lo que respecta a su trabajo, no así su ánimo, cada día le costaba levantarse por la mañana después de una noche agitada.

Helena no había tenido noticias de Christopher, pero no había dejado de pensar en él en ningún momento.

El jueves por la tarde al terminar en el trabajo, ella y su amiga María se dirigieron a la casa de Florencio Peláez, el escritor.

Helena se sentía un poco ridícula por esa visita, pero después de la experiencia de esa semana estaba dispuesta a cualquier cosa.

Encontraron la casa sin ninguna dificultad. Aunque habían tenido que salir de la ciudad, Algemesí, el pueblo donde vivía Peláez, no estaba muy lejos de ella.

La casa que en realidad era una masía construida a principios del siglo XX, se alzaba al final de un largo sendero bordeado de naranjos en un valle cercano al mar. Desde la llanura se divisaba el Macizo del Montgó, con su majestuosa silueta entrando en el mar. El aire allí era más húmedo de lo normal, pero la brisa era fresca y traía el olor del mar.

Entraron con el coche hasta una zona de aparcamiento delimitado por unos macizos de rosales que se encontraban a la derecha de la casa. Al cruzar el macizo de rosas, el olor dulzón de las flores llenaba el aire mezclado con el olor del mar; a Helena le recordó el jardín de su casa siempre lleno de flores de todas las variedades, pues su madre era una excelente jardinera y cuidaba con mucho esmero el diminuto jardín.

Cuando subían los escalones del porche la puerta de la casa se abrió, dejando ver la figura del dueño. El hombre aparentaba unos cincuenta años, lucía una importante calvicie que él contrarrestaba con una poblada barba canosa. Su cuerpo era atlético como el de un muchacho, pero su rostro reflejaba la sabiduría y experiencia de un anciano.

Antes de que ellas dijeran nada, él se presentó:

—Hola, soy Florencio. Me imagino que ustedes son...

—Buenas tardes, soy María Barnes y esta es mi amiga Helena Fernández
—Dijo alargando la mano para saludarle—Perdone si le molestamos...

El hombre hizo un gesto negativo con la mano y las invitó a pasar dentro.

—Si le dije que vinieran fue porque el caso de Helena me interesó —
Dijo señalándola con el dedo— y me complacería que ella misma me lo
contará con todo detalle. Siéntense, por favor, e inmediatamente les serviré
una taza de café, si gustan.

Florencio Peláez les indicó los asientos. Dos grandes sofás de piel
negros de tres plazas, en el centro, una gran mesa redonda de madera de nogal
con diversos cuencos de cristal conteniendo cada uno de ellos una pequeña
cantidad de especias aromáticas que impregnaban el ambiente de un aroma
especialmente mágico.

Cuando hubo servido el café, miró a Helena con gesto interrogante.

—Cuando quiera puede empezar, la escuchó atentamente.

Helena carraspeó sin saber por dónde empezar, le parecía ridículo todo
aquello. Había querido complacer a María y ahora no podía volverse atrás,
pero por muchas vueltas que le daba, era incapaz de comenzar a contarle a
aquel extraño un sueño que, a buen seguro al escucharlo, le parecería absurdo
y sin la menor importancia; si bien para ella sí la tenía.

—Bien, Helena, ya sé que es difícil para usted contarme algo tan íntimo
—Dijo respetuoso sabiendo lo difícil que era comenzar a narrar un tema tan
escabroso y añadió— Sé que piensa que soy un charlatán como la mayoría de
espiritistas que pululan por ahí. No la voy a convencer de lo contrario, ni le
voy a prometer que la ayudaré con sus pesadillas. Sólo le voy a pedir que
confíe en mí, creo que en algo la podré ayudar. Por lo menos a aclararle las
ideas. —Aguardo unos minutos a que Helena comenzara, pero a juzgar por su
sonrisa nerviosa supo que no lo haría sin su ayuda— Bien, dígame como
empezó, si lo recuerda claro. ¿Qué edad tenía?

Helena vaciló unos segundos antes de contestar.

—Comenzó alrededor de los veintidós años, no estoy muy segura, pero
no había sucedido nada especial en mi vida.

—¿Recuerda como fueron sus primeras pesadillas?

—Sí, claro que lo recuerdo, siempre son las mismas aunque cada vez se
va añadiendo en ellas algo distinto. Pequeños detalles que pasaban
inadvertidos en el anterior sueño.

—¿La historia es coherente o le cuesta entenderla al despertar?

—Sí, lo es. Por desgracia se entiende perfectamente. —Dijo afligida—

Siempre empieza de la misma forma, entro en algún lugar umbroso donde sólo se divisan las sombras. Percibo un desagradable olor a sangre y siento a mí alrededor una presencia humana. El frío de la muerte se alberga en cada rincón del lugar y esa presencia sin rostro sosteniendo un enorme cuchillo se lanza sobre mí hiriéndome mortalmente. —María comprendía lo mal que su amiga lo estaba pasando y le cogió las manos en un gesto de ánimo; estaban heladas y su pálido rostro estaba perlado por múltiples gotitas de sudor— Lo más extraño de todo es que en el sueño, no soy yo. O sea, la persona que sufre y asesinan no soy yo aunque sienta como mío su sufrimiento y además, el último de esos sueños ha sido el más aterrador de todos. —Helena hizo una pausa y observo a María, ésta la miraba expectante.

—¿Qué pudo ser más terrible que lo que me ha contado hasta ahora?

—El hecho de que en él estuviera embarazada y que una vez despierta, o al menos creí estarlo, algo me empujó a ir hacia el espejo y al mirarme viera reflejada la imagen de esa persona y no la mía.

El silencio se hizo intenso en la sala. María experimentó una sensación de desazón, al observar el rostro contraído de Helena. Sabía que la experiencia que estaba sufriendo era más de lo que sus fuerzas podrían soportar. De buena gana se hubiera cambiado por ella en aquel momento, pero sólo se quedaba en eso, un deseo. Le besó las manos, seguían frías como la muerte a pesar del calor de la habitación.

Florencio Peláez dejó su taza sobre la mesa y rompiendo el silencio dijo:

—Ahora le voy a explicar por qué me interesaba su caso sin saber casi nada de él. —Hizo una pausa durante la cual se levantó del asiento en el que había permanecido sentado— Cuando María me contó la clase de pesadillas que tenía, enseguida pensé en mensajes del subconsciente, pero no estaba muy convencido. Más tarde reflexionando detenidamente, me convencí de que esos mensajes se los estaba mandando alguien del exterior, por eso me interesó el caso. Ahora estoy seguro. Según su experiencia de esta semana, esa mujer la está tomando como puente entre la muerte y la vida. —Helena dio un respingo al oírlo. El hombre la tranquilizó inmediatamente— No debe temer nada, es algo que debe asumir, no todo el mundo tiene ese tipo de experiencias. La mujer de su sueño le está pidiendo ayuda y si usted quiere la puede ayudar.

—¿Ayuda? ¿Pero si está muerta cómo puedo ayudarla? ¿Y qué he hecho yo para que alguien del otro lado me pida ayuda?

Florencio Peláez sonrió afable.

—Helena, no crea que su caso sea único en la historia, no, ni mucho menos. A lo largo de ella ha habido grandes crímenes de todo tipo, pasionales, por el poder, envidia, etc, etc. Algunos se descubrieron, pero la gran mayoría de ellos jamás lo hicieron. Es lo que se llama: el asesinato perfecto, y así hubieran sido algunos de ellos si las víctimas no hubieran contactado con personas ajenas a ellas, posibilitando a la policía descubrir al asesino.

Lo que le está pasando, a usted es lo mismo; un crimen sin resolver. Y hasta que no se descubra quien la mató, esa muchacha no descansara en paz.

María fue a protestar, pero Helena se le adelantó.

—¿Cómo podemos averiguar quién es ella? —Preguntó decidida—
¿Con hipnosis o algo parecido?

—Necesariamente hipnosis —Apuntó él— no se podría saber de ninguna otra manera. En su subconsciente hay más información guardada que no puede salir a la luz por mucho esfuerzo que haga por recordar, si no es sometida a una o varias sesiones de hipnosis.

—¿Y por supuesto lo haría usted? —Añadió rápidamente María mirando de soslayo a su amiga.

—Yo o cualquier otro profesional. Eso lo tiene que decidir Helena. — Se dirigió a ella tomándola del hombro— Sé que no va a ser fácil, pero decida lo que decida la apoyaré, y siempre que me necesite ya sabe dónde encontrarme.

—Le dijo con sinceridad.

Helena le prometió que lo pensaría y le llamaría para contarle lo que hubiera decidido.

Salieron de la casa y el aire de la noche hizo que a Helena se le erizara el vello. No hacía frío, pero un halo de misterio rodeaba la casa, algo que al llegar les había pasado desapercibido, o era por lo que ahora sabía y antes no. De cualquier forma la villa ahora con el manto de la noche cubriéndola parecía distinta.

Subieron al coche y se enfilaron por el sendero hacia la salida. Daba la sensación que las ramas de los naranjos antes tan verdes y hermosos, ahora parecían brazos fantasmagóricos que se lanzaban en un vano intento de atrapar el vehículo. Helena miró a su amiga por si ella sentía lo mismo y la mirada que le devolvió le corroboró que así era.

Al salir a la carretera de circunvalación las dos suspiraron estrepitosamente como si hubieran estado aguantando la respiración durante todo el trayecto desde la casa, e inmediatamente comenzaron a reír

simultáneamente al darse cuenta de que las dos habían sentido un temor injustificado.

—Vaya chica, no sé si voy a poder dormir esta noche —Dijo poniéndose la mano en el corazón— Te juro que estoy muerta de miedo.

—¿A mí me lo dices? Soy yo la que tiene las pesadillas ¿recuerdas?

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé todavía, la verdad es que me da un poco de miedo.

—Pues no pienses ahora en ello, tienes mucho tiempo por delante. Ah, y hablando de tiempo. ¿Te vienes el sábado a la playa con nosotros?

—No me gusta ir de carabina, —Dijo Helena rotunda— pero de todas formas te lo agradezco.

—¡De carabina! ¡No digas tonterías! si pensáramos así no te lo hubiera dicho. ¡Bah!... decídetes, te lo pasaras bien.

—De acuerdo, iré —Dijo mientras paraba el coche en la acera de la casa.

María bajó del coche y por la ventanilla le dijo:

—A las nueve en punto pasaremos a por ti, y procura estar preparada porque nos vamos a Benidorm.

¡Hasta mañana!

—¡Estupendo, hasta mañana!

María se alejó en dirección a su casa y el móvil de Helena empezó a sonar justo al pisar el acelerador para salir. La llamada era desconocida, pero aún así descolgó.

La voz que sonó al otro lado le oprimió el estómago.

—¿Te pillo en buen momento?

—Oh, Christopher, sí... bueno, estoy en el coche... —Helena titubeó.

—¿En dirección...?

—A casa...

—¿Te apetece tomar una copa conmigo?

Helena dudó unos segundos, deseaba verle, pero no parecía el mejor momento para quedar con él.

—Lo siento, pero es que aún no he cenado... —Se excusó.

—Ah, estupendo, entonces tomamos unas copas y algo para picar, ¿te vale? Yo tampoco he cenado.

—Bueno, no sé... yo... —Christopher se lo estaba poniendo difícil, la ponía en un dilema, pues su cabeza decía que no y su corazón rabiaba por decir que sí— Está bien, ¿Dónde estás tú? Yo estoy en el centro,

concretamente en la calle de Ruzafa, voy a salir a La Gran Vía.

—Bien, espérame por La Gran Vía en cuanto puedas aparcar, cuando llegue yo te llamo, por ahí hay un buen restaurante y podemos tomar algo.

Así quedaron y pocos minutos después se encontraron. Christopher caminaba ágil mirando a todos lados, al verla apoyada en la pared se le iluminó el rostro. Vestía una chaqueta de hilo fina y pantalón color chocolate con camisa rosa, en la mano portaba un maletín, estaba extremadamente atractivo y Helena sintió las mariposas revolotear por su estomago.

Al llegar junto a ella no sabían muy bien cuál debía ser el saludo. La mano, demasiado formal, un beso era demasiada confianza... al final optaron ambos por dos besos en la mejilla. Él percibió el agradable aroma de su perfume y la suavidad de su blanca piel y le pareció un roce demasiado leve. Deseó más.

—¿Qué hacías por aquí sola y sin cenar?

—Acababa de dejar a una amiga en su casa.

—¿Habéis ido a cenar y os habéis enfadado?

Helena rio divertida.

—No, me ha acompañado a ver a una persona y luego la he dejado en su casa.

—Una persona, o sea, que no era un amigo...

—No, no lo era. —Respondió tajante.

—Si crees que me excedo preguntando me lo dices. —Sonrió con gesto inocente.

—Pues sí, creo que preguntas demasiado.

—Es que me intereso por ti, tú eres muy reservada y cuentas poco de ti, además, es deformación profesional. En fin... si no quieres contarme nada sobre tu vida hablaremos del trabajo. —Christopher sonrió sarcástico.

—¿En realidad que quieres saber de mi vida?

Se habían sentado en la terraza del restaurante donde una brisa agradable de finales de primavera traía aromas de azahar. El camarero los interrumpió y la pregunta quedó en el aire.

Al quedar de nuevo a solas Christopher respondió:

—Creo que es mejor que me cuentes tú lo que creas conveniente cuando te apetezca.

—Eso está mejor, sin presiones las cosas van saliendo por sí solas. — Helena le regaló una espléndida sonrisa.

—¿Cómo es que no has cenado tú tampoco? ¿Es muy tarde para un

inglés, no?

—Sí, lo es, pero yo tengo un horario un poco anormal y ceno cuando puedo, además, hay un refrán español que dice, “donde fueres haz lo que vieres” ¿no es así?

—Exactamente así es.

—¿Has estado tú alguna vez en mi país?

—Sí, varias veces, estuve allí una temporada grande, soy licenciada en filología inglesa. También trabajé unos meses en Londres, pero me costó adaptarme y me volví cuando mi amiga María me ofreció la oportunidad de trabajar con ella, no lo pensé dos veces...

—¿Significa eso que no te gustó?

—Oh, sí, claro que me gustó, pero las costumbres son tan diferentes y tampoco había nada que me retuviera allí.

—¿Ni un amigo siquiera?

—Algún conocido, pero nada más.

—¿No te gusta el carácter inglés?

Helena miró al camarero que traía la cerveza y algunas tapas y luego sonrió a Christopher con resignación.

—Mi problema no es el carácter inglés, si fuera así aquí no estaría sola.

—Estás conmigo.

Helena soltó una carcajada.

—Qué paradoja tiene el destino, ¿No crees?

—Sí, le estoy muy agradecido al destino por haberte puesto en mi camino.

—Creo que te precipitas al decir eso, tal vez algún día te arrepientas de haberme conocido.

—¿Eres una psicópata asesina o algo por el estilo? —Helena volvió a reír.

—No que yo sepa.

—Hablando en serio, no sé qué pasará entre nosotros en un futuro, si seremos víctima y asesino o viceversa, o un dúo cantante de spanglish, pero sea como sea, el conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Helena se sonrojó y bajó la mirada centrándola en la jarra de cerveza para que él no notara su turbación.

El afecto que iba naciendo en ella por aquel hombre marchaba galopando sin detenerse a repostar. Le asustaba, pues el miedo a no ser

correspondida la desestabilizaba, no era un sentimiento habitual para ella. Jamás lo había percibido de aquel modo y había empezado a sufrir las consecuencias de aquel amor inseguro.

Se despidieron, pero él ni siquiera intentó besarla aunque ella tampoco le dio pie para hacerlo. Los dos lo deseaban y a la vez, ambos lo evitaban como si tuvieran miedo de que aquello que estaban sintiendo se desbordara. Luego venía el arrepentimiento por parte de ambos, pero ya era tarde y tan solo les quedaba una sensación de fracaso.

Capítulo V

Al salir del trabajo Helena fue paseando hasta su casa. Era viernes y la tarde era agradable; el sol al ponerse dejaba una estela de rayos rojizos que pintaba casi por completo el cielo. Había mucha gente en la calle disfrutando de aquel hermoso atardecer, sobre todo parejas de novios, una de ellas se besaba sin importarle las miradas de los demás; ella sonrió y desvió la mirada hacia otro lado. En ese momento vio que un hombre la observaba, agachó la cabeza y reanudó la marcha más rápida, el hombre comenzó a caminar tras ella. Helena no quería mirar, pero sabía que el hombre la seguía. Aligeró más el paso y llegó hasta la puerta del portal donde vivía, sacó la llave y abrió rápidamente. Al ir a cerrar noto una presión en la hoja de madera. Se asustó al ver la punta del zapato de un hombre en el hueco de la puerta. Sintió pánico y empujó la puerta con todas sus fuerzas. En ese momento oyó una voz conocida.

—¡Helena soy Christopher!

Ella sintió tanta alegría que al abrir la puerta se lanzó en sus brazos.

—Vaya, no sabía que te alegraras tanto de verme.

—No, no es eso, es que estaba asustada. —Aclaró mientras se apartaba de él.

—Siento mucho haberte asustado, pero más siento que no te alegres de verme.

—Naturalmente que me alegro. Y a propósito ¿Qué haces tú aquí?

—Pues, estaba en el coche esperándote y al verte vine corriendo detrás de ti, no pensaba que te asustarías, pero de todas formas me ha gustado el abrazo que me has dado. Un poco corto, pero agradable.

Ella se ruborizó pues también le había parecido más que agradable, muy interesante.

Entraron en el apartamento y él se sorprendió agradablemente al comprobar el buen gusto de Helena por la decoración. Era un apartamento diminuto, sólo una habitación, un salón con cocina incluida separada por una barra americana y un baño, que luego comprobó que más que un baño parecía una habitación de una suite del mejor hotel del mundo pero sin cama. Una mesa de mármol blanca con betas turquesa presidía el salón, rodeado con

sillas tapizadas en el mismo verde de las vetas del mármol y un sofá con cheslón tapizado en microfibra del mismo verde. El conjunto coordinaba con las cortinas japonesas en blancocegador, medias paredes en madera con tonos chocolates en la parte baja de la pared y marrones más claros en la zona alta en pintura que simulaba dibujos de aguas, el conjunto era armonioso y de un gusto exquisito.

Helena se paró en medio del salón mirándole.

—¿Estás bien? —Le preguntó al ver la expresión de su cara.

—Sí, estoy bien, sólo que me siento como una tonta por haberme asustado sin motivo, pero... pasa y siéntate, no pienses que además de tonta soy descortés. ¿Quieres tomar algo?

—No, siéntate, yo te serviré a ti lo que quieras.

—De acuerdo, ponme un brandi, me vendrá bien después del susto, las bebidas están a tu derecha —Se sentó en el sillón y se quitó los zapatos— ¿No te importa verdad? —Le dijo al ver que él sonreía.

—En absoluto, a demás, si quieres puedo darte un masaje, en eso soy un artista.

—No, gracias, con quitarme los zapatos me basta. Bueno, ¿Y cómo es que estabas esperando en la puerta?

Christopher le dio la copa y se sentó a su lado.

—Estuve visitando a un paciente que vive en la calle paralela a ésta. Cuando terminé no tenía más visitas en la consulta y decidí esperarte para preguntarte si querías venir conmigo mañana a la playa.

—He quedado con mi amiga y su novio para ir a Benidorm a pasar el día, —En su rostro se adivinaba la decepción, ella se dio cuenta— pero si tú vienes conmigo me harías un gran favor, la verdad no me gusta ir de farolillo, así seremos dos parejas ¿Qué te parece?

—Bueno no es lo que yo había pensado, pero me parece bien. ¿A qué hora te recogerán?

—A las nueve pasaran a recogernos en su coche ¿Te va bien? —Él hizo un gesto de asentimiento— Ya verás como te caen bien, son gente estupenda y muy divertidos, por lo menos más que yo.

Helena sonrió y miró a Christopher; un escalofrío le recorrió la columna al ver el brillo en sus ojos. Lo vio levantarse y dejar la copa vacía sobre la mesa. Sin dejar de mirarla se acercó hasta ella; un destello de deseo brilló en sus ojos. Le cogió las manos y tiró con suavidad de ella. Helena se puso en pie como empujada por un resorte, él se acercó y le susurró al oído.

—No me importa que no seas tan divertida como ellos. La verdad, es, que no es eso lo que más me gusta de ti.

Su boca casi rozaba el cuello de Helena y su aliento cálido la hizo estremecer. Su corazón comenzó a latir aceleradamente y temió por un momento que él los escuchara.

Christopher la tomó del mentón y posó sus labios en los de ella suavemente, sólo un roce al principio, para luego besarla con tal pasión que sus cuerpos se estrecharon en un abrazo vehemente de deseo. Percibía el cuerpo de ella temblando entre sus brazos y la estrecho más fuerte hasta apreciar la turgencia de sus senos en su pecho, sus bocas se buscaban y sus manos se deslizaban por el contorno de sus cuerpos temblorosos.

El sentimiento embriagador que los envolvía hacía que sus almas ardiesen de deseo y sus bocas se unían intentando saciarse de él.

Las manos de Christopher acariciaban su cuerpo, se deslizaron bajo el fino suéter hasta a sus pechos y allí reposaron con suaves caricias disfrutando de la tersura de su piel.

Helena estrecho su abrazo, quería sentirle dentro de ella y acopló sus caderas a las de él; Christopher la ayudo oprimiéndola más contra él y Helena advirtió su erección. Deseó fervientemente que le hiciera el amor allí, en aquel momento, aquel hombre al que acababa de conocer, que comenzaba a querer y al que deseaba con todas sus fuerzas.

Él seguía besándola, sus bocas no podían separarse ni un sólo momento, como si necesitasen los dos el mismo aire para respirar. Christopher le susurró:

—Helena... para... para.

Helena no podía parar. Él volvió a besarla con pasión. Seguidamente se apartó de ella, sin volverse a mirarla y sin decir una sola palabra se marchó dando un portazo.

Helena no podía creer lo que estaba pasando. Se había marchado dejándola así, con su desvalido cuerpo tembloroso, con la sensación de haberse quedado con sólo la mitad de su cuerpo, como una niña desamparada, o una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas y luego tirado al cubo de la basura. Así se sentía Helena en aquel momento. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se había ido así, sin ninguna explicación dejándola como un animalito desvalido?

Conforme desaparecía el deseo sexual que la había envuelto hasta aquel momento, la rabia por haber sido abandonada de esa forma se iba apoderando

de todos sus sentidos.

—¡Maldito seas Christopher! ¡Esto me lo pagarás, no creas que puedes dejarme así impunemente!

Tomó la copa que había dejado sobre la mesa momentos antes y la llenó de brandi. De un sólo trago se bebió todo su contenido. La garganta le quemó por el alcohol, pero aún le molestaba más la quemazón que sentía en su orgullo de fémica. Se metió en la cama sin cenar, no tenía hambre, sólo podía pensar en lo ocurrido, y ahora más calmada se daba cuenta de que se estaba enamorando de Christopher. Ella que nunca se había dejado arrastrar por las emociones, en esta ocasión lo había hecho casi con violencia y para más sarcasmo él la había dejado “colgada” sin ninguna explicación.

Aquella noche no pudo dormir pensando en lo sucedido. El no dormir tenía una ventaja para ella, no sufría ninguna pesadilla esa noche y aunque tenía los ojos un poco hinchados, no sentía el agotamiento que le producían los sueños que padecía.

Eran las ocho cuarenta y cinco y ella lo tenía todo preparado, no tardarían en llegar, pero... si llegaba Christopher primero, ¿qué le diría? ¿Haría como si no hubiera pasado nada? o le daría explicaciones de por qué se marchó así.

A las nueve Christopher aún no había llegado, quizá no viniese para no tener que dar ninguna explicación. Sería comprensible en el caso de que no viniera, pero entonces ya no volverían a verse más y eso no era lo que Helena quería.

Él debía darle una explicación, necesitaba saber qué había pasado, necesitaba perdonarle, le necesitaba a él y no sabía qué hacer si él no regresaba más.

En ese momento sonó el timbre de abajo y Helena se sobresaltó.

—Sí, ¿quién es?

—Helena, ¿Estás preparada? —Era María, había venido a buscarla y Christopher no había llegado.

—¡Sí, bajo enseguida! —Se quedó unos minutos dudando si cogía el teléfono para llamarle, pero al fin decidió que no. Era él, el que se había marchado así, y si tenía interés por ella vendría, aunque algo en su interior le decía que no le volvería a ver más. El timbre volvió a sonar, pero ahora con más insistencia— María, por favor espera dos minutos.

—Aquí hay un hombre que dice llamarse Christopher. ¿Has quedado con él para ir a la playa, no?

El corazón de Helena comenzó a latir aceleradamente. Sentía una gran alegría, pero a la vez, la desfachatez que demostraba él la llenaba de indignación.

Bajó corriendo las escaleras y cuando llegó en presencia de ellos estaba colorada por la agitación.

—Buenos días. —Miró a Christopher y él le devolvió una sonrisa. Ella se quedó perpleja ante su reacción, parecía que no hubiera pasado nada la noche anterior— Veo que ya os conocéis.

—Sí, hemos tenido tiempo de presentarnos mientras bajabas —Dijo Pablo cogiéndole el bolso— Subir ya al coche mientras pongo esto en el maletero.

—¿Hace mucho que os conocéis? —Después de preguntar María lanzó a su amiga una mirada cómplice.

—Nada más que una semana, pero me da la sensación de que nos conocemos toda la vida ¿no es cierto? —Christopher dirigió la pregunta a Helena, ésta sonrió de mala gana sin responder.

En el interior del coche María volvió a insistir.

—¿Y dónde os conocisteis?

—Helena vino a casa a traerme a mi perro que se había escapado. Tendré que agradecerle a Trueno toda mi vida el haberme ayudado a encontrar a Helena.

De nuevo dirigió su mirada amorosa hacia ella encontrándose con una totalmente opuesta: fría e indignada, pero sabía la respuesta no le hacía falta preguntar. Aun así deseo besarla y abrazarla como había tenido oportunidad de hacerlo la noche anterior.

Estaban en marcha, iban a toda velocidad. A Pablo le gustaba correr por la autopista, pero Helena no se daba ni cuenta, al igual que Christopher estaban pendientes el uno del otro. Con las miradas se lo decían todo, ella lo miraba con odio y él le devolvía una sonrisa tierna y encantadora.

—¿A qué te dedicas Chris? —Preguntó Pablo.

—Soy psiquiatra. —Respondió con amplia sonrisa.

—Vaya, eso sí que es una buena profesión para ganar dinero.

—Hombre no me puedo quejar.

El camino transcurrió entre una animada charla. Helena era la única que permanecía en silencio. Estaba pensativa, y no se daba cuenta de que

Christopher la miraba. Cuando él le cogió la mano ella levanto la mirada hacia él, con la luz del sol sus ojos verdes le parecieron más provocativos y una chispa de deseo brilló en sus pupilas por unas décimas de segundo. Él le estrechó más la mano y ella se la retiró con rabia desafiándolo con la mirada y dibujando en sus labios una mueca hostil. Él siguió sonriendo como si la reacción de ella fuera una chiquillada perdonable por un padre benévolo.

—Helena, estás muy silenciosa. —Pablo los sacó a ambos de sus pensamientos y los devolvió la realidad.

—Estoy bien, sólo que el coche me adormece y más cuando no he pegado ojo en toda la noche.

—¿Te ha pasado algo? —Pregunto María alarmada.

—Sólo son nervios —contestó apresuradamente— tomé demasiado café ayer.

—Ya estamos llegando. —Gritó Pablo entusiasmado— desde aquí se puede ver la playa y está estupenda.

El sol resplandecía en un cielo límpido y de un azul intenso. El mar invitaba a zambullirse en sus cristalinas aguas y eso es lo que hicieron Pablo y María dejando a la pareja. María intuía que querían estar solos para arreglar algún problemilla que parecían tener, así que tiro de Pablo y se lo llevó al mar.

Ahora era Christopher quien estaba azorado, no sabía cómo empezar a explicar el porqué de su reacción la noche anterior. Observó como Helena se desprendía de su ropa dejando su cuerpo semidesnudo. Ella sin reparos se deshizo de la parte alta del bikini dejando sus senos al descubierto. Parecía parte de una maniobra para hacerle entender lo que se había perdido dejándola allí “tirada” como si tal cosa.

Christopher admiró su bello y armónico cuerpo.

—Helena... lo que hice anoche... —Titubeo unos segundos y continuó— lo siento, sé que estás enfadada y que no entiendes que pudiera dejarte así... sin más. No imaginas el esfuerzo que tuve que realizar para apartarme de ti, pero tuve que hacerlo. —Ella le miró estupefacta, realmente, como él había dicho, no lo entendía. Aunque sentía deseos de gritarle para hacerle saber lo estúpido que era, se tragó la rabia y siguió escuchándole en silencio— Cuando te conocí —Continuó— pensé que podías ser una aventura más. Eres una mujer muy atractiva y deseable, pero hay algo más en ti, algo mucho más importante que todo eso, anoche me di cuenta de que eres demasiado especial para mí y tuve miedo. De repente me entro el pánico al darme cuenta de que

me estoy empezando a enamorar de ti y eche a correr. Pensé en no volver a verte más, pero me he pasado la noche despierto pensando en todo lo que siento por ti, en lo maravilloso que sería amarte y he decidido que merece la pena sumergirme en esta aventura. Me gustas demasiado y quiero seguir contigo e intentar enamorarte. —La miró unos segundos esperando una respuesta por su parte pero ella no se inmutó y prosiguió— No sé qué es lo que sientes tú por mí, porque no expresas demasiado tus sentimientos, pero si sientes lo mismo, me gustaría que me lo dijeras.

Ella no se había movido de su posición inicial, pero al terminar él, se volvió y le dijo:

—No debiste dejarme anoche, yo me hubiera entregado a ti con todas las consecuencias porque yo también siento lo mismo e hice lo que en esos momentos me dictaba el corazón. Me dolió lo que me hiciste; no sé si tienes algún problema conmigo, puede ser que no me desees como mujer porque si no es así, no comprendo que me dejaras sola en ese momento.

—¡Diosss! ¿Cómo pudiste pensar eso? Lo hice porque me interesas demasiado. Tuve que hacer un gran esfuerzo para marcharme en aquel momento. Me he vuelto loco toda la noche pensando en que podía haberte hecho mía, y eso es lo que más deseo en estos momentos. —Se acercó para besarla y ella quiso rechazarlo, pero su deseo era más fuerte que su rabia y se dejó arrastrar por él.

María les vio besándose desde la orilla de la playa y miró a Pablo.

—Creo que mi amiga va a empezar a ser feliz con ese chico.

Pablo la atrajo hacia sí y la besó levemente.

—Espero que sean tan felices como nosotros.

—Estoy segura de eso, no sé, pero él me da buena impresión, creo que hacen muy buena pareja, ¿No crees?

—Tan buena como tú y yo —Miró a la pareja que seguían besándose— Creo que deberíamos interrumpirles antes de que venga la poli y los detengan por escándalo público.

Corrieron hacia ellos riendo para llamar así la atención de la pareja que dejó de besarse.

—¡Ven a darte un chapuzón, Helena! —Gritó su amiga. Necesitaba hablar con ella sobre Christopher pues hasta esa mañana no conocía su existencia y era extraño puesto que Helena siempre le había hablado sobre todos los hombres que conocía.

Una vez a solas las amigas, María pudo preguntarle.

—¿Quién es Christopher?

—Ya te lo ha explicado él, ¿qué más quieres saber?

—Todo, ha sido una sorpresa verle esta mañana en tu puerta y además, la cara que traías y lo agitada que estabas cuando le has visto. ¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Es todo demasiado extraño. Tal y como os ha contado él, nos conocimos justo hace una semana, pero desde que nos conocimos hemos sentido una atracción mutua imposible de definir. ¿Crees eso posible? Nos hemos enamorado al primer golpe de vista y para los dos es difícil de digerir —¿Por qué? No es tan extraño que os hayáis enamorado nada más conoceros, eso es porque hay química entre vosotros. Y además, se palpa en la energía que desprendéis.

Es muy poco lo que sé de él, pero estoy segura de que es tu hombre, Pablo también lo ha dicho. Como te digo, "él es tu hombre y tú eres su mujer". ¿Para cuándo la boda?

Capítulo VI

Cuando el coche de Pablo se perdía entre el tráfico de la avenida, Christopher dio unos pasos hacía su coche que estaba aparcado cerca de allí. Luego se volvió hacía Helena y la miró en silencio. Ella lo observaba sin saber a qué estaba jugando, pero entonces él se acercó y preguntó:

—¿Sería muy osado por mi parte pedirte que me dieras otra oportunidad?

El rostro de ella no mostraba ninguna emoción mientras le observaba. Durante unos minutos estuvo en silencio. Minutos que a Christopher le parecieron siglos.

Cuando sus esperanzas se hallaban por el suelo, ella le dio la mano y con suavidad, pero con firmeza, tiró de él en dirección a su casa.

Al cerrar la puerta tras de sí, Helena se dirigió a la cocina para coger unas copas. Estaba nerviosa, no sabía qué hacer ni que decir. Christopher la siguió sin dejar de mirarla, se acercó a ella por detrás y la besó en el cuello. Ella se dio la vuelta y sus bocas se encontraron, el cuerpo de él se oprimió contra el de ella que al principio estaba tensa, pero en seguida le rodeó por el cuello y él la levantó hasta la mesa, le quitó la ropa sin dejar de besarla, le desabrochó el sujetador y sus pechos quedaron desnudos. Los acarició y sus pequeños pezones se hincharon con el roce, ella intentó quitarle la camisa sin éxito, entonces él se apartó por un momento para deshacerse de su ropa y la contempló unos segundos. Vio a una Helena sensual, atrayente, desinhibida. La ansió como nunca había ansiado a ninguna otra mujer y deseó fundirse con su piel y permanecer allí el resto de sus días.

Helena hacía demasiado tiempo que no mantenía relaciones sexuales y la última vez no había sido nada agradable. Se dio cuenta al terminar el acto sexual que aquel hombre le desagradaba y experimentó un enorme fastidio al sentir sus caricias pidiéndole repetirlo de nuevo. Pero esta vez el placer que Christopher le hacía sentir no era sólo sexual. Le deseaba sí, pero más que un deseo era una necesidad, le necesitaba como el aire para respirar. Necesitaba sentirle dentro de ella fuerte y viril. Necesitaba sus caricias y sus besos y en aquel momento los tenía, sintiendo un placer que envolvía todo su ser como

una descarga eléctrica haciéndola vibrar y gozar como jamás lo había hecho.

Capítulo VII

El repiqueteo insistente del teléfono no le dejaba concentrarse mientras escribía en el ordenador los datos de su último paciente. No entendía por qué la enfermera le había pasado la llamada sabiendo que estaba ocupado. Al final descolgó malhumorado.

—¿Dígame?

—¿Christopher?... Soy Silvia

—¡Silvia! ¿Desde dónde llamas?

—Estoy en el aeropuerto. ¿Puedes venir a recogerme?

Christopher guardó silencio unos segundos. Sabía que no podía darle una negativa pues era peor, tenía artimañas para al final salirse con la suya, así que optaba siempre por complacerla aunque sabía que eso no era precisamente favorable para él pues lo tenía siempre a su entera disposición, pero no era capaz de contrariarla. Al fin contestó:

—De acuerdo, te recojo en una hora.

Podía coger un taxi, pero no, tenía que recogerla él, como si no tuviese otra cosa que hacer más que estar pendiente de ella. Silvia le gustaba molestarle siempre que podía y lo hacía de la única forma que sabía, interrumpiendo su trabajo o llegando cuando menos se la esperaba. Siempre le hacía sentirse en deuda con ella y no le gustaba esa sensación, debía cortar con ese servilismo más pronto que tarde.

—Pilar, vuelvo en media hora, dígame al señor Martín cuando llegue que no tardaré mucho.

Cogió el coche y salió hacia el aeropuerto. Pensaba en la forma de decirle a Silvia que ya no podía seguir estando a su disposición siempre que ella lo requiriese. No quería que dejaran de ser buenos amigos, pero ella debía dejar de pensar en él como su asistente.

Cuando llegó, Silvia le esperaba en la acera con un montón de maletas. Estaba preciosa con su larga melena rubia y su traje de chaqueta rojo. Pensó en Helena.

En algún momento había querido a Silvia, pero nunca con tanta

vehemencia como quería a Helena. Jamás había sentido algo tan fuerte, el sólo hecho de pensar en ella hacía que le doliera el alma.

Christopher salió de sus pensamientos al parar el coche, bajó de él para ayudarla con las maletas.

—¿Qué tal? —Le dijo sin entusiasmo— ¿Cómo es que has regresado tan pronto...

No le dejó terminar la frase, ella lo abrazó y le dio un beso en la boca. Él se apartó enfadado.

—¡Silvia! ¿Por qué tienes que hacer eso? ¡Ya no estamos casados, ni tan siquiera somos pareja!

—¡Oh! ¡Chris! no sé por qué te tienes que enfadar por un beso. Me alegro de verte y te lo demuestro, porque no estemos casados no quiere decir que no lo pueda hacer.

—Bueno, me parece muy bien que te alegres de verme, pero no quiero que lo vuelvas hacer ¿Entiendes? No creo que a Helena le gustara mucho ver que mi ex me besa en la boca.

—¿Quién es Helena?—Preguntó sin demasiado interés.

—La mujer que amo. —Dijo mirándola por el rabillo del ojo para ver su reacción.

—¡Ohhhh! —Exclamo con ironía— Y dime... ¿Cuánto tiempo la amas?

—Escúchame Silvia deja de ser sarcástica conmigo, yo no tengo por qué darte explicaciones de mi vida privada; si quieres puedes hacer todos los chistes que te vengan en gana, pero no delante de mí.

—Vaya, creo que es cierto lo que me estás diciendo —Silvia sintió una punzada de celos— Parece que esa mujer te ha calado dentro de verdad.

Christopher afirmó con la cabeza. Silvia tenía razón, Helena se había metido tan dentro de su alma que pasara lo que pasara, él sabía que jamás podría arrancarla de ahí.

—Cuéntame, Cómo es y como la conociste y todo eso...

—¿Por qué quieres saber todo eso?

—Chris, me preocupa tu felicidad y no quiero que te lastimen.

Él la miró furibundo y ella le regaló una tierna e inocente sonrisa.

—Silvia, no quiero dejar de ser tu amigo, sabes que te quiero mucho, pero nuestras vidas han tomado senderos distintos y bajo ninguna apariencia ni pretexto quiero que te metas en mis asuntos y sobre todo, en mi vida privada. Sólo te diré que quiero a esa mujer y soy correspondido con la misma moneda por ella y ni tú ni nadie va a entorpecer esta relación. Jamás lo consentiré.

—Está bien, pero no te enfades. ¡Caray, que fuerte te ha dado! Cariño, no pretendía enojarte, sólo que me gustaría saber un poco sobre ella, nada más.

—Confórmate con saber que la he elegido como compañera de viaje en mi vida. Tú me conoces y sabes, siempre has sabido lo que yo esperaba de la vida; mis sueños, mis inquietudes. Lo sabías y por eso dejamos lo nuestro. Ambos teníamos sueños distintos, anhelos diferentes, de nada servía seguir manteniendo un matrimonio que podía perfectamente convertirse en una buena amistad y por separado cada uno ver realizado sus sueños, en eso estamos.

—¿Pretendes decirme que por elegir mi profesión jamás podré tener una pareja, que tendré que conformarme sólo con mi profesión?

—No Silvia, no he querido decir eso. Al igual que yo tengo una profesión y la desarrollo con plena responsabilidad y la compatibilizo con mi vida privada, tú puedes hacer lo mismo, pero no pretendas buscar como pareja a un hombre que deseé pasar tiempo contigo y tenerte cerca cada día y acostarse contigo cada noche. No, debes buscar a otra persona enamorada de su profesión como tú para equilibrar la balanza. Es otro tipo de relación, ni mejor ni peor, sólo diferente.

—Es duro ser mujer en un mundo adecuado para hombres. Este problema no se da en un hombre; cuando un hombre se vuelca en su profesión siempre hay una mujer tras él esperándole, pero si es la mujer... no es justo que yo no pueda tenerte a ti y a mi profesión.

—No es justo, lo sé y estoy de acuerdo contigo, pero aunque me consideres machista te voy a decir algo que creo que las mujeres habéis olvidado envueltas como estáis defendiendo vuestros derechos como personas; es decir, creo que estáis confundiendo la defensa de vuestros derechos con demostrar que podéis ser como nosotros los hombres y nada más lejos de la realidad. Nunca seremos iguales por algo tan elemental como que cada uno de nosotros, o sea, los hombres y las mujeres, estamos hechos para cometidos distintos, si el hombre pudiera tener hijos libraría a la mujer de la necesidad de estar más tiempo en casa cuidando del bebé, pero ese hecho no existe.

—Pero sí existen los biberones, la mujer ya no tiene porqué quedarse en casa a cuidar de su bebé, el padre puede hacerlo igual o incluso a veces, mejor que la madre.

—Sí, es cierto, pero debemos ser realistas. La sociedad nos ha llevado a un cambio total de formas de vida. Antes el hombre llevaba el sustento a

casa mientras la mujer cuidaba y educaba a los hijos; ahora vivimos con un grado muy alto de necesidades y eso lleva a que el sueldo del hombre no sea suficiente para cubrir esas necesidades, teniendo entonces que deshacer la unidad familiar y convertirla en un viaje en el que los hijos son el equipaje.

—¿Eso quiere decir que la pareja que tú elijas para compartir tu vida la querrás con la pata quebrada y en casa?

Christopher soltó una estruendosa carcajada.

—No, la mujer con la que forme una familia elegirá ella misma, la libertad de cada persona está por encima de todo, pero al igual que yo, me gustaría que para ella lo más importante fuera su familia, independientemente de si hay hijos o no, y que sus prioridades fueran en este orden: la familia y después la profesión.

—Yo debo ser una mujer desnaturalizada puesto que para mí lo más importante es mi profesión.

—No, sólo es otra opción, nada más.

—Te veo un poco arcaico.

Él volvió a reír divertido.

—Lo cierto es que dicho así suena fatal, pero no Silvia, no se trata de que la mujer cumpla con su cometido, sabes que yo no soy en absoluto machista, se trata de que me gusta estar cerca de la persona que amo, para mí es muy importante el contacto y la cotidianidad del día a día con esa persona, lo demás me importa pero no en la misma medida. Necesito tener cerca a una persona que sepa compaginar su trabajo con su vida familiar, que para ambos la familia sea lo más importante y no la segunda opción, eso es todo.

—Siento mucho no ser esa persona.

Silvia estaba visiblemente conmovida, le había costado mucho tomar la decisión de elegir entre su trabajo y su esposo, pero lo había hecho y aunque seguía amándole, su profesión era su vida, y a largo plazo, si se hubiera decidido por seguir con Christopher lo hubiera lamentado y en éste momento le odiaría.

—Bien, ya hemos llegado —Christopher hizo como si no hubiera oído la última frase de Silvia— Cuando quieras te llevo a Trueno.

—Sí, ya te aviso, antes tengo que hacer algo de papeleo y algunas gestiones, te llamaré por teléfono, ¿de acuerdo?

—Está bien, hasta pronto, Silvia.

Capítulo VIII

El coche tomó el mismo sendero que días antes, pero la luz del día lo hacía distinto. Ahora se les antojaba una niñería lo ocurrido semanas atrás.

Las ramas seguían cayendo por el camino, pero no se parecían en nada a esos brazos fantasmagóricos que había imaginado. Al llegar a la finca el hombre al igual que la vez anterior las esperaba en la puerta.

Helena comentó a María el hecho casual pero a decir verdad, María no creía que fuera una casualidad, o posiblemente tenía el oído muy fino pues era casi imposible oír el motor del coche desde la casa.

Florencio Peláez las recibió tan amable como el primer día, las invitó a pasar a la sala de estar y les sirvió una taza de café de la cafetera que tenía preparada sobre la mesilla. Tomó su taza demasiado llena, y con cuidado se sentó en su sillón cerca de ellas. Bebió un sorbo de café y la miró tranquilizador.

—Muy bien Helena, creo que ha tomado una decisión acertada. Como ya le dije por teléfono lo que vamos a hacer es algo sencillo que no entraña ningún riesgo para tu salud física ni psíquica. —María no dejaba de observarlo, le parecía una persona bastante extraña, cosa que en la primera visita le había pasado desapercibida, pero ahora estaba un poco incomoda sin saber la razón.

—No estoy del todo convencida —Señaló Helena— Creo que me voy a meter en algo que escapa a todo mi entendimiento. Y posiblemente luego no pueda volverme atrás.

—Si no estás convencida es mejor que lo olvidemos. —Añadió María rápidamente e intentó levantarse.

Florencio se levantó, rodeó el asiento de María y se apoyó en el respaldo hablándole a su espalda con mucha calma.

—Me gustaría que me dijeras. ¿Qué es eso que tanto te preocupa y te hace sentir tan incómoda?

—¿Qué? —María se revolvió en su asiento.

—He notado que estás tensa y desconfiada. Y me gustaría saber el

porqué de esa desconfianza

Ella sonrió nerviosa sin saber qué decir.

—No, es que veo que Helena no está... muy... convencida de lo que ha de hacer... y entonces...

—Creo que la que no está muy segura eres tú. —Él rodeó el asiento pasando por detrás de Helena y se sentó frente a María— Por favor, me gustaría que fueras sincera conmigo. ¿Cuál es el motivo de tu desconfianza?

Ella estaba perpleja, no sabía que decir, pero puesto que él insistía, al fin se decidió.

—Está bien, si así lo quiere, se lo diré. Es algo que no puedo explicar, pero me provoca desconfianza, —Pensó en la palabra que acababa de pronunciar y le pareció un poco injusta— No, no es exactamente eso, no sé realmente como explicarlo, pero usted me resulta un tanto extraño, no sé. Yo fui la que empujó a Helena a venir a verle. Yo fui la que les he puesto en contacto, pero ahora no sé si ha sido lo mejor —María se dio cuenta de que mientras hablaba estaba clavando las uñas en el tapizado. Sintió un dolor agudo en los dedos y cerro los puños fuertemente— Su propia casa es también bastante extraña. —Miró a su alrededor y vio la cara de su amiga que la miraba perpleja— Me intranquiliza usted, tengo miedo de que mi amiga Helena sufra y ser yo la culpable de ese sufrimiento.

—Admiro su sinceridad —Confesó el hombre— y me gustaría que no tuviera esa opinión de mí. Por otro lado, no la culpo, porque es algo habitual que la gente piense que soy extraño, yo también lo pienso a veces y es algo con lo que tengo que vivir día tras día. —Las dos mujeres se miraron de hito en hito sin saber que responde— Se preguntarán que me hace ser tan extraño.

Pues bien, se lo contaré aunque crean que estoy loco, pero de ante mano les aviso de que no es así.

Usted Helena, cree que la experiencia que está viviendo es, o puede ser aterradora, lo es pero no es nada comparado con las que yo he vivido de cerca. Llevo muchos años dedicándome a esto y le puedo asegurar que hay gente que ha vivido episodios en su vida mucho más aterradores, yo los he visto y también los he sufrido y teniendo en cuenta todas esas experiencias en mi trayectoria, no me queda por menos que ser una persona extraña, ¿No creen? —Ambas afirmaron con la cabeza— Pues bien, podría contarles experiencias de las que he vivido en primerísima persona, pero prefiero quedármelas para mí. —Hizo una pausa para beber un sorbo de café y continuó— Ese tipo de experiencias no son de las que se cuentan como mera

anécdota, son de las que quieres olvidar y cuando menos las traigas a tu memoria, más profundo caen en el saco de los recuerdos. La vida a veces es injusta —Prosiguió— Dios o la naturaleza hizo a la mayoría de las personas normales, y a unas cuantas nos dio el poder de comunicarnos con los muertos, para intermediar entre ellos y los vivos. Por otra parte, no nos mandó un librito de instrucciones para saber qué debíamos hacer con esa merced y ese desconocimiento es el que nos provoca el terror; terror a lo desconocido, a lo inexplicable y a lo que está fuera de nuestro entendimiento. —El hombre hizo una pausa y bajo la cabeza — Quiero que confíen en mí y que no piensen que soy un charlatán del tres al cuarto. No puedo demostrar lo que les digo, ni tengo necesidad de hacerlo. Se trata de creerlo o no, porque queriendo demostrar lo que digo siempre se puede pensar que hay algún truco como en la magia, pero lo que sí puedo asegurarles es que mi vida puede llegar a ser en algunos momentos un auténtico suplicio.

—No he querido ofenderle en ningún momento señor Peláez. —Se disculpó María visiblemente impresionada.

Helena había estado escuchando atentamente sin interrumpir. Le había sobrecogido lo que el hombre contaba sobre su vida. Sí, podía haber algo más terrorífico que lo suyo, pero de todas formas para ella era algo importante que la hacía sentir mal.

—Es verdaderamente espantoso tener que vivir con esta carga y no sé si podré seguir adelante sabiendo que yo puedo ser “portadora de esa merced” y si es así... —Helena hizo una pausa para encender un cigarrillo, exhaló el humo con rapidez y prosiguió— Estoy segura de que usted es la única persona en estos momentos que me puede ayudar.

Capítulo IX

Helena y Christopher volvían del restaurante donde habían cenado. Subían en el ascensor en silencio, ella había intentado disimular durante toda la noche ante él, no quería que se diera cuenta de su preocupación, pues si le preguntaba no sabría qué contestarle. Intento hacer una broma, pero fracaso.

—¿Crees que nos reñirá Trueno por llegar tan tarde?

Él la miró pensativo y sonrió.

—¿Por qué no me cuentas lo que te pasa Helena? Has estado toda la noche intentado disimular, muy mal por cierto, así que inténtalo y hazme cómplice de tus problemas.

—No sé a qué te refieres. —Fingió.

—Está bien, si no quieres no hace falta que me lo cuentes, pero la próxima vez procura disimular mejor ¿De acuerdo?

Helena agachó avergonzada la cabeza y la movió en sentido afirmativo, Christopher se percató de que estaba riéndose y al salir del ascensor la arrinconó contra la pared y la besó.

—Eres perversa ¿sabes? Con tus artimañas me estás volviendo loco.

—Chris, pueden vernos. —Protestó.

—No suelo recibir visitas a estas horas, así que no te libraras de mí tan fácilmente.

—Christopher, por favor, abre la puerta. —Tuvo que hacer un esfuerzo pues con la presión del cuerpo de Christopher, casi no podía respirar.

Él se apartó y sonrió con una sonrisa malévola, abrió la puerta y Trueno le saltó por sorpresa, y le obligo a apoyarse en la pared para no caer al suelo.

—¡Trueno vale ya!

—Ven Trueno —Dijo ella— deja a tu amo que no le gusta que lo aplasten contra la pared, en cambio, a él si le gusta hacérselo a los demás.

El animal se fue detrás de ella en dirección a la cocina. Él los siguió. Helena empezó a acariciar al perro mientras comía.

—¿Qué pasa, habéis hecho un frente común los dos? Yo también necesito que me mimes como a él.

—Tú lo necesitaras, pero no te lo mereces...

—¿Por qué?

—Porque te gusta acosar a la gente, pero luego no te gusta que lo hagan contigo. Además, tu perro sólo hace lo que te ve hacer a ti, porque es tan efusivo como tú.

Christopher la cogió del brazo cuando pasaba por su lado.

—Espera gatita que tú y yo tenemos un trabajo pendiente.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién será a estas horas?

—¿No decías que no solías recibir visitas a estas horas? —Comentó sarcástica.

—¿Quién es? —Preguntó por el telefonillo.

—¡Christopher, soy Silvia! ¡Abre por favor!

—¿Silvia, que quieres a éstas horas?

—¡Ábreme, Christ! ¡Tengo que decirte algo urgente!

Christopher apretó el botón del portero automático y miró a Helena con gesto de fastidio.

—¿Es tu ex, verdad?

—Me temo que sí.

—¿Y qué hace aquí?

—Ya te lo explicaré, además, en cuanto la conozcas no te tendré que explicar nada, ella lo hará por mí. —Christopher observó su rostro— Pero... ¿No son celos eso que veo en tus ojos?

Ella bajó la mirada y guardó silencio. Él cogió su barbilla y la besó en los labios dulcemente.

—Me halagan esos celos, pero no hay motivos para ellos, sólo te quiero a ti, y estaría loco si te dejara por volver con Silvia. —Volvió a besarla pero ahora con más fuerza— Siento mucho que nos haya estropeado la velada porque en este momento lo que más deseo es hacerte el amor.

Volvió a sonar el timbre pero esta vez arriba. Abrió la puerta y Silvia entró decidida.

—Perdona que te moleste Chris, pero tenía... ¡Ah! ¿Pero... tienes visita? —Silvia hizo como si se sorprendiera al ver a Helena aunque sabía perfectamente que ella estaba allí— Perdona... Si hubiese sabido...

—No hace falta que te disculpes Silvia, sé, que si lo “hubieses sabido” no habrías venido, pero ya que estás aquí, dime ¿Qué querías decirme tan urgente que no podía esperar?

—La verdad es que no tiene tanta importancia, pero... Me gustaría que me presentases.

—Ella es Helena. —Dijo escuetamente.

—¿No me digas que tú, eres Helena?

—Me temo que sí. —Respondió controlándose para no echarse a reír, miró a Christopher y él también hacía esfuerzos para no soltar la carcajada.

—Pero Chris, parece muy joven para ti. —La expresión de él la asustó y cambio de tema— Oye, ¿no me invitas a una copa? Estoy sedienta.

—¿Qué quieres tomar? —Preguntó Christopher irritado— ¿Whisky?

—Sí, por favor, doble y sin hielo.

Helena se encendió un cigarrillo y aspiró el humo tranquilamente, luego lo exhaló y miró detenidamente a Silvia.

—¿Crees que la diferencia de edad entre nosotros puede ser un problema?

La pregunta de Helena la pilló por sorpresa.

—Bueno, no debería serlo.

—¿Entonces? ¿Tienes algún tipo de prejuicio con respecto a eso?

—No, en absoluto. Creo que la edad no es importante en la pareja, lo importante es que se quieran y se respeten el máximo tiempo posible.

—Estoy de acuerdo contigo Silvia. Entonces, todo aclarado.

Él observaba a las mujeres con mucha atención, pero se mantenía al margen de la dialéctica entre ambas.

—¿Y tú a que te dedicas Helena?

—Soy bibliotecaria.

—Oh, que trabajo tan interesante.

Helena observó a Silvia, era evidente que seguía enamorada de su exmarido y que estaba celosa de ella, por eso no se molestó por su impertinencia.

—Pues sí, según lo mires es un trabajo interesante. Mirándolo desde mi punto de vista el cuidar y recomendar las obras maestras de grandes autores, es muy interesante. Y si tenemos en cuenta que lo interesante de un trabajo lo hace simplemente la persona que lo desarrolla, pues doblemente satisfactorio...

Christopher estaba satisfecho por como se lo estaba tomando Helena. Había temido que la impertinencia de Silvia la llegara a enfadar. Le sirvió el whisky y a Helena le dio una copa de vino luego tomó asiento junto a ella.

La conversación transcurrió en un ambiente un poco tenso. Parecía que

Silvia no pensaba marcharse. A Christopher los minutos se le hacían eternos, hasta que la vio levantarse y coger su bolso.

—Bien... tengo que irme ya. —Se dirigió a Helena y le dio la mano— Aunque no lo creas estoy encantada de conocerte y espero volver a verte pronto.

—Yo también lo estoy. Aunque te imaginaba distinta. —Le dijo con una sonrisa irónica.

Pero Silvia no pareció darse por aludida, se despidió de ella y él acompañó hasta la salida.

—Espero que no te hayas enfadado mucho conmigo. Sabía que ella estaba aquí contigo, por eso he venido, era la única manera de conocer a la mujer que me ha desbancado. —Se le acercó al oído y le susurró— es muy bonita pero demasiado joven para ti; al fin y al cabo, sí tengo prejuicios. — Soltó una estruendosa carcajada mientras se marchaba.

Christopher cerró la puerta tras ella y movió la cabeza negativamente.

—¿Qué te ha parecido?

—Que aún está enamorada de ti.

—No lo creas sólo tiene herido su orgullo. No soporta que los demás la abandonen, eso le duele, pero amar, sólo se ama a sí misma. —Se acercó a ella, le cogió las manos y se las besó— ¿Continuamos por donde lo dejamos?

Ella iba a contestarle que ya era tarde, pero él comenzó a besarla. Sabía cómo convencerla, en cuanto la acariciaba, su cuerpo temblaba de deseo. Ya no tenía escapatoria y se rendía a sus caricias; no tenía ni orgullo ni voluntad, aquel hombre la había convertido en esclava de sus propios deseos.

Christopher se despertó sobresaltado por el grito de Helena. Ella estaba sentada en la cama. Temblaba como una hoja y los sollozos sacudían su cuerpo sudoroso y frágil en aquellos momentos.

—¿Qué pasa cariño? —Preguntó asustado— Tranquila, sólo ha sido una pesadilla.

La abrazó para tranquilizarla y ella poco a poco fue calmándose. Helena no quería contarle la pesadilla, pues siendo psiquiatra pensaría que todo estaba en su mente y ahora sabía que no era así.

—Cuéntamelo te sentirás mejor. —Le dijo acariciándola.

—No, como tú dices no es nada más que una pesadilla y no tiene la menor importancia, enseguida se me pasará.

La acurrucó en sus brazos como un padre acuna a su hijo y ella se quedó

de nuevo profundamente dormida.

Helena se desplazó en una vorágine de recuerdos y sentimientos. En el silencio de su recinto no podía escuchar el más mínimo ruido... o sí... Escuchaba algo lejano... Era una campana; sus campanadas eran lánguidas y tristes, como si en cada tañido se desgarrase un sentimiento de pérdida. La campana cesó de tocar. Todo quedó en silencio. Ella comenzó a flotar en un líquido caliente y agradable; recordaba haberlo pasado mal, pero en aquel momento le parecía muy lejano. Era feliz en aquel lugar y poco a poco fue olvidando todo el pasado, sólo recordaba las campanadas. ¿Qué era lo que recordaba? No volvió a pensar más en ello. Una voz extraña la obligó a salir de allí.

—Ve, Helena... ve.

—¿Helena! ¿Quién es Helena?... ¿Quién llama?... —No entendía. Buscaba en la oscuridad y vio algo... no, a alguien...— ¡OH!... no... ¡Dios mío!

—¿Qué pasa? ¿Quién eres?

—Quieren hacerme daño. —Contestó con voz temerosa.

—¿Quién eres? —Volvió a insistir la voz— ¿Dónde estás?

—Soy Susan... Tengo miedo.

Ella estaba terriblemente asustada, casi no podía hablar, no sabía qué era lo que estaba sucediendo.

Christopher vio el terror dibujado en el rostro de Helena, se había despertado al oírla e intentaba despertarla de su pesadilla, pero ella parecía estar muy lejos de aquella habitación.

La voz continuó preguntando:

—Susan... ¿Qué está pasando?... ¿Qué pasa, Susan?

—¿...? —Hubo un silencio durante unos momentos— ¿Qué quieres de mí?

Helena soltó un grito desgarrador que hizo dar un salto a Christopher helándole la sangre. Asustado comenzó zarandearla por los hombros.

—¡Dios mío! ¡Despierta ya, Helena! —Le gritó.

Ella despertó de inmediato aturdida y sin saber dónde estaba. Entonces vio a Christopher y se abrazó a él sollozando.

—¿Qué es lo que te ha sucedido? —Preguntó desesperado.

—No es nada... sólo ha sido una pesadilla. —Respondió intentando disimular su nerviosismo.

—¿Qué? ¿A esto llamas tú una pesadilla? —La volvió a zarandear fuertemente hasta que se dio cuenta de que la estaba lastimando y la soltó—

¿Qué es exactamente lo que te ha pasado? Y por favor, no me repitas que ha sido una pesadilla.

Ella guardó silencio.

—¿Qué pasa? ¿Es que no tienes suficiente confianza en mí que me ocultas una cosa tan importante? —Helena no dejaba de llorar— Tienes algún problema cariño, y yo quiero ayudarte. —La estrechaba en sus brazos y le hablaba con dulzura— ¿Dime desde cuándo te pasa esto?

—Christopher, tú no lo entenderías. —Dijo sollozando— Él le cogió la barbilla y la miró a los ojos. Estaban anegados de lágrimas y parecían dos grandes lagos en cuyas profundas aguas Christopher hubiera querido sumergirse.

—Inténtalo. —Musitó.

Helena tenía miedo de que no comprendiera las razones que ella había tenido para ir a ver a una persona como Florencio Peláez, pero de todas formas se lo contó.

—Desde hace más de un año... fue precisamente al cumplir veintiuno, comencé a tener pesadillas. Eran recurrentes o mejor dicho, siempre era la misma, pero cada vez se añadía algún detalle más... el rostro de una joven. No es un rostro que yo recuerde, no es conocido. Grita desesperada, ese fue el principio de los sueños, simplemente una muchacha que gritaba de una forma que me ponía el vello de punta. Poco a poco la pesadilla ha ido tomando forma. Una mano empuñando un cuchillo, dos manos sujetando el filo para evitar que se clave en su pecho, dos sombras una tendida en el suelo sollozando y acariciando su vientre y la otra en pie asestando puñaladas en el cuerpo de la sombra tendida. Esa sombra no soy yo, pero su sufrimiento lo experimento como si lo fuera, y sus pensamientos son los míos, o mejor dicho, mis pensamientos son los suyos, “Susan, Williams, mi hijo”...

Durante mucho tiempo pensaba que todo era por el estrés de los exámenes, pero acabaron y los sueños siguieron torturándome. Acabé la carrera y seguía avanzando con la misma pesadilla. Hasta ahora no pensaba que podía ser algo sobrenatural. Hace unos meses comencé a darle vueltas a la idea de acudir a un psicólogo, pero lo cierto es que me daba un poco de reparo contar lo que me estaba pasando e iba alargándolo, al final decidí buscar uno, pero después de varias sesiones de terapia me cansé, no avanzaba, no hacía que las pesadillas desaparecieran. Un día mi amiga María buscó por su cuenta a un hombre experto en fenómenos extraños. Hubiera sido incapaz por mi misma de buscar una cita con una persona de semejante profesión. No

les subestimo, sólo que no creo en esas cosas, al menos no creía, ahora no estoy segura.

Christopher la miraba perplejo, no sabía cómo encajar aquella historia pero calló y aguardó expectante.

Florencio Peláez, así se llama, ha escrito varios libros sobre el tema y está muy bien reconocido en ese campo. También es experto en hipnosis. Me propuso someterme a sesiones de hipnosis y acepté, —En ese momento Christopher fue a decir algo, pero ella tapó su boca con los dedos para impedir que la interrumpiera, pues sabía que de lo contrario no podría continuar con su explicación— como puedes imaginar, no sin reparos, o más bien debería decir: con terror, pues es lo que sentía, pero no podía soportarlo más. Además, ese hombre me dio cierta seguridad. En sus ojos vi sinceridad, así que decidí someterme a la hipnosis ¿Qué podía perder? Aunque tampoco imaginaba lo que me iba a encontrar. —Hizo una breve pausa para observar su reacción, pero él parecía expectante en ese momento, así que continuó— Él me explicó que lo que me estaba sucediendo era una llamada del más allá. Alguien que había muerto en circunstancias trágicas me estaba pidiendo ayuda, pero en los sueños no acababa de aclararme nada y poco podía ayudarme. Así que me sometió a la sesión de hipnosis para sacar lo que mi subconsciente retenía.

En el proceso fue anotando todo lo que yo decía y mi amiga María es testigo de lo que dije.

Hablé de Susan Atkins, era testigo de mi propio asesinato y lo narré como si estuviera pasando en ese mismo momento. En vivo y en directo... no te puedo decir más, es todo. Lo único que podría añadir es que esta circunstancia me está amargando la vida. Se supone que era mi pasado lo que narraba, yo no lo acabo de creer, Florencio Peláez dice que sí lo es, pero eso escapa a mi comprensión, lo único que he sacado en claro es un apellido. Atkins. Ni siquiera es español.

Helena se echó hacia atrás en la cama y se quedó mirando el techo a la espera de las recriminaciones. No quería mirar a Christopher por miedo a lo que pudiera decir. Sabía que él menos que nadie comulgaba con esa doctrina y casi estaba segura de lo que le iba a responder.

Él la había escuchado atentamente sin interrumpirla con el gesto preocupado. En un principio cuando Helena comenzó a relatarle sus pesadillas, Christopher tuvo la sensación de estar escuchando el guion de una película terrorífica, algo que nada tenía que ver con ella; sin embargo, pensó

en lo que ella acababa de experimentar y junto con las últimas pesadillas que había tenido comenzó a conmoverse; ahora estaba verdaderamente preocupado. Helena no era una mujer con problemas psicológicos o en caso contrario lo había disimulado muy bien, pero esto era difícil de digerir.

Como psiquiatra se suponía que no creía en los fenómenos paranormales, que todo era producto de la mente. ¿Entonces, de qué forma se podrían catalogar las experiencias que Helena estaba sufriendo? Podría contemplar la posibilidad de que fuera algo paranormal, pero echaría por tierra toda la lógica científica a la que estaba acostumbrado y en la que fundamentaba su vida y su trabajo.

Christopher estaba desconcertado, no supo qué responder, pero acarició su brazo y ella le miró con sus dulces ojos vivaces esperando una respuesta que la ayudase a comprender lo que le estaba pasando o en su defecto un apoyo por parte de él. Necesitaba saber si Christopher lo entendía o pensaba que todo era producto de su imaginación. Él no habló, la estrechó entre sus brazos y eso le fue suficiente. Se sintió reconfortada, al menos entre tanta zozobra había una tabla flotando en el inmenso y tempestuoso mar de su vida; un abrigo, una mano que la pudiera guiar por el camino de la tranquilidad.

Capítulo X

Helena y Christopher habían ido a pasar las vacaciones a Stockport, una pequeña ciudad al sureste de la ciudad de Manchester, donde él había nacido. Necesitaban un remanso de paz después de los últimos acontecimientos y Stockport era el lugar ideal para ello.

La casa era una pequeña mansión Victoriana situada en el Valle de Goyt, cercano al Woodbank Memorial Park y rodeada de frondosos bosques a orillas del río Goyt.

Helena conoció a Nelly Shilton, la tía con la que se había criado Christopher después de morir sus padres.

Tía Nelly, era una persona encantadora, de aspecto dulce y tranquilo. Era alta y de buena figura, rayaba los setenta aunque su pelo blanco le hacía parecer mayor de lo que era. Helena no entendía por qué las mujeres inglesas son tan reacias a tintarse el pelo. Podría atribuirse a la falta de coquetería, cosa bastante probable. En ese aspecto se parecen poco a las españolas. Recordaba que su madre a los cincuenta años llevaba el pelo siempre de color rojizo berenjena que la hacía extremadamente atractiva y a ella le encantaba ver a su madre siempre tan bonita.

Helena y tía Nelly congeniaron al instante y Christopher estaba contento al ver que las dos mujeres más importantes de su vida, habían simpatizado tanto.

Las vio llegar por el estrecho sendero que conducía hasta el bosque. Habían ido a recoger frambuesas para una tarta y la cesta que llevaba Nelly parecía haber suficiente para dos.

Observo con todo detalle a Helena mientras se acercaba hasta la hamaca donde él estaba tumbado.

Le preocupaba el problema de Helena. La veía sufrir, pero era incapaz de ayudarla entre otras cosas porque no sabía cómo podía hacerlo. Él no quería creer en fantasmas, aunque el problema que ella tenía no era psicológico ni mental o al menos no lo creía así.

—Hola Chris, —Se acercó a él con una frambuesa dispuesta a ponérsela en la boca— toma pruébalas están buenísimas.

Él le mordió el dedo al coger la baya.

—¡Eh! ¿Tanta hambre tienes? —Protestó llevándose el dedo a la boca.

—Tengo hambre de ti, cariño. Si no te como pronto moriré de inanición. Christopher le estiró del brazo y ella cayó encima de él.

—¿Pero, qué haces? ¡Suéltame, tu tía nos está mirando y a demás, me vas a tirar las frambuesas! —Christopher no la soltaba, ella luchaba por zafarse de él, pero no lo conseguía— ¡Suéltame pulpo! ¡He dicho que me sueltes!

Mientras ellos luchaban, tía Nelly se acercó y cogió la cesta que había caído al suelo desparramando su contenido.

—Quédate aquí si quieres con el pulpo, yo me llevaré la cesta. La verdad es que hace un día estupendo y deberíais aprovecharlo al máximo.

Tía Nelly tenía razón, era una tarde de verano deliciosa, corría un viento suave y fresco debajo de los grandes Nogales. El suave olor de los Rododendros era embriagador, Helena se tumbó junto a Christopher en la hamaca, él la cogió en sus brazos haciéndola sentirse protegida y segura. Podía sentir su fuerza y su ternura a la vez, su cariño que la envolvía como una capa protectora. Sabía que si permanecía junto a él nunca tendría nada que temer.

No se dieron cuenta de que Nelly estaba delante de ellos mirándolos con sonrisa complaciente.

—Tórtolos, me imagino que si me voy no me echaréis de menos, ¿verdad? Sally me ha llamado para que la acompañe al centro.

—Ve tranquila tía y pásalo bien. —Dijo Christopher— Y no te preocupes por la cena, nosotros la prepararemos.

—Está bien, hasta luego...

Se alejó con pasos firmes y seguros de mujer activa y ágil, dejándolos solos. Subió a su viejo Austin y tomó la carretera de Vermon Rd.

—Chris, gracias por traerme a este lugar tan maravilloso. —Aspiró profundamente cerrando los ojos para captar mejor el perfume de la hierba húmeda— Cuando vuelva a España echaré mucho de menos la campiña inglesa con este aroma y verdor que tanto me recuerdan a mi niñez. Menos mal que te tendré a ti para recordármelo.

Christopher la miró fijamente a los ojos. Pasó suavemente la yema del dedo por su mejilla como dibujando el contorno de su rostro.

—Quiero casarme contigo. —La voz de él sonó rotunda— ¿Quieres tú casarte conmigo? —Guardó silencio esperando respuesta, pero Helena le miraba atónita con la boca entreabierta por la sorpresa— Por favor, si me vas a contestar afirmativamente dímelo ya, pero si es lo contrario tómate un tiempo para hacerlo.

Helena se tomó su tiempo para contestar. La pregunta la había cogido por sorpresa y no quería precipitarse en una respuesta afirmativa. Helena nunca se había planteado el matrimonio y la propuesta de Christopher la inquietó. Estaba segura de que le amaba, pero debía plantearse si realmente le amaba tanto como para compartir toda su vida con aquel hombre. En poco más de tres meses habían llegado a conocerse profundamente y a confiar el uno en el otro. Juntos disfrutaban en cada momento y lugar, por separado se sentían extraños, como si les faltara parte de ellos mismos, pero hablar de matrimonio... era algo muy serio, algo que debía pensarse con detenimiento. Christopher esperaba ansioso su respuesta y eso la turbó más.

—La verdad es que no me lo esperaba.

—¿Pero, me vas a contestar ahora?

—Tendré que pensármelo.

—¿Pero tú me quieres, no?

—Naturalmente que te quiero, pero es muy precipitado. Debo pensarlo.

—Sé que es un poco precipitado cariño pero...

Chris, no acabó la frase. Quería decirle tantas cosas que no sabía cómo empezar. Quería hacerle entender que no podía vivir ni un solo segundo sin ella. Que todo en su vida se movía a su alrededor, que era su esclavo incondicional. Pero quedó en silencio, las palabras se ahogaron en su garganta.

Helena se apartó de él y se detuvo junto al árbol. Estaba pensativa y una sombra de tristeza se reflejaba en sus ojos. Christopher se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

—Helena, te quiero y no puedo permitirme el lujo de perderte, eres demasiado importante para mí.

—Lo sé Chris, pero te lo suplico; deja que pase todo esto, que se solucione éste problema, y yo tendré las ideas más claras, ahora no puedo pensar en el futuro teniendo esta nube tan negra sobre mi cabeza. No creas que no te quiero, todo lo contrario, pero necesito tiempo.

Se volvió hacia él y lo besó con ternura, intentando transmitirle seguridad. Una seguridad que ni ella misma sentía sobre un futuro plagado de

dudas e inquietudes.

Helena se despertó temprano esa mañana. El trino del mirlo al amanecer le transportaba en el tiempo hacia un lugar de su infancia en el que había vagos recuerdos de la figura de unos padres unidos y felices, tan sólo eran vagos recuerdos, pero la llenaban de ternura.

Miró a su lado de la cama y Christopher no estaba. Le necesitó en aquel momento, necesitaba sus caricias, su calor y su cariño. Se quedó allí durante un largo rato, echándole de menos.

Sintió frío y se tapó con la colcha. La ventana estaba abierta y un viento frío y húmedo penetraba en la habitación. Los visillos no le impedían ver el cielo plomizo que en ese momento comenzó a descargar una cantidad abundante de agua. Se levantó para cerrar la ventana y el aire húmedo rozó su rostro, le dio un escalofrío y cerró rápidamente la hoja de cristal. A continuación se volvió a meter en la cama tapándose hasta el cuello. Durante unos minutos prestó atención por ver si escuchaba las voces de tía Nelly y Chris. Silencio... únicamente escuchaba las gotas de agua tintineando en el cristal. Pensó en cómo sería su matrimonio con Christopher en caso de aceptar su propuesta. Éste sería un detalle que no le gustaba. Se levantó, se puso la bata y bajó a la cocina. Tía Nelly preparaba afanosamente el desayuno.

Olía a café recién hecho y a huevos revueltos y aunque Helena no estaba acostumbrada a los abundantes desayunos ingleses, aquel aroma le abrió el apetito.

Nelly al verla sonrió.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido?

—Estupendamente, gracias miss Nelly. —Dijo somnolienta— ¿Y Chris?

—Chris se levantó antes del amanecer y se metió en el despacho sin desayunar siquiera, todavía se encuentra allí. Yo acabo de levantarme. Tendrás que decirle que venga a desayunar —Helena se dirigió al despacho— No tardéis que el desayuno está casi preparado. —Avisó Nelly.

Abrió la puerta de la habitación y lo vio de pie apoyado en la mesa mirando unos papeles.

—¿Qué haces? —Al oír su voz, él levantó la cabeza sorprendido— El desayuno ya está.

—¿Cómo es que te has levantado tan temprano?

—Me desperté y al no estar tú ya no pude seguir durmiendo.

—Así es que me echabas de menos, ¿Eh? —Christopher dejó los apuntes encima de la mesa— Eso me parece muy bien. ¿Vamos a desayunar?

La asió por la cintura y fueron hasta la cocina donde les esperaba un buen desayuno de huevos revueltos con beicon, zumo de naranja, café, té y tostadas con mantequilla.

Aquella fría y lluviosa mañana apetecía un tentempié repleto de calorías en la acogedora cocina de miss Nelly.

Mientras desayunaban, Helena preguntó a Christopher por su trabajo.

—¿Tienes mucho trabajo para hacer?

—¿Lo dices por lo del despacho? —Ella asintió— No es trabajo, solo eran unos apuntes que tomé el otro día sobre lo que me contaste de tus pesadillas.

—¿Sobre mis pesadillas? —Preguntó extrañada.

—Sobre los datos que tenemos podríamos empezar a investigar algo.

Helena estaba confundida. Ella había pensado que él no comprendería lo que había hecho, pero no solamente lo había comprendido sino que quería investigarlo.

—¡Pero Chris! ¿Tú sabes lo que estás diciendo? ¿Investigar qué? ¿Y cómo? ¡Sólo tenemos un nombre y podría ser de cualquier lugar del mundo!

—Mira cariño, yo no entiendo nada de todo esto, pero algo habrá que hacer al respecto. No creas que esto es fácil para mí. —Dejó la taza de té sobre el plato y cogió la mano de ella, sin dejar de mirarla a los ojos prosiguió dándole a sus palabras un tono conciliador— Si fueras una persona desconocida y en la consulta me hubieras contado lo que me contaste, te aseguro que lo tendría mucho más claro, pero resulta que te conozco y vi lo que vi, sé que eres una persona equilibrada y que todo esto no es fruto de tu mente. Hay algo más y tendré que averiguarlo, ¡tendremos que averiguarlo! — En esta ocasión su tono era enfático— Lo que no podemos es quedarnos de brazos cruzados esperando que a ti te ocurra algo, yo no lo pienso hacer ¿entiendes?

—Susan Atkins, es un nombre vulgar y corriente. Habrá miles como ese sólo en Inglaterra. Por favor, Chris, sé razonable.

—Con eso es suficiente. Ahora cuando nos arreglemos nos vamos a la hemeroteca de la ciudad y busquemos algún crimen que se haya cometido y que la víctima se llame Susan Atkins. Si no encontramos nada nos olvidamos. ¿De acuerdo?

La miró con ojos pícaros y ella hizo un gesto de resignación.

Tía Nelly había estado escuchando atentamente sin interrumpir, la conversación de la pareja. Cuando terminaron de hablar ellos, preguntó:

—¿Esa tal Susan, no fue una muchacha que mataron hace más de veinte años en un pueblo de Leeds?

Christopher y Helena se miraron sin entender lo que decía tía Nelly. Creían que les estaba tomando el pelo, pero no era así porque volvió a preguntar:

—¿Por qué os interesa esa antigua historia?

—Pero tía Nelly... ¿Qué sabes tú de esa historia? —Preguntó perplejo.

—No recuerdo bien lo que pasó, pero sí recuerdo que ocurrió en Swillington y que la madre de Susan era de aquí, de Stockport.

Helena estaba callada, no podía creer lo que estaba escuchando. Nelly conocía aquella historia que hasta ahora sólo había estado en sus pesadillas, los personajes de aquella macabra historia iban saliendo del mundo de las tinieblas y espectros para ir tomando forma en el mundo real. El vello de su cuerpo se le erizó de repente mientras Nelly continuaba narrando la historia.

—Es una historia verdaderamente triste, pero no creo que os interese a vosotros pues pasó hace muchos años y Helena ni siquiera había nacido.

—Sí que nos interesa tía. —Rogó Christopher mostrando un lógico interés— Por favor, cuéntanosla

Nelly miró extrañada a su sobrino y luego a Helena, estaba pálida y parecía muy asustada.

No podía entender porqué les interesaba conocer algo tan lejano, pero si querían conocerla, algún tipo de interés tendrían.

—Bueno, intentaré recordar lo más que pueda. —Nelly miró hacia la repisa de la chimenea distraídamente intentando que los recuerdos aflorasen a su memoria— Mery Anne, la madre de Susan, y yo estudiábamos en el mismo instituto, ella era unos años mayor que yo. Era una jovencita preciosa y los muchachos del pueblo la acosaban con sus pretensiones, pero ella siempre los rechazaba a todos.

En las fiestas del pueblo vinieron muchos forasteros y conoció a uno de ellos, creo recordar que se llamaba... Jérémy... sí, Jérémy Atkins.

—¿Estás segura de que ese era su apellido? —Preguntó Christopher intrigado.

—Sí, sí, estoy segurísima. Lo recuerdo porque Jonathan el tendero tenía el mismo apellido que él... Bueno, pues se enamoraron y poco tiempo después se casaron, y Mery Anne se fue a vivir a Leeds. Y aquí acaba la historia hasta

donde fui testigo.

Helena y Christopher se miraron sin comprender.

—¿Y cómo sigue? —Preguntó Helena ansiosa.

—Pues después de un montón de años nos enteramos por los familiares de aquí, que habían matado a su hija Susan. La encontraron muerta en el bosque y nunca se supo quién lo hizo. Mery Anne había muerto hacía muchos años, pero si hubiera vivido entonces, la pérdida de su hija en esas circunstancias seguro que la hubiera matado de dolor.

—¿No sabe nada más de lo que sucedió?

—Han pasado muchos años y mi memoria no es muy buena, pero creo que el padre de Susan todavía vive en el mismo pueblo, a no ser que haya muerto también.

Helena desconfiaba de que todo estuviese pasando realmente. Miró a tía Nelly y a Christopher escéptica pensando que mientras ella dormía, tía y sobrino habían preparado esta broma pesada, y si era eso jamás podría perdonarles.

Su ánimo comenzó a decaer y una creciente ira se apoderaba por momentos de ella. Les observó atentamente, pero en la expresión de Christopher también había cierta incredulidad además de sorpresa. Entonces dirigió su mirada únicamente hacia tía Nelly. Ella podría haber preparado una pequeña broma, pero... ¡ella no sabía lo que le había ocurrido a Susan!, ¿entonces? Ya estaba claro, ¡Christopher lo había preparado todo!

Volvió sus ojos hacia él para descubrirle un gesto, algo que pudiera hacerle pensar que se trataba de una broma pesada, pero no fue así, él en aquel momento se levantó dispuesto y dirigiéndose a Helena dijo:

—Está bien, nos vamos a Leeds, empiezo a sentir curiosidad por esta historia.

—¿Qué?

—¡Helena! ¿Todavía estás dormida, cariño?

—¿Todo esto será una broma no? —Helena estaba seria.

—¿Qué sucede Helena? —Preguntó extrañado.

—No lo sé, no entiendo nada. Creo que me estáis gastando una broma. Y no me gusta en absoluto. No se puede jugar de esa forma con los sentimientos de los demás.

—¿Una broma? ¿De quién? —Christopher comenzaba a impacientarse — ¿Cómo puedes pensar que te estamos gastando una broma con algo tan serio, Helena?

Helena se sobresaltó al ver el gesto de Christopher. No supo que contestar, algo en su interior le decía que se había equivocado, que nadie estaba gastándole una broma, que había desconfiado y ahora se sentía ridícula delante de ellos que la miraban atónitos.

—Creo que he cometido un error. Lo siento. —Se dirigió hacia tía Nelly — Lo siento miss Nelly, sé que no tengo excusa posible, pero todo esto me tiene confundida.

—Helena no te preocupes, comprendo cómo te sientes. Yo no sé que tenéis vosotros que ver con esa historia, pero sé también que cuando llegue el momento me lo contaréis. —Una suave sonrisa se dibujó en su ajado rostro.

Ella notó la tirantez que había entre los dos desde la charla de la mañana en la cocina. No sabía cómo decirle que se había equivocado, pero debía comprender que todo era demasiado extraño como para no dudar.

Christopher y Helena no tardarían en salir hacia la población de Woodlesford. Antes miraron la ruta en el mapa de carreteras para saber los kilómetros de distancia. Debían enlazar con varias autovías desde la M60 que pasaba cerca de la casa de tía Nelly. No era un viaje largo, poco más de una hora, pero lo más difícil era llegar a Woodlesford, que era el pueblo donde Jérémy vivía. Les parecía increíble que esa ciudad existiera en el mundo real, más bien pensaban que al llegar allí les dirían que era una ciudad imaginaria como el país de nunca jamás.

Pero la ciudad existía en realidad, estaba allí esperándoles con su macabra historia dormida durante más de veinte largos años.

Leeds era ruidosa y el calor era agobiante haciéndola más insoportable por el olor del asfalto. Pese a todo, los pájaros llenaban los árboles de la avenida. Se habían habituado a la contaminación del ambiente y sus trinos se oían de vez en cuando rompiendo el monótono rugir de los motores.

Al llegar a la ciudad dejaron la autopista para dirigirse a Woodlesford, era un pueblo pequeño, pero sus casas estaban esparcidas en todo el territorio y era difícil localizar a una persona determinada. Decidieron entrar en las pocas tabernas que vieron, pues no era fácil que allí supieran algo de Jérémy Atkins. Después de haber recorrido más de la mitad de aquella gran localidad sin suerte en sus pesquisas, encontraron una taberna apartada.

Al entrar el olor rancio de la cerveza les recibió. La poca gente que allí había los miró con curiosidad. No estaban acostumbrados a ver muchos

forasteros por el pueblo. En realidad ninguno se acercaba por allí, pues era un pueblo pacífico y sin mucho interés turístico.

Pidieron un café y Christopher preguntó por Jérémy Atkins. El camarero hizo un gesto hostil, pero desde el fondo del local se levantó un hombre y se acercó a ellos al oír el nombre de Jérémy. Se quedó allí de pie junto al mostrador esperando que le ofrecieran un trago. Christopher entendió lo que pretendía y pidió al dueño con un gesto que le sirviera algo al hombre. El tabernero le sirvió una cerveza y éste cogió la jarra y tomó media de un trago, se limpió la boca con el antebrazo y preguntó:

—¿Conocen a Jérémy? —Preguntó con voz pastosa.

Christopher se volvió hacia él.

—En realidad, yo no le conozco pero sí mi tía que vive en Stockport. Me pidió que lo visitara al saber que venía aquí.

—Sí, su esposa Mery Anne era de allí. —Apunto el hombre.

—¿Y usted nos podría decir su dirección?

—Por supuesto que sí, vengan conmigo y les indicaré.

Con un andar cansino y tambaleante, les acompañó hasta la puerta y les explicó el camino que debían tomar para llegar allí, no sin antes hacerles prometer que saludarían a Jérémy de parte de Rudolf.

No tardaron en encontrar la casa de Jérémy y cuando lo hicieron, el corazón de Helena comenzó a latir aceleradamente.

La vivienda estaba separada de las demás y rodeada por lo que en su día debió ser un frondoso jardín, pero que ahora se veía modesto y mal cuidado. Su fachada había sido pintada infinidad de veces, la última de ellas hacía mucho tiempo a juzgar por el color amarillo parduzco y los desconchones. El moho trepaba por su pared norte y el pequeño jardín de la zona trasera de la casa, se hallaba cubierto de herbajes y espinos.

Christopher subió los escasos escalones hasta llegar a la puerta. Cuando se disponía a llamar, vio a Helena que se había quedado paralizada en el primer peldaño.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—No sé qué es lo que me está sucediendo, pero tengo miedo. Siento como si alguien usurpara mi personalidad, tengo sensaciones desconocidas para mí. Esta casa me es tan familiar como si hubiera vivido toda mi vida en ella.

Christopher estaba desconcertado.

—¿Quieres que nos vayamos?

—¡No! —Exclamó rotunda— Quiero ver a Jérémy.

Helena comenzó a subir los escalones despacio, sin apartar la vista de la puerta, esperando que en un momento u otro se abriera y apareciera su padre, mejor dicho, el padre de Susan.

Se dejó llevar por las sensaciones que percibía en aquel momento y su mente se llenó de recuerdos que no le pertenecían, pero que le eran propios. Un frío sobrecogedor le recorrió el cuerpo y tuvo que sujetarse a la barandilla para no caer desplomada.

Mientras tanto Christopher había llamado a la casa y su dueño no tardó mucho en aparecer tras la puerta. Era viejo, demasiado viejo. Lo recordaba como un hombre corpulento y joven, y ahora las arrugas surcaban su cara y su columna se doblegaba al paso de los años. Sus ojos de un gris casi transparentes y sin brillo se posaron en los de ella.

—¡No quiero comprar nada! —Dijo secamente.

—¿Jérémy Atkins?

—¿Quién pregunta por mí?

—Vera, usted no nos conoce, ella se llama Helena Fernández, y yo Christopher Nicholson y... — Jérémy no le dejó terminar.

—Ya les he dicho que no compro nada. —Dijo bruscamente.

—Le comprendemos, pero no vendemos nada, sólo queremos hablar con usted sobre su hija Susan.

Jérémy frunció el ceño al oír el nombre de su hija.

—¿Qué es lo que tienen que decirme sobre Susan? Ella murió hace muchos años.

—Por favor, si nos dejara pasar se lo explicaríamos todo en un minuto.

—Dijo ella suplicante y con los ojos vidriosos a punto de echarse a llorar. Jérémy la observó, se dio cuenta de que algo le había pasado inadvertido.

La muchacha le recordaba a Susan, y no porque se pareciera a ella, pero tenía algo que le resultaba muy familiar. Sacudió la cabeza para espantar viejos fantasmas.

—Está bien, díganme eso que han venido a decirme y que sea rápido porque tengo muchas cosas que hacer.

Les hizo pasar a la casa, pero les mantuvo en la entrada sin ofrecerles el acceso al salón. Quería que se fueran cuanto antes y así permanecieron en pie mientras decían lo que tenían que contarle. Christopher incomodo comenzó a explicarse aunque no sabía cómo empezar.

—Nosotros vivimos en España y estamos de vacaciones en Stockport, donde vive mi tía Nelly. Cuando ella supo que veníamos aquí nos dijo que le visitáramos pues ella conoció a su esposa Mery Anne y sintió mucho todo lo que sucedió con su hija Susan. —Le observó por ver cómo reaccionaba, pero al ver su gesto impaciente prosiguió— Fue una historia muy triste según me contó ella.

—Si su tía quería mandarme condolencias el acepto y se lo agradezco, aunque llegan un poco tarde, así que si no tienen nada más que decirme me tendrán que disculpar, pero tengo muchas cosas que hacer.

Jérémy fue un tanto tajante al decir esto, pero no comprendía cómo se podía venir después de más de veinte años a dar las condolencias, lo encontraba ridículo, así que hizo ademán de abrir la puerta para invitarles a salir y en ese momento habló Helena.

—Señor Atkins, no hemos venido únicamente por eso. El motivo principal de nuestra visita es que queremos conocer lo que le sucedió a Susan.

—¿Lo que le sucedió a Susan? —La miró furibundo. ¿Podía haber tamaña desfachatez? ¿Qué clase de motivo tenía esa gente para querer saber algo tan lejano y a la vez tan doloroso para él? Intentó calmarse pues la ira que sentía le empujaba a echar de allí a aquellas personas impertinentes— ¿Qué interés tienen ustedes por esa historia? ¿Acaso piensan escribir un libro o algo parecido? ¿No entienden que llevo más de veinte años intentando olvidarme, sin éxito, de aquel episodio trágico que destruyó toda mi vida? No tienen consideración de un pobre viejo que ha sufrido el golpe más duro que una persona puede sufrir en la vida: la muerte de una hija. Y si a eso añadimos que ya había perdido a mi esposa y con Susan también perdí a mi madre.

Desde hace muchos años estoy solo y deseando que la muerte venga a buscarme para estar con toda mi familia al otro lado. ¿No les parece eso suficiente?

Los ojos de Helena se llenaron de lágrimas incapaz de responder a su pregunta movió la cabeza en sentido negativo.

—Sí, es cierto que nos interesa, pero no pretendemos de ninguna forma ahondar en su pena señor Atkins. Créame si le digo que nuestro interés es mucho más personal. Es más, es una cuestión de salud. Concretamente de la salud de mi novia Helena, aquí presente.

Jérémy miró con desconfianza a la muchacha.

—¿Qué tiene que ver su salud con la muerte de Susan? ¡Pero si ni siquiera habría nacido usted cuando sucedió todo! —Jérémy se impacientaba.

—Precisamente porque yo no había nacido estamos aquí. —Señaló Helena compungida.

Jérémy no entendía nada, miró a la mujer fijamente a los ojos, en ellos había algo extraño. Muy en su interior algo le decía que lo que le iba a contar no le gustaría en absoluto. La mujer comenzó a hablar de nuevo.

—Tengo que decirle que hasta ésta mañana no sabíamos sobre su existencia y al saber de usted no podíamos por más que venir a conocerlo, aunque me considere una loca, debo decirle lo que he venido a contarle.

Durante unos segundos el silencio se volvió incómodo. Jérémy se mantenía delante de ellos sin ofrecerles entrar más allá del recibidor Helena no quería seguir hablando hasta que Jérémy mostrará un poco de confianza y se relajara apreciándose en él una mejor voluntad.

Por fin cedió y les invitó a pasar al salón no sin cierta reticencia.

Aquel salón parecía haberse paralizado en el tiempo. Ni las cortinas ni los muebles, incluidas alfombras, se habían renovado desde los años sesenta. Todo se veía bastante desgastado por el uso, pero parecía que al dueño no le importaba lo más mínimo vivir en aquel ambiente de un pasado ajado.

Se sentaron alrededor de una pequeña mesilla de madera oscura donde las patas representaban a cuatro sirenas desnudas de medio cuerpo hacia arriba. En la parte inferior de la mesa sobre un paño bordado con rosas de un color desvaído por las continuas lavadas, una figura de porcelana de una muchacha con una cesta llena de flores; pero lo que más llamó la atención de Helena fue que todas las estanterías estaban llenas de marcos con fotos de la familia y en casi todas ellas aparecía Susan. Susan de bebé, de niña, adolescente y finalmente de una joven preciosa y llena de vida, la misma joven que suplicaba por su vida en sus sueños.

Ya acomodados Helena aspiró aire para relajarse y comenzar a contar su relato. Quería que saliera lo más coherente posible y no quería que Jérémy notara ninguna vacilación en su relato pues eso podría hacerle desconfiar del todo.

—Vera... señor Atkins... desde hace más de un año sufro unas terribles pesadillas y alucinaciones. No voy a decirle cuales han sido mis sentimientos hasta ahora pues se lo puede imaginar a poco esfuerzo que haga. —Helena hizo una pausa, sus manos temblaban por el nerviosismo, no quería que el hombre se percatara del detalle así que las mantenía entrelazadas una a la otra — Bien... pues la última de las pesadillas que tuve, me hicieron tomar una decisión bastante difícil para mí. Busqué una persona que me pudiera ayudar, y

esa persona era un parapsicólogo, y sí, él me ayudó, pero me planteo otro problema más terrible. —Helena respiró profundamente y continuó— En mis pesadillas aparece una mujer que no conozco, tiene mi misma edad aproximadamente y en cierto modo se parece un poco a mí, sólo que ella tiene el pelo rubio muy claro y los ojos azules. Cuando sale en mis sueños alguien la está apuñalado, no sé quién es, pero sé que está embarazada, y llora por el hijo que hay en su vientre.

Jérémy se estremeció al escuchar las palabras de Helena. No quería pensar en el significado, pero sus temores cada vez iban en aumento.

Helena prosiguió.

—Al someterme a una sesión de hipnosis, ella hizo su aparición, supe que se llamaba Susan Atkins.

Jérémy no se inmutó, había estado esperando que el nombre de su hija apareciera de un momento a otro y al fin lo había hecho.

—El profesor me dijo que ella me estaba pidiendo ayuda pero... ¿cómo iba yo a ayudarla si no sabía quién era? Así que decidí dejar las cosas como estaban e irme de vacaciones y si podía, olvidarme de todo. Pero eme aquí en las casualidades de la vida. Resulta que la tía de mi prometido conocía la historia de esa mujer y a su familia apellidada Atkins. —Hubo un silencio significativo, ella les miró de hito en hito. Christopher estaba con la boca entreabierta sin atreverse a pestañear, miró a Jérémy, lo vio dubitativo, pero continuó— Yo no sé qué podría hacer por ella, creo que después de tantos años la policía debería haber averiguado algo más. ¿No cree?

Jérémy se levantó de su asiento, no demostraba ninguna emoción. Helena pensó que no la había creído y se sintió abatida.

—Señor Atkins, quisiera pedirle perdón por haberle molestado. —Dijo levantándose rápidamente del sofá. Christopher la siguió.

Jérémy que se había mantenido en silencio, habló ahora con voz ronca por la emoción.

—Tranquilícese, señorita Fernández, y siéntese por favor; el que me haya mantenido hasta ahora en silencio no quiere decir que no la crea. —Guardó silencio unos segundos mientras se frotaba las sienes con los dedos intentando colocar las ideas en su lugar correcto— Resulta muy difícil creer todo eso que me ha contado. Y precisamente por ser tan rocambolesca la historia creo que me ha contado la verdad.

Nadie en su sano juicio vendría a contarme algo así después de veinte años.

Helena sonrió pues sabían que Jérémy tenía razón.

—No crea que me alegro de lo que le está sucediendo, al contrario, lo siento mucho, pero es algo que no me coge por sorpresa. Siempre tuve la secreta convicción de que ella aparecería algún día para decirme lo que pasó, aunque ya había perdido las esperanzas.

Helena no entendía lo que Jérémy estaba diciendo y él trató de explicarse al ver su expresión.

—Mi madre tenía un poder especial. Era un poco bruja, pero le asustaba y la mayoría de los presentimientos que tenía los silenciaba por miedo. Algunas personas le rogaban que les predijera el futuro y ella se negaba, aunque al final después de tanto insistir lo hacía. Cuando veía algo malo se lo callaba, pero no siempre. Así que eso le trajo algunos problemas hasta que se lo dejó definitivamente.

Cuando mi hija Susan tenía siete años mi madre me dijo que ella también tenía el mismo don, aunque yo no quise hacerle caso, le dije que eso eran tonterías, que mi niña era normal, pero con el tiempo me fui dando cuenta de que mi madre tenía razón.

Cuando alguien moría esa misma noche hablaba con Susan y ella nos contaba que habían ido a visitarla en la soledad de su habitación, era escalofriante ver a una niña hablar de difuntos y oír las cosas que le decían. Yo por supuesto no contaba a nadie lo que estaba pasando porque no quería que mi hija fuera una atracción de circo, pero su vida transcurrió entre fantasmas del más allá.

Cuando la mataron pensé que ella vendría para decirnos lo que le había pasado, pero no fue así, claro que con la única que podía haberlo hecho era con mi madre y ella no estaba para verla. —Los ojos de Jérémy se nublaron por las lágrimas del recuerdo— Perdónenme, pero cuando recuerdo aquella época, no puedo contener las lágrimas.

—Sabemos que es duro para usted... ¿Qué pasó ese día, señor Atkins?

—Ese día fue como cualquier otro, yo estaba en el trabajo y no llegué a casa hasta pasadas las ocho. Susan estaba de vacaciones y se ocupaba de los quehaceres de la casa y por la tarde se encontraba con William e iban a ver a mi madre que vive cerca del bosque. Ese mismo día me dejó una nota diciendo que había quedado con William a las ocho y que vendría un poco más tarde, así que cuando se hicieron las diez y media empecé a preocuparme por su tardanza. —El nombre de William provocó en Helena un estremecimiento— Me acerqué a casa de mi madre por si estaba allí, pero ella tampoco estaba,

era muy extraño que Thelma no estuviera en casa. Cogí el coche y me fui directamente a la comisaría para decir lo que pasaba. Ellos también se extrañaron porque Thelma hacía años que estaba medio privada, le costaba mucho caminar, tenía artrosis en las rodillas y conociendo su persistente negativa a salir de casa pensamos que podía haber ocurrido algo.

Varios hombres comenzamos a rastrear el bosque en busca de Susan y de Thelma y después de tres horas de rastreo encontramos a mi pobre niña... — La voz se le quebró de la emoción, pero continuó— salvajemente apuñalada y de mi madre no encontramos ni rastro.

—¿Su madre había desaparecido también? —Preguntó perpleja.

—Sí, ella también había desaparecido, pero apareció a los tres días siguientes, tirada en la orilla del lago y tapada por un montón de ramas. Había muerto a consecuencia de un corte producido en el cuello que le seccionó la aorta y se desangró.

—Dios mío, es horrible. —Helena se estremeció— ¿Y qué hay de William? ¿No estaba con Susan?

—No lo sé, creo que dijo que no había ido a la cita. El caso es que dijeron que a mi hija la habían matado unos furtivos para violarla.

—¿En la autopsia se descubrió la violación? —Preguntó Christopher.

—Sí, eso dijeron —Contestó con tristeza— Pero en realidad yo no la vi.

—¿Se descubrió algo acerca de la muerte de Thelma? ¿Si tenían relación entre sí los dos asesinatos?

—Todo fue bastante oscuro. La investigación, si así puede llamársele, fue casi inexistente, por no decir nula, durante unos pocos meses estuvo el caso abierto, pero al no encontrar más pruebas pronto le dieron carpetazo y lo archivaron. Durante años he insistido para que siguieran buscando al asesino o asesinos, pero al final me trataban como a un viejo chiflado. Se han reído de mí, me han humillado..., pero yo he seguido incansable. Hasta que los años han podido lo que esos sinvergüenzas no conseguían con sus desprecios.

Nada o muy poco conseguí averiguar a lo largo de estos años, era como si una espesa cortina de humo se cerniera sobre el caso ocultando los más pequeños detalles e impidiendo que saliera a la luz cualquier prueba. Sé que han ocultado y hecho desaparecer pistas importantes, aunque no tenía pruebas tangibles para poder denunciarlos, sé que lo han hecho y no llego a entender por qué oscura razón. ¿A quién podría beneficiar la muerte de mi pequeña Susan y la desaparición de mi madre? Es lo que me ha estado mortificando todos estos años. Demasiadas preguntas sin respuestas. Demasiado dolor sin

una pequeña posibilidad de resarcimiento.

Al menos ahora tengo una pequeña esperanza, estoy seguro de que mi querida Susan la ayudará a despejar esta incógnita.

Helena estaba bastante afectada cuando Jérémy terminó de hablar. No sabía cómo expresarle sus sentimientos a la persona que había padecido tanta injusticia. Comprendía cuánto tenía que haber sufrido después de tener toda la felicidad del mundo, encontrarse en un breve espacio de tiempo tan solo y desgraciado y no tener la pequeña satisfacción de que el asesino de sus seres queridos haya pagado por su delito. Aunque realmente en la práctica eso sirva de poco para calmar el dolor de la pérdida, el saber que existe la justicia, apacigua esa rabia que engendra la venganza y que en muchos de los casos es mucho más nefasta que la propia tristeza.

—Jérémy, aunque no lo crea, yo voy a hacer todo lo posible por descubrir lo que pasó. Susan ha puesto sus esperanzas en mí y no sé por qué lo ha hecho, aunque empiezo a formarme una ligera idea, pero tenga por seguro que no pararé hasta que se aclare todo y ella y todos los demás, podamos descansar en paz.

Helena estaba eufórica al decir esto, la fuerza para seguir adelante la encontraba en un padre desalentado y derrotado por la vida y sabía que todo estaba en sus manos, que debía llegar hasta el fin y darle el resarcimiento que se merecía por sus sufrimientos.

Jérémy la miró con ojos cansados, pero en el fondo de esa mirada había un atisbo de esperanza. Ahora lo veía claro, aquella muchacha que en un momento dado le había recordado ligeramente a su hija Susan, conforme pasaba el tiempo y cuanto más la escuchaba, a través de sus palabras, gestos y miradas, iba descubriendo su interior y ese interior le era demasiado conocido y querido. Se sintió reconfortado y feliz al ver que su sonrisa afectuosa le era devuelta con otra plena de cariño.

Dejaron a Jérémy después de charlar con él durante toda la mañana. Les había contado todo lo que sabía de la muerte de su hija y de su madre. Les dio datos y una dirección con la que poder empezar a indagar, la dirección de Williams Bakersfield y era por ahí por donde debían comenzar. Al despedirse de él, Helena le dio un beso en la mejilla y Jérémy le sonrió agradecido, parecía que su espalda antes arqueada por un peso invisible ahora estaba erguida como si ese peso hubiera desaparecido repentinamente.

Capítulo XI

El coche paró delante de la verja de una antigua y señorial mansión de Swillington. Apenas se veía la casa al estar rodeada de frondosos árboles y rodeada de un muro de piedra negra y la mayor parte de él cubierto de hiedra, así como parte de la fachada de la casa. Jérémy les había dado la dirección de lord Williams Bakersfield y sin pensarlo dos veces quisieron hablar con el protagonista de aquella aventura demencial.

—Es ésta. —Dijo ella.

Bajaron del coche y llamaron al timbre que había en la verja. Pasaron unos minutos y nadie contestaba a la llamada. Christopher pensó que no había nadie, sólo los ladridos de los perros se oían en la parte trasera de la casa. Cuando se decidieron a marcharse, apareció un hombre con cara de pocos amigos y un andar pausado que a juzgar por sus sucias ropas dedujeron que era el jardinero.

—¿Qué desean ustedes? —Preguntó con tono insolente.

—Queríamos hablar con el señor William Bakersfield. Es algo importante. —Dijo Christopher.

—¿Importante para quién? —Volvió a preguntar con hostilidad.

—Para el señor Bakersfield. —Respondió Helena irritada— Mire buen hombre, sentimos tener que molestar al señor Bakersfield, pero venimos de muy lejos y no podemos irnos sin hablar con él. Dígale que sólo le molestaremos un momento y dígale también que venimos de parte de Jérémy Atkins.

El hombre se alejó refunfuñando hacia la casa y no volvió a aparecer hasta diez minutos después. Y seguía conservando su expresión desagradable. Les abrió la puerta y les advirtió.

—El señor Bakersfield les atenderá cinco minutos escasos, pasados estos se irán hayan terminado o no.

—De acuerdo lo prometemos. —Aseguró Christopher sabiendo que se iba a quedar sólo en eso, una promesa.

Cuando llegaron a la puerta de entrada, Christopher hizo un comentario acerca de lo vieja que era ésta, cosa que molesto al jardinero. Helena le rogó con la mirada que se callara pues el hombre podía ponerlos de patitas en la

calle a poco que se lo propusiera. Al ir a entrar en la casa, la puerta se abrió y una figura de una mujer casi anciana, muy elegantemente vestida, les cortó el paso.

—¿Ya se va lady Bakersfield?

—Sí Charls. Ábreme la reja.

—Un momento lady Bakersfield, enseguida la acompaño.

La mujer miró a Helena con gesto altivo y luego a Christopher y se apartó para dejarles pasar, pero sin saludarles. Helena le mostró algo parecido a una sonrisa al pasar por delante de ella y Christopher le hizo una pequeña reverencia inclinando levemente la cabeza y pasó tras Helena.

Entraron en una sala donde les esperaba de pie junto a la ventana una figura alta y desgarbada. Miraba a través de las cortinas de encaje. Les había estado observando en el trayecto por el jardín y ahora que estaban allí no se dignaba a saludarlos. Helena estaba indignada.

—Señor...

—Sí, Charls, puede retirarse, gracias. —Dijo sin dejarle terminar.

William Bakersfield se volvió hacia ellos que seguían en la puerta de la sala y sin decir palabra miró detenidamente a Helena. Cuando la hubo analizado concienzudamente, le preguntó.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Helena Fernández y él, es el señor Nicholson.

Se acercó unos pasos hacia ellos, pero sin darles permiso para pasar. Al acercarse su cara se veía con más detalle. Era pálida tirando a un verde aceitunado, y muy delgada. Sus ojos grises y sin brillo hacían presa en Helena intentando obligarla a bajar la mirada, cosa que Helena no estaba dispuesta a hacer y sus miradas se desafiaron.

Seguía siendo un hombre atractivo, entendía por qué Susan se había enamorado de él. La apostura que aún conservaba incluido su estatus social, debía haberle favorecido en el pasado para conquistar a la mujer que hubiera querido, en cambio, se había enamorado de una chica sencilla como Susan, eso significaba que Susan Atkins era una mujer, además de bonita, muy especial.

—¿Cuál es esa cosa tan importante que me tenían que decir ustedes? — Su mirada seguía siendo impertinente.

Helena volvió al instante actual al escuchar la pregunta de Williams.

—¿Me imagino que usted es William Bakersfield? —Preguntó Christopher.

—Se imagina bien. —Contestó quedamente sin mirarle.

—Vera señor Bakersfield, esta misma mañana hemos estado hablando con Jérémy Atkins y él nos dio su dirección, lo cierto es que no pensó que le pudiéramos molestar, y sentimos tener que hacerlo, pero nos gustaría que nos contestara a unas preguntas acerca de Susan Atkins, si no es mucha molestia.

El señor Nicholson y yo estamos escribiendo un libro sobre asesinatos sin resolver, algo así como el crimen perfecto y por esa causa recorreremos el país por los pueblos más pequeños y les preguntamos a los ancianos si recuerdan algún crimen que no se llegara a descubrir nunca al asesino.

Hace unos días llegamos a Stockport, donde pasamos las vacaciones. Por pura casualidad y sin buscarlo, una anciana relató la historia de Susan Atkins, nos pareció una historia trágica y con muchos visos de misterio, así que indagamos un poco y encontramos a Jérémy y hablamos con él, aunque, si bien es cierto, había algunos puntos que no nos supo aclarar, así que nos dio su dirección por si usted nos pudiera ayudar. —Helena había dicho esto en un tono muy convincente, aunque por el gesto de Williams, sabía que no estaba muy convencido.

—Y ¿Por qué no van a la policía? Me imagino que ellos les pueden ayudar más que pueda hacerlo yo.

A Williams aquella historia no le convencía e ignoraba los motivos que pudieran tener aquellos individuos para llegar a su casa con mentiras para obtener información sobre algo tan lejano.

—Sí, —Respondió Christopher— Pensamos ir después de hablar con las personas más allegadas a ella.

—¿Y Jérémy les ha contado algo?

—Bueno, él ha sido muy amable con nosotros y nos ha respondido a algunas de las dudas que teníamos... en realidad nos ha creado más dudas de las que nos ha disipado.

El gesto duro y desconfiado de Williams cambió dejando en su lugar otro impenetrable, pero menos amenazador. El hecho de que Jérémy Atkins hubiera cedido a dar información sobre su terrible tragedia sabiendo que desde aquel terrible día se había vuelto un ser amargado y solitario, le conminaba a prestarse a ayudar a la pareja. No sabía qué oscuro interés podían tener en el caso, pero tampoco iba a ayudar demasiado porque realmente él, carecía de información de los hechos.

—Está bien, pasen y siéntense. —Esta vez su tono era más amable.

Les indico el sofá donde podían sentarse y él se sentó frente a ellos en

un botón de terciopelo color verde oscuro y que parecía ser muy cómodo a simple vista.

Una vez sentados habló Helena intentado encontrar las palabras más adecuadas para que no se sintiera hostigado.

—lord Bakersfield, usted recordará que el día que murió Susan tenían una cita ¿no es cierto? —Sacó una libreta de su bolso— Según nos ha dicho Jérémy, había quedado con usted a las ocho de esa misma tarde. —Él respondió con un movimiento de cabeza afirmativo— ¿Entonces qué pasó? ¿Fue o no fue a esa cita?

—Esa cita se canceló pocas horas antes.

—Pero... ¿Cómo? —Preguntó sorprendida.

—Yo también me lo he preguntado muchas veces durante estos años. Alguien llamó para cancelar la cita porque no quería que yo estuviera allí, y creo que la persona que llamó fue la misma que mató a Susan.

—¿Era voz femenina o masculina la que llamó?

—Era una mujer, puesto que se hizo pasar por Susan.

—Supongo que llamaría a su casa, ¿No?

—Supone usted bien.

—¿Y quién le dio el recado?

—En este momento no recuerdo... No estoy seguro si fue mi hermano Alan o mamá...

—Haga un esfuerzo.

—Es difícil recordarlo después de tantos años.

—¿No preguntó a quien le dio el mensaje de la anulación de la cita?

—¿Preguntar, qué?

—Lo que dijo exactamente... como era la voz, etc. No sé... la lógica curiosidad, ¿No? —Helena sonrió con ironía.

—Lo cierto es que no pensé en eso, estaba demasiado destrozado para pensar en esas cosas.

Fueron muchas las preguntas y muy poca la información, parecía que William había borrado de su mente aquella dolorosa historia y junto con ella, la necesidad de conocer detalles importantes. La necesidad y lógica curiosidad que tiene cualquier ser humano cuando le arrebatan a un ser querido de saber el porqué.

La llamada de una mujer para cancelar la cita no tenía ningún sentido. La historia se estaba complicando más de lo que creían en un principio. Helena sabía que no aclararían las cosas preguntando a la gente que rodeaba a Susan y

así se lo dijo a Christopher al salir de casa de William.

—No debes desanimarte tan pronto —Le comentó Christopher— es una buena pista la que nos ha dado de la llamada de esa mujer ¿no crees?

Tenía razón, porque si Susan no podía ir a la cita, ¿por qué fue al bosque?

Aunque parecía un detalle sin importancia la tenía y mucho.

Helena se sintió satisfecha, aquel era un pequeño hallazgo, aunque no era gran cosa, o al menos no lo parecía en aquel momento, el simple hecho de haber conocido al padre y el novio de Susan ya era demasiado importante para ella. Aunque William Bakersfield le había parecido una persona fría, perfeccionista e introvertida. Tal vez se había vuelto así después de lo que había pasado, pero en sus ojos fríos como el hielo Helena percibió una chispa de tibieza.

Ambos se preguntaban la relación que podía haber entre la muerte de Thelma y la de Susan. Algo no cuadraba en la historia. Helena en sus pesadillas tan sólo veía a ésta última, pero nada ni nadie más aparecía en ella excepto la sombra asesina.

Capítulo XII

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Manchester, María abrió los ojos.

—¿Ya hemos llegado? —Preguntó desperezándose.

—Sí, ¿quieres que te baje en brazos? —Bromeó Pablo.

Ella sonrió mientras se retocaba el peinado.

Bajaron del avión y recogieron las maletas. Seguramente Helena y Chris, ya estarían esperándoles en la salida.

María tenía muchas ganas de volver a ver a su amiga después de la experiencia que había tenido, por eso decidió pasar unos días con ellos en Stockport. Helena les había hablado del pueblo, de la casa y de Missis Nelly y les pareció una buena idea pasar unas vacaciones tranquilas en esa ciudad y convivir un tiempo con su amiga le pareció una buena idea.

Al margen de lo que le estaba pasando a Helena, se sentía feliz porque su amiga hubiera encontrado una persona como Christopher. Se les veía tan enamorados como a ella y Pablo. Las expectativas del futuro de ambas parejas parecían halagüeñas, aunque la experiencia que estaba sufriendo su amiga no parecía que tuviera final, María tenía la esperanza de que algún día desapareciera y pudiera ser enteramente feliz y eso es lo que más deseaba.

Desde que conoció a Pablo no acababa de disfrutar de la felicidad que éste le proporcionaba. Temía haber traicionado a su amiga pues la veía siempre sola y hubiera deseado partirse en dos para estar con Pablo y con ella al mismo tiempo, y no es que Pablo la acaparase demasiado pues él tenía su trabajo en el bufete que le ocupaba, la mayoría de las veces, todas las horas del día. Horas que ella aprovechaba para estar con Helena. Pablo era un hombre muy comprensivo y entendía su tribulación por la soledad de su amiga y a veces la animaba para invitarla a ir con ellos. Aunque Helena siempre rechazaba dichas invitaciones por sentirse la tercera en discordia, aunque ni Pablo ni ella lo considerasen así, pero su amiga tenía un sentido de la oportunidad muy desarrollado y lo último que deseaba era incomodarles con su presencia.

Helena y Christopher les esperaban en la acera cerca del coche y al verlos, Helena corrió hacia ellos y los abrazó muy efusivamente. Después de los saludos y meter el equipaje en el coche, pusieron rumbo a Stockport.

Mientras se dirigían hacia la casa les pusieron al tanto de las últimas novedades.

—Oye Chris, ¿No le molestara a tu tía que nos quedemos estos días en su casa? —Dijo María inquieta— ¿No crees que sería mejor quedarnos en un hotel?

—No te preocupes por eso, cuando la conozcas te darás cuenta de que está encantada de que os quedéis allí. —Le aclaró— Es como si vinieseis a mi casa. No hay ningún problema.

Helena afirmó con la cabeza.

—¿Cómo os van las vacaciones? —Preguntó Pablo.

—Muy bien, además, tenemos algo importante que contaros. —Dijo Helena entusiasmada.

—¿Acerca de qué? —Preguntó interesada María.

—En casa os lo contaremos pues es un poco largo de explicar.

Al llegar conocieron a tía Nelly, y se dieron cuenta de que Christopher tenía razón; la hospitalidad de Missis Nelly era digna de encomio, pronto se sintieron como en casa.

Después de deshacer las maletas bajaron a la cocina donde les esperaba un succulento desayuno que les había preparado Nelly con la ayuda de Christopher y Helena.

Mientras daban buena cuenta de él, María quiso saber qué era eso que tenían que contarles, pues estaba intrigada.

Helena no sabía por dónde empezar, pues estaba segura de que sus amigos se iban a quedar boquiabiertos. Al fin comenzó:

—Ayer hablamos con el padre de Susan. —Dijo Helena emocionada y esperó a ver la reacción de ambos.

—¿Qué Susan?

—¡La mujer de mis pesadillas! ¡Susan Atkins! ¿Quién va a ser sino?

María se quedó sorprendida al oírlo, pero luego pensó que era una de las bromas de su amiga y sonrió.

—¿No te lo crees verdad?

María movió la cabeza negativamente.

—Pues puedes creértelo porque es cierto. —Aseguró Christopher.

—¿Pero, cómo habéis podido...? —Pablo no pudo acabar la frase porque en ese momento Helena sacaba una foto del bolso y la depositaba encima de la mesa. Era la foto de una joven muy hermosa.

—Ella es Susan. —Aseguró— Se la hicieron poco antes de que la asesinaran. Nos la dio Jérémy, pues así es como se llama su padre.

María cogió la foto para verla mejor y su rostro se entristeció.

—Dios mío, era preciosa. —Dijo mirando fijamente a Helena— Y yo diría que se parece a ti en algo, no sé exactamente en qué, pero tenéis cierto parecido.

—Y ¿cómo lo habéis encontrado? —Interrumpió Pablo.

—Simplemente por casualidad. —Afirmó Christopher— Ayer mismo estábamos desayunando y hablando sobre el tema y al decir el nombre de Susan Atkins, mi tía lo reconoció. —Se volvió hacia su tía— ¿No es cierto tía Nelly?

Todos miraron a tía Nelly que en ese momento leía el periódico de la mañana sentada en su mecedora, junto a la ventana de la cocina.

—Disculpadme. ¿Qué decías?

—No es nada tía —Respondió Helena— simplemente les contábamos lo que sucedió ayer con el tema de Susan.

—Ah, sí, ¿Y cómo quedasteis con ese tema? Anoche quería preguntároslo, pero se me fue de la cabeza... ¿Tuvisteis suerte?

—Sí tía, escucha lo que vamos a contar... —Nelly dejó el periódico sobre la mesilla y prestó atención— Pues como os decía Helena, ayer hablamos con Jérémy Atkins y nos contó toda la historia. También nos dijo que el mismo día que habían matado a su hija, mataron a su madre, es algo extraño y no sabemos si hay relación entre un asesinato y otro, pero lo que es más extraño es que ninguno de los dos asesinatos ha sido resuelto. —Hizo una pausa y a continuación dijo— Da verdadera lástima ver a un hombre tan desgraciado, es terrible la experiencia que ha vivido.

Todos estuvieron de acuerdo en lo terrible de la experiencia, pues a pesar de los años transcurridos, Jérémy todavía se emocionaba con el recuerdo.

—Después de hablar con Jérémy fuimos a ver a William Bakersfield, que en aquella época era su novio. —Añadió Helena.

María escuchaba con atención el relato de su amiga, pero no podía apartar la vista de la fotografía de Susan, cada vez que la miraba se parecía

más y más a su Helena y esto le provocaba cierta inquietud.

Christopher y Helena se alternaban contando con detalle todo cuanto habían descubierto.

—Hasta aquí llegan nuestras pesquisas, pero pronto seguiremos indagando y espero que podamos resolver este misterio. Sé que lo haremos pues hasta ahora todo está con viento a mi favor. El destino así lo quiere, si no, ¿Por qué el destino quiso poner a Trueno en mi camino? La clave de todo esto ha sido él, a propósito, le echamos mucho de menos. —Miró a Chris para confirmar sus palabras.

—Estoy seguro de que él nos echa aún más de menos, pero Silvia quiso llevarlo de vacaciones a su casa de Alicante y como tenemos la custodia compartida no pude negarme.

—Explica eso del destino y Trueno, ¿Qué tiene que ver el perro en todo esto? —Preguntó Pablo extrañado.

—Veréis, todo parece algo casual, pero yo no creo en las casualidades, creo que el destino va tejiendo su red y nos va atrapando en ella como si fuéramos moscas atrapadas en una tela de araña, pero no lo hace al azar, sino muy ordenadamente. ¿De verdad queréis que os cuente mi teoría?

Todos asintieron intrigados. Tía Nelly exclamó:

—Estoy intrigadísima, siempre me han interesado estas historias, pero nunca había conocido una tan de cerca como ésta.

—De acuerdo, estos días he estado atando cabos y no creo que sea una tontería. Empecemos por el principio. —Helena miró a todos atentamente, todos y cada uno de ellos la miraban expectantes y en silencio. Había despertado su interés, así que continuó entusiasmada —Como sabéis últimamente y antes de conocer a Chris, solía quedarme en casa los domingos, pero el día que Trueno se escapó, salí para tomar un chocolate caliente, en realidad no me apetecía moverme de casa, pero pensé que un poco de aire no me sentaría mal.

Nada más salir comenzó a llover, decidí dar media vuelta y regresar a casa pues la tormenta arreciaba por momentos. Al volver me encontré con Trueno, parecía perdido y hambriento y me persiguió durante un trecho ¿Por qué a mí precisamente si la calle estaba atestada de gente? Parece un hecho casual, ¿verdad? —No esperó respuesta, la pregunta era retórica —Luego conocí al dueño del perro, eme aquí. —Señaló a Chris y él asintió con la cabeza— Bien, hasta ahí parece todo muy lógico. Pero... ¿Es también casualidad que Chris naciera en este pueblo y que tía Nelly conociera a la

madre de Susan? ¿Es casual que me trajera aquí precisamente de vacaciones? Pensarlo... a mí más que casualidad me parece que la red se va cerrando hacia el rumbo que el destino ha propuesto. Chris es un elemento importante en esta trama. Y perdona por lo de elemento —Le regaló una sonrisa divertida y Christopher le devolvió la sonrisa.

El ambiente antes un poco tenso se volvió más relajado.

—Tú crees en el destino, pero el destino es un constructo metafísico y como tal, está sometido a la interpretación de cada cual, es más, el destino como poder sobrenatural es un invento de algunas religiones, si no eres creyente no puedes tampoco creer en el destino. Yo creo más en la teoría de la casualidad que afirma que toda acción conlleva una reacción. “Acción, reacción”.

—Pablo, tú siempre tan pragmático. Yo no soy religiosa, pero sí creo que la vida en este planeta no está dejada al azar, creo que nada existe por azar.

—Yo también estoy de acuerdo con lo que ha dicho Helena, como María, tampoco soy religioso, pero no creo que todo lo que ha ido pasándole durante este tiempo desde que comenzó con esas pesadillas sea fruto de la casualidad. ¿Qué tanto por cien de posibilidades tenía de encontrar a una persona que conociera una historia que ha acontecido hace tantos años y en un país extranjero? ¿Una entre cinco mil millones?

—Es extraño todo esto —Confesó Nelly— yo nunca había reflexionado sobre este tema, pero creo que sí, que existe un destino para cada persona, pero no un destino ya fijado e inamovible. Tenemos la facultad del libre albedrío y podemos cambiar nuestro destino.

—Parece que todos estamos de acuerdo menos Pablo. —Arguyó Helena — ¡Amigo, te has quedado solo!

—Bueno, es lícito, ¿no?

—Naturalmente cariño, no podemos estar siempre de acuerdo. —
Replicó María afectuosa.

Durante toda la mañana había estado cayendo una lluvia persistente, por culpa de la cual habían tenido que quedarse en casa hasta que amainara la tormenta.

Se pasaron al salón para estar cómodamente sentados y seguir charlando. En aquel momento mantenían una conversación distendida mientras Helena miraba lánguidamente como corrían las gotas de lluvia por el cristal de la ventana. Estaba absorta en sus pensamientos cuando repentinamente

Christopher la vio que cogía su bolso y se disponía a salir.

—¿Dónde vas cariño? —Preguntó sorprendido.

—Tengo que marcharme, —Contesto sin vacilación— ¿Me prestas tu coche?

—Pero... ¿dónde quieres ir con la lluvia que está cayendo?

—No intentes detenerme por favor. —Suplicó— Debo irme inmediatamente.

Christopher no entendía por qué quería marcharse tan precipitadamente, pero también sabía que no podría detenerla por mucho que insistiera, así que decidió acompañarla.

—No, tú no debes acompañarme. —Le ordenó ella al ver sus intenciones— Debo ir sola. No temas, volveré pronto.

—Pero puedes perderte, no conoces este lugar y además, no sabes conducir por la izquierda.

—No te preocupes, no hay problema. Así aprenderé.

Helena subió al coche y antes de que a Christopher le diera tiempo de preguntarle donde iba, desapareció en dirección a Leeds, algo la empujaba hacia aquel lugar y no podía saber porqué lo hacía, pero necesitaba llegar cuanto antes allí.

María oyó la puerta al cerrarse. Ni Pablo ni ella se habían dado cuenta de la escena al estar embebidos en su conversación.

—¿Qué ha pasado? —Le preguntó a un Christopher desconcertado.

—No lo sé, me ha pedido las llaves y se ha ido.

—¿Por qué la has dejado marchar? ¿Tú has visto la que está cayendo?

—Preguntó Pablo sin entender el motivo de tanta urgencia.

—Pero ¿Ha dicho donde iba?

—No, creo que ni ella misma lo sabe.

El gesto de Christopher se contrajo en un rictus de angustia. La única posibilidad era marcar su número y esperar. La llamó al móvil sabiendo que ella no respondería, pero a pesar de llamarla varias veces, ella no cogió el teléfono. María lo intentó por si al ver que era su amiga se lo cogía, pero tampoco respondió. Sabían que sólo podían esperar hasta que ella quisiera volver, pues podría haber ido a cualquier parte y no sabían dónde y qué la había arrastrado a salir de aquella forma tan extraña.

—Tranquilo Chris, Helena sabe cuidarse sola, no te preocupes más. Cuando ella crea conveniente llamará.

—¿Pero y si no puede llamar? No sabemos si lleva el móvil en

condiciones.

Christopher estaba desesperado.

—Pues sólo queda esperar pero sin preocuparse demasiado. Ya te digo que Helena sabe cuidarse muy bien.

María conocía bien a su amiga y sabía que ella no correría un riesgo inútil. Christopher confió en sus palabras, sin embargo, eso no le tranquilizaba.

Helena paró el motor del coche junto a una valla medio derruida. Había oído sonar varias veces su móvil, pero lo había ignorado. Debía hacer algo urgentemente, alguien la esperaba y no podía entretenerse.

Se sentía mareada y el estómago lo tenía contraído como si le hubiera sentado mal la comida, pero aún así, había algo que le urgía y no podía dar marcha atrás.

Miró a su alrededor y vio que cercana a la valla había una gran casa en las mismas condiciones que ésta y se alzaba solitaria en medio del campo entre altos matorrales, espinos y frondosos árboles que casi la tapaban por completo. Se encaminó hacia ella pero la lluvia que había caído hasta ese momento hacia el camino intransitable. Helena tuvo que quitarse los zapatos para poder caminar pues los tacones se le hundían en el barro. Al poner los pies sobre la hierba, la sensación de haber hecho lo mismo tiempo atrás le vino a la memoria; entonces sintió miedo. No sabía por qué razón, pero dentro de la casa le acechaba un peligro. Quería huir, salir de allí fuera como fuese, pero se contuvo y siguió a delante. Abrió la puerta y descubrió el caos que reinaba en todos los rincones de la casa. Jérémy había evitado ir a ella desde lo ocurrido, y había sido saqueada o registrada, porque todo era un auténtico desorden. Los muebles tapados con sábanas parecían auténticos fantasmas estáticos; el polvo les había hecho perder el color blanco original. Las arañas tejían sus telas en una libertad absoluta y sin control. Los cajones de los armarios estaban esparcidos por el suelo y su contenido desparramado. Indudablemente la casa había sido registrada por alguien, pero los enseres y los muebles no habían sido tocados. Caminó hacia la sala despacio, como si temiera encontrar a alguien, entonces en su cerebro sonó una voz.

—¡Abuela!

Sintió una sacudida y el estómago se le encogió por el terror. Era la voz de Susan la que estaba oyendo, la conocía perfectamente.

—¡Abuela!

Otra vez volvió a sobresaltarse. Las piernas comenzaron a temblarle y un sudor frío le recorrió la espina dorsal.

“¡Dios mío, ayúdame!” —Suplicó llena de pavor.

Sus pasos le llevaban hacia una habitación de la casa. Carecía de energía y sus piernas habían adquirido voluntad propia llevándola hasta un lugar donde ella sabía a ciencia cierta que estaba el peligro. Al entrar en el salón miró temerosa hacia la ventana y vio a su abuela tendida sobre un gran charco de sangre. De su garganta salió un grito e hizo un esfuerzo para no vomitar. Cuando creía que iba a desmayarse la espantosa alucinación desapareció y allí estaba ella mirando el suelo lleno de polvo por el paso de los años y temblando como una hoja mecida por un fuerte viento.

Helena volvió sobre sus pasos mirando a su alrededor asustada y temblorosa. Sus ojos empañados en lágrimas por la imagen que acababan de contemplar, se posaron en un porta fotos que dormía tumbado sobre una mesilla.

Lo limpio de polvo y se distinguieron de inmediato tres figuras que correspondían sin duda a Susan cuando contaba apenas cuatro años, acompañada de sus padres.

Susan la había guiado hasta la casa de su abuela y las imágenes que había visto le revelaban el secreto que nadie había sabido hasta ese momento.

Recordó una frase que su abuela Thelma le repetía muy a menudo:

—Susan, tú eres una persona “muy especial”.

Siempre remarcaba la palabra especial, pero nunca le dijo en qué consistía eso tan especial, y seguramente nunca lo sabría.

Un escalofrío recorrió su columna al ver pisadas húmedas en el suelo empolvado; alguien había estado allí antes que ella. Se puso en alerta y salió rápidamente de allí.

Al salir de la casa vomitó hasta sentirse mejor, repentinamente le sobrevino una sensación de paz que borró todo el horror que había sentido momentos antes. Era como si una energía positiva la envolviera. Sentía la cercanía de Susan, no podía entender si era ella misma o Susan, pero el sentimiento en ese momento era el mismo.

Volvió a la casa y cerró la puerta, se subió al coche y miró para despedirse de ella, los ojos se le enturbiados por las lágrimas. En cuestión de pocos minutos había experimentado sensaciones en extremo opuestas: el terror más intenso y la paz más placentera. Se enjugó las lágrimas y en ese momento vio algo moverse tras los árboles. Esperó unos minutos para ver qué era, pero

el intruso se había dado cuenta de que ella le estaba observando.

Helena pensó que sería algún cazador furtivo, alguien que utilizaba la casa para dormir, no le dio mayor importancia, pero sintió una prisa repentina por salir de allí, puso el coche en marcha y salió a toda velocidad.

Eran las seis de la tarde cuando llegó a casa de tía Nelly. Al abrirse la puerta apareció María. Estaba sorprendida de verla.

—¡Helena! ¿Qué te ha pasado?

A continuación, apareció tía Nelly con cara de preocupación.

—Pero ¿qué clase de pregunta es esa? —Pregunto a su vez extrañada—
¿Y Chris?

—Él y Pablo salieron a buscarte. —Dijo tía Nelly un tanto extrañada.

—A buscarme ¿Por qué?

—Pero Helena, no te das cuenta de que hace casi seis horas que te fuiste sin decirnos a dónde ibas.

—¡Dios mío! ¿Tan tarde es? —Se miró el reloj sorprendida— Lo siento, no me di cuenta de la hora que era.

Christopher estaba abriendo la puerta cuando tía Nelly les salió al paso para comunicarles que Helena se encontraba en la sala, sana y salva.

Entró en la sala y vio a Helena hablando con María. Desde la puerta la estuvo observando hasta que ella se percató de que estaba allí.

Helena al verlo sintió miedo de él, sus ojos tenían un aire amenazador y su cara estaba pálida. No parecía el Christopher cariñoso y protector de siempre.

—¿Dónde has estado? —Su voz sonó atronadora. Ella dio un respingo al oírlo— ¿Qué has hecho durante todo el día? ¿Es que no has podido tomarte la molestia de llamar para decirnos que tardarías en venir? Te hemos llamado infinidad de veces, ¿no has visto las llamadas en tu móvil? No ves que nos tenías preocupados. ¿O es que no te importa nada?

Ella se levantó y se acercó a él.

—Siento muchísimo haberos preocupado, no ha sido esa mi intención. El móvil me lo deje en el coche y no pensé en el tiempo que había pasado. Lo cierto es que ni yo misma sabía dónde iba, de repente me encontré en casa de Thelma, no sé ni cómo llegué allí, pero aparecí en esa casa extraña.

—¿Quién es Thelma? —Preguntó María.

—Thelma es la abuela de Susan. —Contestó Helena serenamente.

Todos se miraron asombrados y Christopher se sentó en el sillón que tenía más cerca pues las piernas le flaqueaban.

Helena se arrodilló delante de él.

—Chris amor mío, siento mucho la preocupación que te he causado, que os he causado a todos —dijo mirándoles a todos— pero creerme, no ha sido intencionadamente. Algo me empujó a marcharme para hacerme vivir una experiencia horrible y maravillosa a la vez. —Christopher la miró sin comprender— Cuando llegué a esa casa sentí que estaba viviendo los últimos momentos que había vivido Susan; el mismo horror que ella sintió al descubrir el cuerpo sin vida de su abuela. Chris, Thelma y Susan fueron asesinadas en la casa, el mismo día y por el mismo asesino.

Christopher se había quedado sin habla, tardó unos momentos en reaccionar y cuando lo hizo, la abrazó con fuerza.

—Siento mucho haberte gritado, no sabía que...

Helena le tapó la boca con el dedo.

—Chssss, no hace falta que te disculpes, lo comprendo y lo siento cariño. —Susurro acariciándole la mejilla.

Helena les contó su experiencia mientras comía un bistec con patatas que le había preparado tía Nelly. Estaba verdaderamente hambrienta. No entendía cómo podían haber pasado tantas horas sin ser consciente de ello, aunque no era tiempo perdido, ahora sabía algo más y tenía la sospecha de que era algo importante aunque aún no sabía hasta que punto lo era.

Capítulo XIII

Helena miró a su alrededor, no sabía porqué pero se encontraba en el bosque y sólo había oscuridad. Divisó a lo lejos una luz mortecina. Se encaminó hacia ella y oyó un llanto de mujer, inmediatamente reconoció la voz de Susan que le suplicaba ayuda.

Echó a correr hacia la casa; algo estaba ocurriendo dentro. Cuando llegó a la puerta quiso abrirla, pero estaba echada la llave. Un sentimiento de frustración se apoderó de ella al ver que no podía entrar.

Al darse cuenta de que era la casa de Jérémy gritó su nombre, pero nadie respondió. Miró a su alrededor desesperada, y se asustó al ver una mujer sentada en las escaleras del porche.

Era Thelma Atkins. No la conocía, pero sabía a ciencia cierta que era ella. Sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo. De la garganta de la mujer salió un sonido sibilante parecido a una voz que decía:

—No sufras Helena, nada se puede hacer ya.

A continuación, desapareció y el cielo se iluminó con unos destellos de color rojizo invadiendo el lugar y transformándolo en un escenario infernal donde el eco de las palabras de Thelma resonaba una y otra vez resquebrajando el rojo cielo como rayos afilados. "Nada se puede hacer ya..."

Helena se despertó sobresaltada. Estaba en la cama. Todo había sido un sueño, un mal sueño. Las palabras de Thelma volvieron a sonar en sus oídos y se dio cuenta de que no había sido un sueño. Algo le había sucedido a Jérémy, y Susan la había querido avisar. Miró a la cama, Chris dormía plácidamente. Se levantó sin hacer ruido y cuando se disponía a salir.

—¿Pasa algo? —Dijo incorporándose y encendiendo la luz alarmado — ¿Qué haces vestida?

Helena no sabía qué responder. Christopher se dio cuenta de que estaba aterrorizada. Su respiración era entrecortada y en sus ojos se adivinaba el pánico.

—¿Dime qué pasa, por el amor de Dios?

—Tengo... que ir a... a casa de Jérémy... enseguida... tengo que ir ya —

Dijo casi sin poder respirar.

—Tranquilízate cariño. —La sentó en la butaca intentando tranquilizarla— Respira profundamente y me lo cuentas.

Helena rompió a llorar e intentó salir de la habitación gritando.

—¡Algo le ha pasado a Jérémy! Susan me ha querido advertir para que le ayudara, pero ya es tarde.

—Está bien, le llamaremos por teléfono, ¿dónde está la tarjeta que nos dio?

—¡No Chris! no va a contestar, no puede contestar. —Lloraba.

Christopher marcó el número que había en la tarjeta. El teléfono sonó una y otra vez, pero nadie contestaba, al fin colgó volviéndose hacia Helena que lo miraba con ojos expectantes.

—Debe de estar durmiendo y no oye el timbre.

—Chris, déjame ir. —Suplicó.

—Está bien, iremos.

Después de pensarlo unos segundos, se vistió y bajaron hasta la puerta, pero antes de abrirla apareció tía Nelly por la escalera.

—¿Qué pasa? ¿Dónde vais a estas horas? —Preguntó asustada.

—Vamos a Leeds, creemos que a Jérémy le ha pasado algo.

—¿Cómo? Pero...

—No te preocupes tía, en cuanto lleguemos allí te llamo para explicártelo. ¿De acuerdo? Ahora no tenemos tiempo que perder.

Pablo y María sobresaltados acudieron donde estaba Missis Nelly hecha un manojo de nervios.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde van?

—No sé, algo le ha debido pasar al señor Jérémy. No me han explicado bien lo que pasa, me han dicho que me llamaran cuando lleguen a Leeds.

—¿A Jérémy? —Exclamó María asombrada— Pero... ¿Cómo lo saben?

Todos se miraron sin saber que responder aunque imaginaban como habían podido tener conocimiento de algo así. Prefirieron esperar los acontecimientos porque aquello les sobrepasaba la lógica.

Christopher subió al coche y lo puso en marcha. Helena estaba marcando el número de la policía que le habían proporcionado en información. Las manos le temblaban y casi no veía los números por las lágrimas.

—Departamento de policía del distrito de Leeds, dígame.

—Policía... policía... por favor tienen que ir a casa de Jérémy Atkins,

ha sufrido un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—No lo sé... no lo sé... por favor vayan cuanto antes es cuestión de vida o muerte.

—Vale, dígame la dirección.

—Es la primera casa que hay en el cruce de Pottery Ln con Alberford Rd, cerca del puente. Bueno, es la única casa que hay en ese cruce, está apartada del resto.

—Está bien, mandaremos una unidad, dígame su nombre por favor.

—Helena Fernández. Llamo desde el coche y me dirijo hacia allí.

—Está bien, enseguida mandamos esa unidad y daré aviso a la ambulancia.

Helena colgó y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento con gesto vencido.

—No van a llegar a tiempo. Ya es tarde para Jérémy.

—¿Por qué dices eso? —Inquirió Christopher sin apartar los ojos de la carretera.

Ella sabía perfectamente que lo que había visto en su sueño ya había ocurrido, lo vio en el momento preciso que sucedía y que Jérémy no tenía ninguna oportunidad. Tapó su cara con sus manos y comenzó a sollozar con amargura. Christopher la acarició compadecido.

Cuando llegaron a casa de Jérémy, la policía estaba allí. En ese preciso momento sacaban una camilla con un cuerpo metido en una gran bolsa negra con cremallera.

Helena se lanzó hacia la puerta, pero la policía la detuvo. Christopher se acercó y preguntó:

—¿Es Jérémy Atkins?

—Sí, el mismo. Un compañero que le conocía le ha identificado. —

Respondió un policía— ¿Son ustedes los que han llamado para avisar?

—Sí, pero ¿qué ha pasado?

—Mejor nos lo explican ustedes que son los que han llamado.

—¿Con quién hablo?

—Soy el inspector Glensson. ¿Y usted como se llama?

—Christopher Nicholson y ella es mi prometida Helena Fernández.

El inspector apuntó en una libreta los nombres. Christopher se dio cuenta de la situación en la que se hallaban y no sabía cómo explicar el hecho

de haber llamado a la policía antes de saber lo que había ocurrido.

En ese momento se acercó otro policía al inspector y le habló cerca del oído, pero eso no impidió que Christopher se enterara de lo que decía.

—Señor, no encontramos el arma. La víctima tenía varios cuchillos que podían haber sido utilizados por el asesino, pero ninguno de ellos tiene rastro de sangre, ni cuadran ninguno con las heridas producidas.

—De todas formas que los analicen todos por si acaso.

El policía asintió y se alejó de allí. Glensson volvió con Christopher que en ese momento consolaba a Helena.

—Muy bien, y ahora me van a explicar todo lo que sepan de lo que ha ocurrido aquí esta noche.

Christopher miró a Helena intentando hacer un poco de tiempo para poder dar una explicación lo más aceptable posible.

—Inspector, ejem... Verá, lo que le cuente le va a parecer un poco increíble, pero esa es la verdad. —El inspector se agitó nervioso— Resulta que estábamos durmiendo cuando mi prometida se despertó repentinamente diciendo que a Jérémy le sucedía algo grave y nos vinimos en cuanto pudimos...

En cuanto terminó de hablar, Christopher, se dio cuenta de que lo que había dicho no sonaba muy bien y el gesto que hacía el policía era de impaciencia.

—¿Y a su prometida le suele pasar eso a menudo? —Dijo Glensson en tono irónico mirando con desdén a Helena.

—Puede que usted no lo entienda, pero ella suele tener presentimientos y jamás ha fallado en ninguno de los casos. La prueba la tiene en este caso, ella soñó que a Jérémy le sucedía algo y así ha sido ¿o no?

Si las circunstancias no hubieran sido tan tristes, seguro que Helena se hubiera reído por la ocurrencia de Christopher. Pero lo cierto era que él debía dar una explicación de por qué habían llamado y lo estaba haciendo bastante bien. Ella se sentía incapaz de decir absolutamente nada.

—¿Y dígame, por casualidad la señorita Fernández no ha visto en su sueño al asesino?

—Inspector, siento que no crea lo que le he contado, pero lo cierto es que así ha sucedido y no puedo contarle más porque no hay más.

—Inspector, he sido yo quien ha llamado. A riesgo de que me crea una chiflada, lo que le ha contado Christopher es cierto. Yo vi en mi sueño como le mataban, no vi nada más. Es todo y puede creerlo o no. Arriesgo mucho

contándole esto, pero no estoy loca.

El inspector se dio por aludido y cambio el tono.

—Está bien, sólo les pido que no se vayan a ninguna parte y mañana quiero que vayan a comisaría, quiero hacerles algunas preguntas más.

Glensson les pidió la dirección por si les necesitaba y se alejó desconcertado. Jamás había tenido un caso así, no sabía qué pensar. Estaba claro que aquella mujer no parecía una loca estrafalaria de las que van por ahí contando cuentos de fantasmas, pero tampoco puede uno fiarse, así que sería cauto y les vigilaría de cerca por si acaso.

Cuando regresaban a casa, los dos se mantuvieron en silencio hasta que él habló:

—Siento haber tenido que contar esa tontería de ti cariño, pero no encontraba nada valido para explicar porqué habíamos hecho esa llamada.

—No te preocupes. —Dijo con dejadez— Hiciste lo que debías. De todas formas no creo que nos haya creído y lo peor es que ahora somos sospechosos de la muerte de Jérémy.

Christopher la miró a los ojos, estaba llorando. Sintió una enorme ternura hacia ella, sentía verla sufrir y hubiera dado cualquier cosa por evitarle todo lo que estaba pasando.

Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él estrechándola con fuerza.

Al llegar de nuevo a casa de missis Nelly encontraron a las dos mujeres y a Pablo hechos un manojo de nervios.

—Helena, ¿Qué ha pasado? —Preguntó María alterada.

Habló Christopher pues ella no tenía fuerzas para hacerlo.

—Helena tuvo un sueño y ese sueño se ha vuelto real. Han asesinado a Jérémy.

—¡Cielos! —Exclamó Missis Nelly.

—Pero... ¿Quién? y ¿Por qué?

—No lo sabemos Pablo, ni Helena ni la policía saben nada del asesino. Ella sólo vio a Jérémy en su sueño, no vio al asesino, al igual que en sus pesadillas, tampoco aparece.

—Pobre hombre, supongo que al final ha descubierto al asesino de su familia. —Apuntó María pensativa.

—El problema ahora es convencer al inspector de lo que ha pasado en

realidad, a él no le cuadra mucho esa versión y el hecho de que supiéramos lo del asesinato de Jérémy en el momento que había sucedido nos pone en una situación un poco difícil.

—¡Cielos! ¿No pensarán que lo hicisteis vosotros? —Exclamó María asustada.

—No tienen pruebas, pero por el momento nos han pedido que vayamos mañana a declarar.

—No hay que alarmarse, ambos tienen una buena coartada, lo único que pasará es que tendrán que soportar una buena sesión de interrogatorio, pero nada más. —Añadió Pablo.

—¿Estás bien Helena? —Preguntó Nelly al verla tan decaída.

—Sólo estoy un poco cansada. Si me disculpáis iré a dormir un rato hasta que amanezca.

—¿Necesitas algo? —Preguntó María inquieta.

—Gracias María, únicamente necesito descansar. —Replicó ella esbozando una sonrisa que más que eso, era una mueca doliente.

Helena se levantó y subió a la habitación. Christopher la siguió, no quería dejarla sola en aquel momento.

Al llegar a la habitación rompió a llorar y Christopher la estrechó entre sus brazos, no sabía cómo consolarla ni qué decirle. Ella habló entre sollozos.

—Ha sido todo culpa mía Chris, si yo no hubiera venido, él estaría vivo.

—Por Dios cariño, no digas eso, ni tan siquiera debes pensarlo. Tú no has tenido nada que ver. Tenía que pasar y ha pasado. Ni tú has animado al asesino, ni hubieras podido evitarlo, además, si hay algún responsable esa es Susan, ella es la que te ha metido en todo esto.

—¿Susan?

—Sí, Susan, ¡dios mío jamás pensé que diría esto!, si no se hubiera metido en tu vida, nunca hubieras conocido a Jérémy, entonces...

Los sollozos de Helena iban disminuyendo en intensidad al comprender que Christopher tenía razón. Ella no había buscado esta situación, era una víctima más como Jérémy, pero también Susan lo era y Thelma... nadie tenía la culpa de que un asesino despiadado se hubiera ensañado con la familia Atkins.

Christopher comenzó a besarla primero en los ojos enjugándole las lágrimas con sus labios, saboreando su sabor salado y luego en los labios dulcemente al principio, pero más ardientemente a medida que sus cuerpos

empezaban a sentir el deseo de poseerse mutuamente. Las manos de él recorrían el cuerpo de Helena haciéndola estremecer de pasión.

—Hazme el amor Chris. —Le suplicó jadeando afligida y excitada—
Hazme el amor cariño.

Capítulo XIV

Christopher y Helena, se encontraban en la comisaría esperando a que Glensson les llamara. Les habían avisado para que se presentaran allí pues tenían que hacerles unas preguntas sobre su amistad con Jérémy.

Mientras esperaban se les acercó un policía que había estado observándoles desde que entraran en la comisaría.

Tendría alrededor de unos cuarenta o cuarenta y cinco años y lucía una calvicie generosa que peinaba con raya a un lado para disimularla.

Al acercarse Helena notó que estaba nervioso y miraba a un lado y a otro por si lo vigilaban. Resultaba un tanto cómico, pero cuando el hombre se acercó no parecía estar de broma.

—¿Son ustedes amigos de Jérémy? —Preguntó en tono misterioso.

Helena no sabía si contestar. Al principio pensó que se trataba de una broma por el tono en que hablaba, pero el hombre estaba serio. Miró a Christopher y vio que él también estaba serio.

—Sí, lo somos. —Contestó— ¿Por qué lo pregunta?

—Les vi la noche que le mataron, me di cuenta de que ella lloraba — Señalo a Helena con un gesto de la cabeza— imaginé que si sentían su muerte es porque son amigos suyos.

—¿Quién es usted? —Preguntó ella impaciente.

—Soy el sargento Sellers, y yo también era uno de los pocos amigos que tenía Jérémy. Aunque nos llevábamos veinte años, llegamos a ser buenos amigos. He sentido mucho su muerte, pero yo sabía que un día pasaría esto. — Helena y Christopher se miraron extrañados, cosa que no pasó inadvertida al sargento— Sí, aunque lo encuentren extraño así es, y yo le previne...

Sellers quedó en silencio al ver al inspector.

—Buenos días. ¿Quería algo Sellers?

—No señor sólo quería saber si necesitaban algo. Pero ya me marchaba. — Dicho esto se fue rápidamente.

—Bien señores, siento molestarles, pero tengo algunas preguntas que hacerles, si vienen conmigo a mi despacho terminaremos enseguida.

Entraron en el despacho que más bien parecía un cuarto trastero. Había papeles por todas partes. La mesa estaba inundada de legajos e historiales

delictivos, una taza de goteante café que iba dejando marca doquiera que se posara y un cenicero lleno de colillas cuyo olor era nauseabundo.

Se sentaron delante del escritorio y esperaron que el inspector hiciera lo mismo.

—Perdonen el desorden, pero no he tenido tiempo de arreglarlo.

Comenzó a recoger algunos papeles de la mesa, pero como la tarea era hartamente difícil, desistió.

—Esta mañana he estado hablando con Parker y me informó de que ustedes estuvieron preguntando el otro día por la dirección de Jérémy Atkins. ¿Es cierto eso?

—¿Quién es Parker?

—Rudolf Parker, ¿no les suena ese nombre?

—Sí, sí, es cierto inspector. —Respondió Christopher.

—¿Así que ustedes hasta hace unos días no conocían a Jérémy?

Les había pillado por sorpresa la pregunta y dudaron un momento antes de responder.

—Íbamos de parte de mi tía que al saber que pasábamos por la ciudad nos pidió, por favor, que le saludáramos y no sabíamos la dirección. Ella... mi tía, era amiga de su difunta esposa.

—Bien... —Glensson echó una mirada inquisitiva a Helena. Durante unos segundos escudriñó su cara por ver si verdaderamente estaba loca, era una farsante o en verdad había tenido un sueño premonitorio— Señorita Helena, me cuesta creer lo que nos ha contado, no tiene aspecto ni de loca ni de farsante, pero reconozca que lo que dice cuesta un poco de creer, además, tengo que escribir un informe del caso y no puedo decir que usted, la principal testigo, vio lo que ocurrió a través de un sueño.

—Lo entiendo inspector, pero yo no puedo contar más de lo que le he contado, ni puedo cambiar mi declaración, es lo que es y no hay nada más.

—¿Y por qué precisamente ha visto en su sueño la muerte de Jérémy si prácticamente no le conocía?

—Inspector, yo no elijo mis sueños, si pudiera hacerlo, tenga por seguro que no elegiría este tipo de pesadillas.

Glensson afirmó con un gesto leve de cabeza sin dejar de mirarla con curiosidad.

—¿Y usted, qué me puede decir? —Preguntó a Christopher— ¿Puede aclararme algo más?

—No tengo nada que añadir a lo que ha dicho ella, ya le he dicho que yo

tengo menos información que mi prometida.

—¿A qué se dedica usted?

Era la pregunta que más temía Christopher. Sabía que en algún momento se la harían, aunque guardaba la esperanza de que la obviarán, pero allí estaba, demoledora y aclaratoria para las dudas del inspector y devastadora para la credibilidad de Helena.

—Soy psiquiatra.

Helena cerró los ojos. Le hubiera gustado que la tierra se la tragara en aquel momento, pero no, seguía allí y el inspector la miraba con una sonrisa cínica.

—Esto lo aclara todo. —Apuntó Glensson.

—No, esto no aclara nada, inspector. —Objetó Christopher iracundo— Si es usted policía y saca conclusiones erróneas por falta de discernimiento, perdone que le diga, entonces no es un buen policía. —Y continuó— Los psiquiatras no eligen a sus parejas entre sus pacientes al igual que los policías no se casan con los asesinos que detienen. Aunque sea un mal ejemplo, pero bueno...

Glensson arrugó el entrecejo y se rascó la cabeza.

—Tiene razón, disculpe. Creo que me he precipitado un poco a la hora de enjuiciar. Lo siento, pero debe ponerse en mi lugar, esto se sale fuera de toda lógica. ¿No es cierto?

—Se aceptan las disculpas por mi parte. —Dijo Christopher tranquilizándose. Miró a Helena que parecía estar abatida por los tensos minutos que había vivido.

—Sí... sí... no se preocupe, lo entiendo. —Dijo con un susurro.

El resto de las preguntas carecían de interés para ellos, aun así tuvieron que contestarlas con sumo cuidado por la perspicacia del inspector. No tenía pruebas contra ellos, pero estaba receloso, nunca llegaría a entender, por mucho que se lo explicaran, que alguien vea algo que sucede a muchos kilómetros de su casa sin utilizar la tecnología. Así que tuvieron que aguantar todas las preguntas que quisiera hacerles sin replicar.

Después de dos horas y media de preguntas más bien absurdas, Glensson se dio cuenta de que no conseguiría ningún resultado, así que decidió dar por terminado el interrogatorio.

—Está bien señores, pueden marcharse aunque no me han aclarado nada.

—Entiendo que no comprenda la explicación que le hemos dado

inspector, pero no hay más, le hemos dicho la verdad. Todo lo que sabemos que es poco.

—De todos modos posiblemente les vuelva a llamar de nuevo, hay algunos puntos, por no decir la mayoría, que no están muy claros, así que tendrán que estar a disposición de la policía en cuanto se les reclame.

—Descuide inspector, estamos a su disposición cada vez que lo necesite.

Salieron del despacho y Helena se abrazó a Chris.

—Chris, esto nos está sobrepasando. No sé si podré seguir. Me siento abrumada.

—Sí, entiendo que te sientas así. Todo esto ya supone para mí algo extremadamente agotador, así que para ti que lo estás viviendo en primerísima persona supongo que es del todo extenuante. —La besó en los labios y añadió — ¿Si te doy un consejo profesional me harás caso?

—Si me tratas como a una paciente tendremos que dejar de ser novios.

—No, sólo es un consejo profesional, eso no nos convierte en médico y paciente.

—Bien, a ver ese consejo.

—Pero tienes que prometerme que me harás caso, al menos unos días. ¿De acuerdo?

—Está bien. Te haré caso.

—¡Estupendo! —Le echó el brazo por los hombros y comenzó a caminar mientras hablaban— Verás, en este momento estás sometida a mucha presión y eso no es bueno para tu estabilidad psíquica. Así que te aconsejo que te vayas de vacaciones unos días a un lugar tranquilo. Una casa en el campo por ejemplo, rodeada de naturaleza, con una tía que haga las mejores tartas de arándanos del mundo y unos amigos que te quieran y que no discutan entre ellos... ¡Ah! Y con un novio que te mime y cubra todos tus deseos.

Helena lo miró a los ojos mientras le sonría, se daba cuenta de que amaba a aquel hombre cada día más y cada vez estaba más segura de querer compartir su vida con él. Le besó levemente y dijo:

—Te quiero.

Él la apretó contra su cuerpo unos minutos. Estaba emocionado y los ojos se le habían nublado por las lágrimas. La gente les miraba al pasar extrañados de verles abrazados en medio de la calle durante tan largo espacio de tiempo, pero a ellos no les importaba lo que pensarán, necesitaban sentir el calor del abrazo, se sentían bien y el tiempo para ellos no existía.

Los días en Stockport pasaban rápidos y agradables, aunque Helena no dejaba de pensar en Susan y Jérémy Atkins.

Los baños en el lago, las cenas en el jardín y la compañía de sus amigos, le resultaba altamente placentera. Había sido un acierto seguir el consejo de Chris. Su amiga María y Pablo estaban disfrutando de su estancia y a Chris se le veía feliz.

A Missis Nelly le costaría volver a la normalidad cuando ellos se hubieran marchado pues estaba encantada de tenerles a todos allí.

Helena cada día que pasaba se encontraba con más fuerzas para seguir su aventura y buscaba el momento para reanudar sus pesquisas, aunque viéndoles a todos tan relajados y disfrutando tanto, le costaba hacer un comentario sobre el tema, sabía que a Chris no le parecería buena idea. Aún así, mientras Pablo y María dormían la siesta después de una comida copiosa, se lo comentó.

—Chris, voy a buscar al hermano de William.

Jérémy les había hablado de él, y aunque su hermano no les había podido ayudar, quizá él tuviera más información sobre el caso aunque les parecía imposible.

—Helena, creo que deberíamos dejar todo esto ya. Se está complicando demasiado y no quiero que te arriesgues más. Hemos venido a descansar y creo que de aquí nos vamos a ir hechos polvo. Estos cuatro días no han sido suficientes, tus amigos, míralos, se irán pronto y casi no has estado con ellos.

—Christopher, no podemos dejarlo ahora. Este caso ha estado dormitando en el olvido y esperando que llegáramos nosotros para que se descubriera la verdad y después de que han asesinado a Jérémy... no, ¿entiendes? Él habría perdido la vida para nada. Además, apenas nos quedan dos semanas de vacaciones y cuando tengamos que volver a nuestros respectivos trabajos qué pasara, desde allí no podremos hacer nada y ahora estamos a mitad, no podemos dejarlo. ¿Lo entiendes?

—Precisamente porque ya ha habido una muerte no quiero que haya dos y menos que sea la tuya.

—Bien si no quieres acompañarme iré yo sola.

—No, no vas a ir —Gritó indignado— nos quedaremos aquí hasta que acaben las vacaciones, o nos iremos a otro lugar si tú quieres, pero vamos a olvidarnos del caso “Susan Atkins”. Escúchame cariño —Le dijo calmadamente— ¿Quieres que nos vayamos a otra parte a terminar las

vacaciones?

—¡Escúchame tú! No necesito que me acompañes. Puedes quedarte aquí descansando todo lo que quieras, yo puedo arreglármelas sin ti.

Indignada se metió en la ducha. Estaba dispuesta a hacerlo sola, no necesitaba su ayuda. Desde la ducha oyó que él le gritaba.

—Sí, yo sé que tú te las arreglaras sola, eres única para meterte en líos y para buscarlos.

Helena tardó poco en arreglarse, no estaba para muchos afeites. Se recogió el pelo húmedo con un prendedor y salió del baño. Christopher había bajado al salón y la esperaba para convencerla de que no se fuera, pero ella cogió las llaves de los estantes de la entrada y sin decir nada, salió. Al oír cerrarse la puerta él corrió para detenerla, pero cuando llegó ella ya se había metido en el coche y puesto en marcha.

—¡Helena! —Gritó, pero ella siguió su camino sin detenerse.

El coche desapareció por Vermon Road, y Christopher se quedó en la acera consternado.

Helena estaba indignada por las palabras de Christopher. No le gustaba la forma en que la había tratado. Días antes la había apoyado totalmente y de repente se comportaba como si tuviera miedo.

Ella también lo sentía, pero había que seguir hasta el final. Tenía que conseguirlo.

El caso era que no sabía la dirección de Alan Bakersfield aunque pensaba que no le costaría demasiado encontrarla pues Swillington no era un pueblo excesivamente grande. Se reclinó en el asiento del coche para calmarse un poco y pensar.

Intuía que los Bakersfield tenían algo que ver con todo el caso y estaba dispuesta a averiguarlo. Quizá era una temeridad ir a su casa. Si ellos tenían algo que ver con esas muertes se metería ella sola en la boca del lobo. Pero debía arriesgarse, de otra forma nunca sabría la verdad.

Entró en una cafetería y a una camarera que iba de un lado a otro sirviendo cafés y muy atareada, le preguntó si tenían guía telefónica. Poco después le trajo un café aguado y una guía.

Encontró el número de teléfono y una dirección, la apuntó en su cuaderno de notas y pagó el repugnante café.

Sonó el Móvil y descolgó.

—Chris, no puedo hablar ahora... ya te llamaré más tarde.

—Pero... —No le dejó terminar, colgó el móvil y lo apagó.

Aún era pronto para hacer una visita y tenía que esperar hasta la hora del té así que le preguntó a la camarera por la biblioteca municipal si la había.

Por suerte la encontró abierta y la bibliotecaria muy amable indicó la sala de monitores.

Helena se puso cómoda delante del monitor pues no sabía cuánto tiempo le costaría encontrar lo que buscaba. Tenía fechas, pero había demasiada información. No llevaba demasiado tiempo cuando la encontró.

En junio del 1966 las noticias del periódico local se referían al asesinato de Susan Atkins.

Brutal asesinato de una joven en el bosque de Swillington.

Ha sido hallado esta mañana el cuerpo sin vida de una muchacha llamada Susan Atkins. La víctima presentaba varias heridas de arma blanca casi todas ellas mortales. Las fuentes fidedignas nos informaron que la víctima había sido torturada, violada y más tarde asesinada brutalmente.

Helena buscó en las siguientes noticias, pero en todas hablaban de violación. Ella sabía que aquello no era cierto. Quizá era una de las pocas personas que lo sabía.

Analizó cualquier noticia que pudiera estar relacionada con el caso. Algo que pudiera darle alguna pista.

No se podía imaginar que en un año pudiera producirse tantas noticias en una pequeña ciudad. Después de pasar las noticias de cada día, página a página durante los primeros seis meses. Encontró una que le llamó la atención.

En una esquina del periódico casi desapercibida, había una noticia referente a la familia Bakersfield.

Después de cinco meses de permanencia en El Santo Espiritu, la esposa del miembro de la cámara de los diputados, lord Bakersfield, Alma Bakersfield, ha regresado a su casa restablecida por completo.

Nos alegramos por ella y por lord Bakersfield.

Simón Carrinton.

A Helena le pareció una noticia extraña. No era lógico escribir sobre algo así por el poco interés que tendría la gente por saberlo.

Pensó que la noticia no tenía mayor importancia y apago el monitor. Los ojos le escocían de tanto fijar la vista, estaba un poco mareada y el estómago lo tenía revuelto. Se levantó y al hacerlo sintió un mareo y cayó en el asiento.

La empleada se dio cuenta de que no se encontraba bien y corrió a ayudarla.

—Quédese sentada. — Ordenó— ¿Esta mareada verdad?

—Sí, un poco. —Contestó Helena con un hilo de voz.

—Está bien, baje la cabeza y póngala entre las piernas, se le pasara enseguida.

Helena hizo lo que la mujer le decía, parecía entender de mareos aunque era relativamente joven.

—¿Está embarazada? —La pregunta le causó sorpresa y no supo responder en el momento— Se lo pregunto porque yo tengo dos hijos y cada vez que me quedaba embarazada me pasaba varios meses mareada y con náuseas.

—No lo sé. —Contestó dubitativa.

—Pues debe ir al médico sin demora para que le dé algo para el mareo, pues uno de estos mareos puede ser peligroso.

—Creo que ya estoy mejor. —Dijo cogiendo el bolso.

—Me alegro de oírlo, aunque aún está muy pálida... recuerde que debe ir al médico.

—Lo haré descuide. Muchas gracias por su interés.

Miró su reloj y pensó que las cinco y media era una buena hora para las visitas, al menos en Inglaterra.

Le preguntó a la bibliotecaria por la dirección que llevaba anotada en su agenda.

—Esto está por Church Ln, es esta carretera que pasa por delante de la biblioteca. Si coge esa dirección llegará a Church Avenue, no está lejos.

—Muchas gracias por todo. Ha sido muy amable.

—No las merece. —La mujer le regaló una amable sonrisa— ¡Suerte!

Cogió el coche y antes de ponerlo en marcha conectó el móvil. Le llegaron mensajes de varias llamadas de Chris, pero no pensaba responderle así que volvió a apagarlo y arrancó el auto. Iba despacio para no pasarse la casa y después de cinco minutos apareció Church Avenue. Paró y caminó buscando el número sesenta. La casa tenía un pequeño jardín delantero arreglado con mucho esmero. Toda la fachada de la casa era de ladrillo

marrón con dos miradores en la parte frontal y grandes ventanales blancos. Se veía una casa señorial y muy bien cuidada. La puerta, también blanca, formaba un arco de medio punto con cristales biselados con dibujos adamascados grabados en el cristal.

Antes de llamar respiró profundamente y de pronto recordó lo que le había pasado en el archivo y se inquietó.

—Debo hacerme la prueba del embarazo. No creo que lo esté, pero por si acaso lo haré. Pero... ¿y si sale positivo?

Le asustaba pensar que podía tener una criatura latiendo en su vientre. Nunca había pensado en la posibilidad de ser madre, pero ahora que quizás pudiera estar embarazada le asustaba esa responsabilidad. Aunque habían sido unos insensatos la primera vez que hicieron el amor sin ningún tipo de protección, a partir de ese momento pusieron todos los medios a su disposición para evitar contagios y embarazo. Al parecer ya era tarde. Aquel primer contacto sexual fue tan vehementemente apasionado que ninguno de los dos pensó en ese momento en otra cosa que no fuera satisfacer esa necesidad perentoria y ahora iban a pagar las consecuencias de su irresponsabilidad.

Unas escaleras separaban la puerta de la casa del jardín. La verja estaba abierta así que Helena subió. Estaba un tanto intranquila pues no sabía que excusa poner para que la recibieran, pero tenía que conseguir hablar con Alan, algo le decía en su interior que él podría ayudarla.

Llamó al timbre y después de transcurridos poco más de dos minutos la puerta se abrió. Delante de Helena apareció una anciana con una cara exageradamente arrugada y el pelo completamente blanco. Su sonrisa era muy agradable, cosa que tranquilizó a Helena.

—Buenas tardes ¿Qué desea? —Su voz sonaba tan agradable como su sonrisa.

Helena titubeó por un momento.

—Bu... buenas tardes. ¿Podría decirme si vive aquí el señor Bakersfield? —La mujer asintió— Si no es molestia me gustaría hablar con él, soy Helena Fernández. Dígale, por favor, que no pretendo venderle nada.

—Está bien, si espera un momento se lo preguntó ¿de acuerdo?

—Muchas gracias. —Repuso mostrándole su más sincera sonrisa.

La mujer se metió dentro sin cerrar la puerta y desde allí se podía ver casi todo el salón. Era agradablemente acogedor.

Helena casi no había tenido tiempo de darse cuenta y la anciana ya estaba allí con la respuesta.

—Puede usted pasar, Alan ha dicho que la recibiré, sígame por favor.
Siguió a la mujer despacio acomodándose al andar lento y cansino de ésta.

Llegaron a la biblioteca donde la esperaba Alan de pie cerca de la puerta. Era un hombre muy atractivo, aparentaba unos treinta y cinco, pero debía tener más de cuarenta. Era alto y esbelto, y tenía unos grandes ojos azules separados entre sí un poco más de lo normal que le conferían el aspecto de galán de cine.

—Buenas tardes ¿En qué puedo servirle? —Le preguntó con voz amable.

—Buenas tardes señor Bakersfield. Muchas gracias por recibirme y perdóneme si le molesto.

—Por favor, de ninguna manera. ¿Quiere ponerse cómoda y contarme lo que quería? —Alan se sentó y le ofreció el asiento contiguo— ¿Tomará una taza de café conmigo? Le ofrezco café porque imagino que es usted española, ¿no?

—Sí, lo soy. Gracias, no creo que me siente mal.

Helena tomó asiento en el lugar que él le señalaba. Mientras lo hacía se dio cuenta de que la observaba con mucha atención.

—Mami, nos traes el café por favor. —Dijo Alan cariñosamente y luego se dirigió hacia Helena y preguntó— ¿Y bien, cuál es el motivo de su visita?

—Señor Bakersfield, no quisiera molestarle, pero me gustaría hacerle algunas preguntas acerca de un tema bastante escabroso.

—¿Se dedica a las encuestas? —Preguntó un poco decepcionado— Y ¿sobre qué clase de tema quiere preguntarme?

—No, no voy a hacerle ninguna encuesta, simplemente es que me gustaría preguntarle acerca de una mujer llamada Susan Atkins.

Alan se sorprendió al oír aquel nombre. Cuantos recuerdos se agolpaban en su mente, recuerdos agradables y también dolorosos. Volvió a la realidad y miró a aquella desconocida que le preguntaba por algo ya casi olvidado.

—¿Por qué me quiere hacer preguntas acerca de Susan? No creo que usted la conociera, parece muy joven.

—Lo cierto es que yo no había nacido cuando ella murió. —Helena percibió el cambio en el rostro de Alan. Parecía confuso.

—¿Entonces?

—Como ya le he dicho yo no la llegué a conocer, pero me interesa saber

alguna cosa sobre ella.

—¿Es de la familia?

Helena sonrió e iba a comenzar a explicarse cuando la señora Season entró en el salón portando una bandeja entre las manos. Sirvió una taza de café para cada uno y un trozo de tarta de arándanos.

—Gracias mami.—Dijo cariñosamente Alan— Señorita Fernan...

—Llámeme Helena, por favor. —Le interrumpió.

—Bien, Helena, pruebe la tarta de mami, es deliciosa.

La señora Season sonrió y espero a que Helena probara la tarta.

—Mm... tiene razón señor Bakersfield, está exquisita.

—Llámeme Alan por favor. —Le rogó

—De acuerdo Alan. —Musitó con timidez.

Cuando la señora Season salió de la habitación, Helena le preguntó a Alan:

—¿Está muchos años con usted?

—Desde que nací. Como ve es una persona muy anciana pero tiene mucha vitalidad y es incansable. Mis padres la habían contratado para criar a mi hermano William y después a mí. Cuando regresé a Inglaterra se vino a vivir conmigo. Siempre fui su preferido. —Añadió con orgullo.

—¿Vivió fuera de Inglaterra?

—Sí, estudie derecho en Estados Unidos y allí estuve viviendo hasta que murió mi esposa, de esto hace casi dos años.

—Lo siento, no sabía que estaba viudo.

—Dejemos el tema ese, no me gusta hablar de ello. —Dejó el plato sobre la mesa y tomó la taza de café— Volvamos al tema que nos ocupaba, si no le parece mal...

—¡Oh! todo lo contrario. —Contestó azorada.

—Bien, habíamos quedado en que era familia de ella. —Ella negó— ¿No? —Alan insistió— ¿Escritora? —Ella volvió a negar con gesto expectante. Aun así no le pareció mala idea la de hacerse pasar por una escritora para no tener que dar la engorrosa explicación, pero lo descartó ya que pensaba que no había necesidad de mentir— Pues explíquemelo porque no entiendo...

—Tengo que pedirle disculpas por venir aquí sin más a hacerle preguntas sobre una persona que ni siquiera llegué a conocer. Pero puedo asegurarle que no es ningún capricho. Verdaderamente tengo necesidad de conocer algunas cosas acerca de Susan, pero no puedo contarle el motivo,

quizá usted me quiera ayudar a pesar de todo, cosa que le agradecería aunque si no es así, no le culpo ni me siento ofendida. —Tomó aliento y continuó— Hasta ahora usted ha sido muy amable para conmigo; me ha invitado a entrar en su casa, a tomar café y todo ello sin saber quién soy, así que le estoy muy agradecida sinceramente.

Alan guardaba silencio. Hasta entonces no había querido interrumpirla. La observaba detenidamente. Su forma de mover las manos, hablar, etc. Le estaban recordando a Susan.

Cuando ella terminó de hablar se dio cuenta de que Alan la miraba fijamente. Se sintió un poco aturdida casi desnuda.

Él se percató y apartó la vista de ella.

—Mi querida amiga, tiene usted razón en parte, pero no tiene nada que agradecerme. Primero, porque es agradable recibir visitas como la suya. Ya habrá visto el pueblo, esto no es la ciudad y se reciben pocas visitas. Y segundo, que aunque no la conozco, cuando la vi entrar fue como si la conociera de muchos años. No sé si me creerá, pero la he estado observando atentamente (aunque le pido disculpas por ello) no sé qué relación familiar tiene usted con ella, pero cada vez le encuentro más parecido a Susan. —Ella sonrió complacida— Por eso no me importa que me haga las preguntas que quiera sobre ella.

—Algo que me complace enormemente y que le agradezco. —Dijo sentándose más relajada en el asiento— Entonces me gustaría que me dijera ¿Qué relación tenía usted con ella?

—Puramente amistosa. —Contestó tajante.

—¿No estaba enamorado de ella?

Alan la miró con picardía y movió la cabeza a un lado y a otro.

—Ignoro por qué me hace esa pregunta, pero sí, lo estaba y mucho. La adoraba, pero ella no me miró nunca como a un hombre. Yo era muy joven y ella estaba enamorada de mi hermano. Tuve que conformarme con ser su amigo con tal de estar a su lado.

Cuando la mataron creí morir de tristeza, por eso me marché a Estados Unidos, no podía quedarme en esta ciudad que tanto me la recordaba.

Helena se dio cuenta de lo que debió sufrir aquel hombre, amando sin ser amado y viendo morir al ser que más quería.

—Alan, ¿conoció usted a Thelma Atkins?

—No ¿por qué?

—¿Susan no le habló nunca de su abuela?

—Oh, sí, ella la adoraba, siempre que podía la visitaba. Si Susan hubiera sabido lo que le pasó a su abuela se le hubiera roto el corazón.

—Créame, ella lo supo. —Dijo entristecida.

Él se quedó atónito cuando oyó las palabras de Helena.

—¿Por qué ha dicho eso?

—¿Qué piensa de la muerte de Thelma? —Añadió como si no hubiera oído la pregunta— ¿Le pareció normal todo lo que pasó?

—Fue bastante extraño todo, al final no supe qué había pasado. Después de dos meses no se sabía mucho de la muerte de Thelma y para entonces ya me había marchado.

Cuando llamaba por teléfono nunca pregunté y mi familia tampoco me contó nada.

—Y ¿no le pareció extraño que su familia no le diera noticias del caso siendo amigo de Susan?

—Pues no, no me extrañó en absoluto. Tampoco yo pregunté. ¿Por qué?

—¿Qué les parecía a sus padres la relación entre su hermano y Susan?

—No lo sé, jamás hicieron comentarios al respecto.

—El otro día estuve hablando con su hermano William y no supo decirme quién le dio el recado de que Susan había anulado la cita; ¿Fue usted quien se lo dio?

—No, no fui yo... —Se quedó pensativo, sabía que algo se le escapaba, algún detalle importante en el que nunca había pensado, y no sabía muy bien qué era.

—¿Es cierto que su madre estaba enferma por aquella época?

—¿Mi madre? —Alan, volvió al presente. Tampoco sabía qué relación podía tener una cosa con otra, pero contestó a la pregunta— Pues sí, lo estaba y sigue estándolo, sólo hace un mes que salió de la clínica. Nunca se recupera del todo, sus recaídas son cada vez más frecuentes. Pero ¿y cómo sabe usted eso? Además, no le encuentro el paralelismo con el caso de Susan. ¿A dónde quiere ir a parar?

—Le prometo que cuando lo averigüe será uno de los primeros en saberlo. —Contestó— Y ¿dice que sigue estándolo? ¿Cuál es su enfermedad?

—Sólo es una enfermedad nerviosa. Pero basta ya de hablar de mi familia. No tiene sentido que la meta a ella en esto. Mi familia no conocía a Susan ni a Thelma y tampoco a sus padres.

—Supongo que sabrá el apellido de soltera de su madre, ¿No? —Alan la miró incrédulo, no entendía el interés que mostraba Helena por su madre.

Tampoco entendía el papel que podía jugar su madre en todo aquello que le había contado.

—Creo que tiene una baza y se la está guardando para sí.

—No, es simple intuición ¿y bien...?

—Su apellido de soltera era Conwell —Confesó a regañadientes, aunque sentía curiosidad por saber hasta dónde podía llegar aquella mujer con sus intuiciones.

Sobre la mesilla, entre varias revistas, había un periódico doblado que a Helena le había pasado inadvertido. Era un diario atrasado con la noticia de la muerte de Jérémy que ocupaba media página. Leyó el titular y se sintió morir de vergüenza al ver que se referían a ella como una chiflada que había tenido la premonición de la muerte de Jérémy sin conocerle. Los periodistas eran injustos al expresar su opinión en un caso en el que les faltaban los datos. Aquella noche Helena no recordaba haber visto a ningún periodista haciendo sus impertinentes preguntas, sin embargo, allí estaba la noticia y aquel comentario ofensivo contra su persona. Helena sintió como la sangre se le agolpaba en las sienes, no podía pensar con claridad, apretó los dientes y murmuró una maldición. Cuando vio que Alan la observaba, sintió vergüenza. Alan percibió el cambio en el rostro de Helena y le preguntó extrañado:

—¿Le sucede algo?

—¿Eh? No, no... Perdón, me distrajo la noticia. Discúlpeme. Lo siento no he podido controlarme. —Estaba indignada y avergonzada por lo que él pudiera pensar.

—¿Así que es usted la mujer de la que habla el periódico, no? —Una gran sonrisa, que a Helena le pareció mordaz, se dibujó en sus labios.

Ella bajó la cabeza evidentemente avergonzada.

—Me temo que soy yo la persona de la que hablan. Usted se estará formando ahora mismo una idea equivocada de mí, no le culpo por ello; cualquiera en sus circunstancias haría lo mismo. Y lo peor de todo es, que le diga lo que le diga ahora no creo que cambie esa opinión, yo tampoco lo voy a intentar pues sé que sería una empresa inútil... Así que lo siento, es lo único que le puedo decir.

—No hace falta que se disculpe. Comprendo lo que siente en estos momentos. En ocasiones la prensa es cruel, no se para a pensar en los sentimientos de las personas y en las consecuencias de una información falaz. Pero de todos modos no debería sentirse tan molesta. La gente no le da tanta

importancia a las noticias. Yo mismo no les doy ningún crédito y tampoco me gusta formarme opinión de la gente hasta que no les conozco personalmente.

—Sé que dice eso para consolarme. —Manifestó consternada.

—Imagine que usted lee en el periódico la misma noticia, sin ser usted la protagonista. Dígame, ¿Qué pensaría de lo que dice? ¿A que no le daría tanta importancia?

—En el caso de que no conociera a la víctima tendría usted razón, pero la gente que conocía a Jérémy se harán muchas preguntas. ¿No cree?

Él asintió dándole la razón.

Se dirigió a la estantería, cogió una pitillera y le ofreció un cigarrillo. Ella lo aceptó. La llama anaranjada del mechero prendió el cigarrillo de Helena y a continuación el de él.

Alan aspiró el humo del cigarrillo y comenzó a expulsarlo formando anillos. Helena lo miraba en silencio y se sobresaltó cuando él le preguntó:

—Sé que no me va a querer contestar y tampoco quiero obligarla a ello, pero me gustaría saber, ¿quién es Helena? O más bien ¿Qué es ella? No crea con esto que me ha molestado que viniera a mi casa a hacerme preguntas, pero ha habido dos cosas que me ha dicho, aparte lo del periódico, que me están haciendo reflexionar y no llego a ninguna conclusión o no quiero llegar porque me preocupa que sea lo que me estoy imaginando.

La miró a los ojos por ver si allí encontraba la respuesta de lo que quería saber. Ella bajó la mirada y la fijó en el cigarrillo que tenía entre los dedos. Lo apago bruscamente y le preguntó:

—¿Qué quiere que le cuente, la verdad o lo que usted quiere oír?

Él se quedó en silencio pero sin retirar su mirada.

—Está bien, le contaré la verdad aunque no nos guste ni a usted ni a mí.

En poco más de media hora le resumió toda la verdad, sin dejar de observar cada gesto de su cara. En algunos momentos se arrepentía de estar descubriendo sus intimidades, pero siguió hasta el final.

En ningún momento noto ningún tipo de rechazo ni un gesto extraño por parte de Alan sino una absoluta atención y comprensión.

Al terminar el relato, Alan se levantó y paseo por la sala sin decir ni una sola palabra. Después de unos minutos que a Helena le parecieron horas, él habló:

—Tenía usted razón, la historia que me ha contado no me gusta; me hubiera gustado más que me contara que era usted escritora, periodista, o que pertenece a una secta satánica, que sé yo, pero esto precisamente es lo que

menos me gusta. —Helena tenía el corazón oprimido, si aguantaba unos minutos más no lo soportaría, pero él continuó— Esto no quiere decir que no crea lo que me dice, creo que es real, por lo menos para usted lo es.

—¿Quiere decir con eso, que todo es fruto de mi imaginación?

—No, creo que no me he expresado correctamente. Lo que sucede es que usted está viviendo una realidad que para nosotros no es tal, cuando usted vive una de esas experiencias están pasando en su realidad no en la nuestra.

—Entonces la muerte de Jérémy sólo ha sido en “mi realidad”, ¿No? —Dijo sarcástica— Creo que le he entendido perfectamente señor Bakersfield. Y si ahora me disculpa tengo que irme, mi prometido estará preocupado, se me ha hecho demasiado tarde.

Alan se dio cuenta de que la había herido y no quería humillarla de ninguna de las maneras.

—Helena, no me gustaría que se marchase con la creencia de que me he burlado de usted. Todo lo contrario, le tengo un gran respeto y creo que es una persona inteligente además de hermosa.

—No tema, le estoy agradecida por su comprensión, y me gustaría volver a hablar con usted en una próxima ocasión.

—Cuando quiera ya sabe dónde encontrarme, pero me gustaría tener su número de teléfono por si recuerdo algo poder llamarla.

Helena le dio el número y le tendió la mano para despedirse. Alan la cogió y se la acarició mientras la miraba a los ojos.

—Siento mucho tener que pedirle que me devuelva mi mano pero se me hace tarde. —Dijo amablemente.

Él no parecía darse cuenta, le beso la palma de la mano y dijo:

—Tiene unas manos muy bonitas, perdone, pero no he podido evitarlo.

Helena recuperó su mano y se marchó apresuradamente. Al salir a la calle se dio cuenta de que era de noche. El aire fresco y húmedo le produjo una sensación de bien estar. Había estado nerviosa durante mucho tiempo y la tensión le había producido un entumecimiento en la espalda. No se encontraba bien, tenía la sensación de encontrarse sola ante el problema que le planteaba Susan. Sentía que estaba haciendo en todo momento el ridículo. Jamás hubiera imaginado que tendría que pasar por lo que estaba pasando. Precisamente ella era una persona práctica y realista y si alguien le hubiera dicho todo lo que iba a tener que vivir, nunca le hubiera creído. Hubiera preferido no tener que contar a nadie que tenía contacto con una persona muerta, que un fantasma regía su vida y que poco a poco iba perdiendo el control de su existencia. Iba

sintiéndose cada día un poco más rara y cada día un poco más sola, pues no todo el mundo entendía completamente la magnitud de su problema y esté cada vez iba haciéndose más poderoso. Su cabeza le ordenaba abandonarlo todo y marcharse a una playa de Alicante, tumbarse al sol y olvidarse, pero su intuición le decía que debía seguir a delante, y eso era precisamente lo que pensaba hacer.

Alan quedó pensativo cuando Helena salió de su casa. Le había impresionado aquella mujer de rasgos suaves y perfectos, extravertida y sinceridad espontánea.

Desde que muriera su esposa no había sentido interés por ninguna mujer, pero Helena era distinta a las demás.

La señora Season entró en ese momento, pero Alan no se percató de su presencia.

—Alan. ¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

—Oh, mami, no te he oído entrar.

Se levantó azorado y se asomó a la ventana para que ella no notara su aturdimiento.

La señora Season sonrió al ver el gesto de Alan, le conocía demasiado para no darse cuenta de lo que le sucedía a su "niño"

—Deberías ayudarla Alan, sé que no te gustaría que le pasara nada.

Lo miró con cariño y le dio un beso en la mejilla.

—Eres tremenda mami. ¿Cómo puedes saber tanto con tan poco?

—Porque soy vieja, porque te conozco desde que naciste y te quiero y también porque oigo hablar a las paredes.

Él sonrió y movió la cabeza a un lado y a otro en señal de desaprobación mientras cogía el libro que estaba leyendo cuando entro Helena.

La señora Season salió sin hacer ruido, estaba acostumbrada a hacer un mutis por el foro cuando Alan se quedaba absorto en sus pensamientos, que por otra parte era bastante a menudo.

Cuando Alan se quedó solo cerro el libro, pues ya había perdido todo interés por la lectura. Volvió a pensar en Helena, era extraño todo lo que le había contado, él no podía entenderlo, nunca había creído en cosas del más allá, pero por otra parte no creía que Helena fuera una lunática. También estaba mami, ella nunca fallaba en sus intuiciones y le había dicho que la

ayudara, aunque la empresa era reto difícil y ya sabía con antelación que no tendrían ningún éxito después de tantos años, pero de todos modos decidió ayudarla, no porque tuviera el menor interés en el caso, pues después de veinte años el delito había prescrito, sino porque esa mujer le interesaba sobremanera y su imagen no podía apartarla de su mente.

Capítulo XV

Cuando se abrió la puerta de la casa apareció Christopher en el umbral. Tenía el gesto fruncido.

Helena subió las escaleras de la entrada, sabía que le esperaba una buena regañina aunque hubiera hecho cualquier cosa por evitarla. No se sentía con fuerzas para nada, sólo necesitaba un poco de comprensión por parte de aquel hombre que tanto quería.

—Hola Chris. —Dijo con languidez esperando su reacción.

Él dio unos pasos hacia ella y la estrecho entre sus brazos.

—Perdóname Helena, cariño.

—No Chris, todo ha sido culpa mía. Eres tú quien tiene que perdonarme.

—Está bien, los dos tuvimos parte de culpa, así que lo olvidaremos y procuraremos que no vuelva a pasar.

Christopher se alegraba de ver que ella estaba bien, aunque había estado preocupado por ella, ahora la tenía entre sus brazos y sólo quería besarla y decirle que la amaba.

Allí estuvieron abrazados durante unos minutos. El calor de su cuerpo la reconfortaba, era como un refugio de seguridad difícilmente reemplazable.

María se acercó a ellos preocupada.

—¿Estás bien niña?

Helena se abrazó a María.

—Perdonadme, desde que habéis venido no os he prestado demasiada atención. Lo siento.

—No te preocupes cielo, sólo te pido que no nos vuelvas a dejar sin saber qué pasa, nos preocupamos por ti. ¡Bueno y ahora a cenar! Hemos preparado una cena en el jardín trasero. Missis Nelly se ha ido con algunas amigas a cenar, no quería hacerlo hasta que tú llegaras, pero Chris le ha prometido que la llamaría en cuanto acudieras para decirle que estás bien.

—Tienes razón, voy a llamarla. —Exclamó Chris cogiendo el móvil apresuradamente.

Pablo se acercó a Helena y la abrazó con cariño.

—¿Estás bien?

—Sí Pablo, estoy bien, aunque la verdad es que tengo un poco de hambre.

—¡Pues venga! la carne estará enseguida.

Helena notó a Pablo un poco más serio de lo habitual. No estaba enfadado, pero parecía preocupado.

En el jardín habían dispuesto la mesa con todo esmero. Había varios platos; ensalada tropical, puré de patatas con castañas, jamón de Jabugo, rodajas de tomate con anchoas y salsas variadas. Todo parecía apetitoso. El fuego de la barbacoa estaba encendido y cuatro gruesos chuletones esperaban en el plato a ser colocados en la rejilla que había encima de las brasas de la barbacoa. Pablo se puso el delantal y echó la carne en el fuego y María abrió una botella de vino blanco y sirvió copas para todos.

—Parece que habéis tenido una tarde entretenida.

—Mientras te esperábamos nos hemos entretenido para no estar pendientes de tu llegada. —Explicó María entregándole la copa de vino—
¿Mientras cenamos nos cuentas que has conseguido?

—He conocido al hermano de Williams y ahora sabemos que él avisó de que la cita quedaba suspendida. Fue su madre.

—¡Uyyy, esa madre que peligro tiene! —Exclamó María ciertamente achispada por el vino.

La cena transcurrió con una charla relajada y amena pero Helena de vez en cuando miraba a Pablo. Le veía inquieto aunque intentaba disimularlo.

—¿Qué pasa Pablo?

Él se sorprendió por la pregunta.

—No, no es nada. —Contestó un poco incomodo.

—No mientas Pablo, te noto incomodo. —Dijo categórica.

Todos la miraron sin saber a qué venía eso. Pero Pablo les sacó inmediatamente de la duda.

—Pues sí, tienes razón, todo esto me tiene alterado. Lo siento Helena. Yo soy una persona normal y corriente y jamás había vivido cosas tan extrañas como éstas, las había oído, pero... pero no tan de cerca, y la verdad, no puedo asimilarlo. Sé que están pasando de verdad y eso me pone más nervioso porque no puedo encontrarle una explicación lógica.

—¡Pablo! —Exclamó María sorprendida.

—Lo lamento María, pero no quiero entrar en este juego. —Le tomó la

mano y se la acarició— Yo siempre me he reído un poco de estas cosas, pero ahora me asusta pensar que alguien del otro lado pueda venir y meterse en mi vida y hacer con ella lo que se le ocurra. —En ese momento miró a Helena— A ti te digo lo mismo, no creas que tengo nada en tu contra, nada más lejos de la realidad, te aprecio mucho y a Chris también, pero tengo miedo, miedo en el sentido literal de la palabra. —Sonrió avergonzado.

—Pues si es así, tendremos que volvernos otra vez a España. —Repuso María con fastidio.

—Tú puedes quedarte si quieres. Yo puedo seguir trabajando hasta que vengas.

—¿En verdad lo deseas así? —Dijo abatida.

—No.

Fue un no tan rotundo que María necesitó más explicación.

Al día siguiente todos estaban en el aeropuerto para despedir a la pareja. Antes de despedirse Helena les dijo:

—Siento mucho que todo haya salido así y que las circunstancias os obliguen a marcharos. Me encantaría que os quedaseis más tiempo. Es una pena.

En fin... comprendo tu posición y espero que algún día puedas entenderlo, de todas formas no creas que yo misma lo entiendo demasiado, también esto es extraño para mí. Como tú, yo también soy una persona normal y corriente, al menos lo era hasta hace poco más de un año. Pero desgraciadamente me está tocando vivir algo que ni en sueños podría imaginar. También, al igual que tú, tengo miedo. Bueno... más que miedo lo que siento es pánico y espero que pronto termine todo y poder volver a mi vida normal y corriente; aunque te agradezco que hayas sido sincero conmigo. Sabes que te aprecio.

—Lo sé. —Le dijo mientras la abrazaba— Sólo te pido que tengas mucho cuidado. Y tú Chris, cuidala mucho. Cuidaos los dos, ¿Prometido? Y por favor, no me guardes rencor.

—No seas bobo...

María se abrazó a su amiga con fuerza.

—Lo siento Helena ¿En tiendes el porqué me voy no?

—Naturalmente niña, tú debes estar con tu chico, allá donde él vaya, tu detrás. Además, me dejas en muy buenas manos. —Helena se arrebujó contra Chris y éste la estrechó más contra su cuerpo.

Escucharon la llamada de su vuelo y cogieron los bolsos que no habían facturado.

—¡Cuidaos por el amor de Dios!

—Descuidad, lo haremos y vosotros llamar cuando estéis en casa para saber que habéis llegado bien. ¿De acuerdo?

—Síiiii... ¡Chao! —Gritaba María mientras corría tras Pablo.

El rostro de Helena cambió al verles desaparecer tras la puesta de embarque.

Christopher la estrechó más fuerte intentando darle seguridad.

—No te preocupes, yo estoy contigo y nunca te dejaré.

En ese momento estaba convencido de lo que decía, pero no podía imaginar que las circunstancias le harían faltar a su promesa.

Capítulo XVI

Menston era un pequeño pueblo en el Bajo Wharfedale, de Yorkshide, cercano a Leeds, con poca confluencia de tráfico. La tranquilidad recorría sus calles y el ambiente era limpio a pesar del humus que recubría casi todas las fachadas de las viviendas debido a la intensa humedad ambiental. Era una ciudad residencial y todas sus casas eran prácticamente iguales, y exceptuando una farmacia y un Club Social, por los alrededores no parecía haber más establecimientos de ningún tipo.

Recorrieron toda la avenida Cleasby Road y dieron con una antigua iglesia metodista. Buscaban la casa donde vivió Alma Corwell, actualmente lady Bakersfield.

Sabían que era una empresa dificultosa encontrar la casa, pero lo intentarían.

Aunque la ciudad era pequeña sería difícil encontrar a alguna persona que conociera a Alma Corwell.

Decidieron preguntar a todas las personas mayores que encontraran a su paso, que no eran demasiadas pues eran escasos los viandantes. Después de preguntar a unos cuantos ancianos sin ningún resultado, Christopher ya estaba totalmente desanimado.

—No creo que esto sirva de nada Helena —Dijo con voz apagada—
Creo que aunque encontremos la casa no vamos a encontrar nada interesante sobre Alma, tengo la sensación de que es una pobre mujer depresiva y nada más.

—Me encanta los ánimos que me estás dando. Reconozco que hasta ahora no hemos tenido mucha suerte, pero tampoco es para que te desanimas como lo estás haciendo.

Helena reconocía que Christopher tenía razón, pero algo en su interior le decía que aquella mujer tenía mucho que ver en todo aquel misterio.

—Quiero encontrar una conexión entre lady Bakersfield y Susan Atkins, no sé, algo que las relacione. Se podría pensar que Alma Bakerfield no quería que su hijo se casara con una muchacha vulgar y corriente. Los padres siempre

quieren algo más para sus hijos y, si como en este caso pertenecen a la alta aristocracia, el que tu hijo quiera casarse con una plebeya, no creo que esto fuera de su entera satisfacción.

—Pero ese no sería un motivo para matar a nadie, simplemente o desheredar al hijo o intentar convencerle de su insensatez.

—¡Exacto! Es precisamente lo que yo pienso, luego entonces debe haber algún otro motivo para matar a la novia de tu hijo.

—¿Por qué piensas que ella ha tenido algo que ver en su muerte?

—Por la llamada anulando la cita.

—¿Ya sabes que la hizo ella?

—No, pero ¿quién más pudo hacerla si no? Alan dice que él no le dio el recado a su hermano.

—¿Por qué descartas a Alan? Pudo mentirte.

—No, no lo creo. La cuestión es, ¿Quiénes sabían lo de la cita? Si Williams pudiera recordar a quién se lo dijo, porque yo creo que no hubo ninguna llamada. Alma Bakersfield le dio un recado falso a su hijo para que no fuera a esa cita.

—No sé, yo no lo tengo tan claro como tú.

—Vamos a preguntar al párroco, quizá él sepa algo.

Empujaron la gruesa puerta de la iglesia que chirrió alertando a los pocos feligreses que había rezando. Todos menos uno hicieron caso omiso y volvieron a sus rezos, la mujer que les miraba con gesto interrogante, se acercó hasta ellos. Era una anciana enjuta y miraba con ojos vivaces.

—¿No son de aquí, verdad? —Preguntó en voz baja.

—No, busquemos a alguien. —Respondió Helena.

—Y... ¿Se puede saber a quién?

—¿Le suena a usted el nombre de Alma Corwell?

—No, no me suena de nada, pero tal vez el padre Simón la conozca.

—¿Dónde podemos encontrar al padre Simón?

—Estará en la sacristía, vayan por esa puerta de la izquierda; eso es la sacristía.

—Muchas gracias señora.

—A mandar, joven.

La mujer le regaló una sonrisa picara a Christopher y volvió a arrodillarse para seguir sus rezos.

La puerta de la sacristía estaba cerrada. Dieron unos toquecitos suaves y esperaron. Dos minutos después la puerta se abrió y delante aparecía un cura

de rostro redondo, bonachón y de cuerpo rechoncho.

—Pasen ustedes, ¿Qué piensan casarse?

—No padre. —Helena y Christopher sonrieron, la pregunta del párroco les hizo gracia— Hemos venido por ver si puede ayudarnos.

—Si está en mi mano, seguro que sí.

—Verá, buscamos a alguien que conociera a Alma Corwell.

—No me suena ese nombre.

—Es alguien que vivió aquí hace muchos años, supongo que más de cincuenta años. Ella se fue a otra ciudad a vivir, pero sus padres eran de aquí.

—Entonces tendrán que preguntar por la zona antigua del pueblo, esta zona es más nueva. De todas formas, ahora que pienso, ese apellido me suena pero no sé de qué.

—¿Por dónde está la zona más antigua?

—Si van por Main St, a la derecha está Grange Farm. Toda esa zona es la más antigua, aunque han hecho muchas casas nuevas, pero las familias que viven por ahí son de este pueblo de varias generaciones. Con suerte pueden encontrar a alguien que les ayude.

—No sabe cómo le agradecemos su ayuda.

—No he hecho nada, ¡por Dios! Espero que tengan suerte.

Se despidieron del párroco y siguieron la avenida Main St caminando.

Casi se podía escuchar el sonido de sus pasos. En realidad era bastante lógico que se viera poca gente por las calles pues era casi la hora del almuerzo y además, el calor era sofocante.

Pronto encontraron la zona que les había señalado el cura. Grange Farm. La gran mayoría de las casas eran de reciente construcción, pero en la zona más antigua, aunque restaurada, tropezaron con una tasca que parecía la más vieja de la ciudad, sobre todo porque su fachada se desconchaba y dejaban al descubierto los ladrillos, haciéndola parecer más vieja de lo que era. No encajaba con el resto de la arquitectura. Parecía salir de otra época, pero en un estado ruinoso. No mantenía un orden con el resto de las casas.

Antes de acercarse a la puerta el olor a cerveza y a comida rancia delataba la índole del local.

Entraron y se sentaron en unos taburetes tan viejos como las paredes del exterior. Eran tan incómodos como viejos. Miraron a su alrededor y vieron a un anciano sentado detrás de ellos que los miraba con cara de pocos amigos. Las arrugas de su cara formaban un gesto poco amistoso, Helena sin pensarlo dos veces y recordando el éxito que habían tenido en Swillington, se acercó a

él y le preguntó:

—Buenas tardes señor, perdone que le moleste. ¿Puede contestarme a una pregunta? —El hombre no contestó— ¿Conoce usted a Alma Corwell? —El anciano siguió sin contestar, pero esta vez la miraba sonriendo— ¿La conoció usted?

—No se moleste —Se oyó una voz que salía del fondo del bar— es sordo como una tapia y por mucho que grite no la va a oír.

Helena se dio la vuelta para ver de quien era la voz. Era el dueño del bar que en esos momentos secaba unos vasos con un paño raído. Dejó el vaso y el paño y se acercó a ellos.

—¿Conocen ustedes a Alma Corwell?

—No, ¿Y usted?

—Yo no la llegué a conocer, pero mi padre me contó cosas sobre ella. En realidad nadie llegó a conocerla, era, según decía mi padre que en aquella época perseguía a las muchachas como un poseso, una persona muy fría y altiva. Nunca tuvo amigos, al menos de aquí de Menston. Ningún muchacho intentó siquiera cortejarla. —El hombre volvió tras la barra y siguió secando los vasos— ¿Y si no la conocen porque preguntan por ella?

—Queremos saber donde vivió antes de contraer matrimonio con lord Bakersfield. —Christopher miró al hombre que empezaba a desconfiar y se inventó sobre la marcha— Estamos haciendo un estudio genealógico sobre distintas familias de algunas ciudades, y en estos momentos realizamos el de Alma Corwell, ahora lady Bakersfield y por supuesto el de lord Bakersfield.

—Vaya, así que lady Bakersfield... —El tabernero levantó el vaso para ver si contenía alguna mancha el cristal y sin mirarle dijo— Pues si quieren saber donde vivió, lo tienen bastante difícil. La casa se destruyó y se volvió a construir otra en su lugar, pero a ella ya no la volvieron a ver por aquí.

—¿Cómo se destruyó la casa?

—Escuchen, han venido a un mal sitio a preguntar. Este pueblo es pacífico, demasiado pacífico y a la gente del pueblo no les gusta que nadie vaya merodeando por aquí. Deberían olvidarse de los Bakersfield, o ir a preguntar en otro lugar.

—Pero necesitamos saber dónde está la casa y que le ocurrió para que se destruyera. Usted parece una persona amable e inteligente y sabe perfectamente que por darnos esa información no va a tener ninguna complicación y tendría nuestra eterna gratitud.

La fascinadora sonrisa de Helena desarmó al posadero que carraspeó

repetidas veces antes de balbucear:

—Bueno, sí... No creo que por darles una pequeña información pase nada... ejem... Además, ustedes parecen buenas personas, no tienen pinta de jayanes y sé que tienen la boca sedienta por tanto preguntar, ¿No es cierto?

—¡Cierto! Y también distinguimos fácilmente a la gente inteligente como usted. Yo tomaré una cerveza ¿y tú Helena?

—Tomaré otra, gracias. Sírvale también a nuestro común y simpático amigo lo que quiera.

El dueño fue raudo tras el mostrador a servir las copas, estaba satisfecho de sí mismo. Aquellos forasteros habían descubierto lo que todo el pueblo, (incluida su esposa) ignoraba. La pena era que el único testigo que tenía de todo era Sam y el no había escuchado nada de lo dicho por aquellas personas.

Después de servirle a la pareja sus jarras de cerveza le llevó a Sam “el autista” otra, esté al ver la gran jarra llena de cerveza fresca y espumosa delante de él, abrió los ojos exageradamente. Preguntó con un gesto y el cantinero señaló a la pareja. Sam brindó levantando la jarra a su salud con una inmensa sonrisa en su boca ennegrecida por la nicotina y la falta de limpieza.

El dueño se refugió tras el mostrador de nuevo y siguió sacándole brillo a los vasos mientras relataba lo sucedido con la casa.

—Hubo un incendio tremendo mientras dormían, el padre de Alma y su madrastra murieron carbonizados, la niña que en aquel entonces creo recordar que tenía quince o dieciséis años, logró salvarse, pero mi padre y todos los que la conocieron siempre pensaron que ella había provocado el incendio porque no quería a la mujer de su padre.

—¡Pero, eso es una atrocidad! —Exclamó sorprendida Helena— ¿Cómo va una niña de esa edad a hacer algo tan horrible?

—No lo sé, —Contestó apesadumbrado— eso es lo que contaban los viejos, decían que era una venganza porque su padre había internado a su madre en una clínica para enfermos mentales y la había olvidado con la excusa de que estaba loca. El caso es que se marchó, jamás se la volvió a ver por aquí. Nunca visitó a sus muertos.

—¿Sabe cuál es esa clínica?

—No, no lo sé y que yo sepa por aquí no hay ninguna clínica para locos.

Christopher hizo una mueca de disgusto al oír aquella palabra. Le molestaba que la gente llamara de esa forma tan despectiva a los enfermos mentales. Le dio el dinero de las pintas y se dio la vuelta para salir. Helena le

agradeció al tabernero su información y salió tras él.

Dejaron el bar sobrecogidos por la historia que acababan de oír. Ninguno de los dos se atrevía a pronunciarse. Caminaron unos minutos sin rumbo fijo y con una sola idea en la cabeza.

—¿Crees que tiene algo que ver? —Preguntó ella.

—¿Algo que ver? —Exclamó él— No sé si tiene algo que ver pero tengo los pelos de punta sólo de pensar que eso que nos ha contado pueda ser verdad.

—Si es cierto lo del sanatorio, eso quiere decir que ella ha heredado la locura de su madre. ¿No puede ser?

—Vamos a comer algo y nos tranquilizaremos —Sugirió él— y así podremos pensar detenidamente en lo que vamos a hacer a partir de ahora.

La comida no resultó tan tranquilizadora como había sugerido Christopher. La información que tenían, aunque todavía no sabían si era cierto o era un rumor de barrio, les tenía profundamente consternados.

Necesitaban ir a la biblioteca a buscar más información al respecto. Pero la ciudad de Menston era tan pequeña que no disponían de un archivo. Decidieron ir a la biblioteca de Leeds allí estaban casi seguros de que tendrían un archivo dónde poder consultar.

Al entrar en la gran sala de la hemeroteca informaron a la bibliotecaria lo que deseaban; ella les condujo hasta los monitores y se marchó.

Comenzaron por el año 1935, y fueron buscando mes por mes. Lo cierto era que no sabían que año podía haber sucedido lo del incendio así que podrían estar toda la tarde y no encontrar nada de lo que buscaban.

Después de un tiempo en el que ya comenzaban a sentir el cansancio en los ojos, tropezaron con la noticia que buscaban con interés.

Aparecía una fotografía de la casa completamente calcinada y sobre la foto los grandes titulares rezaban así:

Un hombre y su esposa, perecen calcinados al incendiarse su casa mientras dormían.

Williams Corwell y su joven esposa Betty Corwell, murieron mientras dormían a consecuencia del incendio producido en su casa. Su hija de 15 años Alma Corwell resultó ilesa al poder salir de la casa antes de que las

llamas llegaran a la parte derecha donde se encontraba su habitación. Aún no se sabe a ciencia cierta cómo pudo producirse el incendio. La joven cuenta que se despertó al notar un calor asfixiante y que el humo no la dejaba respirar. Quiso salir por la puerta, pero el pasillo estaba en llamas, ya era tarde para sus padres así que decidió bajar por la ventana en la que por suerte trepaba una gran hiedra enganchada a una reja de madera. Gracias a ella la joven Alma, pudo salvar la vida, de lo cual nos alegramos enormemente. La policía ha detenido a un vagabundo que merodeaba por el barrio y está siendo interrogado acerca de este hecho. Por el momento no tenemos más información sobre el tema.

TIMES. 17. Marzo. 1935

La noticia les había causado una enorme impresión, no obstante, continuaron buscando en el siguiente periódico donde encontraron más información sobre el tema, pero no era nada importante.

Christopher miró el reloj, eran las 4,30. Le dijo a Helena de volver a Stockport, pero a ella no le agradó la idea.

—Chris, aún tenemos tiempo de mirar un poco más, ¿nos quedamos un rato más? —Rogó ella mirándole con ojos tiernos.

—Pero ¿Qué buscas más? Ya tenemos lo que queríamos, ¿No?

—Sólo un poco más, por favor. —Volvió a insistir.

Se sentó otra vez junto a ella y miró el monitor.

—Me vas a tener que decir que buscamos ahora porque no tengo ni la menor idea de lo que quieres encontrar.

Helena besó en los labios suavemente.

—Gracias por tu comprensión cariño. —Dijo esto y se volvió hacia el monitor— Busca cualquier cosa relacionada con la familia Corwell, por insignificante que parezca, algo sacaremos en conclusión.

La rueda del monitor giraba lentamente, pero en su giro no arrastraba ninguna noticia que les pudiera interesar sobre la familia "misteriosa" como la denominaba Helena. Los ojos les escocían de tanto fijarlos en la pantalla y todas las letras parecían estar emborronadas por la tinta, pero eso no les impidió ver una pequeña esquila casi inexistente por su tamaño en la que rogaba a Dios por el alma de Susan Corwell, fallecida en el hospital Sagrado Corazón el 2 de Noviembre de 1935.

—¿Cómo pudo casarse con otra estando ella interna en el psiquiátrico?
—Preguntó Helena asombrada.

—Es normal cuando una persona es internada con una enfermedad psiquiatría incurable, el cónyuge puede pedir la separación y volver a casarse. ¿No crees que sea justo?

—¡Oh! no sabía eso, pero sí, creo que tienes razón. —Murmuró un tanto desilusionada— ¿No crees que es casualidad lo del nombre de Susan?

—En Inglaterra es un nombre bastante común.

—Chris tú siempre tan animoso. —Dijo riendo— Bien... cuando quieras...

—¿Ya podemos irnos?

—Sí, ya está todo visto.

Al salir de la biblioteca Helena no tardó en sacar a la conversación el tema del psiquiátrico.

—¿Crees que deberíamos ir mañana a la clínica del Sagrado Corazón?

—Eso deberías decidirlo tú que eres la que tienes las intuiciones.

—Chris ¿Las enfermedades mentales son hereditarias?

—Sí, algunas lo son. Si no hereditarias, sí existe una carga genética ¿Por qué me lo preguntas?

—Y ¿Pueden padecerlas muchas generaciones, o sólo unas cuantas?

—Las enfermedades genéticas se transmiten siempre de padres a hijos, nunca de tíos a sobrinos. Y no todos los hijos la padecen. El hijo debe mirar el parecido con el padre enfermo mental, cuanto más parecido con él, más probabilidades tiene de padecer la misma enfermedad.

—En este caso parece ser que Alma ha heredado la misma enfermedad que su madre Susan. Es algo injusto ¿No crees?

—Creo que la vida es bastante injusta para algunos, en cambio, para otros no lo es tanto, yo soy de estos últimos, creo que la vida es agradecida conmigo por haberte puesto en mi camino.

—¡Bobo! —Le dio un golpecito cariñoso en el hombro y él la agarró por la cintura y la besó en medio de la calle.

Al llegar a casa, la tía Nelly les esperaba sentada meciéndose con su antigua mecedora. La noche era tibia y una suave brisa soplabla de vez en cuando del nordeste inundando de aromas variados el porche.

—Helena, un tal Alan Bakersfield ha llamado ésta tarde preguntando por ti.

—¿Le ha dado algún recado?

—No, dice que te llamará mañana.

—Bien, gracias tía Nelly.

—No las merece. ¿Habéis averiguado algo?

Helena y Christopher se sentaron visiblemente cansados en el sofá de mimbre. Helena se repantigó en él y con gesto serio dijo:

—Sí, hemos descubierto que la que iba a ser suegra de Susan es una psicópata.

Nelly abrió simultáneamente los ojos y la boca sorprendida. Helena sonrió maliciosamente divertida al ver su gesto.

—Creo que te has pasado un pelo, Helena. —Aclaró Christopher al ver la sorpresa de tía Nelly— Tía, está bromeando.

—De todas formas, no sé qué relación tiene esa persona en el caso. — Dijo Nelly después de la sorpresa— No entiendo por qué me ha sorprendido —Añadió.

—Discúlpeme, miss Nelly, ha sido un poco exagerado, aunque tampoco es del todo falso. Esa mujer, lady Bakersfield, padece algún trastorno psíquico heredado de su madre.

—Pero sigo sin entender que tiene que ver con la muerte de Susan.

—Según la intuición de Helena, es la asesina. —Chris miró a Helena con gesto de burla.

—Y según la no intuición de Chris, esa mujer no tiene nada que ver con la muerte de Susan. —Helena le devolvió la burla.

Nelly los miró a los dos, era divertido verles comportarse como dos niños desmadejados en el sofá. No le era extraño en Christopher, pero a Helena era la primera vez que la veía bromear y sobre todo, en relación con ese caso que la turbaba tanto.

Le emocionaba ver a su sobrino tan enamorado, pero le asustaba el hecho de que Helena tuviera un problema de esa índole. No sabía hasta que punto eso afectar a Christopher. Se preocupaba por él tanto o tal vez más que una madre, puesto que precisamente por faltar sus padres en la época que desaparecieron, él había vivido una adolescencia traumática.

—Hablando en serio, miss Nelly, yo tenía el presentimiento de que lady Bakersfield algo tenía que ver con Susan, porque, ¿Qué mujer podía llamar a Williams para anular la cita si no lo hizo la propia Susan? —No esperó respuesta y prosiguió— Quiere decir que esa llamada no existió y por ese hilo, averiguamos algo de ella. Algo espeluznante. Fuimos a la ciudad de Menston, al ser un municipio pequeño, pensamos que alguien la conocería por su nombre de soltera y nos pateamos casi todo el pueblo... Chris, puedes

ayudarme con la historia, no me dejes contarla a mi sola.

Christopher dudó unos segundos, escuchaba atentamente la narración de Helena y no entendía a que venía esa interrupción.

—Sigue tú, lo estás haciendo muy bien.

—No, te paso el testigo...

Ella volvió a su posición anterior y él se sentó recto en el asiento. Carraspeó y se aflojó el botón del cuello de la camisa.

—Ya sabes cómo son las gentes de los pueblos pequeños; cuando ven a un extraño no sueltan prenda, desconfían de todo. Pero bueno, al final dimos con un tabernero que, o bien por vender unas pintas o bien porque tenía ganas de soltarlo, nos contó la historia de esa mujer...

Le hizo a su tía un pequeño resumen de todo lo que sabían de Alma Conwell, ahora lady Bakersfield, incluidas las opiniones propias.

Todo puede ser casual pero no podemos descartar que sea una mujer psíquicamente inestable y nunca puedes saber cómo puede reaccionar una persona con ese problema ante un contratiempo que a cualquiera dejaría de afectarle grandemente.

—Me parece terrible toda ésta historia. No llego a entender el motivo por el que te han involucrado a ti, Helena. Soy una persona muy mayor y mi vida siempre ha sido muy sencilla, de manera que todo esto escapa a mi entendimiento. Con eso no quiero decir que no crea lo que dices, cada día tengo nuevas pruebas de que es cierto, que no es algo que tú hayas podido inventarte, pero... me da miedo pensar que pudiera pasar algo. Si suponéis que ella tiene algo que ver con toda esta historia, pensar que ella sigue ahí y que no es tan mayor, ¿Qué tendrá ahora, sobre setenta más o menos? Les miró a los dos esperando respuesta.

—Sí, más o menos. —Respondió Christopher con gesto mohíno.

—Creo que ambos sois adultos y sabéis el riesgo que corréis, pero aun así, os pido que tengáis mucha precaución. No os confiéis.

—Lo sabemos pero hemos avanzado mucho y al menos yo debo seguir hasta el final. —Se volvió hacia él y le dijo sinceramente— Chris, creo que tú deberías mantenerte al margen, esto no va contigo. Si algo te ocurriera por mi culpa, jamás me lo perdonaría.

—Olvídalo, si algo me ocurriera, no sería por tú culpa cariño. Como bien ha dicho tía Nelly, soy adulto y tomo mis propias decisiones. En esto estoy tan involucrado como tú, porque todos tus problemas son míos. ¿Crees que podría quedarme tan tranquilo sabiendo que tú puedes estar en peligro?

Sé que soy un poco pesado con esto, pero te lo vuelvo a repetir, tu vida me importa más que la mía. ¿Lo entiendes?

Helena se acurrucó en su pecho. Estaba emocionada por aquellas palabras, aunque las había oído otras veces, en ésta ocasión implicaba un apoyo absoluto a su loca misión.

Capítulo XVII

La entrada principal del Sagrado Corazón pertenecía al estilo de los edificios hechos a finales del siglo XIX. Nadie hubiera pensado que años atrás había sido un lugar para enfermos mentales y que ahora estaba dedicado exclusivamente al cuidado de ancianos. Parecía más bien una gran mansión perteneciente a una familia de rancio estirpe.

Sus jardines exuberantes y sus ventanas vestidas con visillos de encaje, le daban un aspecto agradablemente apacible. En el centro del jardín se alzaba un templete rodeado de rosales trepadores plagado de rosas de distinto colorido y en el centro de éste cuatro bancos de hierro forjado pintados en blanco y ocupados por varios ancianos que tomaban el fresco y charlaban animadamente.

Llamaron al timbre de la verja. El vigilante estaba sentado en el porche de su caseta junto a una mesa y en sus manos sujetaba un libro que dejó encima de la mesa llena de restos de comida al oír el timbre. Al ponerse en pie, su gran tamaño hacía pensar que la cabeza chocaría con el techo de madera del porche, pero no fue así, sólo le sobraban dos o tres centímetros, justo para no tener dificultad en ponerse en pie.

Se fue acercando hasta ellos con grandes zancadas, pero lentas, y en sus labios lucía una amplia e ingenua sonrisa.

—Buenos días. ¿Desean ver a alguien? —Preguntó con voz ronca.

—Buenos días. —Contesto Christopher— Pues... si fuera tan amable nos gustaría ver al director del centro.

—La directora —Corrigió— La madre Elizabet. Pues sí creo que podrá recibirles esta mañana, pero no se los aseguro del todo, ¿Eh?

—De todas formas se lo agradecemos. —Apuntó ella.

—Sígueme por favor.

Le siguieron a través del esplendido jardín bordeado de rosales repleto de primorosas y variadas flores multicolores que le daban un toque alegre al jardín. Los ancianos dejaron su charla para mirarlos con curiosidad.

Al entrar en la gran sala, los abuelos que paseaban arriba y abajo de la

estancia, incluidos los que se hallaban en la sala contigua viendo la televisión, igualmente, como los del jardín, los observaban curiosos como si no estuvieran acostumbrados a ver muchas visitas por el lugar. Una monja les abordó y el portero le informó que querían ver a la madre Elizabet.

—Vengan conmigo por favor, yo les acompañaré hasta su despacho. Gracias James, puedes volver a tu puesto. —Le dedicó una cariñosa sonrisa a James y éste volvió a su caseta con sonrisa bobalicona.

—Es un portero muy eficiente y como jardinero no tiene precio. —Afirmó.

—Sí, se ve que está cuidado con mucho esmero y además, parece muy amable, al menos con nosotros lo ha sido.

—Lo es, lo es... y muy buena persona. Los ancianos le adoran. —Desplegó una dulce sonrisa.

La hermana les llevaba hasta la directora a través de un largo pasillo pintado de un blanco immaculado. Pasaron por una sala que tenía la puerta entreabierta y se podía ver a la que parecía ser la psicóloga haciéndoles preguntas a un grupo numeroso de ancianos. En cada respuesta del anciano interrogado los demás reían divertidos por la contestación. Parecían estar pasándolo bien con la joven psicóloga. Daba la sensación que estuviera todo preparado para una visita de inspección y si no era así, era la residencia que cualquiera hubiera elegido para sus mayores.

La última puerta del pasillo era, media de madera y la otra mitad de cristal y se leía: "DIRECCION". La monja llamó y una voz femenina contestó: "Adelante".

—Madre Elizabet, alguien quiere verla. —Dijo asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

—Que pase, por favor. —Respondió amablemente.

Christopher y Helena pasaron al interior del pequeño recinto. La mujer que les había dado permiso para pasar, se encontraba en una esquina de la habitación regando unas hermosas plantas que adornaban la estancia. No llevaba el hábito tradicional de monja, al igual que la monja que les había acompañado hasta allí, vestían de seglar. Parecía un atuendo más apropiado para el lugar. La madre Elizabet se volvió al oír el saludo.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

La madre Elizabet era una mujer muy mayor, casi como los ancianos que ella cuidaba, y su tez era blanca como una magnolia que, al igual que la flor, siempre se había protegido del sol, así pues las arrugas eran casi inexistentes

a pesar de su edad. Un gesto de cordialidad dibujado en su rostro hacía que la gente se sintiera reconfortada y a gusto en su presencia. Eso es lo que pensaron los dos nada más verla y cuanto más hablaban con ella más seguros estaban de la primera impresión.

—Verá, yo soy Christopher Nicolsson y ella es la señorita Fernández y hemos venido por ver si nos podía dar una información sobre una paciente que estuvo ingresada en este centro, cuando esto era un psiquiátrico.

—¿Eran parientes de esa mujer...? ¿Cómo se llamaba?

—Susan Corwell. No... Sólo somos amigos de un familiar que nos dijo que tenía una prima, pero no sabía nada de ella desde que su madre murió y tiene mucho interés por encontrarla antes de morir, entonces le estamos ayudando y como la pista de ella la perdió aquí, pues pensamos que podrían ayudarnos.

—Dios mío, Susan hace muchísimos años que murió y no sé si tendremos algún dato al respecto.

Se acercó a la mesa y apretó un botón. En dos minutos apareció una hermana.

—Sor Monic, a ver si puede ir a los archivos y ver si queda algún fichero de los enfermos de psiquiatría de antes de la remodelación del hospital.

—De acuerdo madre, pero no creo que encuentren lo que buscan pues con el incendio, se quemaron casi todos los archivos y fueron muy pocos los que se salvaron.

—¿Hubo un incendio en el centro? —Preguntó Helena sorprendida.

—¡Oh! si, fue algo horrible, murieron treinta personas, la mayoría enfermos. Entre ellos, cinco enfermeras y dos médicos, por eso cuando se remodeló el centro cambiamos también de tipo de asistencia, ahora nos dedicamos como habrán podido observar a cuidar ancianos enfermos y abandonados.

—¿Sabe si Susan Corwell murió en el incendio?

—No, ella ya había muerto por entonces, yo aunque era una joven novicia, la recuerdo muy bien. Me daba mucha pena, su marido jamás vino a visitarla. La única que la visitaba era su hija Alma y de vez en cuando una mujer que tendría poco más o menos la edad de Susan. La recuerdo porque la primera vez que vino dijo que era hermana de Susan. Pero era mentira, pues al decírselo a Alma nos dijo que su madre no tenía hermanos y al preguntarle por qué nos había mentado nos pidió disculpas y dijo que lo había hecho por si no

le dábamos permiso para verla, luego nos aclaro que era una buena amiga. El día de su entierro asistió al funeral y se le veía muy apenada. Fue la única que lo hizo pues Alma, que venía todos los días a verla, ese día no apareció, sobre estar enterada de todo.

—¿No recuerda su nombre? —Pregunto Helena interesada.

—No, no, sólo dijo que era una buena amiga.

—Y ¿Nos podría describir su aspecto?

—Sólo recuerdo sus ojos de un azul intenso y una preciosa melena muy rubia, pero nada más. La verdad es que en el aspecto tenía mucho parecido con Susan Conwell.

En ese momento apareció la hermana Monic con unos archivos medio chamuscados.

—Esto es lo que quedó de todos los archivos después del incendio, — Dijo dejando los papeles sobre de la mesa —he estado mirando y no hay nada sobre Susan Corwell.

—¿Entonces no saben qué fue de su hija Alma?

—Ya le dije que no apareció al entierro de su madre, ni tan siquiera recogió sus pertenencias. Lamento no poder ayudarles más. —Dijo visiblemente afectada.

—¡Oh! no, aunque parezca lo contrario nos ha sido de una gran ayuda y le estamos muy agradecidos por ello. De todas formas, seguiremos buscándola, a ver si tenemos suerte y podemos dar buenas noticias a nuestra amiga.

La monja no entendía como había podido ayudarles, pero puesto que ellos lo decían tendrían razón y se sintió satisfecha.

Se despidieron de la madre Elizabet y salieron fuera de las dependencias de la residencia.

—¿Quién crees que puede ser esa mujer? —Preguntó Helena mientras la puerta de la residencia se cerraba tras ellos.

—Ya lo has oído, una amiga de Susan Corwell.

—Chris, en un principio dijo la verdad, luego rectificó porque sabía que de lo contrario no la hubieran dejado entrar a verla.

—Helena, lo normal y más evidente es que mintiera al principio.

—No, no lo creo. Si Alma dijo que su madre no tenía ninguna hermana y la mujer misteriosa hubiera insistido con eso, a buen seguro que no la hubiera dejado verla, así que simplemente dijo que era una amiga y se evitó problemas

posteriores.

Parecía que Helena se empeñara en saltarse las leyes de la lógica. Cierto era que sus intuiciones nunca fallaban, pero parecía querer darle la vuelta a todo.

Christopher abrió el coche y sentados en él cogió una libreta y un bolígrafo.

—Vamos a ver, ¿Qué tenemos?

—En principio, tenemos a una extraña visitando a Susan Conwell. — Chris tomaba nota de lo que ella decía— Su muerte y el entierro en el que sólo estuvo acompañada, además de por alguna monja de la clínica, por esa mujer; llamémosla Mary. —Él movió la cabeza afirmando— a continuación, sucedió lo del incendio. Chris... ¿No te suena a “borrar mi pasado y comenzar de nuevo”?

Él dejó de escribir y la miró pensativo. Comenzó a mover afirmativamente la cabeza. No había caído en ese detalle, pero era evidente que alma pretendía comenzar una nueva vida sin que nadie hurgara en su pasado.

—Yo la entiendo, también querría borrar mi pasado si fuera como el suyo.

—Tú hablas de ese pasado porque piensas que ella incendió la casa de sus padres, pero si eliminas ese hecho, que se supone que ella no cometió, pues de lo contrario la hubieran mandado a un correccional... ¿Por qué huir borrando tu pasado? No es nada vergonzoso tener una madre enferma mental y se supone que la muerte de su padre sólo le aportaría muestras de simpatía.

—¡Entonces quiere decir que sí mató a su padre y madrastra!

—No podríamos asegurarlo, pero todo indica que sí que lo hizo ella. Y si fue capaz de matar a su padre sin sufrir un trauma, una depresión o algo similar, puede ser capaz de matar a la novia de su hijo por considerarla poca cosa para él.

—Creo que los motivos que tiene para matar son más importantes que considerar a la novia de su hijo poca cosa para él, pienso que fueron motivos distintos y todos relacionados con el mismo tema. Supongamos que ella incendió la clínica para borrar su pasado, no sintió escrúpulos al hacerlo, lo que había dentro ya no le importaba... Pienso que se mueve por otros motivos Chris, sospecho que si mató a Susan Atkins fue por algo relacionado con su pasado.

—¿Qué podían tener en común Susan y Alma?

—Tú sabes que yo no creo en las casualidades y esto se asemeja a una circunstancia disfrazada de casualidad. En principio, tienen en común que su madre y ella se llaman igual, en la foto Susan, también es rubia con los ojos azules como la mujer misteriosa y con el parecido de Susan... demasiadas casualidades para digerir yo que no creo en ella.

—Te vuelvo a repetir, aquí el nombre de Susan es muy normal, tener los ojos azules y el pelo rubio, también.

—Déjame hacerme ilusiones con esos detalles, además ¿Y si realmente son hechos y no coincidencias? —Él no respondió— ¡Dios, tenemos tanto y a la vez tan poco! —Exclamó Helena.

—No te desanimes, estamos en el buen camino, cariño. —Puso el coche en marcha— Volvamos a casa.

Capítulo XVIII

Buenas tardes Charls.

—Buenas tardes, señor Bakersfield. Su hermano está en la sala. ¿Le sirvo una copa de brandi?

—Muy bien Charls, se lo agradezco.

Alan entró en la sala donde estaba su hermano. Estaba sentado en el sillón fumando su pipa y observaba el humo que salía de ella.

—¿Qué hay William? —Le dijo acercándose a él.

—¡Alan! ¿Qué te trae por aquí? ¡Qué sorpresa! —Exclamó al ver a su hermano.

—¿Cómo está Terry? ¿Tienes noticias de ella?

—Sí, llamó hoy y dijo que estaba bien y que regresa mañana.

Alan se sentó frente a su hermano dispuesto a tener una larga conversación con él. Nunca habían hablado de Susan, ni de lo que ocurrió la noche en la que ella murió. Siempre habían evitado ese tema, sobre todo él; tenía miedo de que su hermano Williams se diera cuenta de que él también la amaba.

El día que la conoció empezaron sus problemas. Dejó de ser un adolescente para convertirse en un hombre pues nunca se había enamorado de ninguna chica como lo hizo de ella, pero ella no tenía ojos más que para Williams y él no podía interponerse en aquella relación. Quería a su hermano, le respetaba y jamás hubiera hecho nada que le pudiera perjudicar, así que vivió la relación amorosa de su hermano como un tormento. Al morir ella no pudo soportar el sufrimiento de su hermano añadido al suyo y decidió alejarse de allí. Ahora había llegado el momento de hablar de todo aquello, aunque para ello, había tenido que venir alguien completamente ajeno a despertarles.

El mayordomo entró con una bandeja con dos copas con brandi y las dejó sobre la mesilla de té, luego salió en silencio.

—Tenemos que hablar William. —Dijo resuelto una vez que Charls había cerrado la puerta de la sala.

—¿Hablar? ¿A cerca de qué? —Repuso con aire indiferente.

—De lo que pasó hace veinticuatro años. Y no me digas que eso está

olvidado porque tú sabes que no es así.

—¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente que me refiero a esa mujer que vino a verte y que también me ha visitado a mí.

—¿Estuvo también en tu casa?

—Sí, y me estuvo haciendo preguntas acerca de Susan.

—¿Qué clase de preguntas?

—Eso no es lo importante, lo importante es lo que cuenta ella acerca de Susan. ¿Te contó algo a ti?

—Contó que escribía un libro de asesinatos sin resolver, pero no acabé de creerla. No sé qué interés o motivo tiene para ir indagando algo que pasó hace tanto, pero creo que está un poco loca, no hay que hacerle ningún caso.

—Yo no lo creo así, me dio la sensación de que era una mujer muy sensata, además de inteligente. ¿Qué te contó sobre su problema?

—¿Qué problema?

—¿No te contó nada y dices que está loca? ¿Entonces, por qué lo que dijo era extraño? —Exclamó exasperado.

—No sé, quería que recordara a estas alturas detalles insignificantes... ¿Crees que después de tantos años yo puedo recordar quien me dio el mensaje?

Alan suspiró paciente. Él sí recordaba detalles, demasiados detalles que hubiera querido olvidar. Quizá había amado más a Susan que su hermano o tal vez era sólo cuestión de memoria. Alan contó la historia de Helena a su hermano. Sabía que William era más escéptico que él, pero aun así se lo contó.

—Escúchame, toda ésta historia es absurda, no quiero saber nada más acerca de ella.

—No puedes hacer eso, esa mujer no está loca y tú lo sabes. Ha venido desde otro país para descubrir algo que se supone que le es ajeno. ¿Crees que un loco haría eso? Esa mujer está sufriendo algo que no ha vivido puesto que ni tan siquiera había nacido y se volverá loca como siga así.

Necesita averiguar lo que pasó y descubrir al asesino de Susan, de lo contrario jamás acabarían esas pesadillas que le están amargando la existencia y destrozando su estabilidad emocional. ¡Necesita nuestra ayuda y debemos dársela! —Gritó indignado.

—Nosotros no tenemos porque ayudarla, no la conocemos de nada. Tú te sientes obligado no sé por qué extraña razón... ¡pues adelante! pero no

cuentas conmigo para seguir esta tragicomedia que no tiene ni pies ni cabeza. —La mirada de William era de indiferencia y con su pipa apuntaba en todo momento a su hermano como para dar más énfasis a sus palabras.

—Está bien, si piensas de ese modo respeto tu decisión, pero me parece una cobardía huir de los problemas. Yo lo hice cuando pasó lo de Susan, todos lo hicimos, pero yo al menos me arrepiento de ello. —Dijo abatido. Williams no respondió a su ataque, era un auténtico inglés— Bien, me gustaría que si tengo alguna pregunta para hacerte sobre aquel día, que me la respondieras. No creo que te cueste mucho esfuerzo. ¿Verdad?

En aquel instante sonó el teléfono y William descolgó sin esperar a que sonara una segunda vez.

—William... ¿Eres tú cariño?

—Sí mamá. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¡Oh! sí, estoy perfectamente, solo llamaba para saber cómo estás y si sabes algo de Terry.

Alan extrañó que su madre llamara. No solía hacerlo a menudo y más que lo hiciera para saber cómo estaban sus hijos. Cuando William colgó el auricular, se dio la vuelta hacia su hermano y en su cara se reflejaba la extrañeza que sentía por la llamada.

—No lo entiendo, —Arguyó— es la segunda vez que llama esta semana para preguntarme como me va y además, me ha preguntado si sabía dónde estabas pues te ha llamado a casa y no te ha localizado. Total, el otro día estuvo aquí de visita, así que no comprendo tanta preocupación de repente.

—¿No será otra vez los nervios?

—No creo, nunca le dio por preocuparse de nosotros cuando estaba enferma.

Los dos se quedaron durante unos segundos en silencio, pero Alan volvió a sacar el tema.

—No tengo ningún inconveniente siempre que no me metas en este lío.

—Bien, he de decirte que yo no te di el recado, ¿recuerdas quien te lo dio?

—No estaba seguro, pero ahora que lo dices: sí, recuerdo que fue mamá la que me lo dio.

—¿Cómo te lo dijo?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Quieres que me acuerde de un detalle como ese después de tanto tiempo?

—Inténtalo, por favor.

—A ver... —William hizo un esfuerzo para volver al momento y al lugar que había dejado atrás hacía tantos años en el recuerdo— Ese día... yo había estado con papá en el banco, cuando llegué, me arreglé para irme con Susan... y recuerdo que me enfadé, porque mamá no me había dicho nada al entrar y cuando me iba me preguntó que si iba a salir y le contesté que había quedado con Susan... sí, entonces ella me respondió que había llamado para cancelar la cita.

—¿Y no te extraño eso?

—Pues sí, porque ella nunca había llamado a casa, pero vamos, alguna vez tenía que ser la primera así que no le di mayor importancia.

—¿Por qué anularía la cita si luego acudió a ese lugar?

Alan quedó un rato pensativo y miró a su hermano que parecía estar preocupado. La mirada de William parecía suplicante como si no quisiera ahondar más en el tema que para él seguía siendo doloroso.

Y así lo hizo. Alan se marchó de su casa con una idea fija en su cabeza. Una idea que no quería desarrollar por si ésta revelaba algo terrible sobre su familia.

Capítulo XIX

En el momento que Alma Bakersfield colgaba el teléfono, Conrad Bakersfield entraba en la biblioteca.

—¿Hablabas con alguien? —Le preguntó a su esposa mientras se sentaba en su sillón favorito.

—Sí, he llamado a William para saber cuando llegara Terry.

—¿Desde cuándo te preocupa Terry? —Dijo con sarcasmo.

—¿Por qué me hablas así? ¿No puedo preocuparme por mi familia?

—Sí, naturalmente, tienes todo el derecho como madre pero ¿No crees que es un poco tarde para eso? Tú y yo nos conocemos muchos años y no querrás engañarme a estas alturas. ¿Verdad? ¿No me digas que a la vejez se te ha despertado el instinto maternal? Soltó una carcajada y le provocó un fuerte ataque de tos. Alma le miró con odio, se estaba poniendo colorado por la congestión y los ojos le salían de sus órbitas

—Deberías hacerle caso al médico, Conrad —Dijo con amabilidad— el tabaco te está matando.

—¿Crees eso de verdad? ¿Crees que si me muero será por fumar en pipa? ¡Vamos, deja eso ya! Abre los ojos cariño, no te das cuenta de que tengo más de setenta años, sólo cinco más que tú y eso quiere decir que somos casi dos pergaminos de la época de los faraones. —Volvió a darle otro ataque de tos provocado por la risa.

Conrad Bakersfield era un hombre al que le gustaba el sarcasmo. Siempre había controlado su manera de ser, pues su trabajo de banquero y su escaño de senador por el partido conservador, le había obligado a aparentar una seriedad que estaba muy lejos de sentir. A partir de su jubilación las cosas cambiaron, se mostró tal y como era, ya estaba harto de tanta hipocresía, tanta flema inglesa y tantas gaitas, ahora se mostraría tal y como era, gustase o no. La gente que le conocía lo había aceptado, pero se sintieron sorprendidos al comprobar el cambio que había experimentado.

Su esposa Alma era una de las más sorprendidas por el cambio, pero no parecía afectarle mucho pues siempre se había mostrado fría y distante con

todo el mundo, incluido con él. Su matrimonio había sido bastante tradicional se había casado con ella por amor, pero luego su frialdad había hecho del matrimonio una mera apariencia.

Alma le miró enojada pues no estaba de acuerdo con lo que decía su esposo, ella se sentía joven a pesar de sus setenta y un años y preparada para vivir otros veinticinco más aunque él no lo comprendiera.

—No deberías hablar así, yo no soy vieja porque no me siento así, si tú te sientes viejo es problema tuyo.

Estaba indignada con su esposo, ella quería vivir todo lo que no había vivido mientras permanecía encerrada en el sanatorio, eran años de vida que no estaba dispuesta a perder y no consentiría que nada ni nadie se los arrebatara. Había luchado demasiado en la vida para conseguir un poco de estabilidad, pero parecía que el destino no se la quería conceder, ella estaba dispuesta a luchar por esa estabilidad hasta que no le quedasen fuerzas en el cuerpo.

Capítulo XX

Albert Sellers disfrutaba de una buena cerveza mientras seguía el partido de baloncesto en su televisión. Tumbado en el sofá lleno de revistas no parecía importarle nada más. Vivía solo desde que Alice le abandonara por su mejor amigo hundiéndolo durante mucho tiempo en el ostracismo. La vida no había sido muy benévola con él, su madre había muerto al nacer él, y un hijo que tuvo murió antes de cumplir el año, así que después de abandonarle su esposa decidió no volver a casarse y hacer la vida de un soltero sin responsabilidades y cada vez se sentía más cómodo en ese papel. Nadie le reñía si llegaba tarde, o si no lavaba los platos o si no se duchaba todos los días. Sí, a su manera era feliz sin esa responsabilidad que te da la familia.

Acabó la cerveza y tiró la lata a la papelera sin moverse del sofá y la encestó, había adquirido práctica en lanzamientos de latas debido a la asiduidad con que las bebía. Se levantó a la nevera de nuevo por más cerveza y cuando regresaba de la cocina sonó el timbre de la puerta.

—¡Maldita sea! ¿Quién será a estas horas?

Se dirigió hacia la puerta secándose el sudor de la cara con el pañuelo y así se quedó cuando vio quienes eran.

—¿Supongo que se acuerda de nosotros? —En la puerta estaban con una sonrisa en la cara Christopher y Helena.

—Pero... ¿Qué hacen ustedes aquí?

Albert se había quedado atónito al ver a la pareja en la puerta de su casa.

—Pensamos que como el otro día nos quedamos a mitad de una conversación hemos venido a saber cómo terminaba. —Contestó Christopher.

—¿No pensará dejarnos aquí hablando toda la noche? —Apuntó ella mirándolo con descaro.

El hombre abrió más la puerta para dejarlos pasar pues no quería que alguien pudiera verlos allí. Cuando entraron en el saloncito, el olor a cerveza y a sudor les dio en las narices.

—¿Qué pretenden con esta visita?

—Necesitamos que nos ayude, usted es la única persona que lo puede hacer —Dijo Christopher resuelto.

—¿Yo? ¿Cómo podría hacerlo? —Respondió sorprendido Sellers—
Sólo sé lo que publicaron en los periódicos.

—Pero... ¿Por qué no quiere contarnos lo que sabe? ¿A qué tiene miedo?

El policía vaciló unos segundos.

—Escuchen, yo no tengo miedo, estoy dispuesto a contarles lo poco que sé, pero no quiero que me metan en todo esto. Si me preguntan lo negaré todo. Y ahora... ¿Qué es lo que quieren saber?

Christopher se echó hacia delante en su asiento y lo miró inquisitivamente.

—¿Qué pasa con Alma Bakersfield?

—Alma es una mujer enferma. —Explicó Sellers.

—Eso lo sabemos, díganos algo que no sepamos. —Precisó ella.

—La noche que asesinaron a Susan Atkins, yo patrullaba por el bosque. Me habían ordenado que vigilase por los alrededores por si aparecían unos furtivos que andaban cazando por el bosque y estábamos fuera de veda, así que paré el motor del coche y me recosté en el asiento esperando escuchar algún disparo. Cuando no llevaba allí ni diez minutos pasó un coche con dirección a la casa de Thelma Atkins. No sé quién conducía el coche, pero era el de lord Bakersfield.

—¿Y qué hizo usted? —Preguntó Helena incisiva.

—¿Yo? Nada... ¿Qué iba a hacer? No era normal que lord Bakersfield pasara a esas horas por allí, pero tampoco era para detenerlo...

—¿Recuerda que hora era? —Preguntó Christopher interrumpiéndolo.

—Sí, creo recordar que eran alrededor de las 19'00, yo la verdad es que no le di mayor importancia, así que me quedé allí esperando oír lo que había ido a oír; pero luego me quedé dormido y me despertaron los faros de un coche que venía por el camino en dirección contraria. Decidí asegurarme de quien conducía y cuál no sería mi sorpresa al ver que era lady Bakersfield. Miré la hora y habían pasado tres horas y media desde que pasará la primera vez por mi lado sin que me viera pues mi coche estaba escondido detrás de un árbol.

Cuando llegué a comisaría informé de aquel detalle con el sheriff Miller que en aquel tiempo aún vivía y me dijo que no diera importancia a lo que no la tenía.

Yo en aquella época era muy joven e inexperto y las cosas que a mí me parecían importantes no lo eran tanto y la mayoría de las veces los demás

compañeros se reían de mi inexperiencia, pero en aquella ocasión sabía que aquello podía ser importante aunque el sheriff no lo creyera así. Nunca creí que lo llegara a ser tanto la verdad. Al día siguiente cuando encontraron el cuerpo sin vida de Susan Atkins y su abuela había desaparecido, hablé con el sheriff sobre lo de la noche anterior, pero ésta vez me dijo que no volviera a sacar el tema, que me olvidara de ello como si no hubiera pasado, pues lo que no podíamos hacer era arrojar sospechas sobre una respetable dama siendo que el crimen lo habían cometido con toda seguridad los furtivos que deambulaban por los bosques.

—¿Miller creía realmente que habían sido los furtivos?

—Sí, desde luego, además, se comprobó en el informe de la autopsia que había sido violada.

—¡Pero Susan no fue violada! —Gritó ella indignada.

—¡Un momento! —Sellers dudó unos segundos— Susan sí fue violada, constaba en el informe de la autopsia.

—¿Usted leyó el informe? —Preguntó Christopher.

—No.

—¿Alguien aparte del sheriff leyó ese informe, alguien del departamento, algún compañero suyo? —Volvió a preguntar.

—No lo creo, pues se hubiera comentado entre nosotros y recuerdo que estábamos casi todos cuando salió el sheriff con el informe en la mano y dijo: El resultado es positivo, fue violada salvajemente y después asesinada. Pero el informe se lo guardó en un cajón de su despacho y no lo volvimos a ver, por lo menos yo.

—¿Conocía Miller a los Bakersfield?

Sellers miró sorprendido a Helena por su pregunta.

—Era bastante amigo de la familia, solía ir de vez en cuando a cenar allí con su esposa. —Sellers bajó la cabeza abatido y no la levantó cuando ellos se disponían a marcharse.

—Gracias Sellers, nos ha sido usted de mucha ayuda, se lo aseguro.

Sellers siguió cabizbajo mientras se dirigían a la puerta.

—¡Ah, Sellers; Una última pregunta si no es molestia. —Apuntó Christopher —¿Cómo murió Miller?

—De un accidente de coche. —Levantó la cabeza para preguntar— ¿Por qué?

—No, sólo pura curiosidad.

Ambos salieron de la casa dejando a Sellers con una vaga sensación de

mal estar. Había pasado veinticuatro años con la sensación de haber dejado algo en suspenso y ahora esa sensación se convertía en un sentimiento de culpa.

Capítulo XXI

El día amaneció con nubes grises sobre el cielo de Stockport. La tía Nelly preparaba los huevos revueltos cuando Helena bajó a la cocina.

—Tía Nelly, siento mucho no poder ayudarte más en la casa con todo este jaleo.

—No te apures, todos los viernes viene Cyntia, durante todo el día y me limpia de arriba abajo la casa ella sola, es muy trabajadora y no me deja hacer nada, dice que para eso le pago y yo me dedico hacer comidas y tartas, así que no tienes que ayudarme, aún haces demasiado.

Helena la beso en la mejilla y tía Nelly le devolvió el beso.

—Creo que Chris tiene mucha suerte de tenerte.

—La suerte la tengo yo por tenerle a él, es una buena persona y un buen sobrino. Y estoy contenta de que haya encontrado una mujer como tú.

—Él me hace muy feliz, es un hombre bueno, pero muy reservado a la hora de hablar de sus padres.

—Lo pasó muy mal cuando murieron, él tenía seis años cuando se mataron en un accidente en la autopista por culpa de un camión que se quedó cruzado delante de ellos, no lo pudieron evitar. —Tía Nelly ahogó una lagrima — Él era mi hermano pequeño y yo le adoraba, Christopher se parece mucho a él, pero sus ojos son iguales a los de su madre, era muy hermosa y una gran mujer. Después del accidente Christopher se vino a vivir con nosotros, mi marido y yo hicimos todo lo posible para que fuera feliz y él llegó a querer mucho a su tío, incluso le llamaba papi. —Ahora esbozó una sonrisa al recordar a su difunto esposo— Los dos iban a pescar al río y traían algún que otro Réo. Christopher disfrutaba de lo lindo con su tío.

—¡Así era! —Exclamó él entrando a la cocina— Mi tío era la paciencia personificada, siempre me decía "Chris, debes tener paciencia pues la paciencia es una gran virtud, si tienes paciencia, la solución llegará a ti" y tenía toda la razón. —Besó en la mejilla a su tía con cariño- ¿Verdad tía?

Ella sonrió y movió la cabeza afirmativamente. Helena contemplaba la escena con una mezcla de pena y alegría. Él se acercó y la beso en los labios.

—¿Cuándo piensa usted, señorita, contestarme a la pregunta que le hice el otro día?

Helena se quedó unos segundos sin saber que contestar, la había pillado por sorpresa.

—Venga, deja eso y vamos a desayunar, es tarde.

—No, hasta que no me contestes.

—Aún no te puedo contestar. ¿Vale?

Tía Nelly los miraba sin comprender. Christopher se había quedado un poco apagado con la respuesta de Helena. Se sentó para desayunar y ella al verle entristecido se acercó a él y le abrazó.

—No temas, no tardaré mucho en darte respuesta a la pregunta.

Estaban desayunando cuando sonó el teléfono; tía Nelly descolgó.

—Preguntan por ti Helena, un tal, Alan Bakersfield. —Helena cogió el auricular.

—¿Alan? Sí, soy Helena.

Christopher terminó el desayuno, dio un beso a su tía y salió de la casa para poner el coche en marcha. Mientras buscaba una emisora musical en la radio llegó Helena. Le vio enojado, pero ella no le preguntó.

—Quiere vernos. —Dijo— He quedado con él en la puerta de la comisaría, ha dicho que quiere ayudarnos.

—¿A qué se debe su inestimable colaboración? —Dijo sarcástico.

—No lo sé Chris, pero si, es cierto que quiere ayudarnos, no creo que nos venga mal un poquito de esa ayuda que nos brinda desinteresadamente. — Y añadió— No sé por qué te has puesto en guardia contra él, pero me gustaría que me lo explicaras en vez de poner esa cara tan desagradable.

—Siento ciertas reservas hacia él, no sé por qué pero no me fio ni de él ni de nadie de esa familia. Por eso pongo esta cara desagradable.

—Creo que lo que te pasa es que tienes celos. ¿Me equivoco?

—Es uno de los motivos. —Confesó.

—Pues no deberías tener esa clase de sentimientos. No tienes motivos para ello. Sabes que te quiero demasiado y nunca podría hacerte daño.

Apoyó la cabeza en su hombro y le acarició la cara.

—Cariño, perdona mi estupidez. No puedo evitar sentir celos de ese hombre. Te quiero demasiado y a veces mi amor se vuelve enfermizo.

Se besaron y poco a poco él fue emocionándose.

—Chris, Chris,... mi amor... Se hace tarde.

Él paró a duras penas, pues deseaba hacerle el amor en aquel momento.

—Tienes razón cariño, últimamente pierdo el control con demasiada facilidad.

Puso el coche en marcha y se incorporó a la carretera serpenteante que discurría a través de la campiña y paralela al río Aire.

Alan les esperaba en la escalera de la comisaría. Aparcaron y Helena bajó del coche. Alan la observó. El parecido con Susan era tan increíble que por un momento había creído estar viéndola, como si el tiempo no hubiera pasado y todo lo ocurrido no hubiera sido más que una pesadilla... una burda y horrible pesadilla.

Tan ensimismado estaba que no se dio cuenta de que su acompañante estaba junto a él.

Helena presentó a los dos hombres.

—¿Qué le ha hecho decidirse a colaborar con nosotros?

—No le voy a decir que es mi deber, puesto que sería una tontería. Lo cierto es que si ustedes no hubieran aparecido queriendo investigar el crimen, yo me hubiera olvidado del tema. Pero al aparecer Helena por mi casa, me di cuenta de que no se puede olvidar ni enterrar los fantasmas del pasado. Susan no se merecía que la olvidasen así de esa manera.

—Bien y ¿Cómo podría ayudarnos? —Preguntó ella.

—Les contaré algo que sé sobre el tema, pero antes díganme ¿Qué quieren hacer en la comisaría?

—Queremos ver los expedientes del asesinato de Susan y de Thelma, si es que aún existen. —Explicó ella.

—Creo que en eso puedo ayudarles. Tengo un amigo en la sección de homicidios que nos puede permitir el acceso a esos documentos, no creo que me niegue el favor. Además, son documentos de un caso que ha prescrito.

Cuando entraron en los pasillos de la comisaría vieron a Sellers que se hizo el despistado como si no los conociera. Más adelante se encontraron con un hombre de mediana edad, entrado en kilos y a juzgar por su voluminoso vientre, amante de la cerveza.

—¡Alan el astuto! ¿Qué te trae por aquí? ¿Echas de menos el estiércol o qué?

Christopher y Helena se miraron sorprendidos sin comprender.

—¿Qué hay Carlos? —Se abrazaron y Alan le frotó la cabeza indicando

el poco cabello que le quedaba— Ya veo que sigues con el streptis. ¿He?

—Es que éstas cosas cuando las empiezas ya no las puedes parar. —Los dos rieron a carcajadas. Helena y Christopher, no podían creer lo que estaban oyendo, el Alan que se habían imaginado no tenía nada que ver con el que estaban viendo— Ejem... ¿No me presentas a tus amigos?

—¡Naturalmente! Esta señorita es Helena Fernández y su amigo Christopher Nicholson. Éste es mi amigo y compañero de fatigas Carlos Smith.

—¿Qué quiere decir compañero de fatigas? —Preguntó ella estupefacta.

—¿Qué no saben que perteneciste al departamento de investigación del FBI en Nueva York?

—Lo cierto es que no he tenido ocasión, pero estaba dispuesto a hacerlo llegado el momento.

—Creo que no es un detalle sin importancia para que lo omitiera — Arguyó Christopher— pero de todas formas me alegro porque así podremos contar con su experiencia. Y ahora vamos a lo importante.

—¡Eso! ¿Qué es lo que os ha traído aquí?

—Quiero pedirte un gran favor. Queremos ver el expediente de un crimen que se cometió hace 24 años.

—¿Sin resolver?

—¡Exacto!

—Será un poco difícil que después de tantos años quede algo del expediente.

—Pero si es un caso sin resolver no pueden destruirlo.

—Destruirlo no, pero si traspapelarlo. —Apuntó Carlos desanimado— Seguidme por aquí.

Entraron en la habitación llena de archivos. Las estanterías estaban llenas de cajones ajustados unos contra otros y preñados de papeles que llegaban hasta el techo del recinto. Carlos sacó una caja con la inscripción "ASESINATOS. 1970 - 1972".

—Vamos a ver si tenemos suerte. —Dijo depositando la caja sobre una mesa de acero inoxidable— Señorita Fernández puede tomar asiento si quiere. —Le dijo señalándole una silla cercana. Ella se sentó sin perder de vista la caja. Smith sacó una carpeta llena de polvo con hojas amarillentas que ponía con letras de máquina. "SUSAN ATKINS".

—Supongo que es éste el archivo que buscáis pues no hay más. —Alan

afirmó— Bien, pues hemos tenido suerte, aquí ésta y no creo que falte nada. — Se lo pasó a Alan y él a su vez se lo paso a Helena. Ella lo abrió con sumo cuidado teniendo miedo que las hojas se desvanecieran al contacto con el aire. —Smith se dirigió hacia la puerta— Si necesitáis algo más estaré por aquí cerca.

El hombre salió cerrando la puerta tras de sí e inmediatamente Alan y Christopher se acercaron a Helena para poder leer el expediente.

La mayoría de cosas ya las sabían, pero la hora de la muerte que todos habían dado por hecho que era de noche entre las 19 y las 22 h, en el informe de la autopsia había sido entre las 17 y las 18 h.

—No puede ser. —Exclamó Helena consternada— Si esto es cierto, no concuerda con lo que nos contó Sellers.

—¿Qué les contó?

Ella miró a Christopher y luego a Alan y no supo qué responder.

—Debéis tener confianza en mí, de lo contrario ¿Como creéis que os puedo ayudar?

Ella tragó saliva, no sabía cómo empezar. El momento era embarazoso. ¿Cómo podían decirle que sospechaban de su madre? Ahora no le parecía tan buena idea la colaboración de Alan en el caso por su implicación familiar, pero estaba allí y no podía ocultarle ese dato ni ninguno que incumbiera a su familia. Al final se decidió y le contó lo que Sellers les había dicho.

—Alan, Sellers nos contó que vio a tu madre dirigirse hacia la casa de Thelma sobre las 19,00 p. m.

—¿Mi madre? —Preguntó desolado.

—¿Tu madre conocía a Thelma?

—No que yo sepa. Pero que fuera en esa dirección no implica que tenga algo que ver con el caso.

—Entonces, si no la conocía ¿Qué motivo la llevaba hasta su casa? Porque ese era el camino que recorrió tu madre.

—No sé, no entiendo nada. Todo esto me parece demencial.

—Lo siento. —Dijo ella al verle cariacontecido.

—Pero si Sellers vio a mi madre pasar sobre las 19 y volver a las 22 y aquí dice que la muerte se produjo sobre las 18, entonces no pudo ser ella.

Christopher afirmó con la cabeza, no entendían cómo, pero sus esperanzas de una buena pista se esfumaban como el humo de un cigarrillo. Helena siguió leyendo con el deseo de encontrar algo que los sacara de la incertidumbre, pero sólo corroboró algo que ya sabían, que Susan no había

sido violada. Recogió las hojas esparcidas con desgana y las metió en la carpeta.

—Ya está todo. De poco nos ha servido. —Afirmó desilusionada— Será mejor que llames a tu amigo Smith y que guarde la caja en su sitio.

Le dio la carpeta a Christopher para que la guardara y al ir a dejarla dentro de la caja, vio otra más pequeña que ponía "CASO THELMA ATKINS" y la cogió. Abrió las hojas.

—¿Qué buscas Chris?

—Voy a ver la hora de la muerte de Thelma.

En el informe médico la hora estaba entre las 13 y las 18 del mismo día que Susan, no podían ser más exactos en la hora de la muerte porque el cuerpo se hallaba en un estado avanzado de descomposición.

Las heridas que le habían causado la muerte, habían sido producidas por arma blanca de gran tamaño.

De repente la puerta se abrió y apareció Smith.

—¿Habéis tenido suficiente tiempo?

—¡Oh! sí —Dijo ella sobresaltada por la repentina aparición del amigo de Alan.

—Carlos, te agradecemos el favor que nos has hecho. Y recuerda que te debo una.

—Cualquier día de estos te la pido. Cuando necesite un compañero para el póker, por ejemplo. ¿Vale?

Alan rio moviendo la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo Carlos, nos vemos pronto.

Salieron de la comisaría más bien decepcionados, lo poco que habían encontrado no les aclaraba nada o los dejaba aún más hundidos en la ignorancia. Alan miró el reloj, era casi la hora de comer.

—¿Qué os parece si vamos a mi casa y mientras la señora Season nos prepara algo de comer, hablamos de todos los detalles tranquilamente?

Aceptaron sin ninguna pega la sugerencia de Alan. Helena se disculpó pues tenía que hacer una parada para entrar en la tienda a comprar unas aspirinas.

—En casa tengo de todas clases. —Dijo Alan, ofreciéndose amablemente.

—No, gracias pero me gusta llevar siempre en el bolso, será sólo un momento.

Hizo un gesto con la mano para que Christopher no fuera con ella pues

había hecho intención de acompañarla. Cruzó la calzada y miró por si a Christopher se le ocurría seguirla, pero no, él se había quedado en el coche con Alan. No quería que supiera lo que iba a comprar. Se había sentido indispuesta desde que le diera el primer mareo en la biblioteca y había procurado que nadie se percatara de su malestar, esperaba que sólo fuese una falsa alarma, en todo caso se lo diría cuando estuviese segura de su embarazo. Al salir de la tienda guardó el paquete en el bolso y sacó las aspirinas.

—¿Te duele la cabeza? —Pregunto Christopher cuando entraba en el coche.

—Un poco, pero más que nada las he comprado por si el dolor me va a más.

De todas formas no mentía, le dolía la cabeza de tanto pensar y darle vueltas al tema de Susan. Había pensado que en los informes encontrarían algo de interés, pero solamente les había servido para complicar más lo poco que sabían.

El hecho de la hora de la muerte de ambas víctimas, la tenía desconcertada. Estaba segura de que Alma Backersphil tenía algo que ver en el caso, tenía una intuición demasiado fuerte, o, ¿realmente era Susan la que controlaba esa intuición? En sus pesadillas no vio el rostro de su asesino, quiere decir que Susan no vio a su agresor, si bien pudo intuir de quién se trataba. El caso es que nada habían descubierto y nada tenían por el momento. Las perspectivas no eran nada halagüeñas.

Capítulo XXII

William estaba sentado frente a su esposa Terry y no dejaba de observarla mientras comían. Había estado una semana en Londres a causa de su trabajo en la Galería de Arte. Había una exposición de arte abstracto de los últimos veinte años de un pintor de moda llamado Alexis Donovan y había tenido que recorrerse varias ciudades de Europa para recoger lo más significativo de su obra extendida por varias ciudades. Durante ese tiempo la había echado de menos, aunque no de una forma obsesiva pues el amor que les había unido desde que contrajeran matrimonio, era más que amor una especie de amistad y camaradería. Tenían mucho en común y por eso su matrimonio había durado tantos años. Pero aparte de todo eso, él la seguía encontrando muy atractiva, con sus cuarenta y cinco años seguía siendo el centro de todas las miradas cuando entraban por ejemplo en la ópera o en cualquier lugar público. Su pelo negro y rizado caía sobre sus hombros y sus ojos verdes claros tenían el poder de que, en el momento que los mirabas ya no podías apartar la vista de ellos.

En eso estaba pensando William cuando ella le interpeló.

—¿Te pasa algo William? ¿Por qué me éstas mirando de ese modo?

—Perdona Terry, estaba pensando en la visita que me hizo ayer mi hermano.

—¿Alan, visitándote? Me parece increíble. —Rio— Y ¿Cómo está? — Preguntó sin demasiado interés.

—Extraño.

—¿Qué quieres decir con extraño?

—No sé, es la sensación que me dio. —Contestó sin dejar de mirar el plato de comida.

Terry miró a su marido, había dejado de comer y miraba atentamente la copa como si quisiera ver en ella algo más que el vino que contenía.

—Cariño ¿Estás preocupado por algo que no me has contado?

—No es nada Terry, sólo son cosas mías. Me preocupo demasiado, eso es todo.

—Está bien, no te insistiré más William, cuando quieras hablar del tema ya sabes que me tienes a tu disposición.

Ella le conocía y sabía que cuando no quería hablar de un tema le molestaba que le insistieran, así que lo dejaba hasta que él tuviera ganas de contárselo y entonces lo escuchaba. Pero esta vez era distinto, él quería contarle todo, pero no podía, era todo demasiado complicado incluso para él. Quizá si se lo contaba a Terry ella le podría aclarar ciertas cosas, tenía una mente ágil y analizaba todas las posibilidades desde todos los puntos de vista, pero no podía explicárselo, tal vez porque tenía miedo, miedo de que al contarle se diera cuenta de que su hermano tenía razón y que en el fondo no estuviera loco como la extraña mujer que lo había visitado.

La mesa del salón estaba atestada de apuntes y gráficos que se desparramaban por encima de la alfombra de lana.

—Vamos a centrar los hechos. —Dijo Alan intentando aclararse con el caos que reinaba en la habitación.

—Motivo en cuestión: Asesinato de Susan.

—Hora de la muerte: cinco de la tarde.

—Testigos: ninguno directo, pero creemos que hay uno indirecto.

—Informe policial: La policía miente sobre las pruebas.

—Informe forense: muerte causada por arma blanca, sin violación ni rastros de golpes. En las manos dos profundos cortes hechos como si la víctima hubiera sujetado la hoja del cuchillo para evitar el ataque. —Helena no pudo evitar sentir un escalofrío al pensar en aquel cuchillo deslizándose entre sus dedos como había experimentado en sus pesadillas.

—Lugar del crimen: el informe no habla del lugar, pero descarta que fuera el mismo donde se encontraba el cuerpo pues no había suficiente sangre, es seguro que una vez muerta la trasladaron de sitio al igual que hicieron con su abuela.

—Y ¿En qué lugar pudo haber ocurrido el asesinato? —Preguntó Alan.

—Tenemos a Susan que la asesinan sobre las cinco, a Thelma no se sabe seguro la hora de su muerte, pero sí que es asesinada el mismo día aunque al parecer, antes que a Susan. Las dos muertes tienen en común la fecha y el arma, que es un gran cuchillo u objeto cortante pero, que nunca apareció. —Helena hizo una pausa para poner en orden sus ideas e ir las traduciendo conforme le llegaban— Luego asimismo tenemos que, a Susan la encontraron en el bosque e igualmente a Thelma, aunque un poco más lejos. Sin embargo —Hizo otra pausa para pensar bien lo que iba a decir mientras tanto paseaba a un lado y otro del salón— Las pruebas nos llevan a pensar que las dos fueron

asesinadas en el mismo lugar, o sea, en casa de Thelma Atkins.

—Pero... ¿Por qué allí? —Exclamó Alan excitado.

—Jérémy nos contó que Thelma no salía de su casa entre otras cosas porque caminaba con dificultad.

—¿Pero si querían matar a Susan por qué no hacerlo en el bosque? De esa forma se hubieran evitado tener que trasladarla y quizá no hubieran tenido que matar una segunda vez. Porque quizá a Thelma no tuvieron más remedio que matarla.

—¿Y si nos hubiéramos equivocado con el planteamiento del asesinato de Susan? ¿Y si en realidad a quien querían matar era a Thelma y no a su nieta? —Helena observó la sorpresa que se dibujaba en los rostros de los dos hombres —Creo que Susan llegó en un mal momento a ver a su abuela y entonces el asesino tuvo que deshacerse de ella también.

—Es cierto, hasta este momento ni siquiera habíamos barajado esa posibilidad. —Replicó Alan.

—Lo que no entiendo —Añadió Christopher— es ¿Qué hacía Alma por allí a esas horas?

—Yo tampoco lo entiendo, —Repuso Alan— pero estoy seguro de que mintió a mi hermano ese día al decirle que había llamado Susan para anular la cita.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Pues porque ella no tenía el teléfono de casa, nunca quiso tenerlo pues decía que no necesitaba llamar, que si un día tenía que hablar con mi hermano con acercarse al banco donde él trabajaba era suficiente. Siempre pensé que a mi hermano William le habían dado el recado en el banco donde trabajaba, pero he estado hablando con él y al decirme que mi madre le avisó de que Susan había llamado a casa para anular la cita, recordé ese detalle del número de teléfono.

—Está claro que le mintió. —Repuso ella— No sé la razón que tuvo para hacerlo, pero lo hizo y eso nos lleva a la información que nos dieron en el Sagrado Corazón.

—¿Qué es el Sagrado Corazón? —Preguntó intrigado Alan.

—¿No has oído hablar nunca de esa clínica?

Alan miró a Christopher mientras que en su mente buscaba la respuesta. Podía ser que alguien alguna vez le hubiera hablado del lugar, pero no lo creía probable, de otro modo lo recordaría.

—No, creo que nunca he oído hablar de ese lugar. ¿Por qué?

—Porque en ese lugar estuvo tu abuela Susan muchos años internada.

—Recuerdo que mi madre me contó que mi abuela estuvo ingresada en una clínica hasta que murió. ¿Pero no veo que tiene que ver una cosa con otra?

—El lugar era una clínica psiquiátrica. —Aclaro Christopher.

—¿Psiquiátrica?

—Sí Alan, tu abuela era una enferma mental.

El nunca lo había imaginado, Alma jamás había hecho referencia a la enfermedad de su madre. Quizá sentía vergüenza y lo ocultó, era algo comprensible y más teniendo en cuenta que ella también sufría trastornos mentales. Alan escuchó todo lo que le contaba Helena sobre el pasado de su madre como si de una historia ajena se tratara. Se daba cuenta de lo ignorante que había vivido hasta ese momento, pero seguía sin comprender la posible relación entre el caso de su abuela y el de Susan aparte de la coincidencia de los nombres...

—Lo siento, sé que todo esto te afecta bastante directamente, así que si quieres dejar de ayudarnos lo comprenderemos.

Alan se levantó de su asiento como impulsado por un muelle.

—¡Ni hablar! —Dijo tajante— Sí, es cierto que me afecta, me afecta bastante, sería hipócrita negarlo, pero yo soy el primero que me interesa descubrir ¿Quién? Y mucho más importante... ¿Por qué mataron a Susan?

Helena miró a Alan sorprendida por su reacción y a la vez se alegró pues con su ayuda podrían conseguir más que ellos dos solos. Alan se levantó hasta el mueble bar y llenó de nuevo las copas con brandi y tomando una de ellas se volvió a sentar en su sitio. Christopher se levantó y cogió una de las copas de las que había llenado Alan y al volverse se percató de la mirada que lanzaba Alan a Helena. Una mirada apasionada, llena de deseo. Christopher siguió la dirección de la mirada y se encontró con los ojos de Helena, estaba azorada y sus mejillas habían adquirido un tono rubicundo. Le recordó el día que la conoció, también con él se había ruborizado. Dio un gran trago de brandi y volvió a llenarse la copa. Al volver a su asiento Alan recobró la discreción y preguntó ajeno a la mirada inquisitiva de Chris:

—Y... ¿Dices que había una mujer desconocida que visitaba a mi abuela?

—Sí, eso nos contó la madre Elizabet. —Repuso ella—

—¿No dijo su nombre?

—Solo dijo que era su hermana.

—¿Tenéis alguna descripción de esa mujer?

—Tenía sobre cuarenta o cuarenta y cinco años, pelo rubio y los ojos de un azul claro muy llamativos.

—La verdad, con eso poco se puede averiguar ¿No creéis?

—¿Qué podemos hacer? Yo, ya no tengo idea de cómo podríamos continuar.

—Lo que me intriga es... —Interrumpió Christopher reflexivo— qué motivo tenía el sheriff Miller para mentir sobre la autopsia. —Ambos le miraron expectantes— Si lady Bakersfield, o sea, tu madre, —dirigió una mirada hacia Alan al decir esto— estaba libre de toda sospecha, no entiendo por qué obvió la información que Sellers le daba con respecto a haberla visto por la zona y sobre todo, qué le indujo a mentir acerca de la autopsia.

—A no ser que él mismo sospechara de lady Bakersfield y quisiera alejar las sospechas de ella debido a su amistad con la familia.

—Todo eso son conjeturas, en realidad no tenemos nada contra mi madre. —Añadió Alan irritado.

—Tienes razón Alan, todo son conjeturas.

Helena se hacía cargo de la inquietud de Alan y quiso tranquilizarle— Por otra parte, las horas no coinciden, así que debemos buscar por otro lado.

—Pero... ¿y si lo hizo en dos partes? —Insistió Christopher— Pudo ir primero a matarlas y para no levantar sospechas con su larga ausencia, volvió más tarde a sacarlas de la casa para que pensarán que las había matado algún vagabundo o algo similar.

—Podría ser, pero me parece un poco enrevesado, quien mata lo que quiere es alejarse lo más posible de su víctima para que no le relacionen con el asesinato. —Especificó Alan como entendido en la materia.

—No en el caso de un psicópata. —Sentenció Christopher desafiante.

—Pero se supone que los psicópatas planifican meticulosamente sus asesinatos. Son personas extremadamente inteligentes y minuciosas en los detalles. —Apuntó Alan conocedor del tema.

—No todos los psicópatas actúan del mismo modo, ni todos son extremadamente inteligentes. Existen muchos tipos de psicopatías y las pruebas que hemos ido recogiendo de este sujeto, puede entra en un marco del que podríamos llamar psicópatas visionarios. No existe móvil económico, no planea el crimen, no tortura y no hay sexo con la víctima. Comete el crimen por visiones psicóticas, son desorganizados. Entonces simplemente podría haber dejado la faena para más tarde.

—Pero eso es terrible, después de matar volver al escenario del crimen,

¿qué clase de personas son? —Helena estaba sobrecogida.

—Personas con falta total de empatía hacia sus víctimas. Carecen de determinados sentimientos básicos, tales como compasión, vergüenza, sentido del honor, remordimientos, conciencia, etc.

Miró a Alan que se había quedado callado, parecía estar digiriendo aquella sobrecogedora información sobre el asesinato de Susan y todo parecía indicar que esa persona era su madre. No le habría gustado estar en su piel.

Durante unos segundos nadie supo que decir y se imponía tomar una decisión.

—El único sitio que nos queda por investigar es la casa de Jérémy. —Apuntó Christopher para romper el hielo.

—Tienes razón, es la única posibilidad que nos queda. Quizá allí encontremos algo, una foto de Thelma nos ayudaría, no sé por qué, pero creo que Thelma es el quid de la cuestión —Secundó Helena un poco alterada por la situación.

—Entonces debemos ir en cuanto comamos algo —Dijo Alan animándolos a levantarse, repentinamente se había recobrado de su ensimismamiento. Desapareció en dirección a la cocina y dejó solos a la pareja.

—Debe estar pasándolo mal, no imagino lo que debe sentir en este momento sabiendo que existe la posibilidad de que su madre cometiera ese horrible asesinato.

—Se repondrá —Apuntó Christopher con frialdad.

Ella le miró confusa, sus palabras desprendían cierto resquemor contra Alan.

—¿Qué pasa Chris?

—Nada, no me gusta ese hombre, nada más.

—Pero... ¿Qué ha hecho? Hasta ahora se está portando bien con nosotros, ha sido muy amable en todo momento y puede que gracias a él consigamos desentrañar este misterio. Eres injusto con él.

—Le gustas y por eso nos ayuda. ¿Crees que no me he fijado en cómo te mira? ¿Crees que no me he fijado en que tú te turbas cuando lo hace? No hace falta ser muy listo para darse cuenta de lo que está pasando entre vosotros.

El rostro de Helena se transfiguró por la rabia contenida. Quería gritarle que todo era fruto de su imaginación, que sí, existía la posibilidad de que Alan se sintiera atraído por ella, pero a ella no le interesaba él. Le caía bien, eso sí, era atractivo y arrollador y les estaba ayudando a pesar de la posibilidad de

perjudicar a su madre con esa ayuda, pero lo hacía y además, hasta ese momento se comportaba como un caballero, cosa que Chris no parecía entender.

Procuró contenerse pues no quería armar un escándalo en aquella casa. Le miró con odio y susurró entre dientes.

—Ya hablaremos de este tema en casa.

Alan entró e informó que la comida estaba en la mesa. Se dirigieron al comedor donde se hallaba la mesa dispuesta con una ensalada variada y apetitosa, una bandeja humeante con Jhepherd's pie, un pastel hecho a base de cordero y cerdo picado y una capa de puré de patatas.

Comieron en un relativo silencio. Alan percibió el mal estar entre la pareja, sabía que habían discutido pues al entrar en la sala para avisarles de que la comida estaba servida advirtió la tensión entre los dos.

No iba a fingir que le preocupara pues Helena le interesaba más de lo que podría imaginarse en un principio, pero tampoco quería lastimarla a ella.

Al terminar el almuerzo se dispusieron a visitar la casa de Jérémy. Christopher se rezagó.

—Id hacia el coche, yo tengo que hacer antes una llamada.

—¿A quién tienes que llamar Chris?

—Debo llamar a la clínica, esta mañana me avisaron de que uno de mis pacientes está muy mal. No he querido preocuparte por si podían solucionarlo ellos, pero he de saber si todo va bien. Luego te lo cuento.

—Mientras tanto nosotros te esperamos fuera. —Alan cogió del brazo a Helena conduciéndola fuera de la habitación— ¡Mami, nos vamos!

—¿Cenarás en casa?

—No te preocupes, no sé cuándo llegaré. Ya cenaré cualquier cosa.

Eran las 6.30 de la tarde cuando Christopher cruzaba la acera de la calle. Miró a la pareja que hablaban animadamente, ella apoyada en el coche y él delante con su brazo también apoyado en el coche muy cerca de ella. Su forma de mirarla y la posición de la pareja parecía que hablaban de amor. Christopher sintió un latigazo de celos. Temía perder a Helena y aquel hombre se lo estaba poniendo difícil.

Debía volver a Valencia, su paciente estaba peor y no podía abandonarle, necesitaba su ayuda y él no quería dejar a Helena sola en aquel momento con Alan. Sabía que corría el peligro de perderla y eso le desquiciaba, pero si realmente le amaba, no tenía nada que temer aunque ahora

no estaba tan seguro de ello.

Llegó a la altura de la pareja y Alan al verlo se apartó inmediatamente de ella.

—¿Ya has terminado? —Preguntó un tanto turbado.

—Sí —Contestó secamente y se dirigió a ella— Helena siento mucho tener que decirte esto, pero tengo que dejarte, he de volver a Valencia por un asunto urgente.

Helena dio un respingo, no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Qué asunto puede ser tan urgente que te haga ir a Valencia en plenas vacaciones? —Preguntó casi fuera de sí.

—Sabes que no iría si no fuera absolutamente necesario. Soy médico, y esto es normal en mi profesión, hasta ahora no me habían avisado por ninguna emergencia, pero no es lo habitual. No creo que esté demasiado tiempo, intentaré solucionarlo cuanto antes. Además, te dejo con Alan que es de confianza y creo que te protegerá tan bien o mejor que yo.

Lo miró para que confirmase lo que acababa de decir y Alan asintió.

—Descuida Christopher, así lo haré. Puedes ir tranquilo y cuando vuelvas, ella estará esperándote tan bella y tan sana como siempre, te lo prometo.

Las palabras de Alan no hicieron sino torturarle más. Helena cogió a Christopher del brazo y lo apartó del coche. La noticia de su marcha le había sorprendido y a pesar de su enfado, no quería quedarse sola.

—¿Qué pasa cariño? —Preguntó suplicante.

—Es una paciente mía que padece cuadros psicóticos y ha intentado suicidarse, sin éxito gracias a Dios, pero está ingresada y sólo quiere hablar conmigo.

—¡Oh, Dios! lo siento Chris... no sabía. —Estaba desolada— ¿Y cuándo tienes que irte?

—He de llamar al aeropuerto para que me den billete en el primer vuelo que salga mañana. Así que debemos volver cuanto antes a Stockport, la visita a casa de Jérémy tendrá que esperar.

Después de despedirse de Alan, se dirigían hacia Stockport y durante casi todo el viaje no hablaron sobre el tema. Cuando se acercaban a la casa de su tía él preguntó:

—¿Estás enojada por mi marcha? —Preguntó sin mirarla.

—Creo que si lo haces es porque es necesario, no tengo dudas al respecto, pero aún así me duele quedarme sin ti.

—Será por poco tiempo. Te prometo que volveré cuanto antes, pero quiero que sepas que te quiero más que nunca y que pase lo que pase, nunca dejare de quererte. Siempre me tendrás a tu lado cuando me necesites —Dijo estas palabras con cierta amargura, sabía que la estaba perdiendo, no podía imaginarse cómo ni por qué pero era evidente que ella se sentía atraída por Alan. Se daba cuenta de que le había fallado en algunas ocasiones y eso había despertado cierta desconfianza en ella y aunque intentaría por todos los medios no volver a fallarle, dudaba que Helena volviera a confiar plenamente en él. ¿Acaso él confiaba en ella absolutamente? Se daba cuenta de que los celos que sentía los provocaba la desconfianza, quizá seguían siendo dos extraños el uno para el otro y se habían precipitado al comenzar la relación o tal vez no se amaban como habían pensado en principio, el caso era que aquello no estaba yendo por el buen camino. Tal vez el apartarse durante un tiempo de ella pondría las cosas en su sitio, pero no sabía si era lo más acertado. La cabeza le daba vueltas y sentía un dolor agudo en el pecho al pensar que aquella podía ser la última vez que la viera.

Al terminar de cenar Christopher retiró la silla y se levantó.

—Me voy arriba tengo que preparar el equipaje, mañana salgo temprano.

Helena se levantó también, apenas habían cenado ninguno de los dos. Ayudo a tía Nelly a retirar los platos de la mesa y se subió a la habitación. Al abrir la puerta vio a Christopher metiendo su ropa en la maleta.

—¿Te ayudo con la maleta?

—No es necesario, ya está hecha, voy a meterme en la ducha para no perder tiempo mañana.

—¿A qué hora pongo el despertador?

—¡A las cinco! —Gritó desde la ducha.

Helena entró en la ducha después de que Christopher saliera. Durante unos minutos dejó que el agua se deslizara por su cuerpo para relajar la tensión de los músculos. Era consciente de que algo le estaba sucediendo a Christopher y que no le había contado la verdad, pero no se atrevía a preguntar, pensaba que en una pareja no podía haber secretos, no obstante, si él había decidido no decir la verdad, sus razones tendría. Salió de la ducha envuelta en la toalla y se acercó a la cama. Christopher parecía dormido, se arrodilló en la cama y le acarició el pelo.

—Chris, ¿Ya no me deseas?

La pregunta le hizo volver la cabeza hacia ella, en ese momento estaba espléndida, con sus cabellos mojados cayéndole por encima de los hombros y sus pechos queriendo escapar de la toalla que por la fuerza de la gravedad se iba deslizando hacia abajo dejándolos al descubierto. ¿Cómo podía preguntarle eso? Si únicamente al mirarla se volvía loco de deseo. Respiró profundamente mientras la miraba y le sonrió.

—Pensé que estarías cansada con el día que hemos tenido tan extraño.

Ella, con su gesto típico le puso el dedo en los labios para que guardara silencio. Apartó la sabana que lo cubría y le besó el pecho desnudo, él le cogió la cara con sus manos y comenzó a besarla con pasión, sus cuerpos se fundieron en una vorágine de deseos desbordados por el placer.

Capítulo XXIII

Helena se dirigía en su coche hacia Woodlesford, después de despedirse de Christopher en el aeropuerto. Había quedado con Alan a las diez.

No dejaba de pensar en lo extraño del comportamiento de Christopher, en la forma en que le había hecho el amor la noche antes de su partida, como si lo hiciera por última vez, y la despedida en el aeropuerto había sido fría por parte de él; un simple beso casi imperceptible en los labios y un adiós. Ni un te quiero, ni un hasta pronto. ¿Qué podría significar aquello? Helena sabía que sentía celos de Alan, Christopher era casi transparente para ella a pesar del poco tiempo que llevaban juntos, pero en esta ocasión no llegaba a comprender lo que le ocurría. Tal vez ella estaba preocupada por algo inexistente y en realidad sólo era preocupación por el caso que le había llevado hasta Valencia.

Así sumergida en sus pensamientos llegó ante la casa de Alan, él la esperaba en la puerta, al verla se acercó al coche.

—Buenos días Helena.

—Hola, buenos días. ¡Sube anda! —Puso el coche en marcha— ¿Dónde vamos?

—A casa de mis padres. —Ella al oírlo se quedó paralizada— Tengo que tratar un asunto con mi padre. Pero no te preocupes —Le dijo al ver la lividez de su rostro— Te presentaré como una amiga ¿De acuerdo?

—¿De qué otra forma podrías presentarme sino?

Él le sonrió con sonrisa pícaro.

—¿Tardarás mucho con tu padre?

—No, intentaré que sea lo justo y preciso, luego iremos a casa de Jérémy. ¿Te parece bien?

—¿Tengo otra opción?

—No.

Ella le miró con gesto resignado, aunque el plan le parecía horrible no podía hacer otra cosa que ceder.

Cuando llegaron a la casa, su madre salió al encuentro de ambos. Era la misma mujer que habían encontrado en casa de Williams

Helena a duras penas podía disimular lo que sentía por aquella mujer sabiendo lo que sabía de ella, sus ojos le producían miedo y a la vez una atracción perversa. La oyó hablar sin saber lo que decía y extender una mano hacia ella. Helena tendió su mano y se la estrecho, al hacerlo los poros de su piel se contrajeron y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. De su garganta apenas salió un hilo de voz.

—Encantada, gracias.

¿Encantada? ¿Cómo podía decir que estaba encantada? ¡Pero si estaba aterrorizada!

—Alan, tu padre está en el despacho de arriba, sube, yo me quedaré atendiendo a tu amiga.

Helena se cogió al brazo de Alan como si fuera un yugo y no pensaba soltarse hasta que no saliera de aquella casa, sin importarle lo que dijeran de ella.

Él se percató de lo asustada que estaba, sus uñas se clavaban en su antebrazo y estuvo a punto de gemir de dolor.

—Si no te importa prefiero que le avises tú, te esperamos aquí.

—Está bien, como quieras. —Subió por una gran escalera cubierta por una larga alfombra roja, cuando iba por la mitad volvió la cara para mirarla y le lanzó una sonrisa de complicidad.

—Tranquilízate Helena, estás hecha un manojo de nervios y me estás agujereando el brazo.

—Tu madre me conoce. —Afirmó retirando la dolorosa presión.

—¿De qué?

—No lo sé, pero me conoce. —Hablaban en un susurro, pero su voz sonaba temblorosa.

—Creo que estás muy nerviosa, perdona no debí traerte conmigo.

Alma bajaba en ese momento.

—Papá baja enseguida, mientras prepararé una limonada. —Salió hacia la cocina.

—¡Alan! —Se oyó la voz de su padre desde la escalera— Hijo me alegro de verte. —Le dio un abrazo como si no se hubieran visto en mucho tiempo.

—Hola papá, ésta es Helena, una buena amiga.

Ella se levantó para saludar a lord Bakersfield y él le dirigió una

espléndida sonrisa mientras chocaba su mano, cosa que hizo a Helena sentirse más tranquila durante toda la velada.

Alma Bakersfield era un lechado de amabilidad. Parecía increíble que aquella mujer menuda y de aspecto distinguido pudiera tener tanta maldad y tanta falta de escrúpulos.

lord Bakersfield se veía un hombre jovial y tranquilo. Hablaba distendidamente con su hijo. Parecían tener mucha confianza y una buena relación de padre e hijo, no así con lady Bakersfield, Alan era amable con ella, pero había en su relación una gran dosis a partes iguales de formalidad y frialdad, cosa que no había visto en su relación con la señora Season. Más parecía ésta última su madre que lady Bakersfield.

—Os quedáis a comer, Alma di a la señora Brown que prepare dos cubiertos más.

Alma se levantó para ir a la cocina y Alan la detuvo.

—No papá, tenemos cosas que hacer.

—Tonterías... es difícil verte por aquí y sobre todo con una acompañante tan bonita, os quedáis y no se hable más. Señorita Fernández, no me negará usted una invitación a comer, ¿verdad?

Helena no sabía qué hacer, estaba contrariada y no tenía valor para negarse, aunque deseaba con todas sus fuerzas marcharse cuanto antes de allí. Alan la miró esperando su respuesta pues dependía de ella que se quedaran o no.

Al final Helena se sintió presionada. Todas las miradas apuntaban a ella esperando su respuesta positiva.

—No me gustaría de ningún modo ser una molestia, pero si Alan lo desea, nos quedaremos.

—Se lo aseguro, no es molestia alguna, al contrario, como comprenderá nos alegra de vez en cuando recibir visitas. La rutina a veces es un poco agobiante para dos ancianos solitarios. Y por Alan no se preocupe, el nunca le niega a su padre una invitación. —Le dio dos golpecitos en la espalda y Alan sonrió afirmando las palabras de su padre.

La comida fue sencilla pero agradable, consistía en una inmensa y deliciosa patata asada untada con mantequilla, y se acompaña con una ensalada de col y atún. Estaba exquisita. A pesar de eso, Helena no se sentía cómoda. La conversación la llevaba Conrad Bakersfield, era un hombre de una gran cultura y muchas vivencias que narrar, todos le atendían, pero Helena notaba la mirada amenazante de Alma en su piel como cuchillos cortantes.

Por fin llegó el momento de irse. Sobre no querer ir habían aguantado hasta después del té y ya casi se estaba haciendo de noche. Conrad había disfrutado de la compañía de su hijo como en pocas ocasiones lo hacía y Helena se dio cuenta de ello, por eso soportó estoicamente aquella mirada fría y amenazadora y dejó transcurrir las horas en aquella casa.

Al despedirse, Alma habló con su hijo al oído mientras Helena se dirigía al coche.

—¿Es un poco extraña esa chica no crees? —Dijo mirando a Helena mientras se alejaba— ¿No te habrás enamorado de ella?

—¿Y si así fuera mamá?

—No, nada, pero la encuentro tan extraña. Además, es tan joven.

—No le hagas caso a tu madre, es una mujer encantadora Alan, hacéis una buena pareja. —Alma hizo un mohín y sonrió. Alan se mantuvo serio, así que le dio un beso y se metió dentro cerrando la puerta tras ellos. Alan se quedó extrañado. Era una de las pocas veces que su madre le besaba y eso le dejó perplejo.

—Te dejo en casa y me voy.

Alan la miró detenidamente, quería averiguar cómo se sentía después de la sesión con su madre, pero ella no reflejaba ningún sentimiento.

—¿Estás bien, Helena?

—Sí, lo estoy. No ha sido tan terrible como pensaba, me ha alegrado conocer a tu padre. Es un buen hombre.

Alan afirmó sin hablar. Se apreciaba el sentimiento que tenía hacia su padre. Helena le compadeció.

—Te invito a cenar. —Dijo de pronto Alan.

—No, es muy tarde y no tengo hambre, aún me queda un buen trecho hasta Stockport.

—Entonces, te invito a verme cenar. Por favor, no hemos tenido tiempo de estar solas tú y yo y me gustaría charlar contigo delante de una copa de buen vino. Te prometo que no se alargará la velada.

Helena accedió al final, parecía que era el día de la sumisión, no tenía fuerzas para negarse a nada. Le preocupaba que Christopher no la hubiera llamado para decir que había llegado bien y cuando ella le había llamado, él no cogía el teléfono así que estaba en un estado de decaimiento absoluto.

En la cena ella apenas probó bocado, en cambio, Alan no paró de beber, comer y sobre todo hablar. Parecía que su padre le hubiera trasladado el don

de la oratoria.

Salieron del restaurante donde habían cenado y Alan la cogió del brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Qué te pasa has estado muy callada casi todo el día?

Ella se zafó de sus manos con mucha suavidad y siguió caminando.

—No sé, no puedo dejar de pensar en Christopher. Creo que yo tengo la culpa de que haya decidido marcharse.

Él se paró delante de ella y la miró a los ojos.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—No lo sé, no puedo entenderlo.

—¿No puedes, o no quieres?

—¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente a que me refiero. Él se dio cuenta antes que tú y que yo del lazo invisible que nos une.

Ella se apartó de él alarmada. Estaba un poco achispado por el vino.

—¿Pero, de qué estás hablando Alan?

—No debemos negar la realidad Helena, tú sabes que me gustas, que me siento muy atraído por ti desde que te vi entrar en mi casa. Y tú también te sientes atraída por mí, no lo niegues.

Él la cogió por los hombros y la atrajo de nuevo hacia sí, ella dio un paso atrás. Estaba trastornada. ¿Cómo podía no darse cuenta de nada?

Le había hecho daño a la persona que más quería ¿O en realidad no lo quería tanto como creía? Era cierto que se sentía atraída por Alan pero... ¡Maldita sea! Era casi seguro que estaba esperando un hijo de Christopher y hasta ahora no había puesto en duda el amor que sentía por él. La cabeza le daba vueltas y comenzó a encontrarse mal.

—Alan, por favor, acompáñame hasta mi coche, quiero irme a casa.

—Como quieras. —Dijo decepcionado.

Llegaron hasta el coche andando uno detrás del otro en silencio.

—Siento mucho todo esto. No debí decirte nada, debí esperar a que tú sola te dieras cuenta de todo.

Ella sin mirarlo le hizo un gesto con la mano, rechazando sus palabras. Paró delante de su casa y esperó a que Alan bajara.

—Buenas noches Alan. —Le dijo sin mirarle.

—Helena por favor, no te vayas así. Quédate y hablemos con calma de todo esto.

Helena hizo caso omiso de sus palabras, puso el coche en marcha y

arrancó con un chirrido de neumáticos desapareciendo en la lejanía.

Al llegar a casa, tiró el bolso sobre el sofá y se desplomó en él arrancándose los zapatos con las puntas de los dedos del pie. En ese momento llegó tía Nelly.

—Buenas noches Helena, pareces cansada. ¿Has cenado ya?

—Sí tía, gracias. ¿Ha llamado Chris?

—Sí, llamó para decir que todo iba bien, hará una media hora.

Nelly se dio cuenta de la decepción de Helena, la veía bastante abatida, quizá tuvieran problemas, pero no se atrevía a preguntarle nada por si pensaba que era una vieja entrometida.

—¿Quieres un poco de café? Eso te entonara.

—Sí, gracias. —Dijo con dejadez.

Se levantó del sofá y se acercó al teléfono. Tenía que hablar con él. Quería aclarar el mal entendido. Descolgó el teléfono y marcó el número del apartamento de Christopher.

—¿Diga?

Era la voz de Silvia.

—¿Silvia? Soy Helena. —Disimuló la sorpresa.

—Hola cielo ¿Cómo estás?

—¿Puede ponerse Chris? —Le dijo sin contestar a su pregunta.

—¡Oh! lo siento pero en este momento ha llegado de la clínica muy cansado y se ha metido en la ducha. ¿Te parecerá extraño que yo esté aquí verdad? —Helena no respondió— Pues veras, he venido a traerle unos papeles para firmar sobre... —Helena la interrumpió.

—Silvia, por favor, no hace falta que me des ninguna explicación, Christopher es todavía un hombre libre y sin ataduras de ningún tipo.

Colgó el auricular de un golpe seco en el momento que entraba Nelly.

—Parece que no ha sido una conversación muy amistosa. ¿Cierto?

Helena sonrió con desgana y cogió la taza que le tendía.

—¿Era con Chris con quien te peleabas?

—No, he llamado a Chris, pero se ha puesto Silvia.

—¡Ah, Silvia! no tengas cuidado de ella. El que esté allí no quiere decir nada. —La tranquilizó— El siempre la ha rechazado aunque ella lleve todo este tiempo atosigándolo.

Sí, pero si Chris, se siente traicionado es posible que... no, no quería pensar eso de Chris. El la quería, así se lo había demostrado siempre. ¿Cómo

podía hacer el amor tan apasionadamente con una mujer y a la noche siguiente con otra? No, no y no, todo era como había dicho Silvia y no quería pensar más sobre el asunto.

—No pienses más en ello, no vale la pena.

La voz de Nelly la trajo de vuelta a la realidad. La vio levantarse para irse a dormir no sin antes darle un beso de buenas noches.

—Buenas noches Nelly, yo me quedaré un rato levantada. Hace una noche espléndida y no tengo sueño.

Miró el bolso que descansaba sobre el sofá y recordó que aún no se había hecho el test de embarazo, pero de todas formas no lo necesitaba para estar completamente segura, Christopher no se había dado cuenta del cambio que había experimentado su cuerpo a pesar de ser notorio, sus pechos estaban hinchados y su vientre se veía más abultado de lo normal, no le cabía la menor duda, aunque siempre había tenido unas menstruaciones irregulares, además de los cambios en su cuerpo y el continuo mal estar, dos faltas le suponían una certeza.

Salió al porche y se sentó en el balancín. Se encendió un cigarrillo y miró el cielo. Estaba sola en la inmensidad de la noche. El cielo cuajado de estrellas la hacía sentir vacía. ¿Qué le estaba sucediendo? Amaba a Christopher pero a la vez se sentía atraída por Alan. ¿Qué podía hacer? No podía luchar contra ese sentimiento que nacía en su corazón. ¿Debía ahogarlo o debía dejarlo crecer como el hijo que llevaba en sus entrañas? Sea como fuere algo dentro de ella le decía que se equivocaría. Miró las estrellas de nuevo y ellas le devolvieron un guiño.

Capítulo XXIV

Al despegar el avión, Christopher sintió como si su alma se quedara en el aeropuerto.

No quería pensar en Helena, su recuerdo le hacía daño. Sabía que ella había dejado de quererlo y debía olvidarla.

Pero tal vez se había precipitado. Quizá debió hablar con ella antes de tomar una decisión tan drástica. Siguió dándole vueltas a esos pensamientos una y otra vez durante todo el viaje.

La voz de la azafata lo sacó de sus pensamientos. Iban a aterrizar, casi no se había dado cuenta del viaje.

Recogió la maleta de la cinta transportadora y tomó un taxi. Al llegar a su apartamento encontró bajo la puerta del apartamento una nota de Silvia.

Chris, cuando llegues llámame.

Firmado: Silvia.

Dejó la maleta encima de la cama y la abrió. Lo primero que vio fue una foto que Helena había colocado al cerrar la maleta. Estaban los dos abrazados, él le rodeaba la cintura con sus brazos y ella tenía los brazos alrededor de su cuello, los dos se miraban con amor. La miró durante un largo rato y luego la lanzó al aire sin mirar donde caía. Se dirigió al teléfono y marcó un número.

—Silvia. ¿Qué es eso tan importante...?

—¡Chris, que alegría! ¿Ya has vuelto de tus vacaciones? ¿Cómo estás?

—Bien, ¿Pero que...

—¡Ah! Sí. ¿Podemos comer juntos?

—No tengo hambre y es tarde, además tengo que ir a visitar a una paciente.

—Vale, entonces te espero a las 8 en Los Azahares. Hasta luego. —Y colgó sin darle tiempo a negarse.

Sonó el móvil y vio que era Helena, pero no respondió. No se sentía con fuerzas para hablar con ella, cogió las llaves de la casa y salió hacia la clínica.

A las 8 en punto entraba por la puerta del restaurante. Silvia ya estaba sentada tomando una Margarita, al verlo se levantó y le dio un beso en los labios.

—Gracias por venir cariño.

—¿Qué pasa te sentías sola? —Preguntó mientras se sentaba.

—Pues más bien sí, pero no es por eso por lo que te escribí la nota. En realidad tengo que pedirte un favor. ¿Me lo harás?

—Según qué tipo de favor.

—Veras, en la cadena de TV que trabajo me han ofrecido el puesto de corresponsal en Nueva York. Eso significa vivir como mínimo cinco años allí. ¿Entiendes?

—Sí. ¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Pues que si yo me voy, tú tendrás que hacerte cargo de Trueno, porque no me lo puedo llevar a una ciudad donde no conozco a nadie.

—Tienes razón, no te preocupes por él, yo me haré cargo. Sabes que siempre nos hemos llevado bien los dos, así que por mi parte no hay ningún problema.

—Te lo agradezco Chris, os voy a echar mucho de menos a los dos, sois lo que más quiero en este mundo. —Sus palabras sonaban tristes— aparte de mi profesión.

—Lo sé Silvia —Christopher cogió la mano de ella entre las suyas y la acarició— Sé que si no hubieras amado tanto tu profesión, hubiéramos formado una feliz familia. Pero en esta vida siempre se tiene que hacer alguna concesión. Si eliges la familia pierdes tus aspiraciones o viceversa. Tú elegiste tu profesión y no te lo reprocho, sólo quiero que sepas que en mí siempre tendrás un amigo. Ella bajo la cabeza y una lágrima corrió por su mejilla. Christopher sacó el pañuelo y se lo ofreció, ella se enjugó las lágrimas y le miró.

—Siempre te querré, Chris.

Él bajó la cabeza y siguió cenando como si nada hubiese oído. Durante la cena la conversación fue animada y al terminar, ella le pidió que la invitara a una última copa en su apartamento, cosa que él no tenía la menor intención de hacer, pero ella siguió insistiendo hasta que cedió. Llegaron a su apartamento y sirvió dos copas de brandi. Ella cogió su copa y se recostó en el sofá.

—¿Qué te ha pasado con Helena?

La pregunta pilló a Christopher desprevenido.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque sé que ha debido pasar algo para que tú hayas vuelto tan pronto.

—¿No piensas en la posibilidad de una urgencia con una paciente?

—No. Y, por favor, no me subestimes. Cuéntame lo que te ha pasado, si quieres.

Dio un gran trago de brandi y se encendió un cigarrillo. Christopher le acercó el cenicero y se quedó de pie paseando por la habitación.

—En realidad no ha pasado nada. No hemos discutido ni nada por el estilo.

—¿Pero ella está aquí, no?

Él movió negativamente la cabeza.

—¿La has abandonado allí?

La pregunta de Silvia hizo que él se sintiera incomodo.

—No debí hacerlo pero me sentí herido y humillado y los celos me volvieron loco.

—¿Así que todo es cuestión de celos? ¿Qué pasó, te engaño con otro hombre?

—No exactamente. Creo que se ha enamorado de otro hombre.

—¿Te lo dijo ella?

—No, pero se notaba cuando hablaba con él y en su forma de mirarle.

—Y no se te ocurrió preguntárselo. En vez de eso huiste como un cobarde. —él se agitó en su asiento.

—Tienes toda la razón, —Dijo turbado, en ese momento comprendía su gran error y no sabía si estaba a tiempo de rectificar, pero debía intentarlo al menos —creo que me precipite en mi decisión, pero me sentía tan desgraciado que no pensé mucho lo que hacía.

—Mira, nada me gustaría más que la dejaras y volvieras conmigo, pero yo sé que la quieres demasiado y esto sólo ha sido un arranque de orgullo de macho herido. Así que llámala y dile que vas mañana.

—Creo que te voy a hacer caso por una vez.

Cogió el teléfono y la llamó al móvil, pero parecía apagado, tenía varias llamadas de ella a las que no había respondido a pesar de que había oído la mayoría de ellas. Se avergonzó de sí mismo por comportarse como un necio adolescente. Llamó a tía Nelly. Helena todavía no había llegado. Christopher colgó el auricular y miró a Silvia. Estaba enojado por el hecho de que Helena estuviera aún con Alan. Silvia se dio cuenta y lo tranquilizó.

—No te preocupes Chris. Mira, mañana coges el avión y te presentas allí. Le pides explicaciones y entonces sabrás a qué atenerte, pero deja ya de elucubrar, y deja de mirarte el ombligo ¡Por el amor de Dios!

—Está bien, mañana cogeré el primer vuelo que salga. Y ahora te importaría irte a casa, me voy a pegar un baño y me iré a dormir, estoy muy cansado.

—De acuerdo pero ¿No te importara que me termine el brandi verdad?

—Estás en tu casa, aunque es un poco peligroso decirte eso a ti, te tomas las cosas literalmente —Ella torció el gesto en una especie de burla— Voy a llenar la bañera.

—¿Puedo meterme contigo?

Christopher la miró amenazadoramente y ella sonrió.

—Es broma. —Aclaró

Se metió en el baño y se oyó el agua correr. Silvia tuvo que gritar para que él la oyera.

—¡Chris, me marcho ya!

—De acuerdo. Ah, oye. ¿Cuándo te vas a Nueva York?

—Seguramente dentro de dos meses, para que me dé tiempo a arreglar todas mis cosas.

—Entonces aún nos podremos ver cuando vuelva de Londres.

—Hasta pronto, pues.

Silvia se dirigía hacia la puerta cuando sonó el teléfono. Pensó dejarlo sonar pero sabía que Chris no lo oiría y lo cogió, además, tenía curiosidad por saber quién llamaba, aunque sabía perfectamente quien era. Era Helena.

Capítulo XXV

Había transcurrido casi toda la mañana y el teléfono no sonaba. Ella esperaba llamadas que no se producían. ¿Por qué no llamaría Alan? ¿Se habría enfadado por dejarle de aquel modo? Y Chris, si era cierto que no había pasado nada entre él y Silvia ¿Por qué no había llamado después del baño? Miró de nuevo el teléfono; no había llamada alguna ni de Chris, ni de Alan. Se sentía indignada, recorría la casa como una leona en celo, arriba y abajo, cada vez que pasaba por el sofá pegaba un puñetazo en el respaldo para descargar su ira. Sonó el timbre de la puerta y le dio un sobresalto. Corrió hacia la puerta y la abrió. Era Alan, allí estaba en el umbral vestido con un traje gris perla y la camisa rosa sin corbata. Estaba muy atractivo. Ella se alegró de verle.

—Espero que no te moleste que haya venido hasta aquí a buscarte. Lo cierto es que me ha costado bastante encontrar la casa. —Le dirigió una amplia sonrisa. Ella también sonrió.

—Te esperaba desde esta mañana. —Dijo cogiendo el bolso. Giró sobre sus talones y habló con alguien invisible— ¡Tía Nelly me marchó, no me esperes para comer! ¡Adiós!

Durante el tiempo que duró el trayecto, ninguno de los dos se atrevió a hablar sobre lo que había pasado la noche anterior. Cuando paró el coche se encontraban delante de la casa de Jérémy.

—¿Cómo entraremos? —Preguntó ella.

—Espero que no se me hayan olvidado los trucos que aprendí cuando estaba en la policía.

Alan cogió un objeto que parecía un destornillador diminuto y se lo enseñó a ella agitándolo en el aire.

—Creo que con esto bastara.

Se dirigió a la pequeña verja que rodeaba la casa de Jérémy y ella lo seguía de cerca. Se sentía como una delincuente, nerviosa y asustada. Vio a Alan saltar la verja de un salto, ella se dirigió hacia una abertura que había más adelante y paso sin dificultad; miró a Alan y se sacudió las manos.

—Esto va a ser más fácil de lo que creía. —Dijo satisfecha.

Se acercaron a la puerta, y él introdujo el pequeño destornillador en la cerradura y al cabo de unos segundos la puerta hizo "clic" y se abrió sin dificultad.

—No sé qué clase de policía eras, pero como ladrón creo que eres muy bueno. —Dijo ella con sorna y a él se le escapó una carcajada repentina— ¿Por qué dejaste la policía? —Le preguntó inesperadamente.

Alan cambió el semblante súbitamente. Era como si la tristeza hubiera escapado del escondite donde dormía y lo hubiera atrapado con toda su virulencia.

—Al morir mi esposa lo abandoné todo y me volví a mi país, nada me retenía allí.

—Lo siento Alan, no debí traerte ese mal recuerdo... no pensé...

—No suelo hablar de esto, aún duele el recuerdo, pero no te preocupes, creo que al hablar de ello el dolor se va amortiguando.

A Helena le hubiera gustado seguir preguntándole, pero se contuvo, no quería hacerle sufrir para saciar su curiosidad, así que pasó a la casa cuando él le cedió el paso y olvidó el tema.

Hasta ese momento todo iba saliendo bien. Entraron en el comedor donde habían estado hacía pocos días hablando con Jérémy sobre su hija Susan. Todo parecía tan lejano en el tiempo y sin embargo, sólo había pasado poco más de una semana. Se le humedecieron los ojos al recordarlo, pero Alan la sacó bruscamente de sus pensamientos.

—Busquemos arriba en las habitaciones, puede que allí encontremos algo.

Subieron por la escalera y la primera puerta que encontraron estaba cerrada, Alan giró el picaporte y la puerta cedió. La pequeña habitación estaba exquisitamente decorada, no había nada fuera de su lugar, el polvo había cubierto sus muebles con una fina capa pero no de mucho tiempo. Helena atravesó el umbral muy despacio. Las sensaciones que percibía eran extrañas. Se vio tumbada en la cama, pero no era ella. ¡Susan!... ¡Susan! — Grito Helena—

Ella la miraba con una inmensa tristeza en los ojos. Susan comenzó a llorar y entre sollozos murmuraba algo que Helena no podía entender. Se acercó un poco más a la cama.

—¡Ayúdame! ¡Por favor! ¡Ayúdame! ¡Te lo suplico!

Helena extendió los brazos para consolarla, pero la figura desapareció. De repente algo la atenazó por detrás y gritó asustada. Se dio la vuelta

pensando en ver algún espíritu atormentado y allí estaba Alan sujetándola.

—¡Helena soy yo! ¡Soy Alan!

Todo giró a su alrededor y se desplomó en los brazos de un sorprendido Alan.

Poco a poco las imágenes volvían a su mente. No había sido un sueño, lo había vivido y lo recordaba con toda claridad, Susan había estado frente a ella y le había pedido claramente ayuda. En un momento dado pensó que podía tocarla, que era un ser real y corpóreo y que podría notar la calidez de su piel, pero había desaparecido repentinamente como la bruma.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue la cara de Alan que la observaba preocupado. Ignoraba cuánto tiempo había permanecido sin sentido. Intentó incorporarse, pero él la retuvo.

—Quieta, no te muevas.

—¿Qué ha pasado?

—Eso me lo tendrías que contestar tú. Me has dado un susto de muerte. Pero... ¿Se puede saber qué diablos te ha pasado ahí dentro?

—¿Tú no has visto nada?

—¿Qué tenía que ver? —Inquirió.

—¡Por Dios, a Susan...! —Gritó fuera de sí— ¡Estaba allí en la cama pidiéndome ayuda! ¿No la viste?

—No, solamente vi tu reacción al entrar en la habitación. Te quedaste lívida y perdiste el conocimiento, pero nada más.

Helena rompió a llorar y él la abrazó para calmarla acariciándole el cabello. Se sentía atraído por ella desde el primer día y la deseaba ardientemente y al sentir su cuerpo agitarse por el llanto, su deseo se intensificó. Le apartó el pelo de la cara suavemente y buscó sus labios. Ansiaba sentir aquella tibieza y el sabor de su boca, fundirse en su aliento y gozar de esa sensación. Sus bocas se unieron con avidez. Alan ansiaba hacerle el amor casi con violencia animal pues se habían unido el intenso deseo que había sentido por Susan al de Helena, ambos deseos se unían para provocar en él un sentimiento mucho más intenso del que se puede sentir por una mujer, la estrechó más contra su cuerpo y notó sus pechos. Mientras la besaba desesperadamente le acarició los senos y su cuerpo tembló de excitación al notar sus pezones hinchados. Introdujo su mano por la abertura de su fina camisa buscando su seno, pero Helena le apartó bruscamente.

—No Alan, por favor, no me hagas esto. No puedo hacerlo. —Lloraba

mientras se abrochaba la camisa.

—¿Qué pasa Helena? —Le dijo con voz temblorosa por la excitación. Ella se apartó unos metros de él dándole la espalda.

—Lo siento, pero no puedo hacerle esto a Christopher.

—Pero... no lo entiendo. ¿Tú me amas no?

—¿Amarte? —Dudó unos segundos— Me siento atraída por ti, es cierto, pero no te amo. Cuando me besabas en mi pensamiento tan sólo estaba Christopher. ¿Lo entiendes? No hago otra cosa que pensar en él, no me lo puedo quitar de la cabeza a pesar de lo que hizo anoche.

—Lo siento. —Repuso cabizbajo— Perdóname, creí que... Bueno, ya sabes... que tú sentías lo mismo. No volverá a ocurrir. Te lo prometo.

La decepción por el rechazo y la vergüenza que le embargaba por haber abusado de la confianza de Helena le hizo bajar humillado la cabeza.

—No Alan, todo ha sido culpa mía, creo que me he comportado como una niña sin pensar en las consecuencias que esto me pudiera acarrear. Estoy confundida y te he confundido a ti también y lo siento de veras. Christopher ha pensado lo que no es, por eso se marchó... ¡Oh!... Christopher... lo siento... ¿qué he hecho...?

Helena lloraba angustiada de rabia e impotencia. Rabia porque casi había sucumbido a los deseos de Alan y a los suyos propios. Rabia porque Christopher había dudado de su amor hacia él por su comportamiento inmaduro y rabia por estar aquella noche con Silvia.

—Dios, por qué tuve que llamar en aquel momento. —Pensaba para ella misma haciéndose preguntas que no podía contestar— Y ¿Por qué no me devolvió la llamada? ¿Sería porque estaba avergonzado, o estaba tan a gusto con Silvia que ni se acordó? ¡Maldita Silvia! ¡Te odió con todas mis fuerzas!

—¿Quién es Silvia?

La pregunta extrañó.

—¿Qué?

—Acabas de decir que odias a Silvia. ¿Quién es?

Sin darse cuenta había gritado sus pensamientos y una oleada de calor subió a su rostro.

—No... Bueno... ella es la exesposa de Chris.

Alan sonrió y movió la cabeza a un lado y a otro.

—Ya entiendo lo que te pasó anoche. —Se acercó a ella y le cogió las manos— No debes enfadarte por eso, no creo que sea nada importante. Ella llegaría en el momento oportuno y lo consoló pero no debes culparlo por eso

puesto que si ella se lo propuso él no tendría fuerzas para negarse.

Helena soltó sus manos y salió precipitadamente de la sala.

—Tenemos un trabajo que hacer y no podemos perder el tiempo hablando de tonterías.

Su voz sonaba indignada. Alan a pesar de sentirse aún avergonzado, sonrió.

Helena se dirigió a una puerta que había debajo de la escalera y Alan la seguía de cerca sin saber muy bien a donde iba.

Ella levantó un falso zócalo y encontró una llave envuelta en un pañuelo.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

—¿Qué? —Miró su mano aturdida— No... No lo sabía. ¡Oh! Alan, estoy desconcertada, no sé que me está pasando, de verdad.

—Todo esto es muy extraño. No sé si me estás tomando el pelo o eres una bruja, pero, por favor, dame un respiro.

—Lo siento por ti, pero comprende que a mí también me está afectando.

—Lo sé. Sé que lo estás pasando mal. Lo siento. La próxima vez trataré de estar más atento y comprenderlo antes puesto que me temo que ésta no sea la última vez que ocurra —Miró la llave y la tomó de la mano de ella— Creo que debemos utilizar estas pequeñas ventajas a nuestro favor. Intentó introducir la llave en la cerradura, pero se dio cuenta de que había sido forzada, la empujó suavemente y la hoja cedió, no sin emitir un leve chirrido.

La franja de luz invadió la pequeña habitación. Ambos miraron dentro con curiosidad, pero en sus ojos se dibujó la sorpresa. La habitación estaba revuelta por completo, cajas llenas de facturas, cartas y fotos desparramadas por doquier, ella se arrodilló y tomó unas fotos en las que aparecían los padres de Susan con ella cuando era pequeña. Fotos y más fotos de toda la familia, aunque en ninguna aparecía Thelma.

Helena estaba abatida, sabía que en aquel lugar no encontrarían nada que pudiera ayudarle aunque se confirmaba la intuición que ella había tenido sobre Thelma. El asesino quería borrar cualquier información sobre ella y si lo había conseguido no les quedaba ya mucho por hacer, debían buscar algo que conectara a Thelma con su asesina, ese algo que la asesina había buscado con vehemencia y que no se sabía si lo había hallado. En silencio pidió a Susan que la ayudara, aunque le parecía una barbaridad y sonrió para sus adentros.

Alan se puso en pie y ayudó a Helena a hacer lo mismo. Salieron de la pequeña habitación y dijo ella:

—Estoy segura de que Jérémy al morir su madre recogió sus objetos más personales y los trajo aquí.

—Sería lo más lógico —Hizo una pausa— ¿Y en qué lugar podía haberlo guardado?

—Supongo que esta casa tendrá desván, ¿te has fijado allá arriba si hay alguna escalera?

—No me he fijado, pero lo sabremos enseguida.

Subieron la escalera y al llegar al primer piso, al fondo del pasillo había otra escalera mucho más angosta y empinada que la anterior, al final de la escala se encontraron frente a una trampilla en el techo. Era una puerta de gruesa madera imposible de romper por la posición que tenía y además estaba cerrada. Alan miró la llave que llevaba y ella con un gesto índico que lo intentara. Él introdujo la llave y la puerta cedió con facilidad. Alan traspasó la trampilla y ayudó a Helena a subir y una vez arriba descubrieron una nueva escalera, la sala donde se hallaban estaba vacía y no era demasiado amplia, apenas podían ver pues el tragaluz que había en la parte frontal de la casa estaba tan opaco por la suciedad que a duras penas conseguía traspasarla la luz exterior.

La escalinata que conducía al desván se hallaba a oscuras y no se veía ningún tipo de clavija apostada por la pared.

Subieron a tientas hasta llegar arriba. Al fondo de la estancia se vislumbraba una franja de luz procedente de una angosta ventana. Alan se acercó y no con poco esfuerzo consiguió abrirla, ella miró a su alrededor, estaba lleno de polvo por todas partes, muebles apilados uno encima del otro, una vieja máquina de coser donde seguramente Mery cosía los vestidos a su pequeña Susan.

Justo en el centro de la habitación debajo de un gran cuadro ecuestre, había un viejo arcón de madera, lo cubría una gruesa capa de polvo de más de veinte años. Ella se acercó y tiró del pasador; entre los dos abrieron la pesada tapa.

—¿Son las cosas de Thelma?

—Supongo que sí.

Comenzaron a sacar objetos de todo tipo, libros, un joyero, unas cuantas muñecas de porcelana, objetos traídos de algún viaje. En el fondo del baúl había una pequeña caja de mimbre forrada en raso verde repleta de fotos. Todas eran de Thelma con su familia pocos años antes de morir.

—Alan, mira sus ojos.

Alan se acercó para ver mejor la foto de Thelma y sí, tenía los ojos de un azul profundo. Podría ser la mujer que visitó a Susan Conwel, pero se percató de algo más: de su parecido con su madre.

—¿Son paranoias mías o esa mujer se parece a mi madre?

—Sí, su nariz es idéntica a la de tu madre y sus ojos, aunque de distinto color tienen la misma forma y la misma intensidad en la mirada, aunque la de Thelma es una mirada más dulce, más risueña.

Ahora Helena estaba casi segura de lo que buscaban. Todo iba encajando como en las piezas de un puzzle, le quedaban las últimas piezas de ese puzzle y sabía que no estaba muy lejos de ellas. Siguió buscando en la misma caja y en el lateral encontró un departamento estratégicamente colocado para que pasara inadvertido. Helena introdujo los dedos con gran esfuerzo y sus yemas notaron algo rígido como un cartón, con los dedos en pinzas consiguió sacar la cartulina. Era una fotografía antigua con los bordes dentados y la tonalidad sepia que le da los años al papel. En ella aparecían dos niñas entre diez y doce años. Una de las niñas tenía cierto parecido con Thelma, pero de poco les servía la foto con esa diferencia de edad aunque los ojos de ambas niñas eran iguales en claridad.

Helena intentó meter la foto en su lugar, pero no entraba, tropezaba con algo también rígido. Metió de nuevo los dedos y notó una cartulina también dentada. Era una pequeña foto tipo carné, era de Thelma con más o menos cuarenta años, con toda seguridad era ella, su melena rubia y esos ojos tan llamativos le hacía pensar con toda seguridad que podía tratarse de la extraña mujer que asistiera al funeral de Susan Corwell.

—¿En qué estás pensando que miras tan atenta la foto?

Ella siguió contemplando la fotografía y sin dejar de mirarla contestó:

—Creo que Thelma tenía un secreto que nunca contó a nadie. Un terrible secreto que incluso ocultó a su familia, pero lo que me parece extraño es que no haya dejado ninguna prueba de él ni tan siquiera a su hijo.

—Quizá lo hizo, pero tan oculto que Jérémy no se tropezó con él ni por casualidad.

Alan comenzó a buscar algo por la habitación.

—¿Qué buscas? —Preguntó extrañada—

—Creo que en ese baúl está la clave de todo y busco algo para romperlo, un hacha o un martillo, algo...

Encontraron un pequeño martillo en la caja de herramientas.

—Con esto costará más, pero lo intentaré. —Dijo decidido.

—¿Pero piensas romperlo de verdad?

—Creo que si como tú dices, Thelma tenía un "secreto", debió de esconderlo en este arcón porque ella sabía con toda seguridad que su hijo lo recogería y lo llevaría a su casa porque en él estaba su más valioso tesoro. ¿No crees? Así que aparta que vamos a salir de dudas.

El primer golpe que dio fue en el centro de la tapa. Con un gran chasquido varias astillas saltaron por el aire, ella se protegió la cara con las manos y Alan volvió a asestar otro golpe... y otro... y otro...

Lo que antes fuera una tapa de arcón ahora era un amasijo de hierro y madera, pero en su interior tan sólo había eso. Continuó con el resto del arcón, se había propuesto encontrar las últimas fichas de ese puzzle y no pararía hasta encontrarlas. Tenía la cara contraída por el esfuerzo y de su frente resbalaban grandes gotas de sudor que debía secar para poder ver donde golpeaba. Ella observaba con las manos en la cara, el esfuerzo que Alan estaba realizando. Cuando golpeó el fondo del arcón el doble fondo dejó al descubierto un legajo de papeles atados por una cinta de seda. Él los cogió y los entregó a Helena con una sonrisa triunfante. Ella evidentemente sorprendida los tomó y desató el tosco nudo que los envolvía. Con los dedos temblorosos desdobló el primer paquete de papel. Sus ojos recorrieron lo escrito sin comprender muy bien de que se trataba hasta que leyó

[Certificado de nacimiento]

Nombre: Thelma Selvi. Hija de: Jérémy Selvi e Isabela Selvi.

Helena pasó la hoja a Alan y comenzó a leer la siguiente. Era lo mismo, pero en lugar de Thelma era Susan.

—¿Qué puede significar esto?

—Pues ni más ni menos que lo que te estás imaginando. —Explicó él— Eran hermanas y seguramente al casarse...

—¡Son certificados de adopción! —Exclamó sorprendida sin dejar que él acabara la frase- ¡Ambas fueron adoptadas!

Thelma y Susan habían sido adoptadas de niñas, cada una por una familia distinta y habían perdido el contacto la una con la otra. ¿Cómo habían vuelto a encontrarse? Eso era algo que no podían saber, pero así había sucedido.

El siguiente y último paquete era un diario personal que Helena abrió con reserva. Sentía que invadía la intimidad de una desconocida.

Alzó la vista y respiró profundamente intentando expulsar sus temores.

Él la observaba impaciente hasta que al fin se decidió y comenzó a leer.

4 de julio de 1969.

Hoy quiero escribir todo lo que recuerdo de mi vida, pues sé que algún día alguien necesitara conocer la verdad.

Los recuerdos se agolpan en mi mente queriendo salir cual lava que fluye de un volcán, pero mis ojos están cansados y no puedo escribir cuanto quisiera.

Comenzaré diciendo que tuve una hermana a la que amaba a pesar de su enfermedad (así era como la definía mamá). Nunca supe a ciencia cierta cuál era en realidad, pero su comportamiento era extraño.

Un día, cuando contaba diez años (yo tenía en aquella época doce), al salir de la escuela no quiso volver a casa conmigo, quería irse a casa de su amiga Josephine, le dije que los papás se enfadarían por irse sin permiso, pero no hizo caso y se marchó. Yo recibí una buena riña y me mandaron castigada a la habitación y el fin de semana sin salir de casa, mi padre fue a buscarla a casa de Josephine y la castigó con el mismo castigo que a mí. En nuestro encierro me dijo que odiaba a mis padres y que deseaba su muerte. La verdad es que en aquel momento no le hice caso pues pensé que eran niñerías, ya que en ella ese tipo de pensamientos eran habituales. Aparte de eso yo misma estaba enfadada por la injusticia que habían cometido conmigo pues sin haber tenido la culpa me habían castigado y era injusto. Pocos meses después mis padres murieron en extrañas circunstancias, tuve miedo, pensé que era demasiada casualidad y ella al intuir mi recelo me preguntó. ¿Crees que lo he hecho yo verdad? Su mirada me aterró a pesar de sus palabras “No he sido yo, te lo puedo jurar por lo que quieras”.

Quise aceptar sus palabras pues me horrorizaba sólo el pensar que podría haber hecho algo tan monstruoso. Intenté olvidarme y seguir a delante, además, teníamos un gran problema añadido: Nuestros tíos no quisieron hacerse cargo de nosotras. Al no haber familiares que quisieran hacerse cargo de dos niñas nos internaron en un orfanato y en poco tiempo nos separaron al adoptarnos dos familias distintas.

Durante ese tiempo lloré mucho. Intenté saber donde habían llevado a mi hermana, pero jamás quisieron decirme nada.

Con el paso de los años mi pena se amortiguó, pero nunca me olvide de mi pequeña Susan.

Cuando conocí a Charlie yo contaba 20 años, nos enamoramos y nos casamos. Tuvimos que ir a vivir al pueblo donde él tenía un pequeño

negocio de cerrajería. Sentí mucho tener que dejar la casa de mis padres adoptivos pues había llegado a quererles como a los míos verdaderos. Pronto nació nuestro hijo Jérémy, el cual, nos llenó de felicidad, pero duró poco tiempo, pues al comenzar la guerra mi esposo murió y poco tiempo después también mis padres. Nos quedamos mi hijo y yo solos en el mundo. La vida estaba siendo muy injusta conmigo, sólo tenía una esperanza: encontrar a mi hermana. Y así lo hice, aunque tuvieron que pasar muchos años para conseguirlo.

En el mismo orfanato me facilitaron el documento que guardo con este libro. Muchos años y penas me costó conseguirlos, pero a partir de ellos, pude averiguar dónde estaba mi pequeña Susan.

La localicé en un pueblo llamado Menston. Se había casado con un hombre muy rico llamado John Cornwell y tenía una hija llamada Alma...

—¿Qué? —Exclamó Alan al escuchar las palabras de Helena— No puedo creerlo, jamás nos informó mi madre acerca de eso.

—No tenía por qué hacerlo si ella misma no lo sabía. Además, escucha lo que viene a continuación.

La decepción que me llevé fue inmensa al enterarme de que mi hermana estaba internada en un centro psiquiátrico.

Entonces decidí hablar con su esposo y contarle la verdad: que yo era hermana de Susan, etc, etc. Pero fui humillada con toda clase de insultos. Me dijo taxativamente que Susan no tenía ninguna hermana o hermano. Que era absurdo que yo le fuera con una historia como aquella, así que me echó con cajas destempladas de su casa.

Estaba consternada, no sabía la razón de aquella reacción, quizá Susan jamás contó a su esposo que fuera adoptada, al fin y al cabo lo entendía y no la culpaba por ello. Al salir de la casa me cruce con una niña que tendría alrededor de doce años, su parecido con mi hermana era asombroso, así que pensé que sería la pequeña Alma y le sonreí, pero ella no sólo no me devolvió la sonrisa sino que su mirada me hizo temblar de pies a cabeza. Su mirada era de resentimiento hacia todo lo que había a su alrededor, sus ojos de un gris metálico daban a su mirada una expresión escalofriante, aunque parezca absurdo eso fue lo que experimente al ver a mi única sobrina.

Decidí poco después visitar a mi hermana en el Sagrado Corazón. Lo hacía regularmente y alguna vez coincidí con Alma, cuando ella unos años más tarde decidió visitar a su madre. Nunca me atreví a acercarme a ella y

contarle quien era yo, era absurdo, pero la mirada de aquella niña me inspiraba temor, me decía a mí misma que aquella niña era mi sobrina y que debía quererla por ser la única familia que tenía en el mundo aparte de mi hijo, pero no solo no la quería, sino que me producía escalofríos el verla, tal y como me sucedía con mi hermana Susan cuando me contaba su odio hacia mis padres.

Pasó el tiempo y un día que fui a visitar a mi hermana al llegar me dijeron que Susan había fallecido. Mis esperanzas de verla recuperada se esfumaron de repente y la sensación de estar sola en el mundo me oprimió como una losa.

Asistí a su funeral, pero no me atreví a acercarme para darle el último adiós. Después de tantos años de búsqueda todo terminaba y ni siquiera me quedaba el consuelo de amar a mi sobrina.

Después del funeral no volví a saber nada más de la familia de Susan.

Hasta que un día después de muchos años vino a mi casa una mujer que no quiso identificarse, pretendía que le echara las cartas, pues había oído que lo hacía y muy bien. Era cierto que en algunas ocasiones había echado las cartas, aunque lo hice en muy contadas ocasiones y tan sólo para personas allegadas y pronto lo dejé cuando me di cuenta de que me afectaba más de lo que debía. Así se lo dije a la mujer, mientras me miraba un escalofrío recorrió mi cuerpo al ver sus ojos de un gris metálico, me di cuenta de quién era. Era Alma la hija de mi hermana. No sé si ella me reconoció, más bien creo que no, porque me sonrió y me pidió disculpas por las molestias. Me quedó cierto sentimiento de culpa aún así pensé que había sido mejor que las cosas quedaran como estaban, quizá ella si lo hubiera sabido me lo hubiera agradecido.

La vi desaparecer en el coche y pensé en la casualidad que la había traído hasta mi casa. Sentí una vaga turbación que no sabría definir y me pregunté si el azar la había traído hasta mí o si en realidad la visita había sido premeditada. No sé si algún día conoceré la respuesta, pero fuera como fuere, espero no volver a encontrarla en mi camino.

Thelma Atkins.

Quando Helena terminó de leer la carta apartó los ojos del papel y miró hacia Alan, en su rostro se reflejaban la tristeza. Ella le abrazó contra su pecho, sabía lo mal que lo estaba pasando. Él, que había decidido ayudarlos

en el caso, ahora descubriría que posiblemente su madre había sido la responsable de tres muertes o tal vez más. Así permanecieron unos minutos hasta que Alan le habló.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—No sé que puede empujar al ser humano a quitar la vida a su semejante, pero quizá un oscuro pasado que quisiera mantener en el más absoluto secreto. Piensa Alan, todos en Menston sospecharon de Alma cuando se incendió su casa en la que murió su padre y la esposa de su padre. Años más tarde al morir su madre, ocurre el incendio del Sagrado Corazón en el que murieron varias personas. Quería borrar cualquier información que la ligara con el pasado de tu abuela y Thelma era un capítulo muy importante de esa historia y sobre todo quiso deshacerse de ella porque en sus ojos descubrió la verdad de Alma. Thelma al conocer a su sobrina vio en ella a su hermana Susan Selvi y Alma la quitó de en medio sin saber que Thelma jamás la acusaría de nada como tampoco acusó a su hermana a pesar de saber casi con certeza lo que había pasado con sus padres.

A Alan se le erizó el vello cuando de repente recordó algo que hasta ese momento ni él ni nadie había sospechado jamás. Quiso borrar la idea de su mente por lo espantosa que llegaba a ser.

—¿Qué es Alan?

—Recordaba algo que me contó mi padre, pero no... no quiero pensar en eso.

—Cuéntamelo, por favor.

—Es que es demasiado terrible para que sea cierto. —Alan agitó nervioso la cabeza negando sus pensamientos. Helena le suplicó con la mirada — Después de saber lo que ahora sé de mi madre, no puedo dejar de pensar en algo que me pasó por la cabeza cuando era adolescente y estaba resentido con ella. Fue una idea que siempre estuvo ahí, pero que cada vez que me venía al pensamiento, me odiaba por pensar tal cosa de mi madre.

—¿Qué era eso tan terrible que te hacía odiarte a ti mismo?

Papá antes de casarse con Alma estuvo casado con otra mujer. Se llamaba Marlene y era francesa. Hacía sólo un año que se había casado con ella. Alma y ella eran muy buenas amigas, y siempre estaban juntas, incluso papá las había conocido el mismo día a las dos, pero se enamoró de Marlene. La vio una mujer independiente e inteligente, y eso le atrajo de ella. Mamá era agobiante, le acosó durante mucho tiempo hasta que le informó de su deseo de casarse con Marlene. En palabras de mi padre: la mirada que me lanzó era

puro hielo. Me dejó petrificado y pensé que intentaría vengarse de mí, pero mi sorpresa fue que siguió siendo amiga de Marlen y a mí me trataba con mucho cariño, como si fuéramos buenos amigos, me sorprendió gratamente su actitud.

La cuestión es que mamá se quedó a vivir con ellos y parecían un trío más que una pareja. El caso es que por un lado a papa no le molestaba tanto porque él trabajaba demasiadas horas y así Marlene no pasaba tanto tiempo sola en la casa.

Lo siguiente es terrible. —Alan tragó saliva porque la garganta se le quedaba seca por el horror que le producía la conclusión a la que acababa de llegar— Un día avisaron a mi padre de que Marlen había tenido un accidente. Cuando llegó a casa, se la llevaban en una camilla envuelta en una sábana. Estaba muerta, había caído accidentalmente por las escaleras y se había roto el cuello. La presencia de Alma ayudó a mi padre a soportar la pérdida. No tardaron en casarse.

Alan guardó silencio mientras reflexionaba lo que había contado. Ambos se miraron con una certeza en la mente.

—No sólo fue eso, al poco de casarse, la doncella que servía a Marlene y que había sido una fiel servidora y cómplice de ella, luego sirvió a Alma, pero no se llevaban nada bien. Discutían constantemente incluso alguna vez llegó a llamarla asesina delante de mi padre. Mi madre le exigió a mi padre que la despidiera, pero cuando fue a hacerlo, en el último momento se echó atrás. Era una buena mujer y muy buena doncella, por eso papá renunció a despedirla, pero al poco tiempo murió en extrañas circunstancias al regresar un día libre hacia su casa. Cruzaba siempre por un puente para llegar a su casa y ese día se arrojó al río. Lo consideraron un accidente. —Añadió.

Se estremeció al pensarlo.

—Tal vez sólo fuera un accidente. —Repuso Helena al ver el abatimiento de Alan. Aunque ninguno de los dos lo creía— Existen personas que no saben distinguir el bien del mal, sólo saben que uno está penado por la justicia y el otro se premia, sino en el mundo de los vivos, en la otra vida donde el dogma de cualquier religión nos convence que viviremos en el paraíso, o sea, el cielo. Pero en realidad para ellos hacer daño a los demás, es algo tan natural como hacerles bien. Con esa falta de conciencia y empatía, cualquier persona que se cruza en su camino que pueda perjudicar a sus proyectos es eliminada sin ningún tipo de afectación. Parece ser éste el caso de tu madre...

Helena se sobresaltó al oír un golpe y la habitación quedó en una

penumbra repentinamente. Alan se apartó inmediatamente de su lado. Ella no sabía que estaba pasando. El terror se iba apoderando de su cuerpo. No veía a Alan, sólo oía ruidos secos y pies arrastrándose por el suelo de madera.

—¡Alan! ¿Dónde estás? —El silencio la envolvió— ¿Qué está pasando? ¡Por el amor de Dios, contéstame!

Oyó un quejido ahogado y un golpe seco de un cuerpo al caer al suelo. Ella giró hacia el lugar de donde provenía el ruido. La franja de luz, apenas visible de la ventana le permitió ver el cuerpo tendido en el suelo. Helena se estremeció.

—¡Alan! —Gritó.

Iba a lanzarse hacia él, cuando le oyó hablar con un gran esfuerzo.

—¡No te acerques! ¡Huye Helena! ¡Es ella... te matará!

Helena ahogó un grito en su garganta, su corazón latía como un potro desbocado. Alan estaba mal herido y no podía ayudarle porque aquella mujer intentaba matarla también a ella.

—¡Dios mío! ¿A cuántas personas más tendrá que matar para que su secreto se vaya con ella a la tumba?

Helena sabía que era una presa fácil para su asesina. No se atrevía a moverse pues no sabía en qué dirección podría lanzársele. A pesar del terror que la estaba ahogando, decidió agacharse. Poco a poco sin hacer ruido intento doblar las rodillas, pero éstas no le obedecían.

Debo tranquilizarme —Pensó— ¡Piensa Helena!... ¡Piensa! —El silencio la estaba asfixiando, podía escuchar los latidos de su propio corazón. A duras penas consiguió arrodillarse. Sus ojos poco a poco se iban acostumbrando a la penumbra y le pareció ver una sombra a unos pasos de ella y cerca del cuerpo de Alan. Las sienes le iban a estallar, sentía ganas de vomitar y unos deseos enormes de llorar, pero no debía rendirse. Tenía que salvarse ella y su hijo, no sólo por él, también por Susan. Había llegado hasta allí para descubrir a su asesino y ahora no podía fallarle, no podía morir otra vez a manos del mismo asesino.

—¡Dios mío, Christopher ni siquiera sabe que espero un hijo suyo y quizá nunca lo sepa! —Los ojos se le llenaron de lágrimas— ¡No, no debo llorar! ¡Ahora no, por favor!

Tanteó con las manos su alrededor y tocó algo pesado. Era el martillo con el que Alan había roto el arcón, lo cogió del mango y lo apretó contra su pecho, el frío del hierro la estremeció. Miró la ventana y se preguntó cómo había podido cerrarla sin que ninguno de los dos hubiera visto ni oído nada.

Aguzó el oído, pero sólo se escuchó apenas perceptible, el movimiento de Alma al deslizarse casi como una serpiente hacia su presa. En pocos segundos la sombra se encontraba a menos de un metro de ella. Estaba muy ágil, demasiado para los años que tenía y parecía que viera en la oscuridad. ¡Bruja asquerosa! —Pensó— “No oigo a Alan” ¿Cómo estará? ¡Dios..., lo siento Alan! ¡Yo no quería que pasara todo esto, por favor no te mueras!

Se apretó contra la pared y algo le rozó la espalda. ¡Era una rata! un grito salió de su garganta, pero se tapó la boca con la mano, si la descubría en esa posición tenía todas las de perder pues ella no se podía defender estando en cuclillas. Decidió levantarse muy despacio, pero las piernas las tenía entumecidas. Intentó levantarse despacio y en aquel momento sonó su móvil, eso le dio a la asesina la pista de su paradero. Sin darle tiempo a reaccionar la sombra se lanzó contra ella, clavándole el cuchillo en el costado. Helena lanzó un grito sordo al notar la hoja atravesando su carne. El martillo cayó pesadamente sobre el suelo y ella quedó indefensa frente a su asesina que se lanzó para asestarle un nuevo golpe. Helena en la segunda embestida pudo parar con sus manos el ataque mortal, pero la hoja de la navaja escapó entre sus dedos sin ella poder hacer nada por sujetarlo. En sus ojos apareció el terror petrificándola al ver el brillo de aquella daga asesina dirigiéndose de nuevo hacia ella, aunque esta vez hacia su corazón. Sus fuerzas la habían abandonado dejándola en la imposibilidad de defenderse una vez más. Por sus manos corría el líquido vital, pero a pesar de sus escasas fuerzas, las levantó sabiendo que de nada le serviría esa protección una segunda vez.

La muerte la miraba de frente y ella quiso encararla sin bajar la mirada.

La daga destelló ante sus ojos, y la luz fantasmagórica se descompuso en miles de colores similar a un calidoscopio. Un viento gélido repentino inundó la estancia haciéndola tiritar como si súbitamente hubiera llegado el más crudo invierno y un agradable perfume borró el intenso olor a sangre. De repente la hoja se detuvo en el aire, algo le impedía seguir su trayectoria. Aquella luz espectral se extendía por la habitación transformándose en niebla que por momentos adquiría nuevas formas. Pronto fue cobrando forma de mujer y un hermoso rostro apareció ante los ojos de Helena. Ella lo reconoció al instante y pronunció su nombre en un susurro esperanzado.

—¡Susan...!

Alma se había quedado deslumbrada y aterrorizada ante lo que estaba viendo con sus propios ojos. Se negaba a creer que aquella forma que levitaba ante ella fuera Susan, le había costado demasiado deshacerse de ella y tan sólo

le quedaba un cabo suelto para que su vida comenzara a ser normal. A pesar de la equivocación que había cometido al apuñalar a su propio hijo, no era algo que estaba en sus planes, pero tampoco iba a amargarse por algo que había ocurrido por un simple error de cálculo. La ira la arrastró hacia aquella visión fantasmagórica, no podía dejar que sus planes fracasaran por lo que estaba viendo, sospechaba que aquello podía ser fruto de su imaginación y no iba a consentir que un espejismo echara al traste todo su trabajo, si tenía que matar dos veces a Susan, lo haría sin la menor duda. Alzó el cuchillo contra aquella forma brumosa y una descarga eléctrica la lanzó contra la pared. La figura de Susan se había vuelto hacia ella mirándola con ojos llenos de odio. Alma volvió a atacar con el cuchillo en ristre, pero la recibió la ira de Susan que la devolvió contra la pared. En ese instante la luz iluminó todos los rincones del desván cegando a Helena por completo.

Capítulo XXVI

Christopher entró en casa de su tía esperando encontrar a Helena. Se sintió decepcionado al comprobar que se había marchado con Alan. Dejó las maletas y se marchó, no sabía por dónde comenzar a buscarla. Pensó en la casa de Jérémy, pero quizá ya habrían estado el día antes, de todas formas pasaría antes por allí aunque era la hora de comer.

Al llegar al cruce desde donde se divisaba la casa de Jérémy vio el coche de Alan. El corazón le dio un vuelco. ¿Y si los encontraba juntos, el uno en brazos del otro? Se avergonzó de sus pensamientos. Debía dejar de pensar de esa forma, quería olvidarse de todos sus celos y confiar más en la mujer a la que amaba por encima de todo.

Se había comportado como un chiquillo egoísta y desconfiado y sin necesidad había abandonado a Helena a su suerte y si algo le pasaba, nunca se lo perdonaría. Aparcó el coche y marcó el número de Helena y esperó. Uno, dos, tres tonos y nada, no hubo respuesta, así que colgó y se dirigió hasta la casa, pero en lugar de ir por el camino que confrontaba la casa decidió atajar por entre la maleza. No sabía por qué lo hacía, pero tenía un mal presentimiento.

El camino estaba cubierto por aliagas espinosas que dificultaba el acceso a la casa, los pantalones de Christopher se engancharon en un espino y al estirar, la tela se desgarró. Siguió avanzando hasta llegar a la verja trasera. Desde allí vio un coche negro parado detrás de un árbol. Él podía verlo desde la verja, pero los arbustos impedían la vista a los de la casa. Comenzó a temerse lo peor, alguien no quería ser descubierto y eso pintaba mal. Saltó la verja y corrió hacia la casa. Presintió que algo malo estaba ocurriendo.

La puerta trasera estaba abierta, empujó y la hoja se abrió sin ningún ruido. Ya dentro agudizó el oído, pero no se oía nada, todo estaba en el más absoluto silencio. Miró por la zona de abajo y no vio a nadie, subió por las escaleras; silencio absoluto. Seguía sin ver a nadie, comenzaba a pensar que estaba solo en la casa cuando unos pasos y un estrépito le hicieron volver la

cabeza en dirección a la buhardilla. La trampilla estaba abierta y al final de las escaleras se veía completamente a oscuras. El ruido había salido de allí sin duda. Sin pensarlo dos veces se dirigió a las escaleras. El silencio era total. Al llegar al final de la escalinata había otra puerta, pero el recinto estaba completamente a oscuras. Del ventanuco se colaba una franja muy estrecha de luz que no servía para romper las tinieblas aunque sí era suficiente para ver que cerca de la puerta había un bulto en el suelo, no distinguía si era un hombre o una mujer, pero estaba claro que era una persona que yacía inerte.

Con las manos temblorosas busco a tientas el interruptor de la luz. Cuando lo encontró respiró profundamente antes de accionarlo. No sabía con que se podía encontrar. El pensamiento le produjo terror. ¿Y si era Helena la que yacía en el suelo? Un grito ahogado y un golpe contra la pared le hizo estremecer de pies a cabeza, miró al fondo de la habitación y pudo percibir un destello brumoso que se movía como levitando desde un extremo de la buhardilla hasta el otro. El resplandor fue cobrando forma hasta convertirse en una silueta femenina formada únicamente de luz azulada. Christopher por unos segundos quedó confundido por lo que veía y cerró los ojos pensando que al abrirlos la forma habría desaparecido. Pero no fue así. La silueta sacudió el brazo golpeando a una persona a la que Christopher no reconoció. Parecía una mujer aunque a juzgar por el rugido que salió de su garganta más bien le pareció un animal herido. El vello se le erizó del estremecimiento que le produjo aquel bramido. Estaba petrificado por la extraña visión, no obstante, logró reaccionar y apretó el interruptor, la luz inundó la habitación por completo y la bruma desapareció. Se volvió a escuchar un chillido como de un animal salvaje y vio a una mujer que corría hacia él con un cuchillo lleno de sangre en las manos. Casi no le dio tiempo a reaccionar. En unos segundos la tendría encima. Miró a un lado y a otro y cogió lo que tenía más cerca. Encontró un tridente de coger la paja apoyado junto a la puerta. Lo puso entre él y la mujer. Ella al verlo quiso frenar en seco, pero no pudo evitarlo y el tridente se clavó en su estómago.

La cara de la mujer se contrajo en un espasmo. Sus ojos se salían de las órbitas, era un gesto horrendo. La mujer cayó mal herida en el suelo. Christopher miró el bulto que había a su lado y se dio cuenta de que era Alan. Ignoró a la mujer agonizante y se arrodilló para tomarle el pulso, lo tenía muy débil. Tenía una herida profunda en la espalda cerca del hombro y había perdido bastante sangre. Marcó el número de la policía en el móvil y mientras pedía ayuda buscaba por los rincones a Helena. Buscó por toda la habitación y

al fondo, en el lugar del que había salido la mujer, allí la vio. Estaba acurrucada y con las manos puestas en el costado por el cual manaba gran cantidad de sangre.

—¡Helena! —Gritó desesperado— ¡Helena, amor mío!

Se arrodilló y le tomó el pulso buscando algún signo de vida. El pulso era débil y estaba perdiendo demasiada sangre. Buscó la herida y la tapo con su pañuelo, pero no era suficiente, corrió al dormitorio y saco una toalla y le tapo la herida con ella. Se dio cuenta de que en las manos tenía unos cortes profundos y la sangre manaba a borbotones. Se arrancó el camal del pantalón e hizo tiras y se las vendó.

Lo mismo hizo con Alan. Al moverlo abrió los ojos y con voz débil exclamó:

—¡Helena!... ¿Cómo está Helena?

—Tranquilo, ella se pondrá bien y tú también, ya viene la ambulancia de camino.

Volvió con Helena que parecía una muñeca de cera.

Al pasar por encima del cuerpo de Alma Bakersfield, ésta se movió y soltó un quejido. Christopher se agachó para comprobar si estaba muerta y la mujer habló con un hilo de voz.

—¡Malditos... malditos seáis todos! ¡Os mataré! ¡Lo juro! —Y una bocanada de sangre salió de su boca. Ahora sí parecía muerta, aunque Christopher no se entretuvo en comprobarlo pues le urgía más ver el estado de Helena. Se arrodilló a su lado y presionó la toalla de su costado para evitar que la sangre siguiera fluyendo. Rezaba para que la ambulancia llegara a tiempo de salvarles, aunque Helena parecía más grave que Alan.

Cerca de Helena había un legajo de papeles, desde donde él estaba podía ver que se trataba de un certificado de adopción, pero no llegaba a leer el nombre de la persona adoptada.

La policía junto con la ambulancia no tardó en llegar. Christopher estaba pendiente de Helena mientras la colocaban en la camilla. Su rostro estaba pálido como una muñeca de cera.

—¿Ha sido usted quien nos ha llamado, no? —Dijo el inspector Glensson dirigiéndose a Christopher— ¿Puede contarme lo que ha pasado?

Él afirmó con la cabeza sin dejar de vigilar a Helena mientras la bajaban por las angostas escaleras de la buhardilla. Se agachó y recogió el legajo de papeles que había visto echándoles un vistazo rápido.

—¿Sabe quién es? —Preguntó refiriéndose al cuerpo que permanecía tirado en el suelo.

Los camilleros se llevaban en ese momento a Alan que, después de los primeros auxilios había recobrado el conocimiento y preguntaba insistentemente por Helena sin dejar de mirar el cuerpo inerte de su madre.

—Alma Bakersfield, mi madre. —Respondió Alan con tristeza antes de que lo bajaran por la escalera.

El inspector miró sorprendido a su ayudante.

—Inspector. ¿Puedo ir con ella, por favor? —Preguntó Christopher con signos evidentes de ansiedad.

—¡Pero tiene que explicarnos todo esto!

—Lo haré, no tema. Pero déjeme que la acompañe, quiero estar con ella. —Suplicó.

—Está bien, venga conmigo en el coche patrulla. Ésta no se moverá de aquí hasta que venga el forense.

Mientras viajaban hacia el hospital, ojeó los papeles que había recogido del suelo de la buhardilla y pudo hacerse una composición de la historia real sobre Alma Bakerphil.

—¿Qué son esos papeles? —Preguntó Glensson.

Las pruebas de que Alma Bakerphil mató a Susan y Thelma Atkins. — El inspector le miró incrédulo.

Ya en la sala de espera, Christopher parecía desquiciado. Cada enfermera que pasaba por allí, él la abordaba para preguntarle por Helena. Glensson trató de tranquilizarlo ofreciéndole un café bien cargado.

Christopher tomó el café, miró al inspector y comenzó a narrar la historia. Mientras hablaba no dejaba de mirarse las manos como si quisiera descubrir a quien pertenecían. Terminó el relato y miró a los dos hombres que habían mantenido un absoluto silencio hasta entonces. Después de unos segundos uno de ellos habló.

—¡Caray! esto parece una película de terror. ¿Verdad inspector?

El inspector hizo como si no hubiera escuchado el comentario.

—¿Por qué no le contó a la policía todo eso que me está contando ahora?

—¿Nos hubiera creído, inspector?

Glensson movió la cabeza negativamente y Christopher sonrió con amargura.

La enfermera Barlow comunicó a Christopher que el doctor Sloan quería hablar con él. Siguió a la enfermera y detrás le seguía Glensson y su ayudante. El doctor Sloan les esperaba en la puerta de la UCI Aún llevaba puesta la bata verde y la mascarilla le colgaba alrededor del cuello. Christopher al verlo el corazón se le puso en un puño convirtiendo su respiración en un estertor dificultoso. Al llegar le preguntó:

—¿Es usted su marido?

—Sí... bueno no, soy su prometido. Christopher Nicholson

—Pues bien, señor Nicholson la señorita... —Consulto la ficha— Helena Fernández, no corre peligro por ahora, la herida producida por el cuchillo no ha tocado ningún órgano vital únicamente una herida profunda y una fisura en la tercera costilla. Nada más. Le hemos puesto bastante sangre y en estos momentos está estable, ella y por supuesto el bebé. Creo que no tendrá ningún problema con su embarazo. Han tenido mucha suerte los dos. Mi enhorabuena señor Nicholson.

El doctor le dio la mano y se retiró. Christopher no reaccionaba, la emoción que sentía era evidente, sus ojos estaban llenos de lágrimas y entre susurros daba gracias a Dios.

Se abrazó al inspector riendo y llorando al mismo tiempo. No podía controlar la emoción que sentía y tampoco quería controlarla, era feliz, tenía a Helena sana y salva y además, estaba esperando un hijo de él, ¿Qué más podía pedir? La vida volvía a ser benévola con él y no sabía si se lo merecía o no, pero le estaba agradecido. Recuperar a Helena y además tener un hijo con ella era

más de lo que podía esperar. Glensson le dio una palmadita en la espalda.

—Doctor, doctor... —Le llamó antes de que desapareciera— ¿Puedo interrogarla?

—Debe descansar. Es mejor que lo haga mañana, ahora está demasiado débil.

—Está bien, mañana volveré. Y usted, en cuanto pueda, pásese por la comisaría.

El otro paciente, Alan Bakersfield, ¿cómo está?

—¡Ah!, está bien, no ha sido una herida de consideración, simplemente tendrá que llevar el brazo inmovilizado por la herida, también había perdido mucha sangre, pero ya está estable, a él si pueden interrogarle, está en la sala de curas.

En ese momento aparecían, Conrad, Williams y Terry Bakersfield con gesto preocupado.

—Nos han avisado de lo ocurrido. Soy el padre de Alan, Conrad Bakersfield. ¿Cómo están? —Preguntó Conrad a Christopher y al inspector.

—Ambos están bien. —Respondió éste último— Ahora mismo me dirigía a interrogar a su hijo. Si quieren acompañarme podrán verle. Supongo que les habrán informado sobre su esposa.

Conrad asintió con un rictus amargo en la boca.

—El policía que nos avisó me ha contado por encima lo que ha pasado, pero necesito una explicación más detallada pues no entiendo muy bien qué ha ocurrido en realidad.

—Estoy seguro de que cuando su hijo Alan se lo explique pormenorizado lo entenderá perfectamente. Christopher se fijó en Williams. Estaba pálido y en silencio. Su esposa lo llevaba de la cintura como si lo sujetara para no caerse. Su cuerpo alto y delgado parecía un árbol a punto de desmoronarse. Imaginaba que ya tenían la noticia de la muerte de su madre y que ella era la causante de las heridas de Helena y Alan, era comprensible su aspecto abatido.

Christopher habló con la enfermera para que le acompañara a ver a Helena y ésta le llevó hasta ella. Al verla se emocionó. Su rostro había adquirido su tono habitual y en él resplandecía una maravillosa sonrisa.

La besó en los labios y le dijo:

—Gracias por seguir aquí conmigo.

Capítulo XXVII

Williams entró en la casa paterna y al ver a su padre se abrazó a él. Quería demostrarle su afecto. Sabía que estaba sufriendo más de lo que intentaba demostrar. Era difícil encajar que había vivido una vida plena de engaños y que había formado una familia con la persona que había asesinado a la mujer que amaba. Abrazó también a su hermano Alan y le dio un beso en la mejilla.

A pesar de su amargura se sentía feliz de que al menos su hermano se hubiera salvado de las garras de aquella asesina psicópata.

Después de la muerte de Alma, la policía había registrado la casa en busca de pruebas para corroborar la declaración de Christopher y Helena. Encontraron muchas más pruebas de lo que podrían soñar. Era demencial. En aquella pequeña ciudad ni en su más macabra imaginación hubieran podido igualar a la historia que Alma Bakersfield protagonizó. Varios diarios escritos contaban su historia desde la niñez. Los guardaba en un departamento falso en el armario donde hubiera sido imposible encontrarlos si no se hubieran empeñado a fondo. La policía sabía que algo debía haber y no cesaron hasta que aparecieron. Treinta diarios manuscritos de su puño y letra, fotos de su madre con su hermana Thelma, las fotos que le había robado después de matarla para que nadie la relacionara con ella. Fotos de la familia de su madre y también una foto de un niño que no se supo de quien se trataba hasta que después de varios días de lectura de los diarios, se identificó al niño.

Tan solo tenía dos o tres años y era el hermano pequeño de Alma. Su nombre era Samuel y su muerte fue accidental o eso es lo que creyó la policía, pero al leer el apartado del diario en el que Alma hablaba de él, la policía se quedó horrorizada al leer con todo lujo de detalles como Alma había preparado la muerte de su pequeño hermano.

Cuando la policía acabó con los diarios el inspector Glensson en persona los llevó a casa de lord Bakersfield y se los dio a él directamente.

—Creo que debe leerlos, le conciernen demasiado.

Conrad los miró con horror y no se atrevió a cogerlos. Les envolvía un

hálito macabro y pensaba que si los cogía quemarían sus manos con ellos. Glensson los dejó sobre la mesa, les dirigió a los tres hombres una mirada compasiva y se despidió.

Williams cogió uno de los tomos y miró a su padre. Éste afirmó sin hablar y Williams comenzó a leer en voz alta el primer tomo de los treinta.

Alan se revolvió en su asiento incomodo. No porque la herida aún le molestara, sino más bien porque conocía la historia casi al completo y sabía que lo que descubrieran su padre y su hermano les iba a hacer sufrir. Quizá su padre hubiera preferido morir sin conocerla, pero él hubiera preferido tener esa información antes, mucho antes. Se hubieran evitado algunas muertes y quién sabe, tal vez su vida hubiera sido distinta a como había transcurrido.

Williams comenzó a leer.

El relato comenzaba desde sus siete años con incidentes ocurridos en la escuela. Desde esa edad ya se podía percibir que no era una niña normal. Sentía un intenso rencor por todos los que la rodeaban, pero su inteligencia la ayudaba a ocultarlo haciendo que pareciera todo lo contrario. Podía hacer mucho daño a cualquiera sin que éste descubriera jamás quien se lo hacía.

El primer tomo hablaba del nacimiento de su hermano Samuel al que quería quitar de en medio porque le era molesto.

Williams terminó de leerlo y lo dejó apartado, cogió el segundo y leyó:

No hay nada en la vida más dulce que la satisfacción y la espera del día que se cumplirá un gran deseo. Ansío casi vehementemente ese día que, aunque pueden ser horas, siento que me consume la impaciencia.

Tan solo contaba diez años, pero con un intenso resentimiento que la edad no contemplaba. Se llevó a su hermano a pasear por el parque junto al río y le ahogó con toda su sangre fría. En el relato remarcaba el gozo que sintiera cuando el niño con sus pequeños brazos se esforzaba por librarse de las manos que le atenazaban, hasta que dejó de luchar. Entonces corrió, lloró a lágrima viva ante sus padres y contó que se le había escapado y no pudo salvarle. Supo por la mirada fría de su madre que no la creía, pero no la delató. Para sus actos eso fue un acicate. El simple hecho de que su madre supiera lo que pasaba por su mente le hacía desear repetir la experiencia. Jamás habló de ello con su madre, pero había una conexión diabólica entre las dos.

Más abajo continua de nuevo:

Creo que esta dicha que siento en este momento la tengo a flor de piel,

no sé si podré ocultar tanto deleite de las horas pasadas. Aún recuerdo sus brazos intentando arrancar los míos de su cuerpo para poder respirar. ¡Dios! Ha sido una satisfacción ver su rostro bajo el agua intentando respirar.

Conrad se agitó nervioso en su sillón. Era más de lo que su mente podía asimilar. Miró a Williams que había parado de leer y percibió lágrimas en sus ojos. Lanzó un suspiro y Williams continuó:

Mi madre lo sabe. Sabe que he sido yo, pero en sus ojos vi entendimiento. Sé que me entiende porque quizás ella sienta lo mismo que yo, tenga los mismos deseos e inquietudes. No sé, siempre ha sido tan fría y silenciosa. Por eso sé que nunca me juzgará.

Cuando a los pocos años internaron a su madre en el psiquiátrico sufrió un mazazo difícil de asimilar, pero lo que despertó de nuevo su instinto homicida fue la boda de su padre con aquella advenediza. El año en que ingresaron a su madre en el Sagrado Corazón lo narraba así:

Sé que mi padre la odia y a mí también porque soy como ella. También sé que si yo no hubiera matado a mi hermano lo hubiera hecho ella, le era tan molesto como a mí. Lo que no entiendo es por qué lo tuvo, y, menos aún, por qué se casó con mi padre si nunca le ha querido.

Cuando voy a verla apenas hablamos. Ella pasa las horas en un estado de abstracción difícil de acceder. Ni tan siquiera cuando le he contado que mi padre tiene una nueva novia.

No puedo soportarla. Es una estúpida, siempre intentando hacer de madre como si yo no supiera que me odia, ella cree que yo la odio también pero se equivoca, nada me causa más placer que mirarla e imaginar cuál será su gesto cuando vea los ojos de la muerte fijos en ella.

Ya se han casado. He tenido que soportar todo el día los sermones y las felicitaciones por mi nueva madre tan guapa y tan joven. Yo he estado encantadora, nadie ha nota nada, creen que la adoro... pobres imbéciles, si tuvieran una ligera idea de lo que le va a pasar. Aún no lo he planeado, pero me empiezo a deleitar con el proyecto.

Estoy preocupada, creo que tengo un problema añadido. Hoy me he encontrado con una mujer al salir de mi casa, me ha mirado de una forma extraña, como si viera en mis ojos a la verdadera Alma. Eso no me gusta, nadie exceptuando a mi madre debe saber quién soy. Le he preguntado a mi padre quien era y me ha contestado “una loca que dice ser hermana de tu

madre” “ha venido contando una historia rocambolesca sobre una adopción” “la he echado a la calle casi a patadas” Mi padre no la ha creído, pero yo sí. La he visto de nuevo en el Santo Espíritu. Ha ido a ver a mamá. Sé a ciencia cierta que es hermana de mamá. Se parece a ella y lo que ha visto en mí, nadie, a no ser que fuera una hermana de mi madre, lo hubiera podido adivinar.

Qué triste, tan joven y guapa y lo mal que se ha quedado. Mi padre no es que estuviera mejor. Hubiera podido vivir muchos años más, pero él se lo ha buscado. La verdad es que ha sido algo casi sin planificar, pero ha resultado un crimen perfecto. Mi madre estaría orgullosa de mí.

Mi padre no debió dejarme en evidencia delante de esa estúpida así que han pagado su justo precio los dos.

Saltaba de un tema a otro sin darle mayor importancia, tal como si los comentarios fueran incidentes habituales en una vida transcurrida con toda normalidad.

Hoy me siento sola. Mi madre ha muerto. Aunque no le tenía el cariño que se le suele tener a una madre, si le tenía algo de aprecio. Era la única persona que me entendía. Con ella me sentía más protegida. Ella me daba fuerza para llegar a la culminación de mis actos sin sentir una pizca de arrepentimiento. Ahora necesitaré armarme de la dura coraza del desprecio para que no me tiemble el pulso al ver la mirada suplicante de la víctima.

Necesitaba borrar cualquier huella de la enfermedad de mi madre, quiero empezar una nueva vida y no sería muy conveniente que nadie conociera la enfermedad de mamá. Creo que he solucionado ese tema. El incendio que ha devastado el Sagrado Corazón ha sido magnífico. No creo que haya quedado ni un archivo sano. No pretendía que hubiera tantas víctimas pero en la guerra siempre hay que matar a algunos para salvar a muchos, en este caso yo soy muchos.

De todas formas, me sigue preocupando esa mujer. Thelma Atkins.

La he localizado en Woodlesford.

Williams pasó por alto algunos de los diarios hasta encontrar el que hablaba de su llegada a Woodlesford.

Parece que la vida me prepara el camino para que mis planes siempre me salgan mejor de lo esperado. En el tren que me lleva a Leeds he conocido a Marlene, es francesa y tiene su residencia en la ciudad. Me ha invitado a

instalarme en su casa hasta que encuentre la mía y ahora estoy con ella, tiene una bonita casa, muy agradable, sí señor.

Debo agradecerle a mi padre este don que me ha dado en herencia además de su fortuna. (Aunque la verdad, no era demasiado importante) Mi encanto personal me abre muchas puertas que para otras personas estarían cerradas. Gracias a eso he conocido a un hombre muy rico y diría que el más importante de Woodlesfrod. Se llama Conrad Bakersfield y creo que puedo decir, por la forma que me miraba que le gusto. Tengo que hacer que se enamore de mí; formar una familia con él sería justo lo que necesito. Creo que es buena persona y confiado, no dudara de mí, sobre todo después de deshacerme del último eslabón que me vincula con la familia de mamá. Esa mujer podría desbaratar mis planes a poco que se lo proponga.

Veo día a día que Marlene me está comiendo el terreno. He de reconocer que es tan encantadora como yo, pero además es una mujer muy culta, un poco bohemia y ese acento que le da un cierto carácter sensual, está inclinando a Conrad a su favor. Sólo tiene ojos para ella y creo que a mí ni me ve. Tendré que hacer algo.

No puedo creerlo. Marlen acaba de darme la horrible noticia. Se casan. Me ha pillado desprevenida y casi me he delatado con mi arranque de ira. Le he pedido perdón y la he convencido de que mi reacción se ha debido a mi miedo a perderla como amiga. Al fin y al cabo todo ha salido a pedir de boca. Ella no sólo me ha creído, también me ha invitado a vivir con ellos el tiempo que yo quiera pues la casa en la que vive Conrad es demasiado grande para dos personas. Es increíble como cada uno se cava su propia fosa.

El gesto de los tres hombres era desolador. La rabia contenida aparecía en sus ojos al leer el momento que se deshizo de Marlene sin ningún tipo de remordimientos y a continuación se dedicó a conquistar a Conrad. Y éste sin recelar la horrible telaraña que se tejía a su alrededor, cayó en la trampa.

Cuando Conrad Bakersfield supo la forma en que murió su primera esposa, Marlene, creyó volverse loco de rabia. ¿Cómo había estado tan ciego que no sospecho nunca nada? El solo recuerdo de haber estado viviendo bajo el mismo techo de la asesina de su esposa le erizaba el vello.

—Sé que esto es difícil para ti, papá, para mí también lo es. Es duro asumir que tu propia madre casi ha matado a su propio hijo y a las mujeres que

más hemos amado tú y yo, debemos vivir con eso e intentar olvidar.

Sus ojos se empañaron de lágrimas, pero no lloró. Se sirvió un whisky y lo bebió de un trago mientras Conrad encendía su pipa y aspiraba con fuerza el humo del tabaco.

Williams continuó leyendo.

Monic me observa demasiado desde que quité de en medio a su señora, se llevaban muy bien las dos y parece que sospecha que yo he tenido algo que ver con su muerte, no puedo arriesgarme con ella, tendré que hacer algo.

Ha sido más fácil de lo que creía, la pobre, como se cogía a mí para no caer al vacío, igual que su señora, ambas sentían mucha empatía la una por la otra, eso está bien.

Estoy cansada. Quiero que acabe esta pesadilla. Quisiera que desaparecieran todos los recuerdos de mi infancia, que el pasado no me persiguiera como un ángel exterminador. Pero no puedo vivir tranquila y llevar una vida normal con mi familia sabiendo que existe esa mujer que en cualquier momento puede aparecer y destruir todo lo que tanto me ha costado conseguir. No amo a Conrad, pero me hace feliz y me da la estabilidad que siempre he buscado, yo por mi parte le he dado dos hijos que le colman de dicha.

Si pudiera borrar el pasado tendría un presente y un futuro esperanzador, pero esa mujer hace que me sienta al borde de un precipicio. No puedo apartar de mi memoria aquella mirada de horror y eso me está desquiciando.

¡Oh, Dios!, no puedo pensar en otra cosa. Esos ojos... esa mirada anega todos mis sentidos. La veo en mis sueños, en los espejos, en las personas que me miran al cruzarse conmigo y no me deja pensar.

En este apartado hay una pausa de meses durante los cuales había sido internada en un sanatorio.

Al regresar a casa continuó:

He de dejar de tomar todas estas drogas que me han dado, tengo que pensar con claridad. Creo que si voy a verla casi con toda seguridad no me reconocerá y tal vez así descansa mi espíritu, pero debo hacerlo pronto, no quiero obsesionarme de tal forma que tenga que volver a ese centro. No soporto a toda esa gente que está como cabras, yo no soy como ellos, estoy bien a pesar de lo que diga el psiquiatra. Estar en el centro es espantoso, te

vigilan sin cesar, no tienes intimidación ni libertad para nada, a veces me gustaría matar a Conrad por haberme ingresado allí. Ha sido cruel por su parte dejarme allí como si yo estuviera loca. No, no lo estoy. No soy como mi madre. Ella lo estaba, yo simplemente sobrevivo.

¡Santo Dios! Tengo que pensar en qué voy a hacer ahora. He ido a ver a Therma Atkins y sé que me ha reconocido. Su mirada es penetrante y ha entrado en todos los compartimentos de mi alma. Me he sentido como si exhibieran mi alma en un mercado público a la vista de todos. ¿Qué poder tiene esa mujer que sólo verla me llena de inquietud? Dicen que es vidente, no sé hasta qué punto es verdad, pero quizá sea eso. Sabe lo que soy.

Creo que el cielo conspira contra mí. Quizá sea una forma de vengarse por lo que he hecho a lo largo de mi vida, pero sea de la forma que sea, no consentiré que Williams siga saliendo con esa chica. No hay mujeres en toda Leeds, ni en toda Inglaterra. Precisamente la única con la que no puede estar es a la que ha elegido. ¡Pues no, jamás consentiré esa relación!

Creo que mi buena estrella ha vuelto conmigo. Dos pájaros de un tiro. Si lo hubiera calculado así, no me habría salido tan bien. Esa criatura ignorante no sabía lo que le esperaba al entrar en la casa de su abuela. ¡Estaba tan feliz la pobre! Claro que una vez ha visto a su abuela desangrándose le ha entrado un ataque de terror, pero eso no era nada en comparación cuando ha visto el cuchillo que le ha segado su asquerosa vida. Me alegro de haberla pillado a ella también pues de otra forma, Williams no hubiera tenido más remedio que casarse con ella para dar un apellido a su bastardo. Casi me ha conmovido cuando ha llamado a mi hijo en sus últimos segundos de vida. Qué pena, parece que le quería de verdad. De todas formas, he corrido un gran riesgo. He tenido un desliz que podría haberme costado mi credibilidad y podría haber sido sospechosa del asesinato si Williams no fuera tan despistado. Esa infeliz había quedado con mi hijo y no sé si habían quedado en casa de Thelma, así que he tenido que mentirle para que no fuera a la cita y luego, sacar los cuerpos de la casa me ha costado un gran esfuerzo, y además, el comisario Miller me hizo un comentario sobre mi desplazamiento a la casa de Thelma Atkins. Es casi seguro que uno de sus ayudantes me vio llegar hasta allí. Quedé un tanto preocupada pues no quería de ninguna de las maneras que me relacionaran con ella. Pronto averigüe qué era lo que pretendía hacer con esa

información. Me pidió dinero, no era demasiado. Dijo que lo necesitaba para su nueva casa. Pobre ignorante. Le dije que sí, que se lo daría pero que tenía que arreglarlo con el ayudante que me había visto. “Pierda cuidado, es un muchacho inexperto y no tiene ni idea de nada, es un poco memo”.

Bueno, se libró porque no me dijo al final de quién se trataba, pero él se llevó su merecido por chantajista. Si supiera que le salvó la vida al compañero por su avaricia.

No podía dejar ningún cabo suelto y no me resultó fácil prepararlo todo para que pareciera un accidente, pero me ha compensado.

Williams está muy triste por la muerte de esa chica, pero sé que con el tiempo se le pasará. El que no imaginaba que lo pasara tan mal es Alan, parece como si hubiera estado enamorado de la novia de su hermano. No saben el favor que les he hecho quitándola de en medio.

Williams cerró de golpe el diario y miró indignado a su hermano.

—¿Es eso cierto? —Le preguntó furioso. Alan no respondió de inmediato, miró a su hermano con afecto y le sonrió. A pesar de la tristeza que embargaba su alma, en el fondo se alegraba de que ese secreto saliera a la luz, pues estaba casi seguro de que Susan había sido amada más por él que por su hermano Williams.

—Jamás pensé que esto sucediera, Williams. Era casi del todo imposible que tú te enterases de lo que sentía por ella, pues yo nunca lo hubiera demostrado, siempre la habría tratado como a una cuñada. Lo que el corazón siente no se le puede prohibir, pero sí guardar. Por respeto a ti y a ella hubiera vivido con este secreto toda mi vida, pero esa mujer que llamamos madre, nos ha destrozado a los tres la vida, antes y ahora que está muerta, quiere seguir haciéndolo.

No lo permitas hermano, no vuelvas tu rabia contra mí. Todo eso ya pasó y nosotros hemos hecho nuestras vidas como el destino ha querido. Olvídalo y no dejes que su veneno siga haciéndonos daño.

Williams se acercó a su hermano y le abrazó con fuerza. Durante unos minutos no se dijeron una palabra, permanecieron abrazados, Alan estaba en lo cierto y se hacía una idea de lo que su hermano pudo sufrir sin poder demostrarlo a nadie y le consolaba que el amor de Susan había sido para él, pues de eso estaba bien seguro; algo se movió en su alma al recordarla. Había evitado todos estos años su recuerdo pues le dolía demasiado, pero en ese momento una hiriente evocación le inundaba con todo el dolor que había

estado manteniendo amordazado para no sufrir. Demasiados años reteniendo su dolor, ahora las compuertas se habían abierto provocando una riada de tristeza y lloró, lloró abrazado a su hermano como un niño desconsolado.

Cuando sus ojos se hubieron secado de lágrimas, y su alma se había serenado, Williams decidió seguir con los diarios. Quería llegar hasta el final, luego quemar aquellas letras envenenadas y olvidar.

¡Dios! Pensaba que esto había terminado. No puedo creer que una mujer extranjera venga a romper mi paz después de tantos años. Pensé que ya había terminado todo y parece que tendré que volver a empezar, y la verdad es que no tengo fuerzas suficientes para afrontarlo.

Hoy Alan la ha traído a casa. Me doy cuenta como madre que está enamorado de ella. Lástima, va a perderla otra vez como perdió a Susan y a su esposa Anna. Este chico no tiene suerte con las mujeres.

He estado pensándolo mucho y aunque me duela, cuando termine con todo esto escribiré el último capítulo de este diario y los quemaré todos. No quiero que el día que yo desaparezca del mundo, alguien los lea y ensucie mi recuerdo. Me va a costar pues en ellos he impreso toda mi vida y disfruto con su lectura, pero aunque me pese, he de hacerlo para que nadie me recuerde como a un monstruo. Mi último escrito será: he finalizado mi misión...

Epílogo

Había pasado una semana desde que todo terminara. Helena estaba en el porche sentada en una hamaca y Christopher, la miraba mientras dormía. Estaba bellísima, con la tez tan blanca, parecía de porcelana. Era feliz porque ella le había perdonado, demostrándole que le amaba y que nunca le había dejado de querer.

Desde que ocurriera todo, no habían hablado mucho del tema. Ella se mostraba reservada con respecto a lo que había pasado. Él no la quería forzar con sus preguntas pues la veía sufrir y despertarse cada noche con pesadillas. Desde aquel día tenía miedo a dormir con la habitación a oscuras. Christopher esperaba que con el paso del tiempo se fueran calmando sus miedos.

La vio que comenzaba a despertar.

—Hola, ¿Estás mucho tiempo mirándome?

—Bastante, estás preciosa cuando duermes, ¿Lo sabías?

—Pues no, es bastante difícil verme a mí misma.

Él le sonrió y la besó.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, no puedo quejarme.

Christopher se levantó para preparar café.

—¿Te apetece algo con el café?

—Sí, me apetece hacer el amor con el hombre que me prepara el café.

Él volvió sobre sus pasos y la estrecho en sus brazos.

—Nada me gustaría más que hacerte el amor ahora mismo pero todavía estas muy débil y no es conveniente. —Ella asintió con una sonrisa triste en los labios.

—Chris, Susan... me salvo la vida.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Christopher. Volvió a acercarse a ella y le acarició la mejilla. Desde lo sucedido no habían hablado de aquella experiencia y ahora al recordarla no le producía menos impresión.

—Lo vi todo cariño. Susan no podía permitir que te ocurriera lo mismo. Ella te pidió ayuda y tú hiciste lo imposible por descubrir el secreto conocido tan sólo por su asesina, con el riesgo casi de perder tu propia vida y la de nuestro hijo y en justa recompensa ella os salvó. Debes sentirte orgullosa

como yo me siento por haberlo conseguido, pero ahora es tiempo de olvidar y de pensar en el futuro que nos espera junto a nuestro hijo. Te quiero y quiero que seas feliz a partir de ahora porque te lo has ganado con creces. —El gesto de Christopher se nubló repentinamente —Helena, quiero pedirte perdón por haber dudado de ti, esas dudas mías pudieron haberte costado la vida.

—No Chris, tal vez si hubieras estado allí en aquel momento todo habría sido diferente, no lo sé, pero no te martirices. Con respecto a los celos, si hubiera estado en tu lugar también habría dudado pues cuando la realidad te hace ver (aunque esa realidad sea engañosa) que esa certeza que tú tenías no existe, comienza la duda.

Chris, cuando se ama con tanta intensidad como tú yo nos amamos, cualquier pequeña duda nos desestabiliza y es porque siempre tememos perder la felicidad por su fragilidad y nos negamos a ser infelices porque los sentimientos cambian y las promesas sinceras de un día pueden ser las traiciones de otro. Por eso entiendo que te sintieras traicionado y no te lo reprocho, yo tampoco estaba segura de mí misma, ahora sí lo estoy.

Christopher apoyó la cabeza en su vientre casi percibiendo el contacto de aquel hijo que crecía al otro lado y a la vez sintiendo el calor de las manos de Helena acariciándole la cabeza.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Era Alan acompañado de su padre y de Williams. Tres hombres con aspecto derrotado y sombrío. Tía Nelly les hizo pasar a la parte trasera de la casa donde estaban Helena y Christopher, ella al verles se incorporó de la hamaca donde yacía.

Alan la besó en la mejilla al verla.

—Ya conoces a mi hermano.

Ella afirmó con la cabeza sin decir nada y esperó a que los hombres hablaran, a eso habían venido, sabía por sus rostros atormentados lo que estaban soportando, ella en parte era la causante de ese sufrimiento y se sintió culpable.

—Señorita Fernández. —La voz de Williams sonó ceremoniosa— En nombre de mi padre, de mi hermano y del mío propio, en primer lugar, darle las gracias por habernos hecho conocedores del horrendo monstruo con el que convivíamos... —Tragó saliva y continuó emotivo— Y en segundo lugar, a título personal, pedirle perdón por no haber intentado prestarle ayuda cuando me la pidió.

Helena alargó la mano hasta Williams y este se la cogió. Ella apretó su mano con cariño y él le dedicó una sonrisa cargada de melancolía.

Conrad se acercó a Helena con aspecto cansado.

—Permítame Helena darle un abrazo, pues mi agradecimiento es muy profundo y no quisiera que lo tomara como una falta de respeto, al contrario, nunca podré pagarle lo que ha hecho por esta familia.

Ella alargó los brazos y Conrad la abrazó con afecto. Ambos tenían los ojos empañados por la emoción.

Christopher miraba compadecido la escena desde el interior de la casa, le parecía increíble que todo hubiera terminado relativamente bien, aunque compadecía a los Bakersfield, pues necesitarían mucho tiempo para recuperarse del duro golpe que la vida les había preparado.

Miss Nelly se acercó a él y le dio la bandeja con el té para que lo llevara al jardín y le dio dos golpecitos afectuosos en la espalda.

Después de tomar el té con una tarta de arándanos que Missis Nelly había preparado con la maestría que la caracterizaba, decidieron poner punto final a la reunión. Alan había estado poco hablador, cosa que a Helena no le extrañó. Imaginaba que cualquier cosa que quisiera decir, se la diría a ella en persona y a solas.

Conrad y Williams atravesaron la casa en dirección a la salida, pero Alan se rezagó.

—¿Puedo hablar un momento a solas con Helena? —Le preguntó a Christopher. Él afirmó y se retiró a la cocina donde la tía Nelly fregaba las tazas del té y comenzó a ayudarla. Ella le sonrió y le dio un beso en la mejilla para tranquilizarle. Él suspiró agradecido.

—Estoy bien, tía, ya no siento celos de él, al contrario, siento lástima porque ha sufrido mucho y sé que es una buena persona; no se lo merece.

Alan acercó su silla hasta la hamaca donde permanecía Helena reclinada y se inclinó sobre ella para hablar.

—¿Cómo está tu hombro? —Le preguntó ella antes de dejarle hablar.

—Bien, mejorando, aunque aún no tengo buena movilidad en el brazo, pero va bien.

—Tuvimos suerte Alan, podía haber pasado lo peor, fuimos unos inconscientes; la subestimamos. Nunca me hubiera perdonado si te hubiera pasado algo.

—Helena, no hemos podido hablar desde ese día aciago. Tenía muchas ganas de verte y tengo tantas cosas que quisiera preguntar. —Cogió su mano y

la acarició— ¿Qué pasó allí? Yo no podía ver nada, sólo escuchaba ruidos, pero si pude ver una luz intensa, una luz que parecía espectral.

—Apareció Susan en el momento más crítico.

—¿Era eso?... ¿La luz que veía era Susan? —Ella afirmó con un leve movimiento de cabeza. La boca de Alan se contrajo en un rictus de tristeza. Estaba a punto de echarse a llorar, le parecía increíble que el espíritu de Susan hubiera salvado la vida de Helena.

—Ella pudo apartar a tu madre de mí lanzándola contra la pared y justo en ese momento fue cuando llegó Chris.

—Me hubiera gustado ser yo quien te salvara. Es mí sino, llegar siempre tarde a todo. —Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

—No digas eso Alan. —Le acarició la cabeza— Eres una persona muy valiosa.

—Helena, quisiera disculparme contigo por mi comportamiento. Mi actitud fue la de un adolescente más que la de un adulto. Quiero que sepas que te amo y que me va a costar arrancarte de donde te has metido, pero sé lo que hay. Sé que amas a Christopher y que no tengo ninguna posibilidad, pero me gustaría que me conservaras como tu amigo. —Alan tragó saliva. Estaba nervioso y le temblaba la voz. Helena vio el brillo líquido de una lagrima en sus ojos azul cielo— No quiero perderte del todo. —Continuó— ¿Crees que podríamos ser amigos?

—Alan ¿Te das cuenta de que la historia se repite?

—No, no quiero que la historia se vuelva a repetir. Quiero ser tu amigo muchos, muchos años... para siempre. Y jamás, ¿Me oyes? Jamás volverás a tener queja de mí.

—Lo sé Alan. No hacía falta que me lo pidieras, no podría prescindir de ti, sabes que te aprecio y te considero el mejor amigo que una mujer podría tener. Hemos vivido juntos una experiencia demasiado importante para que pueda excluirte de mi vida. Únicamente te pido una cosa... quiero que hables con Christopher, que le digas lo mismo que me has dicho a mí, no quiero que vuelva a sentir celos de ti, quiero que confíe en ti y sobre todo, en mí.

—Está bien, les diré a mi padre y a Williams que se vayan, les estoy haciendo esperar demasiado, ya cogeré yo un taxi para volver.

Volvió al cabo de unos minutos. Christopher estaba junto a Helena esperándole expectante. Sintió celos de él porque tenía lo que él más ansiaba: el amor de Helena. Dos veces se había enamorado profundamente. Con Anna nunca llegó a sentir lo que había sentido por Susan ni lo que ahora sentía por

Helena. Tal vez realmente no se había enamorado de ninguna de ellas, simplemente era el amor prohibido lo que le atraía de ellas, pero eso nunca lo sabría.

Casi con las mismas palabras que a Helena, le habló a Christopher. No quería que ese sentimiento fuera una amenaza en su relación con ella. Necesitaba conservarla como amiga y para eso Chris debía alejar la sombra de la duda, únicamente así podrían mantener una buena relación.

Christopher le dijo que lo intentaría, pero en el momento que viera algo extraño hablaría de ello y si uno de los dos se tenía que retirar, lo harían.

Volvieron a quedarse a solas cuando Alan se marchó. Christopher estaba inquieto pues llevaba todo el día queriendo hacerle a Helena la pregunta más importante de su vida y aunque estaba casi seguro de la respuesta no las tenía todas consigo.

Clavó una rodilla en el suelo delante de ella y cogió su mano. Ella sonrió cogida por sorpresa.

—Llevo mucho tiempo esperando una respuesta a mi pregunta, pero ahora no quiero que me respondas, quiero hacer una petición formal. —Sacó una cajita del bolsillo, la abrió y se la mostró. Era un anillo de compromiso— Amor mío, ¿quieres ser mi esposa?

Ella se lanzó a sus brazos y junto al oído le susurró.

—Sí... sí quiero.

Nota para el lector

Espero que haya disfrutado de la historia tanto como yo de escribirla.

Si tiene alguna pregunta o si quiere hacerme algún comentario lo puede hacer desde mi Facebook: “La casa sin ventanas” o desde mi página de autor: <https://www.amazon.com/-/e/B07BDQ94CM>.

Isabel Quilis Bayona

